El origen del invierno

Erya

Laura Campos

El origen del invierno

Erya

y

Laura Campos

© 2023 Erya y Laura Campos
© Ilustración de cubierta: Ana Paula Lomas (@hadadeincognito)
© Ilustraciones de interior: Ana Paula Lomas (@hadadeincognito)
© Ilustracion carteles: Designed by macrovector / Freepik
Corrección: Cristina Guerrero Jerez (@eryaescribe)
Primera edición: diciembre 2023
Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad individual.

Para los amantes del invierno
y las mágicas páginas de un libro.

Advertencia para nuevos lectores que se sumergen por primera vez en los Reinos Malditos:

Esto no es una historia basada en los cuentos de Disney ni DreamWorks, sino en los originales (en los que Disney también se basó), aunque sí encontraréis guiños a las películas que todos conocemos.

Prólogo

Érase una vez, antes de que existiera el invierno…

Espera, lector. No importa si eres nuevo. No importa si ya has viajado por los reinos malditos. Nuestro deber es advertirte.

¿Crees en la magia?

Ella es quien mueve esta historia.

Ella es quien puede dar respuesta a tus preguntas.

Ella es quien susurra en tu oído las noches de invierno.

La magia es un copo de nieve, un palacio de hielo, el espejo que muestra tu verdadero reflejo, el hada que toca tus sueños con su varita o leer un libro y ser capaz de ver con tus propios ojos lo que cuentan sus palabras.

Si me conoces de *La maldición de los reinos*, *El espíritu del espejo* y *La sombra del lobo,* ya sabes quién soy. Pero esta vez hay alguien conmigo.

Somos dos para guiarte a través de la nieve.

¿Que quiénes somos?

Somos quienes todo lo saben. También somos quienes nada saben.

Somos la magia que va y viene.

Somos las palabras que a veces todo te explicarán y otras confusión te crearán.

Somos quienes entran y salen de los personajes, quienes te muestran sus pensamientos o los miran desde fuera.

Somos quienes te sumergirán en una historia real e irreal, una historia de sueños y pesadillas.

En definitiva: somos quienes te contarán una historia portadora de magia.

Tú decides ahora, lector; adentrarte y creer o pasar a ciegas y no vivir lo que encierran estas páginas…

Bienvenido a *El origen del invierno.*

Los espejos son una de las magias más poderosas que existen. Incluso tienen su propio mundo, desconocido para todos salvo para quienes ya es demasiado tarde.

Generación tras generación, los enanitos creaban espejos cuyo único fin era devolver el reflejo a quien se mirara en ellos. Pero poco a poco aprendieron a dotarlos de magia, y así nacieron los espejos mágicos.

Espejos para viajar.

Espejos para espiar.

Espejos para recordar.

Espejos para olvidar.

Espejos para dominar el mundo.

Y, sin darse cuenta, crearon el mundo de los espejos, donde iban estos a morir, o a esperar a ser rescatados y que alguien utilizara su poder. Mas siempre con moderación.

Muchos quedaron malditos, se convirtieron en monstruos, se durmieron en un sueño eterno o quedaron atrapados.

Como la Reina de las Nieves.

Primera parte
El espejo de hielo

Capítulo 1

El siseo del metal sobre el hielo quebraba el silencio apacible del amanecer y dejaba surcos brillantes en la superficie pulida.

En cada salto, Ealasaid se elevaba entre una nube iridiscente, esquirlas que cambiaban de color con los rayos del alba.

En lo que dura el aleteo de una mariposa, la muchacha recorría la Laguna Helada. Una sonrisa desafiante se dibujó en sus labios y se inclinó para dar más velocidad a sus pies. Giró en el aire y cayó con elegancia, deteniéndose junto a la orilla escarchada.

Con las mejillas sonrosadas por el frío y la emoción, la joven retomó su danza sobre el hielo. Cerró los ojos unos instantes, dejándose guiar por su oído como toda una experta en el arte del patinaje. Pero, de repente, algo pasó como una exhalación junto a ella y la desestabilizó, provocando que cayera de culo y el impulso la arrastrara varios metros.

Algo no. Alguien, como pudo comprobar al abrir los ojos.

—Con esa torpeza jamás lograrás igualarme.

Ealasaid se levantó con toda la dignidad que pudo y alzó la barbilla mirando al chico alto y delgado que la observaba con sus ojos oscuros como un día encapotado.

—Ya soy mejor que tú, Jack. Y lo sabes.

Él amplió su sonrisa socarrona y soltó una sonora carcajada a la vez que daba un giro sobre sí mismo con la elegancia de un cisne.

—Eso solo sucede en tus sueños, pequeña Elsa.

La joven echó su corta melena rubia hacia atrás y bufó.

—No me llames así. Tú no tienes derecho a pronunciar ese nombre.

Dio media vuelta y retomó su danza, manteniéndose lejos de él. Pero Jack disfrutaba retándola y ella siempre accedía, con tal de

demostrarle que era mejor que él. Ealasaid solo se veía superada por Jack. Jack solo se veía superado por Ealasaid.

Siempre enzarzados en una competición constante.

—¡Elsa! ¡Elsa! —Kai agitaba los brazos desde la orilla, llamando su atención.

La joven se dirigió a él con una sonrisa. El chico de pelo castaño y ojos verdes era su mejor amigo, más bien su hermano. Habían crecido juntos y, al ser hijos únicos a diferencia de los demás niños de su edad, habían forjado un fuerte vínculo.

—Mi abuela ha hecho tarta de kiwi. ¡Tienes que venir a probarla!

Solo de pensarlo, la boca se les hizo agua a ambos. Ealasaid se sentó en la orilla y se quitó los patines que cambió por sus botas primaverales. Ignorando las palabras burlonas de Jack a modo de despedida, trotó alegre junto a Kai y salieron del frío de la Laguna Helada. A pocos metros estaba la Laguna del Amanecer, de aguas que daban honor a su nombre, cálidas durante todo el año. Al igual que el agua de aquella en la que patinaba era hielo, siempre, impasible con el pasar de los días y con el calor del verano.

—¿Nos vemos en su puerta?

La joven quería pasar por casa a dejar sus patines y la capa corta que solía ponerse sobre los hombros para protegerse del frío que solo se podía sentir en la Laguna Helada. Tan solo el otoño traía consigo unas temperaturas algo más bajas que en verano y primavera, pero apenas hacía falta ropa de abrigo en esa estación. De las tres estaciones, era la que más se acercaba a lo que podían llamar «frío».

—¡No tardes o te quedarás sin pasteles!

Kai salió corriendo en dirección contraria a la de ella, que se dirigió a una hilera de casitas, todas iguales, pero cada una con un cartel dando nombre a la familia que allí vivía.

«Gerda», rezaba el que pertenecía a su hogar.

Cuando abrió la puerta principal llegó hasta ella un agradable aroma a incienso de flores. Encontró a su madre tejiendo lo que sería un nuevo encargo. Era una gran tejedora, siempre hacía vestidos preciosos que eran la envidia de quienes no los llevaban.

—¿Dónde has…?

Pero cuando la mujer clavó los ojos en ella, vio los patines y soltó un suspiro.

—Elsa —se levantó para colocarse frente a su hija y cogerla de los hombros—, sé que adoras patinar, y no nos importa que lo hagas. Pero

debes aprender un oficio. Las chicas de tu edad ya han pasado de aprendices a galardonadas, y tú ni siquiera has elegido qué hacer.

La muchacha se apartó, molesta, y subió las escaleras hacia su habitación. No quería entrar en una nueva discusión con su madre por el mismo tema de siempre. Ella quería ser patinadora artística, viajar por los reinos. Sin embargo, era consciente de que era un sueño casi imposible. ¿Cómo hacerlo si no existían aguas heladas en otros lugares? O eso se creía. Sostenía que tenía que viajar para descubrirlo.

—Elsa, por favor. Escúchame.

Fueron las últimas palabras que llegaron a sus oídos antes de que cerrara la puerta y se sentara en el suelo con la espalda apoyada en ella.

No quería defraudar a sus padres. Llevaba semanas pensando qué oficio escoger, cuál se adecuaba más a ella. Tejer no era una opción, no tenía paciencia para ello. Suspiró con la cabeza hacia atrás y vio el retrato de su abuela mirándola desde la pequeña mesa que había junto a su cama.

Su abuela Elsa. Por ella le pusieron Ealasaid, pero en la familia, y Kai también, la llamaban Elsa.

Y ese arrogante de Jack. Rechinó los dientes solo de pensar en él. Pertenecía a una familia adinerada, por lo que él no tenía ninguna preocupación en su vida. Podía hacer lo que quisiera, pues era el heredero único de una gran fortuna.

Podía patinar sin que nadie se lo recriminara.

Capítulo 2

Jack los vio alejarse. Elsa y Kai eran inseparables desde que eran niños, como él con su hermano Dermin. Suspiró mientras aceleraba sus movimientos para llegar a hacer un doble giro en el aire. Cayó con un golpe seco, que hizo que el hielo bajo sus pies emitiera un siseo cuando la punta de las cuchillas empezó a girar sobre él.

Cuando terminó la pirueta con una sonrisa de satisfacción, atravesó la laguna hasta llegar a la orilla donde se quitó los patines. Se quedó allí un buen rato, disfrutando del frío contra su piel, una sensación que únicamente podía sentirse allí, en la Laguna Helada.

Era magia.

Se colgó los patines en el cuello, la capa del brazo y, dando un rodeo, se dirigió hacia su casa.

Le gustaba ver desde la distancia los campos de cultivo. Había una zona de invernaderos, cuya fabricación se debía a su familia, la familia Frost. Sus antepasados descubrieron cómo, a partir del agua de una de las lagunas y arena de otra, podían fabricar un cristal especial, capaz de mantener frío o calor de aquello que rodeara. De esta forma, habían podido cultivar plantas y frutos que solo brotaban con un clima como el de la Laguna Helada.

Y este cristal era lo que había dado el apellido familiar, un apellido que había pasado de boca en boca, enriqueciendo a los Frost.

Su hogar estaba algo alejado de las demás casas y destacaba por ser más grande que el resto. Tenía tres pisos, un tejado carmín acabado en puntas y detalles de piedra en la fachada. Se rodeaba de un jardín donde crecían árboles que daban sombra para las tardes calurosas de verano, o para disfrutar de un buen libro un día apacible de primavera.

Una vez entró en los terrenos de los Frost, atravesando una verja

en la que relucía su nombre tallado en una placa de cristal, se detuvo a coger un melocotón del árbol. El pelo suave que cubría su superficie le hizo cosquillas en la mano. Aspiró su aroma dulce antes de darle un buen mordisco. Estaba maduro y jugoso y el zumo le resbaló por las comisuras.

Se limpió con la manga —algo que su madre no aprobaría— y terminó de comérselo antes de entrar en casa.

Escuchó las risas de sus padres y sonrió. Poco a poco habían recuperado la alegría. Dejó los patines y la capa en la entrada.

—¡Ya estoy aquí! —anunció antes de asomarse al salón.

Su padre, con el que compartía aquellos ojos gris oscuro, alzó la mirada tras un pastelillo de cereza, sentado en su sillón orejero favorito. Su madre se incorporó y se alejó del piano, frente al que había estado hasta ese momento.

—¿Has estado patinando? —preguntó Coral con condescendencia.

—Sabes que sí. —Se abstuvo de poner los ojos en blanco y cambió de tema—: ¿Qué hay para desayunar?

No se le escapó la mirada de disgusto que intercambiaron entre ellos. No le solían decir nada del patinaje, pues sabían que era su pasión, pero los incomodaba y Jack lo sabía.

No quería hacerles enfadar, por eso esquivaba el tema. Pero a veces era inevitable. Se dejó caer en el sofá, junto a su padre, deseando que aquella fuera una de las ocasiones en que daban la conversación por zanjada.

—He hecho una empanada de frutas del huerto para chuparse los dedos —informó su padre acercándose al más joven.

A pesar de contar con suficientes sirvientes que se ocuparan de la casa, a su padre le gustaba encargarse de cocinar. Decía que era como un pintor o un escultor: él era un artista de los sabores. No hacía mucho que había vuelto a ello, y Jack se alegraba de poder degustar de nuevo sus exquisitos platos.

—Cariño…

El tono de su madre le hizo ponerse tenso, pero no dijo nada. Vio la disculpa en los ojos de su padre y resopló. Sabía bien que ellos pensaban igual en todas las cuestiones y aquella no era una excepción.

—Sé lo que vas a decirme, mamá.

—¿Ah, sí? —Coral arqueó las cejas con gesto inocente.

—Cumplo con las funciones de la cristalería, tal como prometí.

—Sí, y lo estás haciendo muy bien. El otro día estuvimos hablando

de ello con… —Una mano se posó en el hombro de Bastian que se detuvo y carraspeó.

—Me gusta patinar.

—Lo sé, pero ¿no crees que le dedicas demasiado tiempo? —insistió ella.

—Es la única forma que tengo de recordarle.

Vio una chispa fugaz de resentimiento en los ojos castaños de su madre y se contuvo para no dejar fluir sus emociones.

—Con lo que nos hizo no lo merece.

Esa última afirmación había salido de la boca de Bastian, que no miró a ninguno de ellos mientras lo decía. Comprendía su dolor. Dermin los había dejado de la noche a la mañana.

Los había abandonado.

—Iré a cambiarme. No quiero recordaros al hijo al que tanto odiáis —soltó Jack, que solo quería salir de allí.

Se refugió en su habitación y fue directo hacia el cajón de su escritorio. Revolvió en él hasta llegar a la hendidura que permitía abrir un compartimento secreto. Sacó un sobre envejecido que llevaba allí tres años y lo miró en silencio.

La única explicación que había dejado Dermin antes de irse. Una carta concisa en la que decía que se iba en busca de fortuna, a ofrecer espectáculos como patinador en otros reinos en los que, quizá, como en el Reino de las Lagunas, hubiera tal vez un lago mágico congelado.

Jack se mordió el labio. Le echaba tanto de menos que se había llegado a plantear que lo que contaba la abuela de Kai fuera cierto. Era inverosímil, pero también lo era que se hubiera ido a por fortuna siendo un Frost.

Las palabras de la anciana retumbaron en su cabeza:

«A Dermin Frost se lo ha llevado la Reina de las Nieves».

Capítulo 3

Aquel día no pudo ir a la Laguna Helada. Su madre la había despertado con los primeros rayos de sol y le había insistido en que se dedicara a buscar un oficio. Con tal de no escucharla, Elsa se perdió entre las calles de la ciudad tras sus pasos.

—¿Qué tal recolectora? Estarías al aire libre como te gusta, y podrías conseguirnos frutas gratis… —Anabelle señalaba el mercado, donde hombres y mujeres llegaban con cestos de frutas de todos los colores.

Elsa arrugó la nariz con disgusto. Iba a replicar cuando vio en un puesto a la abuela de Kai, comprando harina y azúcar. Su rostro se iluminó.

—¿Qué tal pastelera?

Su madre se giró hacia ella con el ceño fruncido y la cabeza ladeada.

—¿Pastelera? ¿No es un poco… vulgar?

La joven se abstuvo de preguntar si ser recolectora no era vulgar. No le apetecía una nueva discusión.

—Kellina es la mejor pastelera de la ciudad. Incluso los reyes le compran tartas a ella.

Anabelle lo consideró unos instantes. Miró alrededor antes de dirigir los ojos de nuevo a su hija.

«Al menos por fin ha mostrado interés por un oficio», se dijo.

—Está bien. Hablaré con ella.

—¡No! ¿Quieres que parezca una niña pequeña porque mi madre tiene que llevarme de la mano en todo?

—Si a tus diecinueve años no te comportaras como tal, no haría falta.

Elsa resopló.

—Yo hablaré con Kellina.

La mujer claudicó. Decidió darle un voto de confianza a su hija. Le deseó suerte y se marchó a casa. Tenía trabajo que hacer todavía, por lo que en parte le venía bien que Elsa se encargara de sus propios asuntos, por mucho que quisiera supervisarla.

La muchacha cogió aire con pesadez antes de dirigirse a la anciana, que ya retomaba el camino de vuelta en dirección a la Pastelería de la Abuela.

—¡Kellina! —la llamó echando a correr. La apelada no la escuchó la primera vez, pero sí la segunda, que se detuvo y miró a todas partes, buscando a la autora de la llamada.

—¡Ealasaid! —A la anciana le gustaba su nombre, por lo que, aunque la joven se lo había pedido en alguna ocasión, se negaba a llamarla Elsa. Para ella, Elsa sería siempre la abuela—. ¿Qué necesitas?

—Pues… —La invadió la timidez—. ¿Podría ser tu aprendiz?

Kellina parpadeó varias veces.

—Jamás hubiera imaginado que a la nieta de Elsa le fuera la repostería.

La joven se encogió de hombros con indiferencia.

—Me gustan los colores.

La abuela de Kai soltó una carcajada, divertida.

—¿Quieres convertirte en mi aprendiz porque te gustan los colores? —Lo pensó durante unos segundos—. ¿Sabes? Es el mejor motivo que me han dado nunca. Te espero mañana a mediodía.

—¿A mediodía? —repitió, confusa.

—No pretenderás que esta anciana madrugue. Ya no soy lo que era antes. —Giró sobre los talones y se alejó de Elsa—. Mañana. A mediodía. ¡No faltes!

La chica esbozó una sonrisa traviesa. Podría compaginar aquel oficio con el patinaje, y ya su madre no podría recriminarle nada. Estuvo a punto de dar un salto y gritar de felicidad, pero no quería parecer una loca en medio del gentío.

Para celebrarlo, después de comer fue directa a patinar. Sabía que no estaría sola. Era una hora en la que solían ir niños y jóvenes a jugar sobre el hielo y hacer carreras sentados sobre él, a ver quién llegaba más lejos. No muchos mostraban interés por el patinaje, salvo Jack y ella, ambos motivados por Dermin Frost, quien les enseñó a ambos antes de marcharse.

Al acordarse de él se preguntó si habría logrado cumplir sus sueños, si estaría en esos momentos patinando por una superficie gélida de mayor tamaño que la que allí tenían, deleitando a reyes y hadas, a princesas y gigantes.

Pasó la tarde jugando con niños y practicando después. Ese día no vio a Jack y se alegró de poder entrenar sin que él estuviera fastidiándola todo el rato. Aunque en el fondo reconocía que le gustaba, sus retos eran una forma de superarse a sí misma y demostrarle que era mejor que él.

Poco antes de que cayera la noche, se reunió con Kai en la plaza.

—¿Qué tal con Túrix? —le preguntó ella.

—Dice que si continúo desafinando, congelaré todas las lagunas del reino solo con mi voz.

Elsa se echó a reír.

Kai siempre había mostrado pasión por las historias, y cuando se le presentó la oportunidad de convertirse en aprendiz de bardo, no lo dudó ni un segundo. Mas, tras tres años, no había logrado pasar de categoría, mientras que sus compañeros ya eran iniciados.

—Pues yo no le veo la gracia —refunfuñó él cruzándose de brazos.

—Anda, anda, no seas dramático. —Le cogió del brazo y le condujo a otra plaza más pequeña, donde Kellina estaba sentada en el borde de una fuente con niños, adolescentes y algunos adultos sentados en el suelo a sus pies.

Algunas noches, la anciana repartía pasteles y contaba historias, y los amigos no se perdían ninguna. Kai porque así tenía material para sus historias cantadas. Elsa porque disfrutaba soñando despierta con conocer otros lugares, aunque estos fueran propios de la imaginación de la abuela.

—... y, sobre todo, recordad —finalizó aquella noche—: nunca hagáis tratos con el ser cuyo nombre nadie conoce, pues será vuestra perdición. No os dejéis engañar por la reina que es más fría que el hielo, pues no volveréis a ver la luz del sol. Y jamás invoquéis a las malvadas brujas del este y el oeste, pues caeréis en su eterno juego de baldosas amarillas.

Siempre terminaba con las mismas advertencias, aterrando a algunos niños y haciendo reír a los mayores por aquellos cuentos que solo servían para asustar a los pequeños.

—¿Has probado los bombones que ha hecho hoy? —preguntó el chico a su amiga.

—¿Que ha hecho bombones y me avisas ahora?

Kai se encogió de hombros, restándole importancia.

—Voy a ver si le quedan. ¡Ah! Y tengo que contarte una cosa. ¡No te vayas!

El chico asintió sin moverse del sitio, mientras ella corría junto a la anciana, donde varias personas la felicitaban por los dulces, como ya era habitual. Elsa tuvo que esperar paciente su turno, sin poder vislumbrar si todavía quedaba alguno o tendría que castigar a Kai por su descuido.

Los ojos de Kellina brillaron al verla. Con un gesto de mano, la invitó a coger el último bombón oscuro que quedaba.

—Gracias.

Iba a llevárselo a la boca cuando la anciana la cogió del brazo y dijo, bajando la voz:

—Protégelo. Kai puede verla. A mí no me hará caso, pero a ti… —Clavó sus ojos agrisados en ella—. No dejes que se lo lleve también.

Capítulo 4

Apenas había despuntado el sol cuando Jack se incorporó en su cama y se acercó a la ventana, desperezándose.

Su mirada se detuvo unos instantes en el invernadero del jardín, donde los primeros rayos reflejaban brillos de colores. Los trabajadores entraban y salían por la puerta acristalada y el chico se preguntó a qué hora se levantaban.

En otras circunstancias se detendría a contemplar el amanecer hasta que el astro rey se alzara en todo su esplendor, pero no tenía tiempo que perder. El día anterior había acompañado a su padre a reuniones sobre el negocio familiar y no había tenido ni un minuto libre. Aprovecharía que era temprano para ir a la laguna antes de que llegara Elsa.

El tiempo que pasaba solo, acompañado del silencio y el siseo del metal sobre el hielo, le hacía sentir en paz.

Cogió los patines, se cubrió con la capa y echó a andar por el sendero de piedra hacia los terrenos de su jardín. Cogió un par de melocotones para el camino y se perdió entre los habitantes más madrugadores que ya se preparaban para el nuevo día. Muchos de ellos eran trabajadores de los campos de cultivo a los que saludó y ellos le devolvieron el gesto. Le conocían bien y no solo por ser un Frost, le veían cada mañana acudir sin falta a la laguna. Desde que era un niño que seguía a su hermano con insistencia.

Siempre se había sentido fascinado por Dermin y su capacidad innata para los patines. A él le había costado caídas y magulladuras llegar a dominar la danza helada. Y algún que otro corte que le había dejado cicatriz.

Por supuesto eso era algo que no reconocía y menos delante de Elsa, que en sus inicios no había demostrado tanta torpeza como él.

Ella había empezado tiempo después.

La ciudad se perdió a su espalda y las lagunas aparecieron ante sus ojos, salpicando el paisaje que se extendía ante él. El sendero se bifurcaba, dirigiéndose hacia todas ellas. Tomó uno que primero le llevaba por la del Amanecer, con sus aguas rojizas, y la del Anochecer, que simulaba un manto de estrellas. El camino terminaba en la Fuente Inagotable, aquella que surtía de agua limpia fresca tanto al Reino de las Quimeras como al Reino de las Lagunas. Estaba en la mismísima frontera de ambos reinos, por lo que la compartían —tras años de guerras por su posesión, mas habían logrado llegar a un acuerdo—. Jack solo tuvo que seguir el camino en línea recta para llegar a la que le interesaba.

Resopló con fastidio al ver que había alguien inclinado sobre la superficie pulida del lago. Al acercarse más y darse cuenta de que no era Elsa se relajó, aunque una voz en su interior le dijo que entonces no podría retarla con el nuevo salto que había estado practicando cuando ella no estaba.

No era habitual que nadie estuviera allí a esas horas, a menos que fuera ella. Se detuvo al darse cuenta de que era Kai. Estaba tan embelesado en el hielo que no se dio cuenta de que Jack se sentaba a su lado a cambiarse de zapatos.

Carraspeó, en busca de respuesta. Nada. Kai tenía los ojos fijos, absorto en su propio reflejo. Estaba terminando de abrocharse el segundo patín cuando un grito le sobresaltó.

—¡No!

Jack le miró extrañado. El chico seguía mirando el lago, pero se había apartado un poco, como si lo que viera en él le diera miedo. Se acercó, ya con los patines puestos.

—¿Kai? ¿Estás bien? —preguntó inclinándose hacia el chico.

—¿Eh? ¿Qué…? —Kai sacudió la cabeza como si saliera de un sueño.

Jack le miró con preocupación. Su turbación le extrañó. Tenía el cabello revuelto, las manos, que habían permanecido apoyadas en la escarcha del borde, tenían las puntas moradas. La nariz enrojecida y las mejillas a juego le indicaban que llevaba más tiempo allí de lo que debería.

—¿Qué haces aquí tan pronto? ¿Es que esperas a Elsa? —Jack alzó la mirada y escrutó el camino, en busca de la cabellera rubia de su rival.

—No. Nada. Solo estaba… —Kai se mordió el labio buscando alguna respuesta—. El hielo me fascina, me inspira. Quiero componer una historia que sorprenda a mi maestro.

—¿Seguro? —Jack entornó los ojos.

—¡Claro! —sonrió y miró los patines azul marino del chico—. Ya veo que vas a entrenar. Me voy, no te molestaré.

Jack asintió, algo más convencido y sin darle más vueltas, y empezó a patinar.

El viento helado en el rostro, la velocidad dándole esa libertad que tanto necesitaba.

Como si la laguna y él formaran una unidad. Y así se sentía muchas veces, como si solo pudiera ser él mismo allí. No era Jack Frost el cristalero, el heredero único de un imperio. Sino un chico al que le gustaba patinar. Esto le hizo recordar a su hermano y cuando la sonrisa amable de Dermin atravesó su memoria hizo su pirueta favorita. Se inclinó hacia delante, levantó una pierna y con los brazos extendidos dio vueltas.

Viendo el mundo pasar a esa velocidad olvidaba sus problemas, pero la herida que la ausencia de su mentor había dejado escocía. No le importaba. Durante mucho tiempo le había odiado por abandonarlo con tan solo una nota. Se había unido al rencor de sus padres. Pero después había buscado una explicación que satisficiera su ansia por saber el porqué. Las escasas líneas que conformaban la carta no le convencían, y, aunque incluso había llegado a creer a la anciana Kellina, había madurado y era consciente de que, simplemente, su hermano no pertenecía a ese lugar. Y era posible que Jack tampoco.

¿Por qué no le había llevado con él? ¿Por qué no se había despedido siquiera?

Se incorporó, juntó los brazos sobre la cabeza y los giros se aceleraron. Solo cuando se detuvo, resollando con gusto, vio por el rabillo del ojo que Kai continuaba allí. Pero Jack no le prestó atención. A veces tenía espectadores cuando danzaba en la laguna y eso le gustaba, así que decidió deleitarlo con sus mejores movimientos, sin percatarse de que un fragmento de espejo con forma de copo de nieve emergía del hielo y se clavaba en el ojo de Kai.

Capítulo 5

Esperó a que su madre se marchara para realizar una entrega. Su padre ya se había ido a la barbería en la que trabajaba desde su juventud.

Elsa no quería que, en especial Anabelle, la viera de nuevo con los patines. Ahora estaba contenta porque su hija ya había elegido un oficio, y eso significaba días, e incluso semanas de calma y buen humor flotando en la casa. No iba a estropearlo.

Los guardó en una bolsa junto con la capa. Si se encontraba con ella, siempre podía decirle que había ido al río a lavar ropa.

Se cruzó con algunas chicas que fueron compañeras suyas de clase, que la saludaron sin mucha emoción y continuaron con sus quehaceres. Cuando terminaron la escuela, ellas empezaron como aprendices, mientras que Elsa convencía a sus padres para que la dejaran dedicarse en cuerpo y alma al patinaje, bajo la instrucción de Dermin. Tendría que compartir las clases con Jack, pero merecía la pena con tal de poder dedicarse a lo que la apasionaba. Desde que viera al mayor de los Frost deslizarse sobre el hielo como el más elegante de los bailarines, supo cuál era su destino: el hielo. Patinar sobre él. Danzar al son de la melodía de sus cuchillas sobre la gélida superficie y deleitar a cuantos ojos la observaran. Había empezado por libre, una Navidad aparecieron unos patines bajo el árbol de casa y enseguida había ido a probarlos, entre caídas al no lograr mantener el equilibrio. En alguna ocasión se cruzaba con los hermanos Frost, y el mayor le daba consejos y enseñaba piruetas.

Al final, con la ayuda del propio Dermin, había conseguido el permiso de sus padres, con la condición de que no descuidara sus tareas domésticas y que él, además de tomarla como aprendiz, le consiguiera trabajo. Él había aceptado, viendo en Elsa el gran

potencial que tenía para dedicarse a ello.

Y después… se marchó. Abandonó a su familia, y también a ella. Elsa le odiaba por ello. Había roto sus sueños sin importarle nada más que sí mismo. Había decidido trabajar solo, dejando a sus dos aprendices a su suerte.

Su desaparición fue tan sonada que logró mantener a raya a su madre con el tema de buscar un oficio. Pasaron los meses y el tema se fue diluyendo en el otoño, en la primavera y después en el verano, hasta que la ciudad Anugal se olvidó de él y sus habitantes buscaron un nuevo chisme con el que entretenerse, como fue el concurso anual musical de Bremen. Se presentó el bardo Túrix y quedó ganador por encima de un flautista que decía hipnotizar con su música.

Anabelle entonces se volvió insistente y Elsa logró marearla con excusas o fingiendo buscar varios días a la semana a qué dedicarse. Pero tras año y pico, su madre ya no se dejaba engañar. La situación se volvió tensa, y Elsa finalmente había tenido que acceder.

—¡Eh, mira por dónde vas!

Iba tan sumergida en sus pensamientos que ni siquiera se había percatado de que había salido de la ciudad y ya atravesaba la pradera de las lagunas. Con quien había chocado no era otro que Jack Frost.

—¡Elsa! ¿Qué te trae por aquí? —Movió las cejas repetidas veces, fingiendo desconocer la respuesta.

Ella bufó y continuó su camino.

—¿Quieres que te acompañe y te dé la mano para que puedas mantener el equilibrio?

—¿Por qué no te pierdes un rato por tu mansión y me dejas tranquila? —resopló ella sin girarse agitando la mano.

Llegó a escuchar una carcajada irónica por parte del chico y una despedida que no logró entender por la lejanía.

Se preguntó si Jack odiaba a su hermano. Si le echaba de menos o si él sabía dónde estaba. Los Frost jamás habían dado noticia alguna de saber su paradero, o de si tenían noticias de él. Habían sido reservados.

La joven se liberó de todo pensamiento y se centró en disfrutar esa escasa hora que tendría de libertad aquel día. Al estar los adultos trabajando y los niños en la escuela, las lagunas, salvo las que eran necesarias para ciertos oficios, permanecían desiertas. Era agradable poder disfrutar de esta para ella sola, aunque fuera por poco tiempo.

Casi se le pasó la hora de su cita. Sin pasar por casa y con la bolsa

a cuestas, se presentó en la Pastelería de la Abuela. Un chico seleccionaba los pasteles que había en la estancia, eligiendo los que ya estaban pasados para tirarlos, o, si eran comestibles, dárselos a los pobres, como le gustaba hacer a Kellina. Mientras, tras el mostrador, una muchacha más joven que Elsa hacía anotaciones en un papiro.

Al escuchar la puerta, la anciana salió de la trastienda, donde se amasaba y horneaba. Tenía ya puesto un delantal manchado de harina.

—¡Bienvenida a mi dulce pastelería!

Los otros aprendices se fijaron en la nueva, que supo que la estaban evaluando. Sabrían quién era, y seguramente intuían que a su edad debería de ser ya iniciada. Pero no dijeron nada, la saludaron con educación y siguieron con lo suyo.

—Gracias, Kellina. ¿Por dónde empiezo?

—Así me gusta, sin perder el tiempo. Ven conmigo. —La condujo a la parte de atrás, donde Elsa dejó la bolsa en un rincón que no molestara y se colocó junto a la mujer—. Necesito que partas estas manzanas en juliana. ¡Hoy tocan dulces de manzana! Y el plato fuerte será un pastel.

A la joven se le hizo la boca agua solo de pensarlo. Se hizo con un cuchillo y una tabla y empezó con su tarea, al principio con timidez, pero cuando Kellina aprobó sus cortes, cogió confianza y velocidad.

Aquellas frutas eran un prodigio de los invernaderos de los Frost. Solo en otro reino se tenía conocimiento de que existiera este tipo de fruto: el Reino de la Manzana de Plata. Lo que daba nombre a dicho reino era un objeto mágico que se decía era muy poderoso. Como la Rosa Escarlata. O el Zapato de Oro. O la Lámpara Maravillosa. O…

—¡Mierda!

Soltó el cuchillo y se apretó el dedo índice con fuerza. La sangre escapaba entre sus dedos por el corte que se había hecho al distraerse.

—¿Qué…? —Kellina se acercó a ella y, sin decir palabra, se apresuró en coger un paño y enrollarlo sobre su mano—. Ve a la Laguna Cicatrizante. ¿Necesitas que te acompañe?

—Yo… —Los ojos se le empañaron por la vergüenza. Su primer día como aprendiz de pastelera y se cortaba. Dudaba que la anciana la quisiera con ella, por descuidada—. Lo siento.

—Querida, los accidentes culinarios pasan a diario. Ve a curarte. Las manzanas no se irán a ninguna parte.

Le sonrió con ternura y la joven se sonrojó. No la estaba echando.

Asintió con timidez y salió de allí hacia la laguna en cuestión, cuyas aguas tenían propiedades curativas que permitían cicatrizar las heridas en tan solo unos segundos y remitían el dolor. Por desgracia no funcionaban cuando un órgano se veía dañado, pues aunque lo exterior quedaba curado, el interior seguía herido.

Antes de que llegara a salir de la ciudad, alguien gritó su nombre. Al girarse vio que se trataba de Túrix, que se acercaba a ella con paso apresurado.

—¿Has visto a Kai?

Ella ladeó la cabeza.

—¿No está contigo?

—¿Eso no resulta obvio?

Elsa se mordió los carrillos. Sí, era obvio, si no no preguntaría por él.

—No le he visto en todo el día.

El hombre resopló con fastidio.

—Saltándose las clases… ¿Cómo piensa convertirse en bardo algún día? —Se revolvió el pelo con expresión de fastidio.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Las clases?

No se le había escapado que el hombre había usado el plural.

—No es la primera vez que se ausenta sin avisar. No sé qué se trae entre manos, pero desde luego nada que tenga que ver con la música. Su futuro pende de un hilo. —Levantó los ojos al cielo nublado—. No le daré más oportunidades.

La joven se mordió el labio, preocupada. Ser bardo era el sueño de Kai. ¿Cómo lo descuidaba de esa forma? Ella no había apreciado ningún comportamiento extraño las últimas semanas. Se veían algo menos, pero lo había atribuido a que él se estaba aplicando más en su aprendizaje, además de que ella había ido a patinar siempre que le había sido posible, a sabiendas de que pronto se acabaría por causa de su madre.

—Pero…

Túrix hizo un gesto de desdén con las manos y la dejó allí sola, llena de dudas.

Elsa fue consciente de que su mejor amigo tenía un secreto.

Capítulo 6

Días como aquel en la empresa familiar resultaban agotadores. Había aprendido a disfrutar de algunas tareas, como supervisar la recolección de la arena que utilizaban para fabricar los cristales.

Le fascinaba este procedimiento, y cómo a partir de dos tipos de arena, agua mágica y un proceso complicado, nacían los cristales. Una, de la Laguna Helada. La otra, de la Laguna de las Arenas, que era parecida a la del Amanecer en cuanto a la temperatura de sus aguas. Mas el color de la arena era de un verde esmeralda, gracias a la cual habían creado también cristales cálidos, pues era una arena que siempre estaba caliente.

Frío y calor. Topacio y esmeralda.

Los invernaderos eran un espectáculo.

Los trabajadores tenían que ir a una hora concreta para cada recolección. Y es que había un fenómeno que como patinador conocía bien: las lagunas tenían mareas. El nivel del agua descendía y ascendía a ciertas horas. Y era cuando el nivel bajaba que podían recolectar el material para la creación de los cristales: la arena En la de las Arenas sucedía cuando despuntaba el alba, pero en la Helada era al atardecer. Y esta, en concreto le maravillaba. ¿Cómo era posible que en una laguna cuya agua era puro hielo hubiera mareas? Pues así era. Un misterio que ni los propios habitantes del Reino de las Lagunas habían logrado desentrañar. Algunos habían observado la laguna en cuestión durante horas, esta subía o bajaba, mostraba movimiento bajo ella, pero su superficie helada se mantenía imperturbable.

Su padre caminaba a su lado con su porte elegante, ataviado con su faltriquera llena de aguas de diferentes lagunas mágicas que empleaba en sus tareas y la elegante casaca azul marengo que empleaba para trabajar. Aunque era de origen más humilde que su

mujer, Coral Frost, enseguida había adoptado las costumbres más elevadas de la nobleza, hasta hacerse cargo junto a ella de la empresa de los Frost. Jack le imitaba a la perfección mientras caminaba. Barbilla ligeramente levantada, hombros hacia atrás y mirada atenta, mientras observaba embelesado la Laguna del Atardecer, que a esa hora empezaba a brillar.

—¿Qué está pasando ahí? —Su padre miró contrariado en otra dirección.

Jack dirigió la vista hacia el lugar en que lo hacía el hombre.

Palideció al ver que había un chico de su edad encarándose a los trabajadores, que estaban situándose en los puntos en los que los cristales de arena azul aparecían.

—¡Estáis destrozando la laguna! No oséis tocarla con vuestras sucias manazas.

Bastian se acercó con paso amenazante, pero Jack le detuvo.

—Déjame hablar con él. Es Kai.

Su padre asintió, orgulloso de que su hijo quisiera tomar el control de algunas situaciones, y se acercó al lugar de la refriega para dar indicaciones a los trabajadores, que miraban con desconfianza al joven aprendiz de bardo.

—Últimamente viene mucho por aquí mientras trabajamos, pero nunca antes…

La voz de Niana, una de las trabajadoras, se perdió mientras se alejaba con el señor Frost y Jack apartaba a Kai a un lado.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —Taladró con sus ojos grises al chico.

—¡Suéltame!

Se apartó con brusquedad y dio un puñetazo en el aire que Jack esquivó por poco. Eso crispó sus nervios, pero se obligó a respirar hondo.

—Tienes que irte de aquí. Ya conoces las normas. Nadie puede estar presente durante la recolección.

Los Frost habían sido muy celosos con su descubrimiento, y aunque los materiales necesarios se habían extendido de boca en boca, parte del proceso seguía siendo secreto. Habían llegado a un acuerdo con los reyes para que les permitieran hacer desde la recolección hasta la fabricación sin nadie más presente que el personal necesario.

—La laguna no os pertenece.

Jack le miró de arriba a abajo sin comprender. No tenía palabras.

Kai nunca se había comportado así. Era un chico amable, que siempre iba de aquí para allá correteando y contando historias. Kellina decía que era un muchacho impredecible, pero… ¿eso?

—No quiero discutir, Kai. No sé si es que has tomado jugo de calabaza en mal estado o te comportas así porque…

Un golpe que no vio venir le hizo tambalearse y caer hacia atrás. Se llevó la mano a la mejilla con incredulidad. Hizo una mueca comprobando los daños; le saldría un buen cardenal cerca del ojo.

Antes de que pudiera reaccionar, Bastian se acercó a ellos y apartó al otro chico tomándolo del brazo. Kai no reaccionó al empuje, pero se liberó de él en cuanto pudo.

—No voy a dar parte de esto, porque confío en que es un hecho aislado. Pero espero no volver a verte aquí durante la recolección.

Kai escupió en el suelo mascullando el apellido Frost con desdén y se fue hacia el camino que llevaba a la Laguna del Tiempo. Jack no le dio importancia, aceptó la mano de su padre y se puso en pie con gesto dolorido.

—No sé qué le pasa.

El hombre señaló a los recolectores, que cuchicheaban sin quitarles ojo.

—Dicen que nunca se ha mostrado así.

—Puede que tenga un mal día.

—Vete a casa a descansar. Te lo has ganado, hijo.

—Estoy bien.

Pero mientras lo decía sintió un pinchazo en la mejilla y decidió obedecer a su padre. Antes de irse, se volvió hacia él y sonrió.

—Gracias, papá.

Bastian le guiñó un ojo antes de irse de nuevo hacia los recolectores.

Jack echó a andar hacia el pueblo. Las gentes recogían sus negocios y se dirigían a sus hogares. Entre ellas reconoció a Elsa, que no le vio. Se acercó a ella.

—¡Pequeña Elsa! —La llamó al ver que la chica, ajena a su presencia, aceleraba camino de su casa.

Ella se giró poniendo los ojos en blanco.

—¿En busca de consejos? Al parecer las caídas siguen siendo un problema. —Señaló su cardenal con gesto travieso.

—¿Esto? Precisamente es obra de tu amiguito. ¿Se puede saber qué le pasa a Kai?

—¿Qué tiene que ver Kai con…?

—Me lo ha hecho él. Se ha puesto muy agresivo en la Laguna Helada, como si la estuviera… No sé, ¿custodiando?

Se acercó un poco más a ella, bajando el tono de su voz. Los trabajadores lo habían visto todo y los rumores llegarían en algún momento, pero no quería que fueran por su causa. Sabía lo doloroso que podía ser. Aún había comentarios hirientes acerca de la desaparición de su hermano que le resultaban dañinos.

—Al parecer no es la primera vez que va en el horario no permitido al público. Pero sí es la primera vez que se pone violento.

Elsa se percató de la hinchazón del golpe, los bordes morados e irregulares del hematoma, que ya empezaba a rodear la parte inferior del ojo del chico.

—Él no es así.

—Por eso te aviso. Mi padre ha decidido no denunciarle, pero…

Ella asintió comprendiendo y se apartó un paso de él.

—Hablaré con él. Buenas noches, Jack. Gracias por…

Se mordió el labio.

—¿Por ser un buen amigo?

—¿Amigo?

Ambos soltaron una carcajada irónica antes de separarse.

Jack fue a su casa, donde tenían cristales helados. Iba a necesitar uno para que aquello no siguiera hinchándose, aunque tendría una buena marca durante días. Y temía que Coral Frost no fuera igual de comprensiva que su padre y desatara su ira contra Kai y su familia.

Capítulo 7

Tras su encuentro con Jack, Elsa se quedó preocupada. ¿De verdad Kai le había pegado? No podía imaginárselo. Su mejor amigo no era capaz de hacer daño ni a una mariquita. O bien Jack había exagerado —pero tenía un buen moratón para demostrar sus palabras— o bien a Kai le pasaba algo. Quizás tuviera que ver con ese secreto que no había compartido con ella.

A punto de llegar a casa, cambió el rumbo y fue a donde vivía él. Ansiaba descubrir la verdad, ayudarle en caso de que la necesitara.

Apenas había gente por las calles. Solo quedaban los rezagados y los que se dirigían a las tabernas a jugar y beber hasta que el cansancio los venciera. O quedarse sin dinero.

—¡Eh, Ealasaid!

Sus tres antiguas compañeras de clase aparecieron ante sus ojos. Iban cogidas del brazo y llevaban vestidos ceñidos y escotados.

—¿Por qué no vienes con nosotras a la Laguna Errante?

Este lugar era una posada situada en las afueras de la ciudad por la que solían dejarse caer los viajeros que estaban de paso. A la juventud le gustaba acudir en busca de extranjeros apuestos con los que divertirse. No sería la primera vez que alguien encontraba esposa o marido de otros reinos y abandonaba este en busca de una vida diferente.

Elsa acudió una vez por compromiso, y había pasado casi toda la noche en un rincón intentando hacerse invisible. No le gustaban los ambientes de gritos, alcohol y libertinaje. Le gustaba su vida sencilla —aunque hubiera tenido que buscarse un oficio— y pasar las noches leyendo.

—Quizás otro día, estoy cansada.

—Eres una aburrida —dijo una pelirroja.

—Serás una solterona —apoyó la primera que había hablado, de pelo negro y labios rojo pasión.

Entre risas, la dejaron sola y se marcharon. A la joven no le importaban los insultos y mucho menos encontrar marido. Su madre se había casado a una edad avanzada, pero lo había hecho con un buen hombre y habían vivido un romance precioso. Ella quería eso, si es que surgía. Si no, su amor seguiría siendo el patinaje.

Llegó a casa de Kai y cuando levantó la mano para llamar, escuchó gritos ahogados. Pegó la oreja y pudo distinguir las voces de los padres de su amigo. Sonaban algo lejanas, por lo que supuso que estaban al otro lado de la casa. La rodeó hasta llegar junto a la ventana de la cocina. Desde ahí pudo escuchar con más claridad.

—¡Ha agredido al hijo de los Frost, por todos los reinos! —gritaba la mujer.

—Lo sé, lo sé. Y ha transgredido las leyes de la colecta.

Un gemido desesperado.

—Me ha dicho Niana que Bastian Frost va a dejarlo pasar por esta vez, pero… No podemos permitir un comportamiento así, Liam.

—Tienes razón. Falta a las clases y ahora recurre a la violencia. Tendremos que…

El ruido de una puerta, la principal. Elsa se atrevió a asomarse con discreción y vio que Kai había llegado a casa con una sonrisa espeluznante en su expresión. Tragó saliva y se quedó allí parada, en lugar de ir a hablar con él como tenía planeado.

—Ven aquí inmediatamente, jovencito.

Kai se acercó más a sus padres, entrando en la estancia abierta al salón que era la cocina, donde el hombre estaba sentado ante los restos de una cena y la mujer paseaba de un lado a otro, inquieta.

El chico fue a la mesa y, del plato de estofado que había preparado para él, cogió con la mano un trozo de carne chorreante que se llevó a la boca sin ninguna educación. La salsa resbaló por la comisura izquierda y la limpió con la manga de la camisa.

—Pero ¿qué modales son esos?

Liam se levantó, dando dos puñetazos enfurecidos sobre la mesa.

—Kai, espero que tengas una buena explicación para lo de esta tarde.

Él la miró con aire distraído antes de responder.

—Solo hago lo correcto, madre.

Los adultos intercambiaron sendas miradas cargadas de confusión.

«¿Madre?».

Kai jamás se había dirigido así a sus padres.

El muchacho cogió otro trozo de carne que no llegó a su destino, pues su madre le dio un manotazo y cayó sobre el plato, salpicando caldo en varias direcciones.

—Si no vas a comer con educación, no cenarás. —Retiró el plato.

Kai se encogió de hombros y se marchó a su habitación.

Elsa volvió a mirar. Vio a los padres de su amigo estáticos, mirando el lugar por el que su hijo había desapareció. Parecían no saber qué hacer ni qué decir ante tal situación y los comprendía. Kai estaba… diferente. Aunque no sabía si era la forma de definirlo.

La joven decidió abordar a su amigo al día siguiente. Tal vez él mostrara mejor actitud y pudieran hablar sin problemas.

Esa noche, Elsa apenas pudo dormir. Tenía pesadillas con ese Kai de sonrisa siniestra que había visto la noche anterior.

Y fue el amanecer lo que trajo noticias todavía peores.

—¡Elsa! ¡Elsa!

Su madre irrumpió en su dormitorio, nerviosa. La joven se levantó de un salto y la cogió de los hombros.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Papá está bien?

—Es… Él…

Le temblaba la barbilla. Elsa temió lo peor y fue a la salita, donde vio a su padre en la entrada hablando con un vecino. Ambos repararon en ella y le dirigieron una mirada lastimera. El otro hombre se despidió y Hank, su padre, fue hasta ella.

—Hija…

Anabelle llegó en ese momento, pero dejó que fuera su marido quien se encargara.

—¿Qué pasa? Me estáis asustando.

Miró a uno y otro con el corazón en un puño.

—Uno de los invernaderos fríos ha sido destruido. —La joven abrió la boca por la sorpresa, y antes de que pudiera hacer suposiciones sobre qué habría podido pasar, su padre pronunció las peores palabras que podía imaginar—: Kai es el autor del delito.

Capítulo 8

Con el amanecer despuntando a su espalda, los patines colgados del cuello y una sonrisa de satisfacción, Jack entró en casa. Había madrugado para tener su sesión de patinaje antes de empezar las tareas como cristalero, que ahora ocupaban gran parte de su tiempo.

Estaba a punto de saludar cuando escuchó a sus padres hablar con agitación en la cocina. No se habían dado cuenta de que acababa de llegar. Tras dejarlo todo fue con sigilo hacia la puerta y se dio cuenta de que estaban discutiendo. Pocas veces lo hacían y eso hizo que el chico se sorprendiera.

Se situó junto al marco y se quedó allí, intrigado.

—Coral, ¿no crees que es algo precipitado que…?

—Bastian, no se trata de que pegara a nuestro hijo, cosa que ya me parece muy grave. Pero acepté no presentar cargos solo por ti, porque confío en tus decisiones. Sabes que siempre lo que hecho, aunque…

Jack entendió la pausa. Su madre se había criado como una Frost, había visto a sus padres hacer lo mismo una y otra vez, pero Bastian era hijo de un recolector y una sanadora. Todo lo que sabía del negocio era por su esposa. A ella no le gustaba recordárselo, pues Bastian había demostrado ser muy capaz de llevar la empresa tan bien como un Frost de nacimiento.

—Sus padres son ciudadanos ejemplares. Quizás… —insistió él.

—¡Pero ha destrozado un invernadero de hielo!

Jack ahogó un grito al escuchar estas palabras. Se tapó la boca para que no saliera sonido alguno de ella.

—Coral. —La voz de Bastian sonó pausada y calmada.

—Lo lamento, Bastian, pero en la reunión con los reyes voy a apoyar el destierro de Kai. Es un peligro para todos.

Al otro lado de la puerta, a Jack se le heló la sangre con la decidida respuesta de su madre.

—Tienes razón, pero…

Los pensamientos se agolparon en la cabeza del menor de los Frost, que salió de allí a toda prisa sin escuchar el resto de la discusión. No necesitaba saber más. Aquello hundiría a la familia de Kai. Y también a Elsa. Kai y ella llevaban siendo uña y carne desde antes de saber hablar. Y él, mejor que nadie, entendía qué era perder a un hermano.

Destrozar un invernadero era algo muy grave y comprendía lo que decía su madre, por mucho que le pesara.

Atravesó los jardines de su casa hasta llegar a la parte trasera, donde destacaban dos invernaderos pequeños que pertenecían solo a la familia y los autoabastecía.

Pronto llegarían los Garber. Eran una familia que habían servido a los Frost durante generaciones y se encargaban de las tareas del jardín.

Entró sin pensarlo en uno de ellos, atravesando la puerta de cristal turquesa. Le reconfortaba el frío y se quedó allí en medio, disfrutando de la sensación helada en su piel. Caminó entre los frutales, se apoyó en el tronco de un granado y cogió un fruto maduro. Lo sostuvo entre las manos dándole vueltas a una sola idea.

El destierro de Kai.

¿Debía avisar a Elsa antes de que todo se descontrolara? ¿Para que ella al menos pudiera despedirse como no pudo él? A pesar de su rivalidad sobre el hielo, no existía ningún problema entre ellos, si bien tampoco podían considerarse amigos. Sin embargo, Jack no podía evitar empatizar con la situación de pérdida que estaba a punto de vivir la chica.

El sol filtraba sus colores a través del techo, como un prisma, reflejando la luz por todo el invernadero.

Eso significaba que pronto tendría que empezar sus tareas.

Salió a toda prisa de allí, chocando con la señora Lavanda que llegaba para la colecta de granadas. El cesto que llevaba escapó de sus manos y salió rodando.

—Lo siento —se disculpó recogiendo el cesto y tendiéndoselo a la sirvienta.

Esta no dijo nada, tampoco hubiera podido replicar pues para cuando quiso darse cuenta Jack, se perdía por el camino de la entrada.

Corrió por las calles hasta llegar sin aliento a casa de Elsa. La vio salir con expresión de angustia y estaba a punto de interceptarla cuando oyó la voz de Anabelle Gerda.

—Elsa, para. Es un… No puedes hacer nada.

—Es mi amigo, mamá, tengo que… No sé. Algo le pasa.

Su madre suspiró y bajó los puños a su delantal, derrotada. Negó con la cabeza. Conocía al muchacho desde que iba en pañales y comprendía la visión de su hija. Kai siempre había sido alegre y divertido. Bueno con todo el mundo. Ella tampoco lo entendía.

Finalmente pareció aceptar la decisión de su hija y volvió dentro de la casa tras desearle suerte.

Elsa se dio media vuelta para seguir su camino con tanta decisión que se topó con Jack.

—¿Qué haces tú aquí?

—Tengo que hablar contigo.

—¿Y tiene que ser ahora? Tengo prisa.

—Es acerca de Kai.

Los ojos de Elsa se agrandaron y le miró con interés renovado. Jack la tomó de un brazo y la llevó a una zona menos concurrida.

—¿Y bien?

—Esta mañana he oído hablar a mis padres y…

—Sé lo del invernadero.

—Se va a convocar una reunión para proponer su destierro.

—¡¿Qué?!

—Baja la voz.

—No pueden hacer eso, Kai es…

—Lo sé, pero dudo que cambien de idea y menos con su actitud. Habla con él, puede que se pueda hacer algo. Aunque… lo dudo.

Jack se apartó un paso de la chica que asintió. Estaba asustada y el muchacho se obligó a estirar los brazos hacia ella y tomarla de los hombros.

—Tranquila, pequeña Elsa, a ti te escuchará.

—Tal vez. Pero creo que ya es demasiado tarde —dijo con voz rota.

Él retiró el contacto y sonrió con pesar antes de despedirse y volver por donde había venido.

Elsa se quedó unos instantes más allí, pensando en las palabras de Jack.

Capítulo 9

—¿Dónde está tu hijo, señora Tharg?

La joven se detuvo a una distancia prudencial al ver un par de soldados frente a la casa de Kai, hablando con su madre.

—No… no lo sé… —La voz le temblaba.

—Entra y registra la casa —ordenó el mismo hombre a su compañero.

Este hizo a un lado a la mujer con poca delicadeza y esta soltó las lágrimas que había estado reteniendo.

—No ha pasado la noche aquí… Yo… Él es un buen chico… Por favor…

Pero el soldado se mantuvo impasible. Elsa era consciente de que, por mucho que él pudiera apenarse por la mujer, solo seguía órdenes. Ya debía haber llegado a oído de los reyes lo sucedido, y llevarían a Kai para someterle a un juicio.

Elsa se mordió el labio y se marchó de allí, dirigiéndose al único lugar en el que sabía que estaría su amigo. El que en innumerables ocasiones había sido el refugio de ambos: la Pastelería de la Abuela.

Al llegar, se fijó en algunas personas que se detenían y miraban hacia el establecimiento. Llegaban al exterior voces semiahogadas y algún gemido que ella reconoció; pertenecía a Kellina. Ninguno de los espectadores se atrevía a intervenir, pero Elsa tuvo que hacerlo. Se acercó, asió el pomo de la puerta y rezó a las hadas para que, lo que se escondiera tras ella, solo fuera a su amigo, arrepentido y a su abuela, tratando de animarlo.

Vanas esperanzas, sabía.

Y así fue.

Lo que sus ojos vieron le rompió el corazón. La pastelería estaba patas arriba, los dulces se extendían por el suelo como una alfombra

de colores pegajosos. Kai tenía las manos ocupadas con un taburete de madera que lanzó contra una de las vitrinas. Kellina gimió desesperada.

—Kai, detente, por favor…

—¡Kai!

Elsa se acercó con prudencia a su amigo, que ya se agachaba a recuperar su arma. La miró y le dedicó una espeluznante sonrisa.

—Bienvenida a la fiesta. ¿Te unes?

La joven dio un paso atrás para que el taburete no llegara a rozarla cuando él se lo ofreció.

—Kai, ¿qué estás haciendo?

El chico miró alrededor y ella percibió un pequeño destello en uno de sus ojos, efecto de la luz del sol a través de los cristales rotos del escaparate. Era siniestro.

—¡Voy a convertir este tugurio en una heladería!

Elsa parpadeó varias veces y Kellina sollozó. Se había sentado en una de las mesas donde sus clientes degustaban sus magníficos dulces. La única que quedaba todavía en pie.

—Ya… —La joven no sabía muy bien qué decirle. Kai era el mismo y, a la vez, parecía otra persona. Fría. Oscura—. ¿Y no era mejor hacerte con tu propio local?

—El negocio de esta vieja chocha me pertenece.

Estampó el taburete en la segunda y última vitrina, para consternación de ambas.

—Kai, dinos qué te pasa. Podemos ayudarte. —La anciana clavó sus ojos empañados en él y cuando Elsa la miró, se dio cuenta de que Kellina tenía cortes en las manos y sangraban. Se apresuró a coger un paño y se lo envolvió.

—¿¡Te das cuenta de lo que has hecho!? ¡Has herido a tu abuela! —Se incorporó perdiendo los papeles y encarándose a él—. ¿Qué narices te pasa? ¿Por qué te comportas así?

—Siempre he sido así. —Se acercó a ella y amplió su sonrisa—. Estaba harto de contenerme. De obedecer a un padre manco por su incompetencia. —Elsa abrió mucho los ojos. El padre de Kai había perdido su mano en una revuelta con unos criminales, estando al servicio del rey. Jamás Kai se había referido a él de forma tan insultante—. A una madre llorona por su desgracia y por un hijo con pájaros en la cabeza. A una vieja que regala pastelitos a la peste de la ciudad. Y harto de andar con una niñata que lo único interesante que

hace es patinar como una idiota, creyendo que se labrará un futuro.

Si en ese momento alguien hubiera derramado un cubo de agua de la Laguna de Aguas Frías sobre Elsa, no hubiera notado la diferencia con lo que estaba sintiendo. Kai la miraba inexpresivo, con un brillo de oscuridad que la aterraba.

—No… Te conozco desde que somos pequeños. Tú nunca…

—¡Yo nunca qué! —bramó él, propinándole un empujón a su amiga.

La joven cayó de culo, y antes de que pudiera decir nada más, los mismos soldados que estaban en casa de Kai irrumpieron en la pastelería.

—Kai Tharg, tienes que acompañarnos.

El joven gritó lanzando la banqueta contra los hombres, para sorpresa de los presentes, que la esquivaron con rapidez.

—No hagas esto más difícil, muchacho.

El chico ya estaba buscando qué más usar para tirar, pero ellos fueron más rápidos y le apresaron. Él se revolvió, pero fue inútil. Le arrastraron al exterior ante la mirada de los curiosos que se habían quedado allí.

Elsa se levantó, manchada y dolorida, y fue junto a Kellina.

—Vamos, tenemos que curarte esto.

—Ha sido ella… —gimoteó la mujer, mas su aprendiz ignoró estas palabras, preocupada en esos momentos por las heridas de la anciana y el destino de su amigo.

Capítulo 10

Jack había tenido que ocuparse él solo de algunos asuntos de la empresa familiar mientras sus padres acudían a la reunión que había sobre Kai.

Jack siempre había mantenido la esperanza de que un día su hermano volvería —tras haber fracasado en su viaje— y sería él quien se encargara del negocio familiar. Incluso sus padres la habían mantenido, hasta que le confesaron que no iba a volver, y que había dejado una nota explicando su marcha.

Conservar la carta le ayudaba. La releía de vez en cuando y le imaginaba triunfando muy lejos de allí, donde también hubiera lagos helados. Otras veces creía que se habría montado su propio espectáculo, con compañeros que habría encontrado por el camino. Siempre que pensaba en esta opción se sentía defraudado por estar al margen.

Pero el resto del tiempo ponía los pies en la tierra y sabía que aquel sueño tenía poco fundamento en un mundo donde el frío solo se daba en ocasiones muy especiales.

Era un sueño de niños que él tenía la suerte de mantener gracias a la empresa del cristal. Aunque sabía que se acabaría. Cada vez su padre le requería más tiempo.

Caminaba sin rumbo fijo, con sus pensamientos puestos en Kai. Aunque no habían llegado a ser amigos, él siempre había sido bueno con Jack. No merecía el destierro. Pero si era cierto lo de los invernaderos…

—¡Eh, Frost!

Se detuvo con hastío. La voz pertenecía a Torid, un antiguo rival de su hermano cuyo pasatiempo favorito ahora era meterse con él. Torid también se había dedicado al patinaje y no solo eso: a pesar de

su rivalidad, Jack había visto la química que había entre ellos. En ocasiones los había cazado, escondido en la oscuridad de la noche, patinando juntos. Se complementaban a la perfección. Y el menor de los Frost sabía que entre ambos saltaban chispas. Pero Torid tuvo un accidente y se partió el tobillo, lisiándole de por vida. Ello le generó un rencor hacia Dermin que se acrecentó cuando este se marchó.

—¿Qué quieres, Torid?

Jack evitó mirar el bastón en el que el otro chico se apoyaba. Sabía lo mucho que eso le ofendía y no quería provocarle.

—¿Todavía sigues con tus sueños infantiles? Te vi esta mañana ir a la laguna.

El muchacho no respondió. No le avergonzaba que supieran que patinaba. Sabía que había gente que lo veía con malos ojos, pues consideraban que no tenía futuro. Sin embargo, otros lo apoyaban en silencio, gente que tres años atrás acudía a la laguna a ver a Dermin, Jack y Elsa —y a Torid antes del accidente— danzar sobre el hielo. El mayor de los Frost estaba luchando por convertir el patinaje en un espectáculo y cada vez ganaba más espectadores.

—¿Y a ti qué te importa?

—Jamás llegarás a mi altura. —Levantó la barbilla dándose importancia.

Jack se mordió la lengua.

—Y que el cobarde de tu hermano abandonara solo hizo que la gente perdiera el poco interés por el patinaje.

No quería caer. Sabía que solo se metía con él porque podía seguir haciendo lo que él ya no. Pero insultar así a su hermano…

—¡No abandonó! Se marchó en busca de convertir el patinaje sobre hielo en un espectáculo famoso en todos los reinos.

Torid soltó una risotada y le señaló con el bastón.

—Eres un iluso, Frost. Pronto caerás, y espero estar allí para verlo.

El cojo se marchó, dejando a un Jack lleno de rabia con los puños apretados. Cada vez que alguien mencionaba a su hermano, le dolía más. En su interior luchaba por creer que Dermin solo había emprendido un viaje para un día regresar con el éxito a su espalda y llevarse a su hermano pequeño y, quizás, a Ealasaid Gerda. Pero cuando alguien decía en voz alta que Dermin Frost los había abandonado, sentía un pinchazo en el pecho.

Apartó esto de su mente, al lisiado de Torid y su propio futuro en el que en ese momento no quería pensar, y se dirigió a la Pastelería de

la Abuela. Se le hizo la boca agua solo de pensar en los dulces de granada, sus favoritos.

Ya visualizaba el chocolate blanco escurriéndose entre sus dedos, entre los granos, sobre el bizcocho rosado, cuando escuchó los murmullos y se fijó en el gentío de la plaza.

Aunque estaba concurrida siempre, no era el ambiente alegre al que estaba acostumbrado. Cuando estuvo lo suficiente cerca entrecerró los ojos, tratando de comprender qué sucedía.

Lo primero en que se fijó fue en el estado deplorable del negocio, alguien había destrozado los escaparates. Al escuchar los gritos de la anciana se acercó todavía más, pensando que había sido víctima de algún robo.

No había mucha criminalidad en la ciudad Anugal, por eso estaba sorprendido.

Había gente tratando de hablar con Kellina, que vociferaba. No quedaba rastro de la abuelita adorable que contaba historias al atardecer. Fuera de sí, la repostera alzaba la voz diciendo incoherencias.

Se fijó en Elsa, que tomaba a su maestra del brazo buscando calmarla.

—¡Os digo que esto lo ha hecho ella! No estamos a salvo. Ninguno de nosotros.

—Kellina… —suplicó la rubia con gesto afectado.

Jack esquivó a las personas que lo separaban de las dos mujeres. Cuando consiguió alcanzar la pastelería el gentío empezó a dispersarse mascullando que Kellina estaba perdiendo la cabeza.

Se acercó a la anciana. Le caía bien, siempre había alentado los sueños de los niños, y con sus historias los invitaba a imaginar sus propios futuros, llenos de magia y aventuras.

Antes de que el chico abriera la boca, Kellina se fijó en él. Le agarró el brazo con una mano extrañamente helada y clavó la mirada clara en Jack. Fue un gesto tan intenso que este se echó hacia atrás por instinto. Reparó en las pequeñas cicatrices de sus manos, que parecían muy recientes. Viendo el suelo lleno de cristales podía intuir por qué.

—Ha vuelto a pasar. Esa laguna no es segura. Deberíais tener cuidado con lo que hay bajo el hielo.

—Kellina, no creo que… —intervino Elsa, todavía cerca de ellos.

—Primero fue tu hermano, Frost, ahora Kai. Vosotros podéis ser

los siguientes —amenazó ignorando a su pupila.

Y sin más le soltó y entró en la pastelería, como si pudiera recomponerla. Elsa iba a seguirla, pero Jack la detuvo.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién ha hecho esto?

Elsa dudó. Cambió el peso de una pierna a otra y se mordió el labio.

—¿Ha sido Kai? —Jack bajó la voz y se inclinó un poco más hacia ella.

Elsa no pronunció palabra y asintió. El chico dirigió una breve mirada a la pastelería. En el interior Kellina daba vueltas mirándolo todo con consternación mientras murmuraba para sí y les observaba de soslayo.

—Está destrozada. Si hubieras visto cómo la ha tratado…

—Pobrecilla, debe de ser duro aceptar un cambio así en alguien a quien quieres.

—Es cierto. Él no es así.

Jack la vio sumirse en sus pensamientos y se preguntó si habría tenido ella también algún problema con Kai.

—Lo sé, a veces no conocemos a las personas tanto como creemos.

Elsa asintió, aceptando su explicación. Jack pensaba en su hermano y en lo derrotado que se sintió cuando se fue. Como si el mayor de los Frost nunca hubiera mostrado su verdadero yo.

—Túrix me dijo que había estado faltando a clases… Se lo conté a Kellina y se puso muy nerviosa y empezó con todo eso de… —Se mordió el labio sin saber cómo continuar.

Jack ató cabos, comprendiendo las palabras de la mujer y se tranquilizó.

—Ah, la historia de la Reina de las Nieves —terminó restándole importancia con un gesto de la mano.

Ella le miró con ojos brillantes.

—¿No creerás en esas fantasías, no, pequeña Elsa?

Por una vez, ella no le recriminó que la llamara así.

—Claro que no, solo estoy preocupada por Kai. Eso es todo. Y con esto, lo del destierro…

Los ojos marrones de la chica se empañaron con un mar de lágrimas. Jack no dijo nada. No podía darle consuelo, pues sabía bien que a Kai le expulsarían del reino. Había demostrado ser un peligro para todos con sus últimas acciones.

Incluso había herido a su abuela y destrozado la pastelería. No

había nadie en todo el Reino de las Lagunas que pudiera salvar al muchacho de su destino.

Capítulo 11

Elsa vio marchar a Jack. Era la primera vez que tenían una conversación seria, sin piques tontos. Al ser el heredero Frost, no se imaginaba una actitud en él como la que acababa de tener. Había ido a avisarla.

Fue a visitar a los padres de Kai, pero estos no tenían noticias todavía. La reunión se estaba alargando y Elsa tuvo la mínima esperanza de que, tal vez, se estuvieran planteando lo del destierro. Kai siempre había sido un chico ejemplar, también sus padres y su abuela. No podían echarle sin más.

A la hora de la comida se marchó con sus padres, que sacaron temas banales sobre sus trabajos, tratando de evitar el que preocupaba a su hija. Pero Elsa no les prestaba atención. Solo podía pensar en su amigo.

Regresó a casa de los Tharg, pero no quería molestar. Lo estaban pasando mal, y, aunque ella también, no era parte de la familia. Por ello decidió ir a ver a Kellina y ayudarla con la pastelería, algo que debería haber hecho por la mañana. La anciana no estaba, solo los aprendices, que le tendieron una escoba sin más indicaciones. Elsa pasó la tarde barriendo, tirando y limpiando. Los otros dos estaban más centrados en darle órdenes, pero no le importó. Al menos así se mantenía ocupada.

Hasta que ya no pudo más.

Casi era de noche cuando se dirigió sin dudarlo hacia la calle en la que ambos vivían. Era una avenida estrecha en la que las casas de uno y otro lado quedaban separadas por unos metros escasos. Las habitaciones de ambos daban una frente a la otra y eso solo había hecho que aumentar la sensación de que eran hermanos.

Sintió el aguijonazo de la culpa pellizcando el pecho. Ella era su

mejor amiga, ¿debería haberse dado cuenta antes de que algo pasaba? Sacudió la cabeza, diciéndose que no merecía la pena lamentarse por cosas que ya habían sucedido.

Cuando llegó a la calle que compartían apretó los labios. Estaba llena de guardias, poniéndolo todo patas arriba, llamando al muchacho con amenazas.

—¡Kai Tharg! Estás complicando las cosas y vamos a tomar medidas.

Elsa lanzó un grito cuando sacaron a la señora Tharg a rastras de la casa. La mujer tenía el cabello alborotado y la cara sucia por las lágrimas y el maquillaje.

—Os digo que no sé dónde está. Salió corriendo por detrás. Yo… —Su voz se quebró con un sollozo y se dejó llevar con gesto derrotado.

La joven se acercó entre empujones hasta la mujer.

—¡Soltadla, brutos!

Los soldados le hicieron caso, aunque Elsa supo que era porque estaban centrados en registrar la casa y los alrededores. Lisda se aferró a ella con desesperación.

—Ha huido, Elsa. No sé qué le pasa a mi pequeño… —Hipó—. Todo estaba bien y de repente… —Desvió la mirada y vio cómo sacaban a empujones también a su marido—. ¡Dejadle en paz!

Le lanzaron junto a su esposa que se abrazó a él.

—Todo irá bien…

Ninguno la miró. Ni ella se creía esas palabras. Kai se había convertido en un delincuente y le habían desterrado por ello. ¿Volverían a verle?

Elsa salió disparada por los caminos. Corría todo lo deprisa que pudo mientras sentía la súplica de su cuerpo porque parase. Pero no lo hizo. Corrió y corrió hasta que se detuvo exhausta frente a la Laguna de Hielo. Cuando lo hizo se inclinó hacia delante apoyando las manos sobre sus muslos intentando recobrar el aliento.

No era día de colecta y estaba desierta. Al parecer, con todo lo que estaba pasando ni siquiera los niños se habían atrevido a ir.

Escuchó el murmullo de las hojas a su alrededor y se estremeció. Un frío antinatural, pues todavía no estaba sobre la capa de hielo, la hizo sentirse amenazada.

Se rio de sí misma con nerviosismo y alzó la vista en busca de su amigo.

—¡Kai! Puedes salir. Soy yo, Elsa.

Dio un paso hacia el lago y se sorprendió al sentir el frío bajo la suela de su zapato. Frunció el ceño y siguió avanzando hasta detenerse ante el lago.

Se quedó allí mirando a la nada hasta que bajó la vista a la capa de hielo, esperando encontrarse con su reflejo. Se imaginaba despeinada y con un aspecto no mucho mejor que el que había ofrecido Lisda Tharg.

Sobre su cabeza las tres lunas la observaban. Una de ellas tenía un brillo rojizo alrededor que indicaba que era día de eclipse lunar. Pero la chica era ajena a lo que sucedía en el cielo, cuando el suelo que pisaba en ese momento ocupaba toda su atención.

Pero no fue a sí misma a quien vio en la superficie gélida.

Bajo la capa de hielo había todo un reino. Pero sus ojos fueron directos hacia un gigantesco palacio de hielo. Sus cúpulas tenían formas punzantes y estaba rodeado de murallas con aristas de hielo afiladas como dagas.

Intentó dar un paso atrás, apartar la mirada, pero su cuerpo no respondía.

—No es real.

Respiró profundamente. Tragó saliva. El palacio no desaparecía y Elsa alargó una mano para tocar el lago y así cerciorarse de que todo estaba en su cabeza, de que era fruto de los nervios y la preocupación por su amigo.

La luna empezaba a recobrar su color natural cuando las yemas de los dedos de la rubia rozaron el frío y la imagen del palacio se desvaneció.

Debería haber estado más tranquila, cuando todo volvió a la normalidad, pero el corazón le iba a mil por hora. Respiró con agitación intentando pensar con claridad. Pronto la oscuridad sería total, tenía que irse a su casa, pero no dejaba de buscar una señal, un atisbo de lo que había al otro lado del lago.

—¿Era real? ¿Y si era real?

Fue un murmullo en el silencio de la noche. Una sombra se agachó a su lado y con una delicadeza impropia de él la rodeó por los hombros y la ayudó a incorporarse.

—Elsa. Se ha ido.

Su voz fue más cortante que el hielo de las murallas que había visto al otro lado. Contempló con ojos vidriosos al recién llegado, sin

comprender.

—Tus padres estaban preocupados por ti. Vamos, pronto será noche cerrada, hay que irse.

—Pero, Kai…

—Pequeña Elsa, te prometo que esto pasará. Te entiendo muy bien. Vamos, te acompañaré a casa.

Elsa se dejó llevar, mientras ordenaba sus pensamientos. No entendía qué acababa de pasar y, aunque no era una niña tonta que creía en cuentos de brujas malvadas, lo que había visto le había parecido muy real.

Capítulo 12

Sus padres estaban sentados en el salón con la preocupación reflejada en el rostro. Coral dejó la infusión ya fría que había estado tomando y corrió a recibir a su hijo.

—¿Dónde estabas? Con ese peligro suelto…

Coral había insistido en que Kai era peligroso y hasta que no apareciera lo mejor era andarse con cuidado. Jack la entendía, pero cuando le habían confirmado el veredicto y la desaparición de Kai había recordado a Elsa, y sabía bien dónde lo habría ido a buscar. Por fortuna o por desgracia, ella no había dado con el muchacho. Los guardias se encargarían de buscarle por el reino. Un chico no podía evaporarse como si nada.

—Elsa estaba en el lago. No había rastro de Kai.

—Gracias a las hadas —suspiró su madre aliviada.

Bastian llegó desde la cocina con una taza humeante y se la tendió a su hijo con una sonrisa carente de humor.

—Te vendrá bien para descansar.

Jack aceptó y se sentó con ellos. Bebió de la infusión, afrutada y con un toque dulce.

—¿Cómo está Ealasaid? —preguntó Bastian.

—Mal. Serán unos días duros, pero aprenderá a vivir con ello, como hicimos nosotros.

Sus padres intercambiaron una mirada triste, pero ninguno dijo nada. Jack se terminó la bebida y deseó buenas noches a sus padres.

La noche no fue del todo reparadora, puesto que al revivir todas esas emociones soñó con el día en que desapareció su hermano. Se despertó como si hubiera vuelto al pasado. Tomó una bocanada de aire y cerró los ojos unos instantes, retorciendo las sábanas con los puños.

Ahogó un grito de frustración y estaba a punto de sacar la nota para releerla cuando unos toques en la puerta le interrumpieron.

—¿Jack? ¿Estás despierto?

Era su madre. Miró por la ventana. Los rayos entraban a raudales por ella y maldijo por lo bajo. Se había dormido y ni siquiera tendría su sesión de patinaje matutino.

—¡Ya voy, mamá!

Se quitó la camiseta del pijama y la dejó sobre la cama. Estaba buscando una camisa limpia cuando la puerta se entreabrió.

—Ha venido Ealasaid.

Jack la miró sin comprender. ¿Elsa? ¿Qué hacía en su casa?

—Ya bajo.

Terminó de vestirse y tras adecentarse un poco el cabello revuelto bajó las escaleras. La joven estaba en el salón de pie junto a un sillón. Tenía los ojos enrojecidos y estaba nerviosa.

—Elsa, qué sorpresa tenerte aquí —bromeó, intentando sacarle una sonrisa.

Ella asintió quitándole importancia, como si nada la tuviera y atravesó el salón a grandes zancadas hasta llegar a su posición.

—Quiero hablar contigo.

La rubia miró en derredor con cierto nerviosismo y Jack comprendió.

—Claro. Demos una vuelta por el jardín.

Coral los miraba extrañada mientras empezaba a sacar los libros de cuentas. Una vez a la semana se dedicaba a hacer números de la empresa. Jack le dio un beso en la mejilla y le dijo que no tardaría. Era una manera de decirle que no era ningún truco para huir de la contabilidad, sin duda la parte más tediosa de ser empresario de un gran imperio.

Llevó a Elsa a un cenador de piedra cercano a los invernaderos. Estaba lo suficiente lejos de la casa como para que ella estuviera cómoda y también lejos de los oídos indiscretos de los sirvientes. Se sentaron en un banco de piedra. Elsa no paraba de retorcerse las manos una contra la otra y el menor de los Frost recordó los primeros momentos sin Dermin y se compadeció de ella.

—¿Cómo estás? —preguntó Jack, que no entendía bien a qué venía tanto secretismo.

—Gracias por lo de ayer, pero no he venido por eso.

Él entrecerró los ojos sin comprender.

—Bueno, en parte sí —añadió atropelladamente.

—Elsa, suéltalo.

—Verás, es que… —tomó aire y le miró a los ojos—, creo que la Reina de las Nieves podría ser real.

Jack parpadeó varias veces antes de soltar una carcajada. Se echó hacia delante entre risas y al ver la expresión seria de ella, supo que no estaba bromeando.

—¿Has venido hasta aquí para hablarme de un cuento?

—Jack. Escucha. Sé que parece una locura. Llevo dándole vueltas toda la noche. Ayer, cuando fui a buscar a Kai, lo que vi en el lago fue…

—Estabas nerviosa. A veces vemos lo que queremos ver y en una situación así…

—No. Era real, Jack. No estoy loca. Piénsalo un momento.

Jack negó con la cabeza y se puso en pie. Suspiró y miró a su alrededor en busca de las palabras. Finalmente se puso en cuclillas frente a ella y la miró con dureza.

—Pequeña Elsa, la vida es una mierda a veces. La gente que creemos conocer cambia de un día para otro y se va.

—No, no… No conocías a Kai, pero sí a Dermin y…

—A eso me refiero. *Creía* conocer a Dermin, pero al parecer no era el que todos veíamos. Se fue y nos dejó y no va a volver. Igual que Kai.

—Si escucharas lo que tengo que decir… Había un palacio de hielo y…

—Elsa. Para. —La miró serio—. No quiero oír nada más de esto. Estabas mal, triste, derrotada. Entiendo lo que es perder a un hermano, el dolor es devastador. Te destruye y crees ver cosas donde no las hay, es normal. No estás loca, ni…

—No me crees.

—No digo que no lo vieras, solo que…

—Que me lo imaginé.

—Exacto.

Elsa se levantó con brusquedad, Jack se tambaleó antes de incorporarse también.

—Entonces no vas a ayudarme.

Elsa le dio la espalda y empezó a caminar hacia la salida de los jardines.

—¿Ayudarte? ¿Con qué?

—A esclarecer esto. A buscar a Kai. Y, quizás, también a tu hermano.

No contestó, no sabía qué decir. Ni siquiera sabía qué quería oír ella. Cada uno llevaba el dolor de forma diferente.

—Lo tomaré como un no.

—¡Espera! ¡Elsa! Sé que tratas de aferrarte a cualquier esperanza por fantasiosa que sea, yo también lo hice, pero…

No le dejó añadir más y se fue camino de la ciudad hecha una furia. Jack se compadeció de ella, pero no había nada que pudiera hacer para librarla del dolor que la estaría atormentando durante días. Y meses.

Él aún lo sentía a veces. Un aguijonazo de nostalgia que te hacía pedazos.

Capítulo 13

Habían encerrado a Kellina en una residencia a raíz de su histeria y su convicción sobre que a Kai se lo había llevado la Reina de las Nieves. La pastelería se había cerrado, a la espera de que los Tharg decidieran qué hacer con ella. Los dos aprendices se habían unido para montar una de cero, aprovechando que una de las dos pastelerías de la ciudad había cerrado.

Y Elsa se había quedado sin oficio. Por su poca experiencia, no habían contado con ella, pero tampoco le importaba. Sin Kellina, no era lo mismo.

Había intentado ir en varias ocasiones a ver a la anciana, pero por no ser familiar, le habían impedido el paso.

Y había evitado cruzarse con Jack, resentida por no haberla creído.

Era ya el anochecer del quinto día tras la desaparición de Kai. Nadie había sabido nada de él, nadie le había visto. Ello desalentaba a la chica, porque no hacía sino confirmar sus pensamientos y las palabras de Kellina: que la Reina de las Nieves se lo había llevado.

Acudió a la Laguna Helada como cada noche de esas últimas, se puso los patines y, en primer lugar, disfrutó de la sensación, tratando de relajarse y aclarar sus ideas. Después, se detuvo en el centro, cogió aire y bajó la mirada, esperando, por un lado, ver su reflejo; por el otro, el reino de hielo. Solo se vio a sí misma.

¿Qué motivos tenía Kai para portarse tan mal con aquellos a quienes quería? ¿Y para marcharse? Ninguno. Dermin tal vez los tuviera, pero no Kai, cuyo sueño era convertirse en el mejor bardo de la ciudad y, posteriormente, de todos los reinos mágicos del oeste. Siempre había sido un chico feliz con su vida.

Elsa giró sobre los patines y observó la ciudad a lo lejos.

Su amigo era quien siempre había apoyado sus sueños con el patinaje, incluso cuando Dermin se marchó, llevándose consigo toda esperanza de poder dedicarse a ello. Sin él, era cuestión de tiempo que Elsa se rindiera, presionada por sus padres y por una ciudad que había perdido el interés por ello. Ni siquiera competir con Jack sería motivación suficiente, y eso que era algo que le encantaba.

Solo había una cosa que podía hacer. Y debía hacerlo sola y en secreto.

Avanzó hasta la orilla y se quitó los patines. Se dirigió en primer lugar a su casa y aparentó toda la normalidad de la que fue capaz. Evitó discutir con su madre acerca de buscar un nuevo oficio. Le había dejado un par de días de tranquilidad por el tema de Kai, pero ya consideraba que su hija debía buscar algo cuanto antes.

—Hasta Fekdara y Senle han decidido emprender y ahí los tienes, montando una pastelería.

Eran los aprendices de Kellina.

—Sí, mamá.

La mujer continuó con su retahíla de argumentos a los que no prestó atención, salvo para dar alguna respuesta concisa, mientras en su cabeza hacía una lista de lo que necesitaba para lo que estaba por hacer.

Tuvo que esperar a que sus padres se acostaran, y un rato más hasta escuchar los ronquidos de Anabelle, momento en el que supo que podría moverse por la casa sin ser descubierta.

Preparó una bolsa con ropa de cambio, sus patines y un mapa. En la cocina se hizo con comida que pudiera durar días, una botella de agua y un par más pequeñas y vacías. Abrió la puerta principal echando una última mirada a su hogar.

Una nota.

Sí, debía dejar una nota que no preocupara a sus padres. Fue hasta un cajón de un mueble del salón y sacó un pergamino ya garabateado. Se hizo con pluma y tinta y sobre la mesa de la cocina escribió:

«He ido en busca de Kai. No os preocupéis, estaré bien y volveré siendo una hija de provecho». Esto último fue más para su madre, aunque dudaba que ello la tranquilizara. «Os quiero», añadió.

Y se marchó de allí.

Dejó atrás la solitaria ciudad, cogiendo la dirección de las lagunas. En primer lugar se detuvo en la Laguna Cicatrizante y rellenó una de las botellas. Le gustaba ser precavida y nunca sabía cuándo podría

necesitar curar alguna herida. A pocos pasos estaba la Laguna Parlante, cuyas aguas permitían comunicarse con los animales. Quienes más usaban este poder eran los niños, que se dedicaban a jugar con las mascotas y los animales de granja, y a veces también los maestros se servían de él para la enseñanza.

Llenó la segunda botella.

Con un suspiro, miró lo que dejaba atrás, con un leve sentimiento de culpa y otro más grande de excitación. Había necesitado un empujón —uno desagradable—, pero por fin emprendía un viaje en busca no solo de Kai, sino de su propio futuro.

Tras una buena caminata, en la que su camino solo lo iluminaban las tres lunas, llegó hasta una bifurcación. Había un par de carteles señalando en direcciones opuestas, y se maldijo por no haber cogido una tercera botella con agua de la Laguna Resplandeciente. No se le había pasado por la cabeza que la pudiera necesitar.

«¿Viajando de noche y no se te ha ocurrido?».

Negó con la cabeza y se acercó a las maderas. Una señalaba la dirección del Reino de las Quimeras. La otra, del Reino de la Música. Sacó el mapa que pudo ver a duras penas. Quizás el mejor camino fuera el segundo, no penetrar de lleno en él, pero sí sus fronteras que la conducirían hasta el bosque que llevaba a los reinos mágicos del este. No tenía ninguna certeza de lo que encontraría en ellos, pues no había visto jamás un mapa de esa zona. Pero tras haber repasado aquellos días los reinos mágicos del oeste, consideraba que quizás lo mejor era empezar por los desconocidos, pues, ¿dónde podría esconderse si no la Reina de las Nieves? ¿En el Reino de las Arenas? ¿En el lejano Reino de Oriente? No, ninguno tenía un paisaje como el que había visto en la laguna.

Estaba casi segura de su decisión, cuando vio un mapache corretear a unos metros de ella. En un principio se asustó creyendo que podría tratarse de un animal más peligroso, pero al forzar la vista distinguió lo que era. Se le ocurrió echar mano del agua mágica para hablar con él. Dio un pequeño sorbo y, antes de que el mapache se alejara por completo, le preguntó:

—¡Eh, mapache!

El apelado se detuvo y se la quedó mirando con la cabeza ladeada.

—*No me llamo Mapache.*

Elsa tragó saliva. No esperaba una respuesta así. Sin darle tiempo a responder, él continuó:

—*¿A ti te gustaría que te llamara Humana?*

La joven tuvo que hacer grandes esfuerzos por no soltar una carcajada. Sin embargo, tuvo que reconocer que tenía razón.

—Lo siento, perdóname.

El mapache pareció aceptar sus disculpas y se acercó hasta ella.

—*¿Y bien? ¿Qué hace una jovencita sola por aquí?*

—Estoy buscando a mi amigo Kai. ¿Le has visto?

Él se rascó detrás de la oreja y negó:

—*He visto lo típico, mercaderes y viajeros. Ninguno que respondiera a ese nombre. Suerte en tu búsqueda.*

Se giró, pero ella le detuvo.

—¡Espera! ¿Sabes dónde puedo encontrar a la Reina de las Nieves?

El mapache volvió a mirarla.

—*¿Por qué alguien querría encontrar a esa bruja?*

La llama de la esperanza prendió en Elsa.

—¿Sabes dónde vive?

—*En un frío lugar llamado Corona de Hielo, según mis amigos pájaros. En los reinos mágicos del este. Pero, si quieres un consejo, déjalo estar. Esa mujer es malvada.*

—Se llevó a mi amigo.

El mapache hizo un gesto que a Elsa le pareció que era como un encogimiento de hombros.

—*Tú misma. Acabarás convertida en hielo. O en lobo invernal.*

Cuando la joven abrió la boca para preguntarle a qué se refería, el animal ya se había marchado.

Capítulo 14

Las noches primaverales eran lo suficiente frescas como para necesitar taparse, pero a Jack le gustaba dormir con la ventana abierta.

Su madre siempre le decía que acabaría enfermando con las corrientes, pero el chico dormía mejor cuando tenía que cubrirse, así que aprovechaba al máximo esa sensación mientras durase. Pronto llegaría el verano y, con él, solo le quedaría la Laguna Helada para disfrutar del frío. Y su invernadero, donde le gustaba pasar los minutos solo, sin pensar en nada.

Se incorporó antes de que el sol despuntara. La oscuridad era total al otro lado, a excepción de la luz que proyectaban las lunas. Su ventana daba a la parte posterior de la casa y, por ello, el reflejo de la luz emitía destellos azulados y verdosos en los invernaderos.

Sonrió. A pesar de que el negocio familiar le pudiera resultar tedioso, era una gran suerte poder contar con los cristales para construir algo que aportaba tanto a la ciudad y al reino entero. Alguna vez meditaba de verdad lo que le decían sus padres acerca de la fantasía que suponía patinar, pero no podía evitarlo.

No era solo por Dermin. Era por él.

Sabiendo que ese iba a ser un día muy agitado en la empresa —una vez al mes, los reyes visitaban los negocios de la nobleza para comprobar que todo funcionara como debía—, se puso ropa cómoda y bajó las escaleras con todo el sigilo del que fue capaz.

Cogió los patines y la capa y se dirigió hacia la Laguna Helada. Tras unos cuantos giros le embargaba la paz y se sentía libre. Eso hacía que mereciera la pena el sueño que arrastraba el resto del día.

A medida que él recorría entre piruetas la laguna, una y otra vez, el día fue ganando a la noche y para cuando terminó, el fresco de la mañana se había diluido y el aire casi veraniego le calentó el sudor

sobre la piel.

Se dio prisa por regresar a casa, tendría que lavarse y ponerse ropa más adecuada para trabajar. Decidió que era una buena idea pasar a coger algo de pan por el pueblo. Los primeros eran los que se llevaban las mejores hogazas de los Rages. Y tal vez tuvieran dulces de flores, un pan especiado con semillas y esencia de campanillas azules.

Cuando llegó al pueblo sintió algo diferente en el ambiente. Algunos cuchicheaban e incluso le dirigieron miradas que el pequeño de los Frost ignoró.

La gente estaba revuelta desde lo de Kai y seguramente no veían con buenos ojos que fuera a patinar, se habían extendido rumores de que al criminal le gustaba ese lugar. Se le consideraba peligroso y, por tanto, a la laguna también.

Pero cuando vio a la madre de Elsa llorando mientras hablaba con un guardia, no pudo evitar ponerse en alerta.

—Si se ha ido por voluntad propia, Anabelle, no podemos hacer nada —le dijo el hombre, incómodo.

Miraba a la mujer con lástima reflejada en sus ojos carmesí, mientras miraba tras ella, en busca de una excusa para huir de ahí.

—Ren —la mujer le tomó del brazo en un acto desesperado—, somos amigos. Tienes que ayudarme. Ha ido tras Kai.

—En ese caso regresará pronto.

Tomó aire antes de continuar y se inclinó hacia la mujer para añadir algo más que Jack no alcanzó a oír. Sacudió la cabeza. ¿Era eso para lo que le estaba pidiendo ayuda? ¿Quería ir tras Kai?

«Por todas las hadas. Debería haberla detenido».

Elsa, como la mayoría, nunca había salido del reino. No tenía ni idea de qué había más allá. Los peligros a los que se exponía.

Se mordió el labio. Ella era muy testaruda, no hubiera servido de nada intentar disuadirla de su plan. Aun así…

Cuando Anabelle se separó del guardia Jack se le acercó con decisión, aunque no sabía bien qué iba a decirle.

—Señora Gerda.

La mujer se giró hacia él. Estaba pálida y parecía más frágil de lo que realmente era. Le recordó un poco a Coral el día en que Dermin los dejó. Pero su madre era fría y mantenía la compostura hasta cuando no era necesario. Anabelle, en cambio, parecía a punto de romperse.

—He oído lo que…

Ella asintió sin pronunciar palabra. Los ojos se llenaron de lágrimas.

—No van a ayudarme a buscar a mi pequeña. Los guardias de esta ciudad deberían velar por nuestra seguridad.

—Es cierto.

Anabelle apretó los puños contra la tela de su falda y Jack dio un paso hacia ella.

—Si hay algo que yo…

—No hay nada que puedas hacer. —Se le rompió la voz—. Intentaré enviarle un mensaje. —Se giró, pero antes de marcharse, añadió en voz baja—: Dicen que han encontrado muerto a Kai.

Sin añadir palabra, dejó allí a Jack, asombrado y preocupado a partes iguales. Si Kai estaba muerto… Si el mensaje no llegaba a la destinataria… ¿A dónde iría Elsa?

Capítulo 15

El Bosque de las Notas rodeaba el Reino de la Música, lo atravesaba y se extendía hasta las montañas que separaban los reinos mágicos del este de los del oeste.

Cuando Elsa llevaba ya un par de días caminando por él, se dio cuenta de por qué se llamaba así. El piar de las aves, el rozar de unas ramas con otras y el sonido que emitían algunos insectos se unían para formar una armoniosa melodía. Daban ganas de tumbarse sobre las flores, cerrar los ojos y relajarse.

Era curioso. Ella que siempre había vivido en una ciudad rodeada de lagunas y animales, jamás había escuchado algo tan equilibrado. En su hogar, los sonidos se entremezclaban y solo podían definirse de una forma: ruido.

Revisó su bolsa de provisiones sin dejar de caminar. Le quedaba un pedazo de carne reseca, que le costó morder y aún más tragar. Apenas tenía sabor.

Debía encontrar algún pueblo donde comprar comida o no podría continuar. Sacó el mapa. Había una pequeña equis no muy lejos de donde estaba. No sabía cuánto era en distancia, pero tenía la esperanza de que no fuera mucho.

Dio el último sorbo al agua y se animó a sí misma.

«Puedo hacerlo. Por Kai. Por mis sueños».

Estas palabras le infundieron nuevas fuerzas y continuó con una alegría renovada durante unas horas más hasta que, al atardecer, escuchó una voz.

—¡Garbancito! ¿Me oyes?

Elsa miró en todas direcciones, deteniéndose y aguzando el oído. Los gritos continuaron y siguió su dirección con cautela. No se había encontrado en el bosque ningún animal peligroso, tan solo se había

cruzado con un par de familias que viajaban juntas al Reino de las Quimeras y que le habían ofrecido unirse a ellos para que no viajara sola.

Encontró a una chica joven, quizás más que ella, con ambas manos alrededor de la boca, gritando lo mismo una y otra vez. Tenía el pelo negro como la noche y unos ojos grises que en ese momento mostraban preocupación. Llevaba un curioso vestido azul con volantes hasta las rodillas.

—¡Garban…! —se cortó al ver a la recién llegada. Se acercó a ella —. ¡Hola! ¿Has visto a Garbancito?

—¿A quién?

La chica del vestido azul extendió las manos como si conocer a ese tal Garbancito fuera lo más normal del mundo.

—Garbancito. Ya sabes. Mide lo que un grano de arroz.

Elsa arqueó una ceja, incrédula.

—¿Esperas que haya visto a alguien de ese tamaño fácilmente?

La otra muchacha puso los brazos en jarras y levantó la mirada al cielo, resoplando con frustración.

—Tienes razón. Aunque le hubieras visto no podrías saber si es a quien estoy buscando.

Elsa se masajeó el puente de la nariz con dos dedos, incapaz de creer estar teniendo una conversación tan absurda.

—¿Necesitas que te ayude? —se ofreció por mera educación.

—No, da igual. No es la primera vez que me hace esto. Ya volverá. —Dirigió sus ojos grises hacia ella—. ¿Y tú? ¿A quién estás buscando?

—¿Cómo sabes que estoy buscando a alguien? —inquirió con sorpresa, echándose hacia atrás, desconfiada.

—No veo otro motivo por el que podrías estar sola por aquí.

—En realidad busco un pueblo donde abastecerme. ¿Conoces alguno?

La chica del vestido azul dio una palmada.

—¡Pues claro! El pueblo donde vive Garbancito. Te llevaré allí y de paso, le esperaré.

Cogió a Elsa de la mano como si se conocieran de toda la vida y la arrastró consigo, canturreando. De repente, se detuvo y giró la cabeza.

—¿Cómo te llamas?

—Ealasaid.

—Eala… ¿Qué? —Parpadeó varias veces—. Pero ¿qué clase de nombre es ese? Puestos a inventarte uno, podrías…

—Es mi nombre real —repuso con deje ofendido.

—¿En serio? ¡Muy mal! —la regañó, y Elsa volvió a echarse hacia atrás, soltando su mano—. No deberías decir tu verdadero nombre a cualquiera. Los nombres tienen mucho poder… —añadió con tono misterioso—. Pero, ya que has sido sincera conmigo, te diré el mío. Soy Día.

Estiró la mano para estrechársela y Elsa la cogió, cada vez más confusa. Luego retomaron la marcha en silencio con la única compañía de la melodía del Bosque de las Notas. Hasta que Elsa se dio cuenta de que algo no iba bien.

—Estamos caminando en círculos.

—No. ¿Tú crees? —Día giró sobre sí misma y se dio un golpe en la frente—. ¡Pues tienes razón! Lo siento, siempre se me ha dado fatal orientarme cuando voy caminando. Por el aire es todo mucho más fácil.

Antes de que a Elsa le diera tiempo de preguntarle a qué se refería, la chica del vestido azul sacó de la nada un palo blanco brillante, cuyos movimientos soltaban chispas.

La joven rubia se apartó varios pasos.

—¿Qué…?

—¿Esto? —Día agitó el palo con una sonrisa—. ¡Es mi nueva varita mágica! Acabo de ser nombrada hada madrina por la Corte de las Hadas. ¡Después de lustros de intenso estudio, por fin lo he logrado! —Alzó un puño, entusiasmada—. Aunque la primera vez que intento ayudar a alguien, resulta ser diminuto y escurridizo…

Elsa no sabía qué decir. Sabía de la existencia de las hadas por los libros de historia, pero era algo que siempre había sido ajeno al Reino de las Lagunas, que le bastaba su propia magia para abastecerse y comerciar.

—No te preocupes —continuó Día dando unos golpecitos a su varita mágica—. Ella nos ayudará a seguir el camino correcto sin perdernos. Solo tengo que…

Agitó el objeto con energía, cerró los ojos y murmuró unas palabras que Elsa no llegó a escuchar. Lo último que vio fue un rayo de luz dando de lleno en su cuerpo.

Capítulo 16

Habían pasado cuatro días desde la partida de Elsa y todavía no había recibido respuesta. El sistema de envío de mensajes no era infalible. Se entregaban gracias a los animales, usando el agua de la Laguna Parlante, pero no siempre era efectivo.

Los animales, en ocasiones, olvidaban el mensaje antes de llegar al destino o se distraían y se iban por otro camino. Esto era más probable si había más distancia entre el mensajero y el destinatario.

Ayudaba a aumentar las posibilidades de entrega tener un vínculo con el animal empleado.

Jack había tenido un animal de confianza años atrás, pero se enfadó cuando no obtuvo respuesta, al enviar decenas de mensajes a su hermano. De este modo había dejado de comunicarse tan a menudo con el herrerillo de brillantes colores con el que tantas charlas había tenido de pequeño.

El pajarillo, para su sorpresa, había acudido a su llamada e incluso le había picoteado de forma amistosa en busca de algún dulce. El pequeño de los Frost no había olvidado prepararle unos trocitos de melocotón, de los que el animal había dado cuenta antes de escuchar el mensaje para entregar a Elsa.

Suspiró, queriendo sacar eso de su cabeza un día más.

Siempre se sentía mejor tras la sesión de patinaje, pero aquella mañana no había sido así. El siseo del patín en el hielo, lejos de calmarle, le había recordado a Elsa. Se sentía culpable por no haber intentado retenerla. Y, aunque no lo reconocería, echaba de menos tener una rival.

La nostalgia le había hecho releer la carta de su hermano varias veces en esos días, que tan largos se le habían hecho, como intentando buscar una pista o una señal que le hubiera pasado desapercibida

hasta ese momento. Toda esa situación le recordaba tanto a él…

Sacudió la cabeza cuando su padre entró en el despacho y le dejó un vaso de zumo en la mesa y un bollo de crema y pera.

—¿Cómo estás? —preguntó Bastian apoyándose en la mesa, frente a su hijo.

—Bien.

—Elsa volverá.

—¡Ah, lo dices por eso! No me preocupa. Claro que volverá.

—Preocuparse por los demás no es algo de lo que avergonzarse o que haya que ocultar.

Jack asintió y su padre se despidió de él, alegando que tenía asuntos que atender por los invernaderos de la ciudad. El muchacho asintió y se concentró en su tarea.

Ordenaba el papeleo de la empresa, algo de lo que, al parecer por la cantidad, no se habían preocupado en absoluto en años.

Cogió las carpetas y las puso en un carrito de madera que chirrió con el peso cuando lo llevó a través del pasillo camino del almacén. Repleto de archivadores y olor a pergamino viejo, era el lugar más abandonado de todo el edificio. Algo que Jack quería cambiar. El orden era imprescindible para que todo fuera como debía. Encendió las luces y tomó un candil, dirigiendo el carrito al centro de la sala, donde había una mesa grande, de madera gastada y un par de sillas con el acolchado raído.

Depositó las carpetas en ella y se sentó. A su alrededor los archivadores le observaron en silencio, mientras abría la primera. Resopló y levantó una nube de polvo que le hizo estornudar.

Empezó a leer. Era una caligrafía particular, en la que destacaban las *íes*, cuyo punto era un círculo más grande de lo habitual. También las *efes* y las *eles* tenían palos largos y curvos.

Era un informe bien detallado que terminaba en una factura a nombre de…

Se detuvo en seco al ver la firma.

«…atentamente,
Dermin Frost».

Releyó el informe una y otra vez. Y después otro. Y otro más. Firmados todos por el puño y letra de su hermano mayor.

Veía algo extraño en esa caligrafía, pese a que llevaba los últimos años releyendo su nota casi a diario. Conocía cada trazo y no recordaba esa *i*. Los palos alargados no eran iguales, pero sí se le

asemejaban. Mas al que hubiera falsificado esa nota se le habían pasado los puntos gruesos de las íes.

No podía creerlo: la carta de despedida era falsa. Y, siendo así, ¿qué más cosas respecto a la desaparición de su hermano eran mentira?

Se puso en pie, recogió el lugar y con varios informes entre las manos se dirigió hacia su casa con una expresión serena en el rostro. Intentaba aparentar calma, pero por dentro bullía de rabia.

Necesitaba una explicación y sabía bien a quién debía pedírsela. Atravesó la ciudad y el camino que ascendía hasta su hogar. A cierta distancia, en uno de los terrenos acristalados, su padre le vio pasar a toda prisa y supo que algo no andaba bien.

Jack no se fijó en él. Cuando estaba atravesando el umbral de la puerta escuchó a su padre tras él.

—Espera, Jack ¿qué…? —Estaba sin aliento.

Su hijo le ignoró, no saludó a su madre y subió las escaleras de dos en dos. Revolvió el cajón con nerviosismo hasta dar con la clavija. Sacó la nota y bajó otra vez. Sus padres le observaban confusos hasta que vieron lo que llevaba en las manos e intercambiaron miradas alarmadas. Ambos se acercaron despacio a su hijo menor, que se apartó alzando las manos, esquivando el contacto. Señaló los papeles y después se cruzó de brazos.

—¿De quién fue la idea de mentirme?

—Hijo, no fue… —empezó Coral.

—No intentes embaucar como siempre, mamá. Falsificasteis la nota sí o no.

—La respuesta no es tan sencilla, cariño.

—Claro que lo es. Un buen día decidisteis hacerme creer que mi hermano había escrito una nota de despedida. No hagáis como que no tenéis ni idea de esto.

—Sí que lo hicimos, Jack. —Bastian avanzó varios pasos hacia él.

Jack se echó hacia atrás y su padre extendió los brazos en un gesto suplicante.

—¡Pero fue para protegerte!

—¿Protegerme? —escupió Jack—. ¿Con mentiras?

—Tu hermano nos abandonó, cariño. Tú aún eras pequeño… Y le querías tanto que pensábamos que eso te rompería —dijo su madre, despacio.

—¿Pequeño? ¡Tenía diecisiete años! —Sus padres se miraron,

frustrados—. No hubo ninguna nota.

—No. Fue tan repentino que…

A Coral se le rompió la voz con un sollozo y Jack, a pesar de su enfado, sintió lástima por ella. Siempre la había visto mantenerse fría y enfadada con su hijo mayor, pero hasta ese momento, no la había visto romperse de verdad. Las lágrimas empezaron a caer sin control por sus mejillas.

—Mi hijo se había ido y yo solo podía pensar en que tú, mi pequeño, no ibas a poder… —Hipó intentando recuperar el control sobre sí misma.

Bastian la rodeó por los hombros y la abrazó, mas ella se apartó y se dirigió a Jack. Le tomó por los brazos y respiró hondo.

—Todo lo que hicimos fue por ti. Pero a veces los padres…

—A veces cometemos errores —terminó su padre por ella—. Estábamos destrozados. Dermin nos abandonó sin dejar ni una nota de despedida. En busca de sus sueños, pensamos, pues era la única respuesta. No queríamos que te sintieras tan vacío y desesperado como nosotros, por eso lo hicimos. Al principio tu madre no quería, pero yo…

Jack ya no escuchaba. Los pensamientos se agolpaban en su cabeza. Si no había dejado una nota, si había desaparecido en un suspiro… Estuvo a punto de reír de histeria al ver hacia dónde se dirigían sus pensamientos.

«¿Y si la Reina de las Nieves se lo llevó como a…?».

«Kai está muerto, es solo un cuento para asustar a los niños. Como los que nos contaba Kellina».

Su mente se iluminó. Kellina. Tenía que conseguir hablar con ella.

Capítulo 17

La joven se levantó con el buen humor que la caracterizaba los últimos días. Le gustaba su vida: vivía en una cabaña en el bosque, no muy lejos de la aldea. Limpiaba, cocinaba y paseaba deleitándose con la melodía del Bosque de las Notas. Disfrutaba hablando con los pueblerinos y también con la chica con la que vivía, Día.

Aunque esta solía estar nerviosa, le hacía preguntas extrañas sobre su pasado y probaba pociones con ella a las que Ealasaid no ponía ningún problema. Confiaba en ella y le parecía divertido. Una vez hasta le salieron orejas y nariz de conejo durante un día entero, y correteó por los alrededores saltando como tal, mientras Día la perseguía pidiéndole que se detuviera.

—¿Seguro que no recuerdas a quién buscabas?

Otra vez la misma pregunta. Ealasaid puso los ojos en blanco.

—¿Qué importa? Si fuera importante lo recordaría. Soy feliz aquí viviendo contigo. ¿Por qué no lo dejas estar?

Pero sabía que Día no iba a detenerse hasta devolverle unos recuerdos que decía haberle quitado.

A Ealasaid poco le importaba. Suponía que, si debía recuperar su pasado, vendría por sí mismo.

La chica del vestido azul siguió sentada a la mesa, revisando sus libros de estudio, mientras la otra se afanaba por preparar un pastel de frutas del bosque. No recordaba dónde había aprendido a hacerlo, mas los pasos de la receta aparecían en su mente y sus manos obedecían.

Unos toques en la ventana llamaron la atención de ambas. Tras los cristales, bañado por el sol, vieron un pequeño pájaro que ladeaba la cabeza a uno y otro lado, y picoteaba el tragaluz haciendo el mayor ruido posible. Las muchachas intercambiaron una mirada de confusión y Día se levantó para dejarlo pasar.

—¡Hola, pequeñín! ¿Te has perdido?

Era un herrerillo de colores vivos que reflejaban los rayos solares con su aleteo. Se posó sobre la mesa redonda en la que el hada tenía sus códices y picoteó la mesa.

—Creo que quiere algo —adivinó Ealasaid.

—Si no recuerdo mal, estudié un hechizo que me permitía comunicarme con animales. ¿Dónde lo tendré? —Día se sentó y rebuscó entre sus papeles, pero todo era caos. Se revolvió el pelo, nerviosa. Por mucho que hubiera estudiado para ser un hada madrina, todavía le quedaba mucho por memorizar y practicar.

El ave revoloteó por la estancia, que hacía la vez de cocina, comedor y salón. Unas pequeñas escaleras conducían al dormitorio que ambas compartían. El herrerillo desapareció por ellas y solo cuando escucharon un golpe seco se apresuraron a subir.

—Pero ¿qué hace? —inquirió el hada.

Había una bolsa en el suelo y una botellita había rodado sobre la madera. Ealasaid la recogió.

—Eso es tuyo —le dijo Día clavando la mirada en su amiga—. Lo llevabas cuando nos encontramos. ¿Te suena de algo?

Ealasaid negó con la cabeza. Nunca había mostrado interés por su pasado, por ello tampoco se había molestado en preguntarle a la chica del vestido azul si tenía alguna pertenencia.

El ave voló alrededor de su cabeza y picoteó el cristal de la botella. Había un líquido transparente en ella.

—Quiere que beba…

Sin darle tiempo a Día a responder, Ealasaid abrió la botella y dio un sorbo. Tenía un sabor un tanto ácido, mas no desagradable.

—*¡Ahora sí! ¡Ahora sí!*

—¡Ah!

—¡Cuidado! —El hada se lanzó a por la botella que la otra chica había soltado con expresión de sorpresa.

—*Tengo un mensaje para ti, Elsa.*

—Elsa… —musitó la apelada.

—¿Cómo dices?

La joven de melena rubia ignoró a Día y se centró en el pájaro, sabiendo que era él quien estaba hablando con voz chillona.

—*Jack Frost te pide que vuelvas. Tu familia está muy preocupada por ti. Y Kai ha sido hallado muerto.*

—Jack Frost… Kai… Elsa…

La joven se llevó las manos a la cabeza y se arrodilló. El hada se agachó junto a ella.

—¿Estás bien?

Tras unos instantes de silencio, Elsa levantó la mirada.

—Lo recuerdo todo.

Día abrió la boca.

—¡Pero si yo no he hecho nada!

—Esta ave me ha traído un mensaje de un… —La joven no supo si denominar «amigo» a Jack era correcto.

—Pues claro… Un mensaje de tu propio hogar ha sido suficiente para despertar tus recuerdos. ¡Qué fácil!

El hada se levantó dando saltos de alegría, con el herrerillo revoloteando a su alrededor, piando al son de sus gritos.

Sin embargo, Elsa se mantuvo de rodillas, se abrazó a sí misma. El cuerpo le temblaba.

—No. Sé lo que vi.

—¿Qué dices? —Día detuvo su movimiento.

Elsa se levantó.

—Kai está vivo, y voy a encontrarle. Tengo que ir a Corona de Hielo.

—Yo puedo ayudarte a llegar.

La joven miró al hada con suspicacia.

—¿Lo harás igual que el hechizo de orientación? —inquirió señalándose la cabeza.

—Oh, vamos. Fue un pequeño error. —Agitó la mano restándole importancia—. Puedo abrirte un portal. Saqué matrícula de hada en la asignatura de Arcos Mágicos. —Elsa continuó mirándola con cierta desconfianza—. ¿Quieres una demostración?

Sin darle tiempo de responder, Día conjuró uno allí mismo. Elsa vio una elipse ante ella y, al otro lado, un bosque difuminado por una espiral celeste, en lugar de la habitación en la que se encontraban. El hada la cogió del brazo y la arrastró consigo.

Capítulo 18

Con tanto trabajo, le había costado encontrar un hueco para ir a hablar con Kellina. Además, se sentía responsable de su destino. Estaba encerrada en una residencia, como si solo se tratara de una vieja que había perdido la cabeza.

Sonrió altivo entrando en la residencia, como había visto hacer a su madre cuando quería conseguir algo. Llevaba unos saquitos con dinero en el cinturón, ocultos bajo su camisa y la idea fija de que vería a la repostera aunque tuviera que gastarlos todos.

La chica que la atendió en el mostrador le reconoció enseguida.

—Ah, señorito Frost…

—Vengo a ver a Kellina Tharg.

—Eso no será posible. Solo los…

El tintineo de un saquito en el mostrador hizo que la chica se atragantara. Seguramente doblaba su asignación semanal. Ella tragó saliva, pero no cogió el dinero.

—Me puedo meter en un buen lío.

Jack dejó otro saco en el mostrador y ella agrandó mucho los ojos.

—Sé que a esta hora no hay visitas. También sé que el jefe está comiendo.

Miró por la ventana que había tras la chica. Había estado observando las rutinas del lugar cuando iba y venía de la empresa Frost. Hacía poco que Kellina se había metido en su habitación para descansar tras la comida. La chica estaba sola de guardia durante un par de horas más o menos. Tiempo más que suficiente para lo que necesitaba.

—Está bien.

Ella cogió furtivamente el dinero, como si temiera que el chico la estuviera engañando y después le guio por un pasillo estrecho hasta la

habitación de la anciana. Le dejó entrar tras advertirle de que tenía algo menos de una hora.

La puerta se cerró a su espalda y Jack se quedó mirando a la anciana que tejía en una mecedora de mimbre con un libro entre las manos.

—¡Qué sorpresa, Jack Frost! Bienvenido a mi… ¿hogar?

Hizo un gesto que abarcaba con el brazo la pequeña habitación. Una cama con una colcha blanca salpicada de rosas azules bordadas, una mesita, un baúl para sus pertenencias. Junto a ella había un escritorio de madera pulida y una silla. Una pequeña estantería vacía, a excepción de unos cuentos y la alfombra sobre la que estaba la mecedora.

—Lamento que estés aquí. —Jack bajó la mirada. Lo sentía de verdad.

—Me cuidan bien. No puedo seguir haciendo pasteles y todo el mundo me toma por loca —un brillo triste cruzó su mirada—, mas algún día me creerán.

Se quedaron un momento en silencio. Jack no sabía cómo o por dónde empezar la conversación. Al final, sus labios cobraron vida por sí mismos.

—¿Sabes lo de Kai?

—¿Su supuesta muerte? —Dejó las agujas a un lado, sobre el escritorio.

Jack la miró de forma interrogativa, sin saber bien cómo responder a eso. Kellina continuó:

—No está muerto. En realidad, no me importa si tú lo crees o no, pero sé que está vivo. Y que está con ella.

—¿Te refieres a la Reina de las Nieves? —Había bajado su tono.

—¿Ahora me crees?

La anciana alzó una ceja mirándole con picardía. No había rencor en sus ojos, lo que sorprendió al más joven.

—No es eso, es que… Tú siempre has afirmado que a mi hermano también se lo llevó ella y…

—… y tú nunca me has creído. Aunque hubo una época en la que parecía que sí.

—Lo sé, es que es tan fantasioso… ¿Cómo podría…? —Sacudió la cabeza, confuso—. Además, tenía una nota de despedida y… ha resultado ser falsa.

Kellina asintió despacio, como buscando las palabras para

contestarle.

—Ha llegado el momento de que escuches lo que pasó esa noche. —Jack la miró desconcertado y ella alzó un dedo a modo de advertencia—. No quiero que me interrumpas. Podrás hablar al final.

El chico asintió y ella miró hacia la ventana, como si eso la ayudara a viajar tres años atrás.

—Era una noche fresca de primavera. La pastelería ya estaba cerrada al público, pero yo me había quedado acabando tarta de melocotón. Me distraje con un ruido y me corté. Y como no me quedaba agua regenerante, me tuve que ir hacia la laguna. Se lo pude haber pedido a mi hijo o a mi nieto. Ya conoces a Kai, siempre ha sido un muchacho muy servicial y amable. —Hizo una pausa, como para remarcar más la bondad de su nieto—. Pero me alegro de no haberlo hecho, porque lo que vino a continuación me dejó helada.

Jack tragó saliva. No estaba seguro de querer escuchar el resto de la historia.

—Esa laguna es peligrosa, siempre lo he sabido, pero ese día mis sospechas se confirmaron de la peor de las maneras.

—Pero…

La anciana alzó la mano, recordándole lo de las interrupciones y siguió hablando:

—Como sabes, la Laguna Helada está de paso a la Laguna Cicatrizante. Todavía no era noche cerrada, mas pese a ello iba con mi frasquito luminoso. El lago helado brillaba, como si… —Suspiró—. Y Dermin estaba allí, pero no patinaba, estaba de rodillas en el centro mismo del hielo. Y, entonces, todo pasó muy deprisa. Dermin desapareció ante mis ojos, engullido por el lago.

En otro momento, Jack se hubiera reído. Era la historia más inverosímil que había escuchado en su vida. Pero respetaba a Kellina y no quería llevarle la contraria, no cuando ella misma estaba tan afectada. Le tendió un pañuelo y ella lo aceptó y se secó las lágrimas.

—No sé qué decir.

—No digas nada, Frost. Sé que no me crees, pero no estoy loca. Sé que parece una locura pero existe todo un reino helado bajo tus pies. Uno que le pertenece solo a ella. A la Reina de las Nieves. Ella se llevó a tu hermano, Jack. Y también a Kai. Y si Ealasaid no regresa, quedará presa en el reino helado.

Capítulo 19

El reino helado se extendía ante sus ojos, al otro lado del Arco Mágico que Día había creado con tanta facilidad, tal y como le había prometido.

—Ojalá vinieras conmigo —musitó mirando al hada.

Era la única amiga que tenía fuera del Reino de las Lagunas, y tener que dejarla atrás para enfrentarse de nuevo a lo desconocido la aterraba.

Ahora estaba más cerca de encontrar a Kai, quizás a Dermin. De descubrir la verdad. Mas ello implicaba enfrentarse a la Reina de las Nieves. Una vulgar patinadora que no sabía hacer nada más.

—Debo encontrar a Garbancito antes de que se meta en un lío —sonrió apartándose el flequillo negro de la frente—. ¡Tranquila! Lo harás bien. Y si algún día necesitas ayuda, ten. —Le dio un objeto envuelto en un pedazo de tela que Elsa no desenvolvió—. Espero que nos volvamos a ver, Ealasaid.

—Elsa. Tú puedes llamarme Elsa.

Se abrazaron, interrumpidas por un picoteo.

El herrerillo pio llamando su atención y la joven rubia se acercó a él. Agachándose para ponerse a su altura frente al alféizar.

—Tienes razón, debo enviar un mensaje a Jack. A pesar de todo, se ha preocupado por mí. —Sonrió con nostalgia, recordando los amaneceres de patinaje y retos. De cómo él se metía con ella solo para picarla y que fracasara—. Dile que estoy bien, que no creo que Kai esté muerto y que regresaré con él.

El ave revoloteó feliz y se marchó.

—Es el momento. No aguantará mucho más. Y reabrir portales al mismo lugar puede llevar un tiempo.

Elsa se colocó frente a la puerta mágica.

—Gracias por todo, Día. Un día serás una gran hada madrina. Conocerás a reyes y princesas y todo el mundo conocerá tu nombre. Estoy segura.

La joven hada se emocionó. Hizo un asentimiento con la cabeza porque no le salían las palabras. La otra chica cogió aire y cruzó al otro lado, recordando las palabras que Día le había dicho momentos antes: «Dentro de un Arco Mágico, el tiempo y el espacio juegan a su antojo con aquellos espíritus que desconocen el camino». El hada le había asegurado que si no perdía de vista Corona de Hielo ni su objetivo de encontrar a Kai, no se desviaría. Así que Elsa cerró los ojos y se concentró en ello.

«Corona de Hielo. Kai. La Reina de las Nieves».

—¡Eh! ¡Mira por dónde vas!

La muchacha se atrevió a abrir los ojos. Había chocado contra otra chica, que por un momento creyó que se trataba de Día y le dio un vuelco el corazón al pensar que había decidido acompañarla. Pero quien estaba en el suelo mirándola con reproche era una joven de pelo negro y muy corto, mirada azul zafiro y ropas de abrigo que Elsa enseguida echó de menos.

—Lo siento.

La rubia le tendió una mano para ayudarla a levantarse. En un principio, la otra la miró con desconfianza, pero, de repente, su expresión cambió por una más amigable y aceptó. Soltó un silbido antes de hablar.

—¡Has salido de la nada! ¿Cómo lo has hecho?

Elsa se encogió de hombros.

—¿Magia?

Esperaba que la otra chica no preguntara al respecto o se lo tomara a broma. Por sus risas, dedujo que había sido lo segundo.

—Buen truco, sin duda. Toma, se te ha caído.

Le tendió la bolsa que la rubia no recordaba haber soltado, mas el viaje por el Arco Mágico había sido tan extraño y casi instantáneo que no estaba segura de nada.

—Gracias. ¿Esto es Corona de Hielo?

Miró a su alrededor frotándose los brazos desnudos. La capa apenas le cubría los hombros. Las prendas del Reino de las Lagunas no estaban pensadas para abrigar, solo para resguardar del viento y la lluvia otoñales. Su respuesta la obtuvo antes de que la otra chica pudiera hablar. Estaba en una callejuela nevada con las casas

cubiertas de escarcha. Hacía más frío que en la Laguna Helada.

«Le pedí a Día que me dejara a cierta distancia del reino, no en medio de él». Chasqueó la lengua con disgusto pero al final se le escapó una sonrisa. Era un hada madrina novata y la había ayudado de buena gana.

—¡A ver si va a ser verdad que has salido de un Arco Mágico! —Ante estas palabras, Elsa contuvo la respiración y esperó que la otra no notara su estremecimiento. No sabía hasta qué punto la magia podía ser normal por allí. La muchacha la cogió de los hombros y la acercó a ella, señalando a la vez con su mano libre lo que se extendía ante ellas—. ¿No crees que este lugar hace honor a su nombre?

Elsa se liberó con delicadeza y avanzó unos pasos hasta el final de la calle. Más allá vio un río helado sobre el que iba un trineo. La gente, con la ropa de abrigo que le faltaba a ella, caminaba por las calles ocupada en sus quehaceres. Había lobos por doquier, siempre en compañía de algún humano. Grises, blancos, con un deje resplandeciente que le llamó la atención. En un lado vio a unos niños jugando a lo que parecía ser una guerra con bolas de nieve.

—Esto es…

—¿Gélido?

—No iba a definirlo así, pero creo que le viene al pelo —rio Elsa, algo más relajada.

—Qué quieres que te diga. El eterno invierno de Corona de Hielo.

—¿Siempre es así?

—¿Qué quieres decir? —Ladeó la cabeza mirándola.

Antes de responder, Elsa barrió con los ojos todo cuanto le alcanzaba la vista.

—¿No tenéis primavera, ni verano? —La otra negó con la cabeza —. ¿Ni siquiera otoño? —Una última negación—. Esto es… ¿Cómo lo has llamado? ¿Invierno?

—Así se llama esta estación permanente.

Se quedaron un rato en silencio, hasta que el frío le recordó a Elsa que necesitaba ropas nuevas.

—¿Me podrías indicar una tienda de ropa, por favor?

—Si coges el camino de la derecha y cruzas un puente sobre el río Bifurcado encontrarás una plaza llena de ellas.

—¿Río Bifurcado?

La chica señaló con la cabeza el río helado que había ante sus ojos y explicó:

—Es un río, de hielo por supuesto, que atraviesa la ciudad y gran parte del reino en ramificaciones. Encontrarás varias de ellas por aquí. A la gente le encanta patinar por ellas en lugar de ir caminando.

Los ojos de Elsa se iluminaron y aferró la bolsa con fuerza, sintiendo los patines en su interior.

—Bueno, chica mágica. Ya me has entretenido suficiente. Espero que te vaya bien por aquí.

A la rubia no le dio tiempo de despedirse, pues la otra se desvaneció en un parpadeo por una calle cercana. Siguió las indicaciones que le había dado y llegó hasta una plaza donde la nieve se había limpiado, permitiendo la vista de un suelo que, si bien era de hielo, no resultaba resbaladizo como cabría esperar. No era brillante, sino mate, y representaba una enorme figura que, por un cartel, supuso era un copo de nieve.

Una corriente gélida la sacó de su ensimismamiento y se dirigió a la primera tienda que encontró. Dentro hacía un agradable calor. Un tintineo avisó al dependiente de un nuevo cliente, que acudió con su mejor sonrisa, aunque esta amenazó con desvanecerse cuando contempló a la joven que había entrado, con unas ropas que nada encajaban allí.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Creo que necesito cambiar… Cambiarlo todo. —Se señaló de arriba abajo.

—Salta a la vista. —Carraspeó—. ¿Y qué puedo ofrecerte? ¿Vestidos? ¿Trajes de una sola pieza? ¿Un conjunto de pantalón y camisa de lana?

Elsa, precavida, rebuscó en su bolsa el saquito de dinero que llevaba con sus ahorros. Tendría que preguntar si su dinero valía allí, porque en caso de no ser así, tendría que plantearse cómo poder pagar. Aunque sus manos tocaron el cuero del monedero, se dio cuenta de la ausencia de algo. Abrió más la bolsa y buscó también con sus ojos, ignorando la mirada impaciente del tendero.

La chica de ojos zafiro le había robado el regalo de Día.

Capítulo 20

Había tenido que salir de la residencia a toda prisa, si no quería meterse en un buen lío y arrastrar con él a la cuidadora que le había colado. Lejos de sentirse más tranquilo, lo que le embargaba era una sensación incómoda que no podía quitarse de encima.

Kellina estaba segura de lo que había visto, pero Jack no era capaz de creerla. No del todo. Recordó las palabras de Elsa, afirmando que ella también había visto algo. Y como si su memoria se activara de pronto, acudieron las imágenes de Kai mirando ensimismado la superficie helada del lago como si…

«Yo he patinado allí toda mi vida y nunca me ha pasado algo así», razonó.

Pero ¿eso significaba que todos ellos mentían? ¿Que una especie de locura común los afectaba?

No pudo darle más vueltas a esto, porque Jadis Calyn le estampó un papel en el pecho. Era la repartidora del periódico local y habitualmente solo trabajaba por la mañana. Vio alejarse su cabellera escarlata ondeando al viento.

—¡Esto te interesa, Frost! —exclamó la niña, volviéndose solo un segundo.

«Lo dudo». Estaba a punto de tirarlo sin mirarlo siquiera cuando sus ojos se detuvieron en el cartel.

Concurso de talentos de los reinos mágicos del este

Se convoca a todos los habitantes del Reino de las Lagunas para que muestren su mejor espectáculo para ofrecer a los reyes y a

los miembros seleccionados del jurado. De entre todos los participantes se elegirá uno, que será un invitado de honor en el primer concurso de variedades del mundo.
Conviértete en una estrella y enseña tu talento.
¡Te esperamos!

Detrás había un formulario para rellenar y en letra pequeña decía que debía entregarse en la plaza.

El corazón empezó a latirle a toda prisa en el pecho. Aquella podía ser la oportunidad que había estado esperando toda su vida. Su primer pensamiento fue directo hacia Elsa, su eterna rival, que no estaría para competir por ese concurso.

Releyó la hoja y se decidió. Tenía que apuntarse al concurso. Lo guardó entre sus pertenencias y se dirigió hacia el edificio de su empresa. Había prometido encargarse de una reunión y de la supervisión de unos trabajos.

Desde la discusión con sus padres, la relación se había mantenido algo distante, pero no podía culparlos por sus acciones. Al menos no podía condenarlos. Comprendía su dolor y, aunque todavía se sentía dolido, el enfado se había ido diluyendo.

Las tareas empresariales se alargaron más de lo que Jack había pensado y, para cuando terminó, el sol ya se escondía en el horizonte, dando paso a la noche.

Suspiró y se dirigió hacia su hogar. Quería hablar con sus padres del concurso. No necesitaba su permiso, mas le gustaba tenerlos al tanto a pesar de sus reticencias. No pensaba desperdiciar la oportunidad de hacer lo que le apasionaba. Aquello podía ser un salto para el patinaje sobre hielo. Podría convertirse en una estrella.

Cuando llegó encontró a los sirvientes terminando de preparar la cena y a sus padres sentados en la mesa. Coral hacía poco que había llegado de la supervisión de la recolecta. Ese día Bastian se había quedado en casa con la contabilidad.

Se sentó con ellos y mantuvo su mejor actitud hasta que terminaron de cenar y recoger y dieron permiso a los sirvientes para retirarse.

Coral tenía frente a sí una taza con una infusión caliente y su padre hojeaba un libro cuando Jack se animó a hablar. Sacó el papel

de su bolsa y lo puso sobre la mesa.

Su madre leyó por encima y después clavó sus ojos fríos en el pequeño de los Frost. Bastian al ver la expresión de su mujer prestó atención.

—Quería hablar con vosotros de esto —les tendió el papel.

—¿Un concurso de talentos? ¡Qué divertido! —exclamó Bastian arqueando las cejas.

Después soltó una queja y Jack intuyó que su madre le había dado una patada por debajo de la mesa. Apretó los labios para no reírse.

—Algo había escuchado. Es una actividad para distraer a la ciudad.

—Pero ¿de qué, mamá?

—De lo que importa, claro está. Talentos… —Bufó con desdén.

—Voy a apuntarme.

Coral se volvió hacia él con la seriedad que la caracterizaba. Intuía que mostraba calma, pero por dentro estaba enfadada. Así era su madre. No quedaba nada de la mujer frágil que hablaba rota de dolor por la desaparición de su hijo mayor.

—No vas a hacer tal cosa. —Apartó la hoja y removió el té, zanjando el tema.

Eso enfadó a Jack, que sintió la bola de la rabia ascender por su estómago. Respiró profundamente dos veces y después cogió una pluma y empezó a rellenar la solicitud.

—¿Acaso no has escuchado lo que he dicho?

—Coral… —Bastian puso una mano en la de su esposa y se dirigió al chico—. Jack, tenemos mucho trabajo en la empresa.

—No os estaba pidiendo permiso. Os informaba de que, a mis veinte años, soy capaz de apuntarme al concurso sin vuestro consentimiento.

—Está bien, apúntate —dijo Coral.

Para su sorpresa, el gesto de la mujer se relajó y una sonrisa taimada se dibujó en su rostro.

—¿Qué? —preguntaron padre e hijo al unísono.

—Me parece bien que Jack se apunte a ese concurso. Tendrás que organizarte muy bien para poder sacar tiempo para ensayar esas piruetas. En la empresa cada vez hay más trabajo y ya tienes veinte años. Lo que significa que puedes asumir más peso del negocio del que tenías hasta ahora.

Bastian la miró sorprendido, comprendiendo, y asintió antes de

añadir:

—Tu madre tiene razón. Ya eres un adulto que no precisa de nuestra supervisión, así que vamos a repartirnos las tareas de forma más equilibrada. Es una buena idea.

Jack abrió la boca para protestar, pero ningún sonido escapó de ella. Entendía la estrategia de su madre. Quería desmoralizarle, obligarle a rendirse antes de empezar. No le estaba dando su aprobación.

Pese a ello, imitando la actitud de su madre, sonrió y asintió.

—Estupendo, sabía que lo entenderíais. El patinaje sobre hielo era el sueño de Dermin, y quizá con esto podamos encontrarnos de nuevo.

Firmó la solicitud.

Capítulo 21

El dinero de Elsa no servía en aquella fría ciudad. O casi no servía. El dependiente había sacado un artilugio de detrás del mostrador en el que había metido las monedas de la joven y estas se habían transformado en el dinero de Corona de Hielo. Pero solo le daba para una prenda, aunque supo elegir bien: una bufanda mágica.

La sobrina del hombre había llegado justo en ese momento y le había pedido a su tío una para su hermana. Al escuchar «bufanda mágica», a Elsa le entró la curiosidad y prestó atención. En un principio lo que vio fue una vulgar prenda para el cuello. Muerta de la curiosidad, no pudo evitar preguntar a la muchacha.

—Pero ¿de dónde eres? ¡Es el último grito en la ciudad!

Y, de repente, con rápidos y precisos movimientos, le mostró a la recién llegada que la bufanda podía convertirse en vestido, capa, capucha, manga larga y mucho más. Elsa quedó fascinada.

—Y la tela da un calorcito muy agradable. ¡No se necesita nada más!

Dicho esto, la metió en su bolsa y se marchó tras darle un sonoro beso a su tío.

—Quiero una —le pidió Elsa al hombre que señaló una estantería donde había varias de diversos colores—. La turquesa, por favor.

Y así salió de la tienda abrigada con lo que parecía ser una capa corta. El tacto era suave, y tal y como le había dicho la otra chica, aportaba un calor muy agradable.

Su próximo objetivo sería buscar a la ladrona. Mas ¿cómo hacerlo en una ciudad? Necesitaba moverse rápido para abarcar todo lo posible.

Y enseguida lo supo. Sus ojos se dirigieron al río, donde gente patinaba y trineos pasaban a toda velocidad. Una sonrisa floreció en

su rostro y, por un momento, se acordó de Jack. ¡La envidia que tendría si supiera que ella iba a patinar por un lugar tan inmenso! Sin embargo, enseguida se centró y se colocó los patines. No estaba allí para disfrutar, sino para encontrar a Kai. Estaba muy cerca.

Mas no lo pudo evitar. Una vez sus cuchillas rozaron el hielo, la sensación que siempre la embargaba la inundó. Se deslizó con suavidad, esquivando a otras personas y por un momento se olvidó de que estaba buscando a alguien.

«Elsa, céntrate», se recriminó, molesta consigo misma.

Dirigió sus ojos a los laterales. Pasó en primer lugar por la zona donde la había conocido, pero allí no la vio. Recorrió otras calles sin éxito. La noche se hizo dueña de la ciudad, y pasó algo que Elsa no esperaba: el río resplandeció. Fuera de él, la iluminación era como fuegos fatuos de lo que parecía ser escarcha, que flotaban sobre las cabezas de los viandantes.

A punto estuvo de chocar con una señora cargada con bolsas de frutas y verduras. Pero es que la magia que allí flotaba la había impresionado. Y si no hubiera sido porque tuvo que detenerse a admirar todo unos instantes, no hubiera visto a la ladrona, paseando tranquilamente con una mano en un bolsillo y en la otra sosteniendo una manzana blanca mordida. Se detuvo en un escaparate y Elsa, sin quitarle el ojo de encima, lo aprovechó para cambiarse con rapidez. Casi temió perderla, pero la ladrona iba con tranquilidad.

La rubia se le acercó por detrás, la agarró del brazo y la arrastró consigo a otro callejón cercano.

—¡Devuélvemelo, ladrona!

Por un momento, la apelada abrió mucho los ojos, por la sorpresa. Luego sonrió con ironía y sacó el objeto envuelto del bolsillo.

—¿Esto?

Elsa intentó alcanzarlo, pero la otra lo alejó de ella.

—¡Es mío!

—¿Sí? ¿Y a quién se lo has robado tú?

La rubia la miró sin comprender.

—No lo he robado. Es un regalo.

La ladrona chasqueó la lengua y dio un mordisco a la manzana.

—Algo así no es fácil de conseguir. Dime a quién se lo has robado y esto quedará entre nosotras.

Elsa bufó.

—No. Lo. He. Robado. —La otra alzó una ceja, escéptica—. Me lo

regaló un hada madrina llamada Día.

Al pronunciar ese nombre, la morena relajó el brazo y Elsa pudo hacerse con el objeto sin recibir resistencia.

—¿Conoces a Día?

—Me ayudó a llegar hasta aquí.

La ladrona ladeó la cabeza dando un nuevo mordisco a la fruta.

—¿Y por qué querrías venir aquí?

—¿Y por qué iba a decírtelo?

—Tal vez pueda serte de ayuda. —Se encogió de hombros.

—¿Primero me robas y luego me ayudas?

La joven de pelo corto suspiró, terminó la manzana y tiró los restos a su espalda.

—Está bien, volvamos a empezar. —Extendió la mano—. Me llamo Mab. ¿Y tú eres…?

La rubia dudó, mas no tenía nada que perder. Estrechó la mano.

—Ealasaid.

—Curioso nombre. No sé si me acordaré.

—Puedes llamarme Elsa, si lo prefieres. —No le hacía mucha gracia, pero si ser agradable con aquella desconocida de ojos anaranjados podía ayudarla…

—Bien, Elsa. ¿Y qué te ha traído a Corona de Hielo?

—La Reina de las Nieves.

Mab parpadeó varias veces y miró alrededor, comprobando que estaban solas.

—Ahora, vas a venir conmigo. En silencio.

Pasó junto a ella y Elsa optó por seguirla. No tenía a dónde ir y no conocía a nadie allí, además de que ya no le quedaba dinero para una posada.

Atravesaron parte de la ciudad hasta una zona que parecía más pobre. Había una casa destartalada de dos pisos, con escalera exterior, por la que subió Mab. Abrió una puerta de madera que necesitaba una buena mano de pintura y la invitó a entrar. Una vez dentro, la estancia en la que estaban se iluminó con una agradable chimenea y los ojos claros de Elsa recorrieron el lugar. Estaba lleno de trastos sin un orden, botellas de cristal colocadas de cualquier forma en una estantería ajada, con diversos contenidos que no supo identificar. Y lo que más llamó su atención: un caldero.

—¿Eres una bruja o algo así?

Mab soltó una risotada deshaciéndose de la capa de abrigo y

dejándola sobre un sillón, mas no respondió a la pregunta.

—Dime, ¿qué quieres de la reina?

—Solo recuperar a mi amigo.

La morena la invitó a sentarse en el sillón, mientras ella lo hizo sobre un escritorio que había en medio, balanceando los tobillos cruzados.

—¿Qué sabes sobre ella?

—No mucho. —Elsa se sintió estúpida en esos momentos. Había ido con decisión a presentarse ante la Reina de las Nieves, pero en ningún momento se había parado a pensar en qué le diría ni qué haría.

—Si ella se ha llevado a tu amigo, dalo por muerto.

La rubia clavó sus ojos en la ladrona y musitó:

—Jamás. Kai está vivo.

Mab chasqueó la lengua.

—¿Has visto los lobos que hay por aquí? —Esperó a que la otra asintiera—. En realidad son personas. O lo fueron. Murieron a manos de la reina, y tuvieron la oportunidad de convertirse en lobos invernales o cruzar al otro lado. —Un escalofrío recorrió la espalda de Elsa—. La reina es malvada y tiene mucho poder. El frío que envuelve la ciudad proviene de ella. Si te enfrentas a la Reina de las Nieves, no saldrás con vida.

Capítulo 22

Jack caminaba a toda prisa hacia la Laguna Helada. El frasquito que pendía de su cuello alumbraba creando formas fantasmagóricas a su alrededor, junto a dos de las lunas, pues la tercera se hallaba iniciando un eclipse. Llevaba todo el día dándole vueltas al mensaje que había recibido de Elsa. Al menos le había dado todas las vueltas que había podido con la sobrecarga de trabajo que tenía.

Sus padres —en especial Coral, de eso no tenía dudas— se habían tomado muy en serio incluirlo más en las tareas empresariales, porque él era un adulto. Tal y como había afirmado para poder apuntarse al concurso. Apretó las mandíbulas mientras recordaba esa conversación y masculló una maldición por lo bajo.

Apartó esos pensamientos de sí y regresó a la nota de Elsa. El herrerillo había sido claro y conciso:

«Elsa está bien, no cree que Kai esté muerto y cuando regrese lo hará con él».

Se puso los patines mientras el mensaje se repetía en su cabeza. El hielo estaba oscuro y la superficie brilló con los destellos que emitía el frasco. Suspiró y se incorporó.

—Vamos allá —dijo con una sonrisa, como si tuviera algún espectador.

Como si estuviera ella para retarla.

Con su expresión más traviesa, atravesó la laguna en un suspiro. Repitió el movimiento varias veces para calentar y tomar confianza.

Y sucedió la magia.

El mundo desapareció a su alrededor. Ya no importaba la falta de sueño, que llevaba acosándole varios días, desde que había tenido que empezar con ese horario de locos. Los problemas se escurrían como agua entre los dedos y solo estaban el hielo y él.

El frío y su cuerpo haciendo piruetas en el silencio de la noche.

Empezó a girar sobre sí mismo a gran velocidad y Elsa se coló en sus pensamientos. Cuando giraba y su corta melena ondeaba a su alrededor. Era rápida como un colibrí y Jack imprimió más fuerza en sus patines y giró aún más deprisa.

Más y más hasta que volvió a dibujar surcos elegantes en el hielo y la escarcha a su alrededor se iluminó, al tiempo que una de las lunas cambiaba su tonalidad.

Ajeno a todo ello, el chico se preparó para iniciar un triple salto. Su pirueta estrella y con la que pensaba impresionar en el torneo.

Entonces, cuando estaba girando en el aire, escuchó algo. O a alguien.

Un susurro apenas perceptible en la noche. Un siseo que le acariciaba la piel con una frialdad que resultaba embriagadora.

«Jack…».

La llamada resultaba tentadora. Una petición. Un deseo. Una orden.

Se tambaleó cuando las cuchillas chasquearon al posarse en el suelo. Confuso, a punto estuvo de caer. Bajó la mirada y la boca se le secó. Sus pies dejaron de seguirle y la elegancia de sus gestos se esfumó ante lo que vio.

Un palacio de hielo brillaba bajo su cuerpo, como si Jack estuviera flotando sobre él. Estaba rodeado de un muro de afilados copos de nieve y a su alrededor se extendía un reino de invierno eterno.

Y, de un modo que no sabría explicar, vio algo más. Algo que no se mostraba claro bajo sus pies, pero que en su cabeza fue claro como las lunas.

Una mujer de rasgos cincelados, de ojos gélidos del turquesa más puro. La cabellera blanca, salpicada de celeste ondeaba bajo una corona de puntas heladas. Afiladas como cristales.

«Jack, ven a mí…».

El chico cayó de culo intentando apartarse. Se hizo daño, pero no le importó. Gateó a toda prisa, demasiado nervioso, y llegó a la orilla.

Se dejó caer con la respiración agitada y el eclipse cesó.

La Laguna Helada volvió a ser la de siempre. La quietud de la noche regresó e incluso su pulso se normalizó, mientras recuperaba el aliento y se repetía una y otra vez el mismo mantra:

«No era real. Es la falta de sueño».

Pero Jack no era el mismo chico que había ido a entrenar, y en lo más profundo de sí intuía que, contra todo pronóstico, la Reina de las Nieves era real.

Capítulo 23

Durante varios días, Elsa hizo trabajos para Mab. Le había costado convencerla de que podía serle útil, y era normal teniendo en cuenta su poca experiencia en prácticamente nada, y la desconfianza de la morena.

Sin embargo, a veces Mab debía hacer entregas y arreglos. La gente le llevaba objetos diversos (no importaba un reloj, que unos guantes o un trineo). La chica lo arreglaba todo, aunque Elsa no había descubierto cómo. La morena se encerraba en la planta de abajo y no dejaba pasar a la rubia, a la que dejaba en la calle para que se buscara la vida. Aunque, al menos, le daba cobijo por las noches y algo de comer.

Mas Elsa había visto que, por muy rápida que fuera Mab trabajando, el tiempo se le echaba encima, pues debía recorrer la ciudad para devolver los objetos de menos tamaño a sus dueños. Y después de insistir y mostrarle sus dotes en el patinaje, había logrado trabajar para ella.

Antes de conseguirlo, había rondado el Palacio de Hielo, pues no había conseguido que Mab le explicara nada más. Ahora, gracias a la rapidez con la que terminaba los encargos, seguía haciéndolo. Mas no había averiguado nada, y Mab no parecía querer ayudarla.

Esa noche, al finalizar todos los pedidos, volvió cansada pero con una sonrisa. Podía seguir patinando, y aunque no fuera como antes, ni estuvieran Kai para observarla ni Jack para retarla, llegaba a relajarse. Le ayudaba a pensar que podría con todo.

Al llegar hasta el edificio que regentaba Mab, dirigió sus pasos a las escaleras en primer lugar. Escuchaba ruidos ahogados como cada noche. Y en esa ocasión no le hubiera dado importancia si no se hubiera percatado de que había una pequeña rendija por la que poder

asomarse y curiosear. Las ventanas solían permanecer cerradas y unas gruesas cortinas echadas, pero estas estaban mal colocadas.

Se acercó con discreción. Al otro lado, Mab estaba de espaldas a ella, frente a una mesa en la que había algo que no alcanzaba a distinguir. Parecía una muñeca de mediano tamaño. Elsa hubiera dejado de mirar y se hubiera marchado, al ver todo normal, si no fuera porque se fijó en lo que la morena llevaba en la mano. No era una herramienta como había esperado, sino unos polvos relucientes que, al lanzar sobre la muñeca, esta se arregló de forma instantánea.

Y todo cobró sentido. Por qué era tan celosa con su privacidad. Desconfiada. Cómo lograba arreglar cualquier cosa. O crear increíbles juguetes que regalaba a los niños. Y no sé olvidaba de los objetos extraños se guardaba en su vivienda y que no le permitía tocar. De vez en cuando, llegaba con uno nuevo, algo que no se veía por los puestos del mercado por muy extravagantes que fueran, y Elsa sospechaba que lo había conseguido igual que cuando se hizo con su piedra.

Se apartó de la ventana y subió a esperarla en una estancia que hacía la vez de vestíbulo, donde había un sofá raído en el que solía quedarse hasta que Mab subía y le daba acceso al interior.

Por la mañana, Elsa se levantó dispuesta a hablar con Mab sobre la Reina de las Nieves, pero esta había dejado los restos de su desayuno y se había marchado, dejando una nota con los encargos de la mañana para Elsa. La rubia comió rápido y bajó a recoger las bolsas. Las encontró colgadas de la puerta.

Mab no estaba allí tampoco.

Con resignación, la rubia se dirigió al río, se puso los patines e inició el baile que la llevaría por toda la ciudad, cumpliendo con su trabajo.

Solo le quedaba uno por entregar cuando vio a Mab sobre uno de los puentes. Tenía la mirada fija en ella, los mismos polvos de la noche anterior sobre los que soplaba, y Elsa fue consciente de una inusual brisa cálida que estaba empezando a levantarse.

Ante algunos gritos, la rubia se giró y comprendió la situación: un trineo había perdido el control y zigzagueaba en dirección a un niño que había perdido el equilibrio y no podía levantarse. No hacía más que resbalar cuando lo intentaba.

Miró de nuevo a Mab y se dio cuenta de que lo que miraba era el trineo, quizás tratando de desviarlo de la trayectoria del pequeño.

Elsa fue más rápida. Reaccionó sin pensar y se dirigió al niño

patinando con gran rapidez. Le alcanzó a tiempo de apartarlo con ella, que se tiró sobre la orilla, de espaldas, protegiendo al infante, justo en el momento en el que el trineo pasaba a apenas unos centímetros de ellos y se estrellaba a su lado.

El niño empezó a llorar. Su madre se acercó deshaciéndose en agradecimientos a Elsa, que le restó importancia.

Mab se acercó después, sin aliento.

—¿Estás bien?

La rubia apreció preocupación en sus ojos.

—Sí. Por suerte ha quedado todo en un susto.

Sin embargo, Mab se mostraba nerviosa y miraba alrededor. Y Elsa supo que su preocupación no se debía solo a ella. Comprobaba que nadie se hubiera dado cuenta de lo que estaba haciendo.

—Tranquila. La gente estaba más pendiente del niño que de ti.

Mab la miró con horror, pero Elsa se levantó y le puso las manos sobre los hombros.

—Tu secreto está a salvo conmigo —susurró—. Hace tiempo que sospecho que tienes magia.

—Ssssh. —Mab gesticuló con las manos mirando alrededor, pero los pocos curiosos que quedaban estaban pendientes del trineo—. Jamás volveremos a hablar de esto.

Capítulo 24

Los días eran eternos y las noches muy cortas. Jack había seguido entrenando y trabajando a partes iguales, preparándose para el torneo de variedades. Sus padres seguían sin aprobarlo, aunque no dieran muestra alguna de ello, pero los imaginaba satisfechos al verle agotado la mayor parte del tiempo.

Su madre no era ninguna tirana, era solo que de verdad creía que el patinaje como algo profesional era una pérdida de tiempo. Que Jack se rindiera y no pudiera con todo solo le daría la razón y pondría los pies de su hijo menor sobre la tierra.

«Lo verdaderamente importante es la familia y el trabajo, querido».

Recordaba bien este lema que la heredera de los Frost tenía siempre preparado en los labios. Bufó y bajó la mirada al hielo mientras lo recorría a toda velocidad.

Había empezado a hacer ese gesto con prudencia: de forma inconsciente contenía el aire antes de mirar la superficie del lago, temeroso de encontrarse con ese palacio de hielo que tanto le había asustado.

El siseo de las hojas de los árboles, mecidas por el viento, le hacía ponerse en alerta. Todo había cambiado y a la vez permanecía en su lugar.

Se concentró para realizar el triple salto y lo repitió varias veces antes de dejarse llevar a la orilla, exhausto. Pese al frío que dominaba el lago, él estaba sudoroso, y en cuanto estuvo fuera del mismo se quitó la capa y la bufanda. Se cambió de zapatos y se dirigió hacia su casa con lentitud.

Era bien entrada la noche cuando atravesó el umbral de la puerta y dejó sin cuidado alguno patines, capa y bufanda en un montón.

Imaginaba la expresión exasperada de su madre cuando lo viera, pero no le importó. Hubiera podido dormirse de pie.

Entrevió una silueta en el sillón del salón y a punto estuvo de caer hacia atrás. Como si aquella imagen hubiera despertado el recuerdo.

«Jack…».

Aquella voz aterciopelada, no se había borrado de su memoria.

Pero no era la Reina de las Nieves. Ni un fantasma.

Avanzó y se dio cuenta de que era su madre. Se había quedado dormida, ¿esperándole? Se enterneció y se inclinó para despertarla. Se fijó en que tenía un libro en la mano. La portada era negra con detalles numéricos, lo que hizo que pusiera los ojos en blanco. No podía dejar de trabajar.

Pero cuando se lo fue a quitar de las manos para dejarlo en la mesa, se fijó en que esa sí era la letra de su hermano.

«Cuando estoy sobre el hielo me siento más vivo que nunca, como si fuéramos uno solo. Y cuando no estoy patinando, recuerdo el frío en mi piel. Siento que me llama…».

No pudo seguir leyendo porque el libro se cerró ante él. Su madre le miraba entre somnolienta y avergonzada.

—Estaba preocupada —susurró poniéndose en pie.

La bata de seda que llevaba siseó con el movimiento y Jack asintió. No sabía qué decir.

—Mamá, estoy bien.

Ella le miró en silencio y suspiró, como si llevara conteniendo el aire durante mucho tiempo. Negó con la cabeza y le besó en la mejilla.

—Tienes la perseverancia de los Frost, cariño. Solo intento protegerte, pero sé que conseguirás lo que te propongas.

Le dio la espalda y caminó con porte elegante hacia las escaleras. Él se obligó a hablar. No era habitual que su madre le dijera cosas como aquellas.

—Gracias, mamá.

Ella se volvió un poco y asintió. Estaba oscuro y no podría haberlo afirmado, pero creyó que estaba llorando.

Se comió unas galletas de arándanos en la cocina antes de irse a dormir, mientras le daba vueltas al otro asunto que le reconcomía.

Se había intentado poner en contacto con Elsa, solo para saber cómo estaba. Estaba más preocupado por ella de lo que se atrevería a admitir. Seguía sin poder creer lo de la Reina de las Nieves, pero después de haber visto aquello en el hielo, fuera producto del

cansancio o no, una pequeña parte de su mente no dejaba de gritarle que su ¿amiga?, podría estar en un grave peligro.

Pasó por la entrada y al mirar los patines sintió un aguijonazo de nostalgia. Echaba de menos tener a alguien con quien competir por ser el mejor. Nadie podría compararse con Elsa. Solo él.

«Y Dermin», se recordó subiendo las escaleras y dirigiéndose a su dormitorio.

Pero de los tres, solo quedaba él. Y supo que si Elsa no regresaba pronto, ganar el torneo no sería ni la mitad de satisfactorio. No había nada más placentero que su expresión de fastidio cuando se veía superada por él. Ni más divertido que la forma en que se mordía el labio cuando se concentraba para hacerlo mejor. Y, por supuesto, no podía olvidar el brillo petulante en su mirada cuando creía estar ganando.

Se puso el pijama y se metió bajo las sábanas. Soltó una risita ante el recuerdo y, con la imagen de ambos danzando en el hielo en la mente, se quedó profundamente dormido.

Capítulo 25

—¿Por qué lo ocultas?

Era la trigésima vez que Elsa se lo preguntaba. Estaban cenando un cuenco de sopa y Mab soltó la cuchara con rabia, salpicando la mesa.

—Mira, te agradezco que no hayas dicho nada a nadie —aunque a quién se lo ibas a decir, si no conoces a nadie— y lo del niño ha sido un acto heroico y altruista. Pero todo ello no te hace digna de mi confianza.

Elsa se mantuvo en silencio unos instantes, con la mirada centrada en su comida.

—Lo hice por ti.

—¿Cómo dices? —Mab clavó sus ojos en ella.

—Te vi en el puente con esos polvos dorados y pensé que si todos te veían, tu vida cambiaría. Todo pasó muy rápido por mi cabeza. Y creí que salvar al niño sería bueno para ti. —«Y para él, por supuesto».

Mas Elsa no mentía. Antes de saber qué pasaba siquiera, lo primero que había venido a su cabeza era que Mab estaba a punto de desvelar una identidad que no quería que se conociera. Y aunque ella no lo comprendía, empatizaba con la morena. Al fin y al cabo, se había hecho cargo de ella.

Mab la estudió durante un buen rato, hasta que la sopa se le enfrió y decidió que no tenía ganas de más.

—Todo es mi culpa.

Cuando Elsa levantó la mirada, la vio de pie mirando el fuego de la chimenea.

—Tú no…

—El poder de la reina, el frío eterno en la ciudad… —La rubia dejó que hablara—. Yo fui quien la dotó de todo su poder. Yo era su

hada madrina. Lo que viste en mi mano es polvo de hadas. —Se giró con una mirada triste y culpable—. Ella llevaría el frío por todos los reinos, creando así una nueva estación: el invierno. Creía que era su deseo y la ayudé. Cuando quise darme cuenta de que me había engañado, era demasiado tarde. Usó su magia para crear Corona de Hielo y concentrar aquí su poder, buscando hacerse más poderosa para, un día, expandirse. Como no puede salir, atrae a los incautos que se acercan al hielo y a los espejos. Solo los que saben ver más allá y escuchan su voz tienen afinidad con la magia, y son los que sirven a sus propósitos oscuros.

Elsa pensó en Kai, y rezó para que no fuera demasiado tarde. Había pasado mucho tiempo desde que desapareciera y ella iniciara aquel viaje.

—Tu amigo está vivo todavía. Necesita una luna de sangre para llevar a cabo el sacrificio.

Eso tranquilizó a la joven. Al menos su instinto no la había engañado. Kai estaba vivo y ella había encontrado a la Reina de las Nieves.

Esa misma noche le escribiría una carta a sus padres, más para tranquilizarlos. Y también a Jack, a quien sí le contaría todo aquello, en vista de lo preocupado que estaba por ella. Lo más seguro era que no la creyera, pero si había alguna forma, por mínima que fuera, de que él fuera capaz de hablar con Kellina y transmitirle el mensaje, merecía la pena.

—¿Cómo se la puede vencer?

—No se puede. No seas incauta. ¿Por qué crees que sigo aquí? Robando objetos mágicos a los forasteros en busca de la forma de enfrentarme a ella.

—Pero alguna forma habrá de arrancarle el poder que le diste.

—Ah, sí, para eso sí sé la respuesta.

Se mantuvo en silencio para consternación de Elsa, que se cruzó de brazos.

—¿Y bien?

—La única forma de despojar de su poder a la Reina de las Nieves es destruir su corazón.

Capítulo 26

La primavera había llenado el camino hacia las lagunas de flores, salpicando la zona boscosa y el suelo con un manto colorido. Jack no le prestaba demasiada atención mientras se dirigía a la Laguna Helada para revisar el día de colecta.

Su entrenamiento empezaría más tarde aquella noche y resopló mientras seguía avanzando. Se empezaba a acostumbrar a esa sensación de eterno cansancio y se había llegado a plantear si todo aquello merecía la pena.

Le bastaban unos segundos a toda velocidad sobre los patines para saber la respuesta. Así que, por fortuna o por desgracia, seguía empeñado en ganar ese concurso, que cada vez estaba más cerca.

Se mordió el labio, temeroso de que los nervios le fallaran en el último momento y se cayera delante de todos. Negó con la cabeza, alcanzando al fin el lago. En las orillas se repartían los trabajadores, esperando que bajara el nivel.

El tema de las mareas, especialmente en esas aguas congeladas, era algo que seguía fascinando a Jack. Contempló cómo el cielo cambiaba sus colores azules por los rosados, al tiempo que el sol se ocultaba y cedía su reinado a las tres lunas gemelas.

Y, con este fenómeno, el nivel del hielo bajó. Había bastante arena que recolectar y los trabajadores empezaron rápido con ello. Llevaban grandes carretillas y recolectaban cuidadosamente con unas palas destinadas a este propósito. Apenas precisaban que él estuviera allí, pero su madre solía decir que necesitaban tener cerca la figura de autoridad para realizar el trabajo de forma correcta.

«Si no fuéramos, acabarían volviéndose holgazanes. Al menos una buena parte de ellos y es fácil contagiarse de la desidia cuando se está en grupo».

El menor de los Frost no quería llevarle la contraria a Coral.

Un destello blanco le distrajo de su paseo alrededor de la laguna. Cuando se repitió entre el follaje forzó la vista y se encontró con una ardilla albina. Tenía ojos rosados y brillantes y no era cosa de su imaginación. Estaba llamando su atención.

Miró a su alrededor, extrañado. Los empleados estaban concentrados en sus tareas y no le prestaban atención.

«¿Me estaré volviendo loco de verdad?».

Puso su expresión más seria, como si estuviera haciendo algo importante, y se acercó al animal. Este dio unos pasitos hacia atrás y empezó a gesticular con las patas.

—Esto cada vez es más extraño.

Y, entonces, reparó en lo que quería el roedor y por poco se atragantó.

—¡Claro! Traes un mensaje de Elsa. —Se golpeó la frente.

El animal le imitó y asintió con frenesí.

Jack rebuscó en la faltriquera que llevaba cuando trabajaba. Solía tener de todo en ella. Últimamente, además, procuraba llevar consigo la botellita de la Laguna Parlante, por si Elsa contestaba a alguno de sus mensajes.

Mientras rebuscaba se dio cuenta de que pronto tendría que renovar las reservas de todas ellas, con todo el ajetreo en el que había estado metido las últimas semanas apenas tenía tiempo de nada. Por fortuna, quedaba la mitad de la que le permitía hablar con el animal y bebió dos grandes tragos.

—Ya pensaba que tendría que hacer un baile para llamar tu atención.

—Lo lamento, ehm…

—Llámame Copito.

—¿Copito?

—¿Qué pasa? Como los copos de nieve, ya sabes.

—¿Qué es la nieve?

—Oh, no me lo puedo creer. Ya sabes, copos blanditos y fríos que caen del cielo.

Jack miraba al animal con los ojos abiertos como platos. No entendía nada.

—Déjalo, está claro que aquí no tenéis invierno. En realidad me gusta este clima que tenéis aquí, porque de donde vengo…

Parloteó durante unos segundos en los que el muchacho no salía de su asombro. Al ver que la retahíla de Copito no acababa, carraspeó

y la ardilla le miró entrecerrando los ojos. Fue una expresión tan humana que el menor de los Frost estuvo a punto de romper a reír.

—*Ya voy, cascarrabias. Antes de todo, ¿tú eres Jack Frost?*

—Sí, te envía Elsa.

—*He venido desde muy lejos para comunicarte su mensaje, a ver si me acuerdo.*

El muchacho asintió, esperando a que el animal dijera algo más. Este se había llevado la patita a la barbilla y miró hacia arriba como si así pudiera activar su memoria.

—*¡Ah, sí!* —dio un saltito emocionado—*, Ealasaid me ha dicho que es importante que sepas que la Reina de las Nieves es real y cree que tiene preso a… ¿Lai? ¿Tai?*

—Kai.

—*¡Eso! Que cree que tiene preso a Kai y morirá si no se enfrenta a ella. Quiere que hables con Kellina.*

Lo dijo con voz cantarina, alegre de recordar el mensaje.

—*¿Cómo te quedas? ¡Me he acordado de todo! Tendré que dedicarme a esto.*

Jack no tenía palabras. Tragó saliva varias veces intentando asimilar la información. Tenía que decir algo.

—Copito.

—*Jack.*

El muchacho apenas sonrió con la intervención particular del animal, que se había erguido por completo y le miraba con solemnidad.

—*Estoy esperando, humano.* —Tendió una patita.

—¿Qué?

Copito puso los ojos en blanco y se señaló la barriga. Jack sacó de la bolsa los restos de un panecillo y el animal empezó a roerlo con avidez.

—Dile a Elsa que hablaré con Kellina y haré lo que esté en mi mano para ayudarla.

Cuando el animal se perdió de nuevo entre la espesura, camino de su hogar, Jack meditó qué hacer mientras regresaba a la laguna.

Algunos trabajadores levantaron la vista para mirarle, pero la mayoría siguieron a lo suyo. Levantó los ojos hacia el cielo estrellado y suspiró. Si la Reina de las Nieves no era un cuento. Si Elsa creía que podía hacerle frente estaba en verdadero peligro.

Aquello era más importante que sus entrenos: tenía que hablar

con Kellina. Otra vez. Ella sabría qué hacer.

Capítulo 27

Por mucho que Elsa le diera vueltas, solo conseguía frustrarse más. Cada plan que compartía con Mab, esta se lo desbarataba.

La rubia tenía claras dos cosas:

Entrar en el Palacio de Hielo era imposible.

Ella lograría entrar por cualquier medio.

Desesperada, esperando a que el hada llegara para comer juntas, cogió su bolsa y desparramó el contenido por la mesa. Salvo los patines, tres botellas de cristal —una con agua cicatrizante y la otra que permitía entender a los animales—, la bolsita con dinero con algunas monedas —gracias a que Mab la había acogido y en alguna ocasión le pagaba por su trabajo— y el regalo de Día, no había nada.

—¿Qué haces?

El hada acaba de llegar y miraba con desagrado que Elsa hubiera esparcido sus escasas pertenencias sobre su mesa.

—Solo buscar algo que me ayude a entrar en el palacio.

Mab apartó todo con el brazo y puso una bolsa de la que empezó a sacar comida que había comprado.

—¿Por qué no abres el objeto de Día y vemos de qué se trata?

Elsa desvió sus ojos a la tela que envolvía lo que quiera que fuese y la tomó entre sus manos.

—Creía que sabías lo que era.

Mab soltó una sonora carcajada.

—Sé que es un objeto de hadas o que ha estado en contacto con una. Puedo sentirlo.

La rubia lo abrió, ansiosa por descubrir qué había dentro de la tela. Su rostro mudó a una expresión de decepción cuando vio que se trataba de una piedra pulida que casi parecía de plata.

—No sabes lo que es, ¿verdad? —inquirió Mab con los ojos fijos

en la piedra.

—¿Debería?

El hada negó con la cabeza antes de responder.

—Es lo que se suele llamar piedra espejo. Es uno de los materiales que los enanitos utilizan para su creación y dotarlos de magia.

Elsa sostuvo el objeto con ambas manos, intrigada.

—¿Crees que puede ayudarme de alguna forma?

—Es posible. Estas piedras permiten cruzar al mundo de los espejos y así viajar entre ellos. Si la reina poseyera uno…

—¡Seguro que sí! —la interrumpió la joven, animada—. ¿Quién no tiene un espejo? Especialmente si es rico y poderoso.

—Tiene que ser un espejo mágico. Los espejos normales sirven solo de ventanas, y salvo que seas alguien poderoso, no podrás usarlo como puerta.

Elsa se echó hacia atrás con un bufido, soltó la piedra y se cruzó de brazos.

—Entonces, ¿de qué me sirve?

Mab se mantuvo en silencio un buen rato.

—¿Cómo se llevó la reina a tu amigo?

—A través de la Laguna Helada. Ni siquiera es un espejo… —repuso Elsa que no sabía a dónde quería llegar.

—Ya te he dicho que si se tiene poder suficiente… —Se encogió de hombros—. Y estamos hablando de la Reina de las Nieves, que tiene poder sobre el hielo. Así que, si logró llevarse a tu amigo, quiere decir que en su poder tiene uno.

Por un momento, Elsa estuvo a punto de saltar de alegría. Sin embargo, lo que hizo fue fruncir el ceño y mirar a su alrededor.

—Pero si nosotras no tenemos uno… ¿De qué sirve la piedra?

Mab sonrió con burla.

—¿No creerás que todo lo que tengo aquí son objetos vulgares? —Se levantó y fue hacia la pared que había detrás de Ella. La ocupaba una estantería con diversas cosas, entre ellas algo oculto por una tela oscura que cogió y mostró a la otra chica. Era un espejo de mano—. ¡Tachán!

Elsa se levantó y quiso cogerlo, pero el hada lo retiró de su alcance.

—¿Qué poder tiene?

—Digamos que me impide olvidar quién soy y, por tanto, apartarme de mi camino.

La rubia no lo comprendió muy bien, mas prefirió no decir nada. Esperó a que Mab retomara la conversación.

—Cuando estés en el mundo de los espejos deberás tener mucho cuidado. Puedes perderte. Tendrás que encontrar por ti misma el que une el de la reina con ese mundo. Y atraerla hacia él.

—¿Por qué?

Mab dejó el objeto sobre la mesa.

—Porque nadie tiene poder en el mundo de los espejos.

Capítulo 28

Jack se mordió el labio mientras el tiempo avanzaba, deseando dejar de ser imprescindible en el trabajo de colecta. Cuando este llegó a su fin tuvo que contenerse para no salir corriendo hacia Anugal.

Consiguió mantener los nervios a raya mientras examinaba la colecta y dejaba ir a los trabajadores a casa deseándoles buenas noches. Le gustaba ser amable con ellos, la mayoría lo conocían desde que era pequeño y no todos lo veían como el jefe que era —aunque ninguno tenía el valor de decirlo en voz alta—, algo que él percibía.

No los culpaba. Aunque había nuevos trabajadores de su edad aproximada, otros muchos podrían ser perfectamente sus padres.

Cuando al fin pudo, tras dejar la colecta en los almacenes, recorrió las calles empedradas que lo llevaban a la residencia a toda prisa.

Nadie le prestó demasiada atención, conocían sus hábitos particulares y a ninguno le tomaba por sorpresa verlo a altas horas de la noche por allí. Además, la mayoría estaban demasiado concentrados en sus tareas. Regresar de los trabajos, cenar y descansar para una nueva jornada. Poco les importaba lo que el ricachón Frost hiciera en su poco tiempo libre.

Llegó a la residencia y se quedó mirándola con el pulso acelerado. Sabía bien lo que tenía que hacer. Rodeó la puerta principal, pues sabía que por muy Frost que fuera, visitar a la anciana fuera del horario no era una opción.

Era ágil y estaba en buena forma. Saltó la valla que lo separaba del jardín del edificio sin problemas y se perdió entre la oscuridad, dirigiéndose al ala de las habitaciones.

Recordaba dónde estaba la de la anciana, en la segunda planta, no tendría que escalar demasiado.

Trepar la valla había sido una cosa, pero mientras utilizaba lo que

podía para poner los pies y las manos —y se recuperaba de alguna caída—, se dio cuenta de que por muy buen patinador que fuera, como escalador era mediocre. Se apoyó en el alféizar, sudoroso, y comprobó con horror que en el interior había un anciano de espaldas.

Maldijo su suerte y siguió el recorrido, con los brazos ardiendo, hasta la siguiente ventana que era la correcta. Suspiró de alivio y golpeó el cristal con suavidad.

Kellina se volvió hacia él y el susto se reflejó en su rostro. Los ojos se le abrieron por la sorpresa y le abrió a toda prisa, haciéndole pasar. Miró furtivamente a su espalda, a la puerta del dormitorio y cerró.

No dijo nada mientras el chico se dejaba caer en el sillón y se secaba la frente.

—¿Te has vuelto loco, Jack? —preguntó la anciana en un susurro sentándose en su cama.

Vestía un camisón turquesa, bajo una bata fina. Tomó asiento en su cama.

—Es Elsa —lo dijo con un hilo de voz, temiendo que alguien le escuchara.

Kellina se echó un poco hacia delante para verle mejor.

—A estas horas ya han repartido la medicación y no van a entrar. ¿Qué ha pasado?

—He recibido un mensaje suyo.

Los ojos de la repostera se abrieron esperando a que continuara y Jack pudo percibir incluso cómo contenía la respiración. No era para menos.

—Dice… —bajó la mirada— que la Reina de las Nieves existe.

No hubo cambio en la expresión de Kellina, que le apremió para que continuara.

—También dice que cree que Kai está vivo y piensa ir a rescatarlo.

—¡Oh, no! Va a enfrentarse a ella.

La preocupación contrajo sus facciones y un ligero temblor se adueñó de la anciana. Jack avanzó unos pasos hasta situarse de rodillas frente a ella. La tomó de las manos con determinación.

—Dijiste que la unión entre los reinos se debilitaba, que…

—Solo los que son llamados por la reina pueden atravesar el umbral.

Jack tragó saliva. Si la reina era real, si lo que él había visto bajo el hielo lo era, también aquella voz.

—¿Sabes cuándo se debilita la unión entre los reinos, Kellina?

—Cuando la luz cambia y la luna queda oculta de la mirada, se puede ver el otro lado.

—Los eclipses lunares —comprendió Jack—, ¿y el próximo es…?

Ambos se miraron.

—El día del concurso —dijo ella con un hilo de voz.

—Dentro de tres días.

Lejos de tener miedo, Jack sintió algo diferente latiendo en sus venas. Era una oportunidad, si sus sospechas eran ciertas, tal vez cuando se produjera el eclipse todos podrían ver que la historia de Kellina era real. Ninguno de ellos estaba loco. La Reina de las Nieves existía. Y él había oído su llamada. Tal vez como Kai. Tal vez como Dermin.

Capítulo 29

Estaba nerviosa. Cuando inició el viaje estaba decidida. Veía el enfrentamiento como algo lejano y, en el fondo, había deseado que todo fuera un cuento de niños.

Pero ella era real.

Y había llegado el momento de enfrentarse a ella y recuperar a su amigo.

—¿Estás segura de esto?

La voz de Mab interrumpió sus pensamientos, y le hizo apartar la mirada de su reflejo en el espejo.

—¿Acaso tengo otra opción?

—Olvidarte de tu amigo y, sobre todo, de ella.

—Y seguirá secuestrando y matando.

Mab se colocó frente a ella con expresión seria.

—No te hagas la heroína. Coges a tu amigo y sales corriendo. No te enfrentes a ella.

—¿Cómo estás tan segura de que Kai estará con ella?

—Porque es su nuevo juguete. A donde ella vaya, irá él. —Suspiró—. Cuando necesites volver, solo deséalo con la piedra tocando el cristal y el espejo se abrirá.

»Y, recuerda: el tiempo allí no pasa igual que aquí. No te entretengas, o a saber cuánto pasarás ahí dentro. Los hay que han pasado años desaparecidos…

—Todo irá bien —prometió Elsa, aunque ni ella misma creía en sus palabras.

El hada no tenía más que añadir. Se apartó de ella y colocó bien el espejo sobre la mesa. Echó una última mirada a Elsa y lanzó polvo de hadas en la superficie de plata. Al principio, la rubia no notó nada, y ya iba a preguntarle cuando percibió una ondulación en el cristal. Se

repitió. Era como si ahora fuera acuoso.

Alargó la mano y, antes de que pudiera darse cuenta, estaba al otro lado.

Miró hacia atrás, rápida. Mab estaba allí. Le había prometido que, si Elsa no daba señales de vida en las próximas semanas, la buscaría. La muchacha no sabía si el hada lo decía de verdad o solo por tranquilizarla.

Levantó la mano en un gesto de despedida y se internó en el decolorado y neblinoso mundo de los espejos. Le costaba ver más allá y tuvo que caminar despacio hasta que sus ojos se acostumbraron a la poca luz que provenía de todas partes… y de ninguna.

Cuando llevaba lo que le parecían horas, empezó a desesperarse. ¿Cómo iba a encontrarlo? Lo único que podía hacer, tal y como Mab había dicho, era asomarse a los espejos. Ver el otro lado. Pero ello requería detenerse, usar la piedra, mirar y… comprobar que no era el que buscaba.

Un zumbido cargado de una melancólica melodía se acercó.

Una mariposa.

¿Una mariposa?

¿En el mundo de los espejos?

Se detuvo a observarla mientras esta revoloteaba a su alrededor. La mariposa desprendía música con cada aleteo, y algo de luz. No una luz brillante que permitiera ver el lugar, pero sí la suficiente para que la joven pudiera apreciar lo que había a sus pies. Las alas de la mariposa estaban hechas de un mosaico de espejos que la reflejaban.

El insecto se apartó de ella, se alejó. Elsa tuvo apenas unos segundos para decidir si seguirla o continuar vagando sin rumbo fijo.

—A ver a dónde me llevas, pequeña —musitó y salió en pos de la mariposa.

No tuvo que caminar mucho. El animalito se posó sobre un poste de madera sin dejar de aletear y emitir música.

Elsa chasqueó la lengua, decepcionada. De nada le había servido ir tras ella. Ya iba a girarse cuando la tenue luz de la mariposa iluminó la estructura sobre la que estaba posada. Era un cartel.

Hacia el invierno

A varios metros, alcanzó a ver otro.

Hacia la primavera

No llegó a ver los otros dos que deberían corresponder al resto de estaciones que conocía. Mas tuvo una corazonada.

—¡Gracias, pequeña!

Siguió por donde indicaba el invierno. El terreno cambió. Aunque no lo notaba en su piel, el ambiente se tornó frío. Y el suelo, suave.

Encontró un primer espejo y, esperanzada y temerosa, se asomó a él utilizando la piedra. Mas al otro lado solo vio una mesa repleta de coloridas y humeantes tazas de té. Frustrada, continuó caminando, pero su avance se le hacía lento.

Tuvo una idea. Sacó los patines y se los puso. Probó a deslizarse y sonrió. Aunque lo que pisaba no era hielo, podía patinar. Era curioso.

La mariposa la había seguido, y mientras Elsa patinaba, revoloteó a su alrededor dejando un rastro de música y luz. Por un momento, la joven casi se olvidó de su misión. El frío, la música y su danza era lo que existía en aquel momento.

—Eres osada, Ealasaid.

Capítulo 30

Jack estaba sentado en la cama de su habitación, con la vista fija en la ventana. Todavía no se veían del todo las lunas, pues era por la tarde, pero pronto empezaría el eclipse, que sería total al anochecer.

Se mordió el labio con nerviosismo, sabiendo todo lo que implicaba aquello. A su lado reposaba el conjunto que se iba a poner para la actuación. Hecho a mano por los mejores sastres. Su madre no había hecho más que quejarse de aquella competición, pero no estaba dispuesta a que su hijo no llevara lo mejor delante de los reyes.

Se incorporó y salió al pasillo, que, como esperaba, estaba desierto. Caminó varios pasos sobre el suelo de madera. Llevaba calcetines así que no hizo ruido mientras alcanzaba la puerta de la habitación de su hermano.

Se detuvo con la mano a escasos centímetros del pomo, sin saber bien cómo seguir. ¿Qué pretendía con aquello?

Tomó aire y abrió. El impacto de lo que vio le dejó sin aliento: nada había cambiado.

Aún recordaba a Dermin quejándose cuando el pequeño se colaba allí.

«¡Sal de mi habitación, renacuajo!».

Pero luego siempre le dejaba dormir con él las noches en que tenía pesadillas. O le dejaba jugar mientras él hacía cuentas o escribía en su diario.

Se secó las lágrimas de los ojos en un rápido gesto. Avanzó hasta llegar al escritorio, bajo la ventana que daba al jardín, donde los trabajadores pronto terminarían su jornada en los invernaderos. Se sentó en la silla que había pertenecido a Dermin y se quedó unos instantes sin saber qué hacer, perdiéndose entre sus recuerdos.

Entonces sus ojos se posaron en los patines blancos que estaban a

los pies de la cama, como si el mayor de los Frost hubiera llegado minutos antes y los hubiera dejado ahí.

Se incorporó y los acarició con cuidado. Dermin los usaba solo en ocasiones especiales, para uso diario tenía unos negros, con los que había desaparecido.

Los dejó en el suelo y abrió el armario con decisión: un traje de gala para los espectáculos.

Recordaba a su madre reprochándole gastarse el dinero en esas tonterías.

«¡Algún día montaré un gran espectáculo! Tengo que ir elegante».

—Ahora hay un gran espectáculo —dijo para sí.

Cogió el traje y lo evaluó. Era azul brillante, de tela fina. Perfecto.

Dermin tenía su edad cuando desapareció y aquello le habría sentado como un guante. Pero Jack era más alto que su hermano, también más delgado. Tendría que probárselo. Estaba a punto de salir con el traje cuando la puerta se abrió.

Bastian entró en el cuarto y le miró con cariño.

—Te he visto entrar.

—Yo…

—También le echamos de menos, Jack.

Esta repentina sinceridad asombró al chico, que no dijo nada. Su padre avanzó hasta el escritorio que hacía poco había ocupado Jack.

—Y, aunque no lo creas, confiamos en ti. —Señaló el traje que llevaba en los brazos.

—Papá…

—Hemos sido duros contigo, pero tú has demostrado que puedes con todo, porque crees de verdad en ese sueño. —Suspiró desviando la mirada—. Como Dermin.

Se alejó de la mesa y se acercó a su hijo, que sentía las lágrimas acudir a sus ojos de nuevo. Su padre cogió uno de los patines de su hermano y sonrió.

—Tu madre dice que tienes la perseverancia de los Frost —comentó con aire distraído—, pero lo que posees es la pasión de los Wilhelm. —Jack se sorprendió ante la mención del apellido de soltero de Bastian, algo que no solía decir con frecuencia—. Estoy orgulloso de ti.

Y lo envolvió entre sus brazos. Jack no contuvo más sus emociones y ambos lloraron.

—Ve a terminar de prepararte. Hoy es tu día.

—Gracias, papá.

Él asintió y le hizo un gesto con la mano, indicándole que quería permanecer tiempo solo en el cuarto de su hijo mayor.

Jack se probó el traje y sonrió satisfecho mirándose en el espejo. Como había esperado los pantalones le iban un poco cortos, pero con los patines no se notaría.

Se puso su ropa de diario, tenía una última cosa que hacer antes de dirigirse a la Laguna Helada.

Con motivo del festejo, algunos ancianos de la residencia tenían permiso para pasar la noche fuera con sus familiares, y Kellina estaba entre ellos. Así que sin perder más tiempo, se dirigió hacia la casa de los padres de Kai a preguntar por ella.

Lisda Tharg abrió la puerta y le miró extrañada. Percibió algo de alerta en su mirada y se apresuró a hablar:

—Buenas tardes, señora Tharg, vengo a ver a Kellina.

—Ah, pasa.

La mujer le hizo pasar y le indicó el camino a la cocina. Sonrió al ver a la anciana en su elemento. Con las manos llenas de harina y una sonrisa, volvía a ser la de siempre.

—¡Jack! Pensaba que estarías preparándote.

—Eso hago —sonrió.

Lisda se despidió de ellos y se fue a la planta superior, diciendo que tenía mucho trabajo. Kellina se limpió las manos con un trapo y se puso una manopla. Sacó una bandeja del horno y el ambiente se llenó con el aroma de la vainilla y las fresas.

—Podrás comerte uno cuando se enfríen lo suficiente.

Jack soltó una risita nerviosa al darse cuenta de cómo había estado mirando los bollos. Sacudió la cabeza, poniéndose serio y avanzó hasta la isla de la cocina, repleta de ingredientes a los que no prestó atención.

Ella volvió a amasar.

—Pero no has venido para que te ofrezca un pastel. —Su mirada se ensombreció.

—No. La grieta…

—Shhhh. —La anciana se acercó a él—. Será mejor que hables bajo. Aunque aceptan que he salido a verte danzar, no creo que piensen que estoy muy bien.

—Lo lamento. Quería decir que, cuando dijiste que los reinos…

—El reino será visible al otro lado del hielo por algunos, otros solo

verán la laguna de siempre. Pero, para todos, cuando el eclipse sea pleno, será una puerta mágica a otro reino.

Jack tragó saliva. Ella le miró con intensidad. Se limpió las manos otra vez y las puso a ambos lados de los hombros del muchacho.

—No te pongas en peligro, Jack. Aún estás a tiempo de…

—No.

—No quiero que seas el siguiente.

—Ni yo que alguien más muera. Necesitamos que lo vean, necesitamos… —se detuvo unos instantes—, necesitamos que sepan la verdad. Lamento no haberte creído antes, yo pensaba…

—Sé lo que pensabas. Es una locura, querido, pero no sabes a qué te enfrentas, es muy peligroso.

—Siento todo lo que has tenido que pasar, por culpa de los que somos como yo. —Bajó la cabeza, sin atreverse a mirarla.

Ella le alzó un poco la barbilla, separándola de su pecho y obligándole a mirarla a los ojos. Era mucho más baja que él y no le costó gran esfuerzo.

—Eres mejor de lo que muchos piensan, Frost —sonrió—, eres mejor de lo que imaginas.

—No, yo solo…

—Muchacho, a veces el acto más heroico es reconocer la verdad y mostrarla al resto. Y no hablo solo de lo que se oculta en el hielo, sino de —puso su dedo índice en el pecho del chico— lo que hay aquí dentro.

—Gracias, Kellina.

—Y recuerda: no tienes que hacerte el héroe. Tener miedo es tan válido y necesario como el aire que respiramos.

Jack asintió, sin saber bien qué decir.

«Tienen que verlo, comprender que no está loca. Que la Reina de las Nieves es real y Elsa está con ella».

El corazón le dio un vuelco.

«Elsa está con ella».

Con la Reina de las Nieves. Se estremeció.

«Jack…».

Capítulo 31

Un escalofrío recorrió a la joven al escuchar esa gélida voz. Se giró con lentitud sobre las cuchillas y vio a una mujer de tez pálida como la nieve, ojos de un turquesa cautivador, labios morados, cabellos de plata y celeste y una corona de puro hielo. Llevaba un vestido blanco que se ajustaba a sus curvas e iba descalza.

La mujer ladeó la cabeza con una sonrisa traviesa mientras que Elsa tragaba saliva y escondía la piedra a su espalda, a sabiendas de que la reina la habría visto.

—Puedes volver por donde has venido, y olvidaré tus intenciones de robarme lo que es mío.

Elsa obvió las últimas palabras.

—¿Cómo sabes quién soy?

Una fría carcajada resonó a su alrededor.

—Controlo Corona de Hielo. Puedo ver a través del hielo. —«El río», pensó la joven—. Nada escapa a mí. Ni siquiera una ardilla.

Elsa volvió a tragar saliva. Buscó valor en su interior para hablar con toda la firmeza de la que fue capaz.

—¿Dónde está Kai?

—Él siempre está conmigo.

Una hoja afilada rozó el brazo de la chica, que soltó un gemido y giró la cabeza llevándose una mano a la zona herida.

Kai estaba a su lado y acababa de atacarla con una espada de hielo. El corte empezó a sangrar con abundancia y Elsa buscó en su bolsa el agua cicatrizante. Mas, cuando sus dedos se cerraron en torno a ella, su amigo le arrebató la bolsa y la lanzó lejos de su alcance.

—No puedes perder si no llevas tu poder contigo —canturreó la reina.

Elsa tuvo que esquivar otra estocada de Kai, y ambos iniciaron

una danza alrededor de la mujer. En uno de sus movimientos, la joven tocó la piel de su amigo y comprobó lo fría que estaba.

—¿Kai? ¡Kai, soy yo, Elsa!

—Un beso para enfriar. Un beso para olvidar. Y, cuando me canse de él, un tercero para matar.

La reina rio como una loca.

—¿Por qué haces esto?

Elsa continuaba esquivando los ataques de su amigo.

—¿Crees que esta piel tersa se mantiene por arte de magia? —La mujer se llevó un dedo a los labios—. Sí, magia hay. Y juventud también. ¡Kai! No la mates, tráemela y será ella mi próximo sacrificio en la luna de sangre. —Se colocó tras el chico y le acarició el cuello—. Así podré disfrutar de ti más tiempo…

Él fijó unos ojos carentes de sentimientos en la que una vez fue su amiga y se lanzó a por ella. Elsa huyó desesperada. Pasó junto al espejo aún abierto que daba al Palacio de Hielo.

«No puedes perder si no llevas tu poder contigo».

Lo que diera poder a la Reina de las Nieves, estaba, quizás, indefenso al otro lado del espejo. Si no podía hacerse con Kai, tendría que intentar lo que Mab le había prohibido: que se hiciera la heroína enfrentándose a la reina.

Con decisión, Elsa se lanzó hacia el espejo y nada más cruzarlo, se giró sobre los patines, levantó la piedra y la pegó al cristal.

«Ciérrate».

No sabía si funcionaría, pero para su alivio lo hizo. Mas era consciente de que si la reina no utilizaba una piedra para abrir el espejo, era cuestión de segundos que lo atravesara y lo que era peor: allí sí tendría magia.

Kai golpeó el cristal al otro lado.

Elsa no perdió el tiempo. Barrió la estancia con la mirada. Blanca, impoluta, fría. Eran los mismísimos aposentos de la reina. Pero allí no había nada.

«No sería tan tonta de guardar el origen de su poder aquí, al alcance de alguien que pudiera sorprenderla atravesando el espejo».

Un crac desvió su mirada al cristal. La reina estaba detrás de Kai, con la mano sobre la luna plateada que mostraba una pequeña grieta.

Elsa no se detuvo más. Salió de allí y pensó dónde buscar. Se le ocurrió ir a las zonas más seguras, quizás una torre o las mazmorras. Pero se le ocurrió que, lo más sensato, era esconder algo a la vista de

todos.

«¿Y si…?».

Deseó con todas sus fuerzas que la reina hubiera tenido esa misma idea. Patinó con rapidez en busca de la sala del trono hasta que la halló.

Era sobria, helada, con un trono de hielo que se alzaba ante sus ojos. Allí no había nada.

Elsa se resignó.

Dio una vuelta sobre las cuchillas y fue cuando sus ojos distinguieron un adorno en el trono que destacaba en el hielo.

Se acercó. Era un objeto hecho con fragmentos de espejo. Palpitaba. Lo cogió con su mano libre.

—¡Un corazón! —exclamó sin poder creerlo, sintiendo su frialdad y su poder.

El corazón de la reina.

Sin perder un minuto más, se deslizó hasta los aposentos, donde la reina ya casi podía salir de su prisión. La mujer, al ver lo que Elsa tenía entre sus manos, abrió mucho los ojos y se detuvo. Mas luego sonrió, fingiendo seguridad.

—Es indestructible. No conseguirás nada. Es mejor que…

Elsa no pensó. Solo actuó sin saber las consecuencias. Sin saber si estaba haciendo bien o era una estupidez.

Quería recuperar a su amigo.

Así que, ignorando el grito de la Reina de las Nieves, lanzó su gélido corazón fragmentado hacia el espejo.

Capítulo 32

El momento había llegado. No esperaba que hubiera tanta gente para verle patinar, algo que solo su hermano había logrado en contadas ocasiones.

Aquello era su sueño desde que había empezado a juguetear en el hielo. El sueño de Dermin. El de Elsa. El de todos los que habían querido un día hacer de aquello un espectáculo serio.

Estaba a unos metros de la Laguna Helada. Todo el mundo había acudido. Se habían repartido alrededor y observaban expectantes. Para los reyes y miembros del jurado se había instalado un pequeño palco, en el que conversaban con aspecto regio.

Se miró las manos. Aquello, pese a ser un sueño, no iba a ser un mero espectáculo. Habría más.

Alzó la vista al cielo y recordó las palabras de Kellina:

«Cuando la luz cambia y la luna queda oculta de la mirada, se puede ver el otro lado».

Tragó saliva. Y otra voz muy diferente acarició sus sentidos.

«Jack…».

—Ya basta —se dijo intentando contener sus emociones.

Atardecía y pronto la verdad quedaría revelada para todos. Antes de eso, una parte de sí deseaba impresionarlos con sus piruetas. Al fin y al cabo, no llevaba ensayando durante semanas para no recibir mérito alguno. Otra parte le recordaba que aquello era mucho más serio. Que había vidas en juego.

Cogió los patines que había dejado a un lado y echó a andar.

—Jack.

El chico se volvió y se encontró a Coral con los ojos anegados en lágrimas. Se enterneció y sonrió, sintiéndose culpable por lo que estaba a punto de suceder.

—No te has puesto el traje que encargué —susurró.

—Lo sé, es que… Pensé que…

Buscó las palabras, pero no le salieron. Quería honrar de alguna manera a su hermano. Quería vivir ese sueño con él. Nada le parecía suficiente y creía que todo podría hacer enfadar a su madre, por eso le sorprendió lo que salió de la boca de la señora Frost:

—Estás tan guapo…

Dermin tenía buen gusto y había preparado a conciencia aquel traje para que quien lo llevara brillara y destacara sobre los demás. Ahora era Jack el que vestía aquellos pantalones ajustados, azul cobalto y una camisa abierta a juego. La tela relucía con la luz y dejaba al descubierto parte de su torso. Lo único que no brillaba esa noche eran sus patines desgastados, cuyo azul lavado estaba casi gris por el uso.

Al contrario de lo que había pensado en un principio, a pesar de que sí le quedaba algo corto, no le iba ancho y se ajustaba a su cuerpo como si se lo hubieran hecho a medida.

—Gracias, mamá.

—Gracias a ti, cariño.

Ella se adelantó y le abrazó con fuerza. Descubrió a su padre a poca distancia, limpiándose los ojos con un pañuelo. Asintió y el pequeño de los Frost le devolvió el gesto.

Captando de nuevo su atención, su madre le tomó el rostro con las manos y le besó la frente.

—Ve y déjalos a todos mudos de asombro.

«No sabes cuánto…».

Se limitó a responder con otra sonrisa y les dio la espalda. Se detuvo en la orilla a ponerse los patines y, cuando el rey dio la señal, se deslizó como un cisne por la superficie pulida.

Las cuchillas rasgaban el hielo al son que él indicaba. En un aleteo había recorrido la laguna varias veces entre ovaciones. Entonces se detuvo en el centro y empezó a girar.

Se inclinó y extendió los brazos a ambos lados sin dejar de dar vueltas. Su cuerpo danzaba sin control, exaltado por las ovaciones.

Siempre había sentido que el patinaje le hacía olvidar el mundo, sentirse solo y en paz, pero ese día la ciudad estaba viviendo con él esa magia y no podía evitar sentirse emocionado.

Inició su triple salto en el preciso momento en que una de las lunas cambiaba su tonalidad.

«Ha empezado».

Giró y cayó. Volvió a saltar sin mirar abajo. Los giros se sucedieron y escuchó a su alrededor los murmullos, las exclamaciones.

Sin poder contenerse abrió los ojos. Intentó mantener la compostura. En el cielo la luna estaba a punto de ocultarse por completo. Bajo sus pies era como si el suelo se hubiera desvanecido y estuviera saltando sobre un cristal de hielo, que dejaba ver como si de una ventana se tratara, un universo frío al otro lado.

Copos blancos caían sobre ese reino, cuyo palacio de hielo se erguía como un centinela, rodeado de una muralla afilada. Protegido por el hielo que actuaba como cuchillas, separándolo del resto. Ante él se extendía un bosque y una ciudad, de tejados puntiagudos todo ello cubierto por un manto blanco.

Su pulso se aceleró y recordó las palabras de Kellina. ¿Cuántos lo estarían viendo?

Tragó saliva y cuando las cuchillas tocaron la superficie del lago se impulsó en el aire iniciando otro nuevo triple salto.

Estaba girando en el aire cuando la luna se ocultó por completo y el mundo sufrió una vibración. La superficie del lago cambió para algunos, mientras que para otros siguió siendo la Laguna Helada de siempre. Pero todos vieron lo que sucedió a continuación.

Algo emergió del lago con fuerza e impactó contra Jack, que estaba girando en el aire.

El chico fue lanzado varios metros sobre el hielo, mientras intentaba recuperar el control.

Alguien gritó, pero Jack solo podía concentrarse en la punzada de dolor que sentía por la caída. Quiso llevarse las manos al pecho, pero se topó con un cuerpo y comprendió que eso había sido lo que había chocado con él.

Entrelazados en un caos de brazos y piernas se zafó de él. Alzó la vista para verle mejor y su corazón dio un vuelco.

—¿Kai?

Al muchacho no le dio tiempo de responder, pues la laguna se sumió en el caos y él fue apresado.

Jack miró hacia la capa de hielo, pero no vio más que la oscuridad propia de la Laguna Helada. Negó con la cabeza y golpeó la superficie.

No fue consciente de que un grupo de sanadores se había acercado a él, de que sus padres le miraban con preocupación. Tampoco lo fue de que el mechón sudoroso que caía sobre su frente ya no era castaño,

sino blanco. No podía percatarse de que sus ojos marrones, ahora eran del color del hielo que golpeaba.

En su mente solo había lugar para una pregunta que no dejaba de repetirse:

«Si Kai ha regresado… ¿Dónde está Elsa?».

Tres grandes fragmentos brillaron y un millar de esquirlas por el mundo se dispersaron.

Dotando con su magia a todo aquel que fuera atravesado.

Y su magia se percibía como un beso helado. En la piel siempre tibia de un niño. En el aliento frío de un león del desierto. En los copos de una invocadora de oriente. O en el suspiro de un hada que exhala motas de hielo.

Pero los espejos mágicos fueron creados para que sus pedazos pudieran reunirse de nuevo.

Y el de la Reina de las Nieves no era una excepción.

Segunda parte
La estación de hielo y nieve

Capítulo 33

Todo era blanco.

¿Dónde estaba?

Parpadeó. Seguía siendo blanco.

Elsa se llevó una mano al ojo izquierdo. Le escocía. Después, se levantó y reconoció dónde estaba. Eran los aposentos de la Reina de las Nieves.

«La reina».

Dio una vuelta sobre sí misma, buscándola sin éxito, hasta que sus ojos se posaron en lo que no hacía mucho había sido un espejo. Se acercó al marco vacío. El suelo estaba impoluto. No había cristales rotos. Nada.

—Será mejor que salga de aquí —musitó.

Recordó el camino a la sala del trono. Allí había unas grandes puertas que, supuso, llevaban al exterior del palacio. Se dio prisa. No sabía qué había sido de la reina.

Ni de Kai.

Se detuvo en seco.

—¿Kai?

Mas no obtuvo respuesta.

Retornó sobre sus pasos gritando el nombre de su mejor amigo. Tan solo recibía el eco de su propia voz.

Buscó en habitaciones y salones vacíos, dio con una biblioteca helada a la que no prestó más atención de la necesaria. Y terminó en el dormitorio de la reina, en el que entró con cautela.

Seguía vacío. Ni rastro de ella ni rastro de él. Ni del espejo.

Y empezó a recordar:

Había lanzado el corazón de la reina contra el espejo cuando ambos seguían al otro lado. ¿Quería decir eso que había dejado a su

amigo en el mundo de los espejos sin oportunidad de salir?

Se acercó al marco, que examinó al detalle, buscando una respuesta, una salida, una pista. Algo.

—Kai…

Inclinó la cabeza hacia delante con lágrimas en los ojos y sus largos cabellos celestes le enjugaron las mejillas.

—Un momento…

Miró un hombro y luego el otro. Tenía el pelo largo. Y celeste. Lo cogió, tiró de él para comprobar que no estaba soñando, que era suyo.

—Por todos los reinos. ¿Qué significa esto?

Silencio.

Optó por regresar a la sala del trono y salir, buscar a Mab y pedirle ayuda para regresar al otro lado y buscar a Kai. Y, de paso, preguntarle qué le había pasado a su pelo.

Le costó abrir una hoja de las puertas y, al lograrlo, se topó con un muro helado. No había salida.

«No puede ser».

Se dirigió a las ventanas. Era lo mismo. Entonces se dio cuenta de que la luz provenía de unas lámparas de hielo que colgaban del techo.

Fue hasta una planta superior con el mismo resultado.

Estaba atrapada en el palacio de hielo de la Reina de las Nieves.

Capítulo 34

Jack seguía sin reconocerse y dejó a un lado el espejo de mano que le había tendido su madre, junto a una campana de plata que también se había empeñado en dejarle por si necesitaba algo. Se acarició el cabello blanco y suspiró.

Los sanadores acababan de marcharse después de una revisión exhaustiva. Solo quería que le dejaran descansar después de todo lo que había pasado en la actuación.

Su padre entró en ese momento atrayendo la atención de su hijo, que le miró con una sonrisa cansada. No se sentía diferente, ni enfermo, pero todos parecían muy preocupados.

No era para menos, un chico al que consideraban muerto había salido del lago, después de que hubieran visto un reino de hielo a través de él. Se había dado de bruces contra su hijo y ahora este tenía el pelo blanco y los ojos azul cobalto.

—¿Cómo estás? —Bastian se sentó a los pies de la cama.

Jack se encogió de hombros. Estaba sentado con las piernas tapadas con la sábana. Cuando la mano del hombre se situó sobre la pierna de su hijo le miró con preocupación.

—¡Estás helado! —exclamó.

—Ha sido un día largo, papá.

—Lo sé. Los médicos creen que lo que te pasa… —Boqueó varias veces buscando las palabras adecuadas.

—Creen que tienes el mal de las nieves —completó su madre desde el umbral de la puerta.

—¿El mal de las nieves? —Jack achicó los ojos.

—Así lo han llamado. No saben bien qué es. Creen que puede ser temporal. Estuviste en el lago en el momento en que… —Ahora era su madre la que no sabía cómo seguir.

—En que visteis el otro lado.

—Sí. —Coral hacía esfuerzos por mantener la compostura.

Sus padres se miraron y Jack leyó las dudas en su expresión, también incertidumbre y algo más que no acertó a identificar.

—¿Qué ha pasado con Kai? —preguntó el muchacho, mientras su padre se incorporaba.

—Ha sido encerrado. Deben decidir qué van a hacer con él —contestó Coral tomando a Bastian de la mano.

—Si necesitas cualquier cosa solo tienes que hacer sonar la campanita.

—Lo sé.

Ninguno había pronunciado el nombre de Dermin desde que había tenido lugar el incidente, pero Jack sabía que llegaría el momento de que tuvieran esa conversación. Aquella revelación lo cambiaba todo. El pasado, el presente y también el futuro.

Cuando la puerta se cerró con sus padres al otro lado, suspiró de alivio. Pero solo se incorporó de la cama cuando los pasos se perdieron por el pasillo y escuchó el sonido amortiguado de la puerta de la habitación de ellos.

Como cuando era pequeño, se escurrió fuera de la cama y caminó de puntillas hasta la ventana de su habitación. No se percató del detalle, pero sus pies dejaron un rastro pálido en el suelo, que desaparecía como si no hubiera pasado, ante el calor primaveral que reinaba en la estancia.

De lo que sí fue consciente fue del frío que emanaba su cuerpo. Puso una mano en el cristal, para asomarse al otro lado y este se cubrió de escarcha. Desapareció tal y como había aparecido y dio un paso hacia atrás, extrañado. Se miró las manos, algo más pálidas de lo habitual y se apoyó en la mesa, mirando a la ventana. Cuando bajó la vista se topó con la zona del escritorio en que estaban sus dedos, cubierta de escarcha.

—Por todos los reinos…

Respiró hondo, alzó la palma de su mano frente a sí, mientras el mueble volvía a la normalidad.

Tocó la pared con la otra y sucedió lo mismo.

«Fascinante».

Con cuidado abrió la ventana y esta no se cubrió de escarcha.

«Qué extraño…».

Una emoción nació en su vientre y se extendió por el resto de su

cuerpo. Un deseo antinatural se adueñó de sus sentidos y alzó las manos frente a sí.

—Veamos de qué eres capaz, Jack Frost —se dijo dándose ánimos.

Sopló sobre su propia piel y, para su sorpresa, frente a él se extendieron una docena de copos blancos, que recorrieron un trecho antes de desvanecerse en el aire.

—¡Por todos los reinos!

Entonces recordó las palabras de su madre.

«Creen que tienes el mal de las nieves».

—Tengo poderes.

Capítulo 35

No había salida.

El palacio de hielo era una prisión.

Elsa lo había recorrido casi entero, descalza, durante horas, fijándose en cada mínimo detalle, y con la sensación de que no estaba sola.

Unos pasos sigilosos que podía sentir.

Una respiración pausada que la vigilaba.

Mas a su espalda nunca había nadie, ni en la siguiente esquina, ni en los rincones donde la luz no llegaba

Lo había atribuido al cansancio, al hambre y la sed.

¿De qué se alimentaba la Reina de las Nieves?

Cuando fue consciente de sus necesidades físicas, se dio cuenta de que no había recorrido el palacio en su totalidad. Tras la sala del trono había un vestíbulo, con amplias escaleras, tras las cuales había una puerta que quedaba disimulada. Al abrirla, dio con otras escaleras que descendían. Las bajó con cautela, y fue a parar a un amplio pasillo con varias puertas. Tras ellas había dormitorios, un salón y una sala de juegos. No todo era de hielo.

«¿Las habitaciones del servicio?», se preguntó.

Pero allí no vio a nadie.

El final del pasillo daba a una amplia cocina donde había comida ya preparada: panes, bollos, un guiso frío y abundante fruta que Elsa conocía por los invernaderos fríos.

Se mordió el labio. Sus tripas rugieron pidiendo que abandonara toda prudencia y se abalanzara sobre la comida, y así lo hizo.

Comió un pedazo de pan y un racimo de uvas, bebió agua y, cuando estuvo satisfecha y con energías renovadas, continuó su búsqueda de una salida.

En uno de los pasillos superiores encontró otras escaleras que conducían a una de las torres, donde todavía no había estado.

Allí arriba eran los rayos de sol los que iluminaban cada paso que daba. Al llegar a la sala octogonal de la torre, se asomó a una de las ventanas y aspiró con gusto el aire frío.

La ciudad de Corona de Hielo se extendía a sus pies. Las gentes ocupaban las calles, inmersas en sus quehaceres diarios. Había trineos y patinadores que Elsa envidió. Ella se había quitado los patines y caminaba descalza a falta de unos zapatos. En un principio se había deslizado sobre ellos, hasta toparse con escaleras que subían y bajaban.

Aunque allí arriba no había muro de hielo, tampoco tenía salida. Era demasiada la altitud y no había nada que le permitiera descender.

Con un suspiro resignado, se giró, y fue entonces cuando lo vio: un enorme lobo gris y blanco la observaba desde la puerta.

Muerta de miedo, Elsa se cubrió con los brazos y esperó el ataque con los ojos cerrados. Sintió un cosquilleo en las manos que atribuyó al temor que se expandía por su cuerpo.

El animal debía de estar al servicio de la reina, no le haría gracia que ella deambulara por allí, y se preguntaría —si es que un lobo podía hacerse preguntas— dónde estaría su ama.

No pasó nada, y la joven se atrevió a mirar por encima de sus muñecas cruzadas. Ya no veía al lobo, pues entre ella y él había nacido una columna retorcida, como un chorro de agua congelado en pleno movimiento.

Soltó una exclamación.

—¿De dónde ha salido esto?

Lo preguntó en voz alta, olvidándose del lobo por unos instantes.

Recordó el cosquilleo en sus manos y se las miró, mas apartó de sí los fantasiosos pensamientos que cruzaban por su mente.

Hasta que la vio.

Se acercó a su reflejo en la columna congelada y se dio cuenta de que sobre sus cabellos, ahora largos y celestes, había una corona de hielo, aunque parecía de diamantes.

Se la palpó con una mano, mientras la otra la posaba sobre la estructura que se alzaba frente a sí.

Y fue consciente de algo más: no sentía frío.

Iba abrigada con la bufanda mágica, pero sus manos no notaban frío al tocar el hielo. Había ido descalza durante horas y sus pies

tampoco habían percibido el frío del suelo gélido.

Volvió a mirarse las manos, esta vez intrigada, y por el rabillo del ojo vio la cabeza del lobo asomarse por un lateral y observarla.

—Hola…

Se sintió estúpida, pero no se le ocurrió otra cosa.

El animal avanzó unos pasos y se sentó sobre sus cuartos traseros. Ella se atrevió a ponerse a su altura y con lentitud alargó el brazo para que su mano lo acariciara. El lobo se dejó.

Elsa ladeó la cabeza y él la imitó.

—¿Tú entiendes lo que está pasando?

Con el hocico, él rozó sus manos varias veces, confirmando sus sospechas. Mas era surrealista.

¿Cómo era posible?

—¿Tengo algún tipo de poder como el de la Reina de las Nieves?

El lobo repitió el gesto.

Elsa se miró las manos por milésima vez.

Después, sus ojos se posaron sobre la columna de agua congelada, sobre su reflejo y el del lobo.

Y su corazón se detuvo al ver que él hielo no reflejaba a un animal, sino a un humano.

El reflejo pertenecía a Dermin.

Capítulo 36

Jack se incorporó de un salto cuando los primeros rayos de sol entraron por la ventana. La noche anterior, tras descubrir esas nuevas habilidades, había tenido la tentación de salir corriendo al exterior y probar aquella magia. Por fortuna, se había contenido. Estaba cansado y no sabía si alguien podría verle y malinterpretar lo que viera.

Cuando se estaba vistiendo entró su madre. Él protestó, pero ella puso los ojos en blanco y dejó una bandeja sobre el escritorio. Jack apretó los dientes. No era habitual que Coral le llevara el desayuno a la habitación y mucho menos uno tan surtido.

Vio uvas, melocotón y pan de semillas. También una pequeña jarra de leche y una taza de porcelana.

—Mamá, ¿qué es todo esto?

Jack dio dos pasos hacia delante. Su madre se apoyó en el escritorio y le hizo un gesto para que se sentara que su hijo ignoró. Se puso frente a ella y la miró a los ojos.

—Tienes que descansar. —Alargó una mano para acariciarle el cabello blanco y echó la mano hacia atrás asustada al tocarle el rostro —. ¡Estás helado!

—Pero estoy bien, lo que necesito es salir a tomar el aire…

—Nada de eso, jovencito.

La mirada de su madre se endureció. Desvió los ojos y suspiró antes de volver a mirarle con fijeza. El muchacho se mantuvo en silencio, sin saber bien qué decir. Necesitaba salir de allí, probar su poder.

—Cuando Dermin se fue creí que el mundo se desmoronaba. No puedes imaginar el miedo que da que un hijo… —Negó con la cabeza.

Jack se compadeció de ella y le tendió un pañuelo bordado. Ella lo tomó entre sus manos y por un momento no dijo nada.

—Pero ahora lo que tengo aquí —se señaló el pecho— es un pozo más helado que tu piel. Si toda esta locura que parecía imposible es cierta, si la Reina de las Nieves existe y se llevó a mi pequeño… —Sollozó.

No se percató de que la puerta se entreabría y Bastian entraba. Al ver la escena, el señor Frost se quedó estático en su posición. Jack sentía el temblor de su madre y él mismo sintió el nudo en la garganta que precedía al llanto.

—No permitiré que te lleve también a ti.

Le tomó de los hombros, a pesar del frío, y cuando esta vez clavó sus ojos en los del menor de los Frost una rabia helada había sustituido a la pena.

—No permitiré que te lleve también a ti —repitió.

Bastian avanzó hasta situarse junto a su mujer y la rodeó por los hombros. Coral dejó de ejercer presión sobre los de Jack y se volvió derrotada hacia su marido.

—¿Cómo te encuentras? —inquirió el hombre a su hijo.

—Mejor. Creo que sería bueno que pudiera tomar el aire.

—Es mejor que, al menos por ahora, descanses un poco. A ver cómo pasas estas primeras horas, y luego decidimos.

—Pero…

—Haremos guardia en la puerta y ni siquiera pienses en la ventana. Tienes vigilancia en el jardín.

—¿Me estáis encerrando?

—Si eso es lo que tenemos que hacer para mantenerte a salvo, que así sea —intervino Coral.

El chico no se molestó en quejarse y se sentó frustrado ante el desayuno. Comió y poco después sus padres se retiraron de su habitación, aunque como bien habían dicho, eso no serviría de nada. No podía escapar.

Cuando se quedó solo, con el estómago lleno y el poder haciéndole cosquillas, dio un bufido y se tiró en la cama.

El techo tenía dibujos de estrellas y recordó que a él y a Dermin les encantaba ir de noche al jardín a observar el cielo. Comprendía los sentimientos de sus padres, pero no se sentía mejor por ello.

Alzó las manos frente a él y sus dedos bailotearon. Enfadado se incorporó y se dio cuenta de que una diminuta flor blanca y fría caía del techo. A ella se unieron innumerables flores estrelladas.

—Por los reinos, esto es la nieve que mencionan en los cuentos de

hadas. —Soltó una carcajada, comprendiendo por fin lo que era la nieve—. Un momento…

Tomó uno de los copos entre las manos y lo apretó. Se deshizo entre sus dedos. Se puso en pie con una risita y barrió el aire con el brazo. Se concentró y la nevada se intensificó a su alrededor. Cerró los ojos sonriendo y giró sobre sí mismo mientras el poder fluía.

Aquella magia hubiera podido pasar desapercibida para la mayoría, pero alguien, muy lejos del Reino de las Lagunas, sintió el aguijonazo frío y alzó la mirada, extrañada.

Ajeno a ello y en su propia fantasía, Jack caminó por su habitación y se dio cuenta de que todo lo que tocaba, se cubría de escarcha.

Siguió experimentando con su poder, procurando que no fuera del todo evidente.

Cuando llegó la sirvienta con la comida tomó la bandeja sin dejarla mirar al interior. No quería ser desagradable, pero si veía lo que estaba pasando iría directa a sus padres, así que le cerró la puerta en la cara y suspiró. Dejó la comida sobre la mesa y picoteó un poco. No tenía hambre, estaba demasiado ensimismado con su propio poder.

Para evitar otra intromisión él mismo sacó la bandeja, iba a llevarla a la cocina cuando la misma chica del servicio se la tomó de las manos y le obligó a regresar a su cuarto.

Pasado el mediodía, no pudo soportarlo más y abrió la puerta de su habitación, dispuesto a salir. Tenía que dejar fluir aquella magia, ponerse a prueba, ver de qué era capaz.

Un chico del servicio intentó detenerle, pero él le ignoró y bajó las escaleras deprisa hasta el comedor, donde encontró a sus padres merendando. Coral le miró con interés, de forma interrogativa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó dejando la tostada sobre su plato.

—Necesito salir a dar un paseo. Me estoy volviendo loco ahí encerrado.

Sus padres intercambiaron una mirada y fue el señor Frost el que le invitó a sentarse con un gesto conciliador.

—¿Por qué no meriendas?

Jack asintió y se acercó a la mesa, cogió un trozo de pan ya untado con mermelada de ciruela. Se hizo con dos melocotones del frutero y se los metió en el bolsillo. Su madre iba a protestar, pero Bastian le hizo un gesto con la mano. Ella le ignoró.

—Si estás enfermo, no comer o hacerlo de forma inadecuada no te

hará ningún bien. Apenas has tocado la sopa de la comida y…

—De verdad que estoy bien, mamá.

—Puede que debamos dejar que Jack tome un poco el aire —intervino Bastian.

—No creo que en esta situación ir por ahí haciendo el loco le vaya a ayudar en absoluto.

—No voy a hacer el loco. —El pequeño de los Frost puso los ojos en blanco.

Pero aceptó la situación, dejó los melocotones sobre la mesa y se untó una nueva tostada. Deseaba desplegar su poder, pero si había esperado durante tanto tiempo, podría merendar antes. Respiró hondo e intentó aparentar normalidad.

—¿Qué creéis que pasará con Kai? —preguntó dando el primer mordisco al pan.

—Puede que lo liberen. Tal y como están las cosas, no parece culpable —contestó su padre.

Coral le miraba con una expresión indescifrable, pero no dijo nada.

—Me gustaría hablar con él. —Sonrió apaciguador al ver la alarma en los ojos de Coral—. Es que… no dejo de preguntarme dónde está Elsa.

Bastian suspiró y su mujer le miró con fijeza, sacudiendo la cabeza.

—Fue imprudente por su parte salir corriendo detrás del chico. Seguro que vuelve cualquier día de estos.

Jack dudó, pero no quiso poner objeciones. Terminó de merendar y uno de los ayudantes de cocina se apresuró en recoger su plato. El pequeño de los Frost se levantó y besó en la mejilla a sus padres.

—Solo voy a dar un paseo —los tranquilizó.

—Ten cuidado —pidió Coral.

Jack ya no la escuchó. Apenas puso un pie fuera, echó a correr por los caminos. Quería alejarse lo máximo posible, puede que fuera una buena idea meterse en la parte arbolada que había al sur de la ciudad, donde no pudiera encontrarse con nadie.

Sintió un cosquilleo recorrerle la piel y la necesidad imperiosa de usar sus habilidades antes de que estas se extinguieran. Ardía en deseos de saber más sobre lo que le había pasado, sobre lo que había en su interior.

Corrió por un sendero opuesto a las lagunas, que iba directo al

bosque.

Se internó entre los árboles, que le engulleron como a un animalito, ocultándole de la vista de miradas indiscretas. Tuvo que buscar una zona frondosa y apartada, allí donde no fueran los leñadores ni cazadores, aunque tendría que ser cauto y estar atento a cualquier ruido sospechoso. Encontró un pequeño claro, donde se detuvo y respiró hondo. Dejó que aquella sensación recorriera su cuerpo y cerró los ojos concentrándose.

Cuando el primer copo de nieve cayó sobre su cabello, los abrió y miró hacia el cielo. Soltó una carcajada y correteó por el claro, seguido de innumerables copos que parecían brillar por sí mismos. Eran suaves como una caricia y se acumulaban en el suelo formando montoncitos blandos de hielo.

Con las mejillas sonrosadas y una sonrisa permanente alzó las manos y el cosquilleo se repitió.

Serpenteó entre los árboles que rodeaban el claro, sin dejar de reír, mientras este se cubría de nieve a su paso, extendiendo las manos y con ellas la escarcha a todo lo que rozaban sus dedos.

Jack, que había sido comedido en su habitación, probó sus habilidades sin contenerse. Regresó al claro y alzó una mano. Los copos se movían al ritmo que él les daba. Jugueteó con ellos y no se dio cuenta de que se elevaba del suelo. Solo se percató de ello cuando vio las copas de los árboles a su altura. Abrió los ojos como platos y el aire pareció dejar de sostenerle. La nieve se hizo menos intensa y cayó.

Antes de golpearse con la fina capa de nieve que se había posado en el suelo, se quedó flotando a escasos centímetros del manto blanco. Con torpeza, luchando contra su propio cuerpo, intentó incorporarse.

Escuchó una risa a su espalda y se sonrojó.

Una mujer de baja estatura y cabello negro se sujetaba el vientre entre carcajadas.

—Cuando sentí este poder no podía imaginarme que me encontraría con alguien como tú.

Jack, intentando recuperar la dignidad, logró al fin poner los pies en el suelo e incorporarse. Sacudió la nieve de su ropa y avanzó dos pasos hacia la extraña.

—¿Y tú eres…?

—Mab, el hada que va a decirte qué vas a hacer a partir de ahora.

Jack la miró de hito en hito, mudo de asombro. ¿Un hada?

—No pongas esa cara o volverá a darme un ataque de risa, y el asunto es serio.

—¿Ah, sí?

—No pensarás que ese pelo y esos ojos han cambiado porque sí.

—Me han dicho que puede ser temporal y… que es una enfermedad a causa del contacto con la Reina de las Nieves.

Ella parpadeó varias veces. Le examinó sin pronunciar palabra e hizo un gesto con la mano.

—La Reina de las Nieves… —repitió por lo bajo poniéndose una mano en la barbilla.

—Bueno, sí, suena a locura, pero…

Mab movió los brazos, pidiéndole silencio.

—Sea como sea, tu vida acaba de cambiar para siempre, porque ahora, Jack Frost —el chico ni siquiera se preguntó cómo sabía su nombre— eres el portador del invierno.

Capítulo 37

—Der… ¿Dermin?

Elsa no podía apartar los ojos del reflejo que le devolvía la columna de hielo.

—¿Eres tú?

El lobo ladeó la cabeza. Ella percibió el movimiento por el rabillo del ojo y miró directamente al animal. Y recordó las palabras de Mab: «¿Has visto los lobos que hay por aquí? En realidad son personas. O lo fueron. Murieron a manos de la reina».

—Ay, Dermin…

Tres lágrimas escaparon de sus ojos, y el lobo se acercó más a ella, queriendo transmitirle un apoyo que Elsa no pudo acoger.

—Ojalá supiera cómo arreglar las cosas. Cómo salir de aquí. Cómo ayudarte. —Miró alrededor de ellos—. Mas no tengo nada. Soy prisionera de un palacio de hielo, estoy lejos de mi hogar y solo poseo unos patines y… —Sacó la piedra de Día y la sostuvo delante de ambos. Suspiró—. Esta piedra no sirve de nada si no tengo un espejo para pedirle que contacte con el hada Día.

Cerró los ojos, derrotada, con la cabeza gacha. El lobo —Dermin— acercó su frente a la de ella y la joven agradeció el gesto. Sin ver nada más que oscuridad y sintiendo el calor de él, Elsa casi podía imaginar —casi— que todo aquello solo había sido una pesadilla, que ella seguía siendo aprendiz de pastelera, patinaba en sus ratos libres y se retaba con Jack para ver quién era mejor. Jugaba con Kai a juegos de mesa inventados por él y escuchaba las historias de Kellina a la luz de las lunas y las estrellas degustando un delicioso dulce de frutas invernales.

—¡Ealasaid!

La chica dio un respingo. Por un momento, pensó que había sido

Dermin quien había pronunciado su nombre, pero aquella voz pertenecía a una mujer.

—¡Ealasaid! ¿Puedes escucharme?

Elsa se levantó y miró a todos lados a su alrededor, buscando el origen.

—¿Quién eres?

—¡Soy Día!

Los ojos se le empañaron por la emoción.

—¿Dónde estás? —Se dirigió hacia la puerta abierta de la torre, mas allí solo encontró unas escaleras desiertas que descendían.

—Sigo en el Reino de la Música. ¡Encontré a Garbancito y pudimos solucionar sus problemas!

—Pero… si estás tan lejos… ¿Cómo…?

Elsa giró sobre sus talones, escudriñando la estancia por si se le hubiera pasado algún detalle, pero salvo ella, la columna y el lobo, estaba vacía.

—No lo sé. Es extraño, es como si viera todo a través de tus ojos. Me has llamado con la piedra, pero sin un espejo esto es imposible.

La joven miró el objeto que todavía sostenía en la mano izquierda y frunció el ceño, confundida.

«A lo mejor no solo sirve con espejos», pensó. «Quizás…». Por cuarta vez, examinó la torre circular de hielo. Hielo. «Quizás con el hielo también funcione. Como con la Laguna Helada y la Reina de las Nieves».

—¿Qué?

La voz del hada la sacó de sus pensamientos.

—¿En serio? ¡No me lo puedo creer!

Era como si Día estuviera manteniendo una conversación con alguien invisible. Elsa se moría de ganas por interrumpir, mientras el hada continuaba su parloteo con respuestas monosilábicas, mas se mordió la lengua, hasta que su impaciencia pudo con ella.

—¿Día?

—Sí, sí… ¡Ay, perdona, Ealasaid! Dermin me estaba poniendo al corriente.

Elsa miró al lobo, expectante.

—¿Has dicho Dermin?

—¿Acaso hay alguien más contigo?

—Pero ¿cómo…?

—Querida, ¡soy un hada madrina! Puedo hablar con los animales

y hasta con las piedras si me lo propongo. —Elsa alzó una ceja—. Vale, sí. Encontré el hechizo que me lo permite. —Agitó una mano restándole importancia—. Y Dermin me ha pedido que te cuente lo que está pasando, ya que él no puede hacerlo por sí mismo.

El animal se acercó a la joven y le mordió la mano con suavidad. Elsa cedió y se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la pared.

—Te escucho.

—En primer lugar, quiere explicarte por qué tus cabellos son celestes y tus ojos turquesa…

—Espera, ¿qué? ¿Mis ojos? —Se palpó la cara, como si con ello pudiera sentir el cambio de color al tacto—. ¿Qué les ha pasado a mis ojos?

—Que ahora son de color turquesa —repitió el hada e hizo una breve pausa, pero Elsa se limitó a creer en su palabra —la de Dermin— y a dejarla seguir—. La Reina de las Nieves había dividido su poder entre el espejo y su corazón, que escondió en palacio, para que, si alguien descubría la fuente, no lograra destruirla. Por lo que Dermin me cuenta, tú destruiste ambas y, con ello, acabaste con ella.

—No lo sabía… —musitó.

—El corazón y el espejo se fragmentaron —continuó el hada ignorando la intervención de Elsa— y sus pedazos se esparcieron por los reinos. Mas uno de ellos, del espejo, se metió dentro de ti, dándote de un poder muy parecido, aunque menor, que el que tenía la reina.

La joven se miró las manos y luego la columna que se alzaba en el centro de la torre y que había salido de la nada.

—¿Esa cosa la he hecho yo?

Hubo un breve silencio.

—Dermin dice que sí. Igual que el muro de hielo que rodea el palacio.

Elsa se levantó y se dirigió hacia la ventana, observando la pared que se había convertido en su prisión.

—¿Cómo he podido yo crear algo así?

Otro silencio, esta vez más largo, hasta que el hada lo rompió con una exclamación cargada de curiosidad:

—¡Qué interesante! Si lo llego a saber, no hubiera perdido años de mi vida en estudiar magia para…

—¿Día?

—Ah, sí, perdón. —Se aclaró la garganta—. Cuando recibiste el fragmento hubo una explosión de poder. No tienes más que romperlo

y podrás salir.

El nuevo silencio que se instaló en la estancia fue provocado por Elsa, que trataba de asimilar las palabras de Dermin, en boca de Día.

Había destruido a la reina.

Había absorbido parte de su poder.

Había encontrado a Dermin.

Y se había confinado a sí misma en un palacio de hielo.

Se llevó la mano libre a la cabeza y palpó el objeto que decoraba su nuevo cabello.

—¿Y qué hay de la corona?

Al no recibir una respuesta inmediata, Elsa miró a Dermin, que estaba sentado con los ojos fijos en la columna. Parecía concentrado, por lo que supuso que se estaba comunicando con Día.

Las palabras del hada no tardaron en resonar por la torre.

—Que eres la nueva Reina de las Nieves.

Capítulo 38

A punto estuvo de caerse mientras trataba de asimilar las palabras de aquella mujer que decía ser un hada. Esta suspiró al ver su expresión. Se llevó dos dedos al puente de la nariz con exasperación y le hizo una señal para que caminara junto a ella.

—¿Invierno?

Jack se adelantó unos pasos para alcanzarla. Ella miraba el bosque nevado con una sonrisa.

—Esto es el invierno, Jack. —Se detuvo y el muchacho también.

Se puso frente a él y señaló a su alrededor con una mano, abarcando cuanto los rodeaba, ahora teñido con un manto blanco.

—El frío, la nieve… Como la primavera, el verano o el otoño. Es la estación fría y tú eres quien debe llevarla a los reinos.

—Pero… ¿cómo voy a…?

Ella soltó una carcajada cristalina, hermosa, casi contagiosa. Pero Jack estaba demasiado conmocionado como para no sentir otra cosa que no fuera sorpresa y fascinación por su propia magia. Alzó la palma de la mano, la observó. Dejó escapar el aire entre sus labios dándose cuenta por primera vez de que no sentía el frío. Estaba a gusto.

Era una locura, pero por primera vez en su vida, creía que las cosas tenían sentido.

Mab siguió caminando y el muchacho fue junto a ella, observando la nieve. Acariciándola en algún punto, hasta que el hada lo sacó de sus pensamientos.

—Tienes poderes, Jack, y no son temporales. Ahora tú eres el invierno, y las corrientes heladas te llevarán allá donde desees.

—¿Quieres decir que puedo transportarme como por arte de magia?

Mab apretó los labios mientras sonreía y le miraba de reojo, traviesa. Como si hubiera algo especialmente gracioso en lo que iba a decir a continuación.

Jack detuvo sus pasos, ella caminó dos o tres más y dio media vuelta para dirigir su mirada hacia él, cargada del mismo brillo travieso que llenaba su sonrisa.

—Puedes volar.

Jack no pudo contener la risa nerviosa que brotó de él. Apoyó las manos en sus muslos echándose hacia delante mientras reía.

—Volar, dice…

Ella esperó a que él se recuperara, sin cambiar su expresión. Cuando el pequeño de los Frost cesó de reír, se apoyó en un árbol y miró hacia las copas de los árboles. Como si al mirar al firmamento, pudiera darle más sentido a lo que había dicho Mab.

—Es como patinar, solo que en el aire. Seguro que se te da bien cuando te acostumbres. Espero que no te den miedo las alturas. —Le guiñó un ojo.

—Por supuesto que no.

—Pues, venga. Tendrás que ponerte en marcha.

—¿No vas a darme una guía o algo así?

Ella parpadeó, negó con la cabeza y mostró las palmas de las manos.

—Me temo que este asunto es cosa tuya.

—Pero, creía que eras mi hada madrina o…

Tras unos instantes fue la mujer la que soltó una risita y negó con la cabeza.

—¡Claro que no! Y ahora ve, que el invierno no va a llegar solo a los reinos.

—Tengo algunos asuntos aquí antes y…

—Claro, claro. —Hizo un gesto de la mano restándole importancia —. Pero que sea rápido. Recuerda que ahora eres importante, Jack Frost.

Y tras levantar una nubecilla de polvo brillante, desapareció como si nunca hubiera estado allí.

Su mirada se dirigió al lugar por el que intuía que se iba a los reinos mágicos del oeste, donde creía que podría encontrar a Elsa.

Si podía volar, ese sin duda iba a ser su primer objetivo.

Entonces recordó a Kai. Necesitaba hablar con él. Tal vez supiera algo de Elsa que pudiera ayudarle a encontrarla.

Dado que estaba atardeciendo, no perdió más tiempo del necesario y se dirigió a la prisión, donde pensaba que encontraría al muchacho. No le sorprendió que Kai hubiera sido liberado.

En el cielo aparecían las primeras estrellas y Jack se mordió el labio. Si llegaba tarde preocuparía a sus padres. Estaba buscando por la ciudad cuando sintió algo diferente en el aire.

Escrutó con la mirada a su alrededor. La sensación era como una llamada. Como si algo tirara de él.

Sin saber bien qué hacer, siguió el hilo de poder que lo arrastraba. Se sentía como un sabueso de caza cuando daba con un rastro y se preguntó si los perros sentirían eso mismo. A medida que se acercaba a las lagunas, la sensación se hizo más poderosa.

El corazón le martilleaba con fuerza en el pecho y una bola de nerviosismo se apoderó de su estómago. Aunque había ido a patinar de noche y no le suponía ningún problema la oscuridad, con las prisas no había cogido su frasquito de la Laguna Resplandeciente. Dudó un instante, hasta que se dio cuenta de que sus pasos lo llevaban precisamente a ella, cuya luz estrellada brillaba ya en la distancia.

Era una laguna grande, reluciente, y sobre todo al anochecer parecía estar cubierta de un manto de estrellas. Su brillo era hermoso y sobrecogedor. Notó algo inesperado. La atracción se hizo tan fuerte que le dolió. El pecho le ardía y tragó saliva.

Pisó algo blando y bajó la mirada. Había pisado un pececillo de colores brillantes. Se agachó a examinarlo, extrañado. Nunca había visto a uno fuera de la laguna, a menos que fuera por los pescadores. Y precisamente aquellos de la Laguna Resplandeciente no podían comerse.

Negó con la cabeza. Las escamas relucían y, al tocarlo, se dio cuenta de lo frío que estaba. Frunció el ceño, era primavera y la temperatura era agradable. Entonces se dio cuenta de que las puntas de sus aletas estaban congeladas.

Alzó la mirada en busca de algo inusual y entonces se dio cuenta de que la atracción se había atenuado, no resultaba dolorosa, pero todavía podía sentirla en la boca del estómago.

Se incorporó deprisa al ver a Kai agachado frente al agua. Le reconoció enseguida, pues estaba a solo unos pasos.

—¡Eh, Kai! Te estaba…

Se quedó mudo de asombro cuando el muchacho se puso en pie, sin ni siquiera mirarle. Le dio la espalda y echó a correr hacia la

oscuridad del bosque.

Jack intentó seguirle, pero la figura del muchacho se desvaneció entre las sombras como si nunca hubiera estado allí.

Capítulo 39

Durante aquellos agónicos días, Elsa había tenido que racionar la comida de las cocinas. Dermin no tenía la necesidad de alimentarse, lo que suponía un punto a favor.

Hora tras hora, la joven se había plantado ante las puertas abiertas de la sala del trono, y había intentado echar abajo el muro que la aprisionaba. No había conseguido hacerle ni una diminuta grieta. Un día hasta lo golpeó con los puños, desesperada.

Hasta que comprendió que no podría destruirlo si no sabía usar ese nuevo poder que decían que había en su interior. No había intentado otro tipo de magia y no había hecho nada más desde lo de la columna congelada.

Después de comer una manzana azul pálido, regresó a la sala del trono, pero sus pies se detuvieron a la mitad. Observó cada detalle con atención y se preguntó si todo ello era obra de la reina. ¿Había construido un palacio de hielo con su poder? ¿O ya existía y ella lo habían puesto a su gusto?

No podía saberlo.

Miró a Dermin, a su lado, que inclinó la cabeza en un gesto que Elsa leyó como si le estuviera transmitiendo ánimos. Le sonrió y extendió la mano hacia delante.

No sucedió nada.

Suspiró.

Lo intentó con la otra mano, pero sin éxito.

—No puede ser tan difícil…

Un aullido dirigió sus ojos a los lobunos de Dermin. Este cerró los suyos y Elsa le escuchó respirar hondo.

Concentración.

La joven dejó caer los brazos a ambos lados de su cuerpo, bajó los

párpados y relajó la respiración. Recordó que cuando utilizó el poder sintió miedo.

Las emociones.

En aquellos momentos estaba nerviosa por la situación, y sentía miedo todavía, además de tristeza. Por Dermin. Por no saber qué había sido de Kai. Porque echaba de menos a sus padres… y a Jack.

Pensar en su rival le arrancó una sonrisa y provocó un cosquilleo en sus manos. Como el que había sentido días atrás.

Se las miró, alzándolas a la altura de sus ojos. Percibió un tenue brillo y una capa fina de escarcha.

Giró sobre sí misma y, ampliando la sonrisa, dio rienda suelta a su imaginación.

Varias columnas de agua, parecidas a la que había en la torre pero mejor hechas y más bonitas, nacieron en dos hileras a uno y otro lado de la joven, dividiendo la sala del trono en tres ambientes, siendo el central el más amplio

—¡Increíble! ¿Lo has visto? —le preguntó al lobo.

El animal aulló y ella estalló en nerviosas carcajadas.

De nuevo se miró las manos, que habían vuelto a la normalidad.

—Puedo crear cosas de hielo de la nada… —musitó.

Se agachó y posó los dedos en el frío suelo. Al principio no sintió nada, tuvo que volver a concentrarse, atraer ese poder que bullía en su interior, hasta que notó el cosquilleo. Imaginó un suelo lleno de filigranas de hielo y bajo la mano aparecieron líneas que formaron dibujos tales como copos de nieve y flores en forma de estrella. Todo ello se extendió alrededor de ella hasta las paredes. Era como una alfombra helada.

Motivada, fue a por los patines y recorrió el palacio haciendo alarde de su poder. Aunque no siempre le salía a la primera, poco a poco se iba haciendo con él. Se dio cuenta de que ahora deslizarse sobre el hielo era más fácil, incluso se atrevería a decir que era natural para ella. Evitaba los obstáculos a su paso o los utilizaba para hacer piruetas sin apenas pensarlo siquiera.

—¡Si Jack me viera! —se le escapó por la emoción.

Se detuvo en seco. Miró las ventanas que en aquella planta estaban tapiadas por el muro de hielo.

¿Volvería a verle alguna vez?

Se mordió el labio inferior ante la perspectiva de tener que dejar atrás su vida.

«Tú te lo has buscado», le dijo una vocecilla en su cabeza.

Apartó todo de sí con una sacudida y regresó a la sala del trono. Dermin estaba allí tumbado, esperándola.

Elsa permaneció pensativa unos instantes, delante de las puertas abiertas.

—El reino está cubierto no solo de hielo, sino de nieve. Tal vez, en lugar de intentar destruir el muro, debería intentar convertirlo en simple nieve… Quizás sea más fácil.

Se puso manos a la obra, mas por mucho que se concentró, no consiguió nada. Frunció el ceño y le dio la espalda a la pared de hielo que la aprisionaba y miró hacia arriba, pensando en copos cayendo sobre ella. Sentía el cosquilleo en las manos, el poder fluyendo, pero lo único que logró fue que crecieran estalactitas del techo.

«El corazón y el espejo se fragmentaron y sus pedazos se esparcieron por los reinos. Mas uno de ellos, del espejo, se metió dentro de ti, dándote de un poder muy parecido, aunque menor, que el que tenía la reina».

Las palabras de Día resonaron en su cabeza.

Elsa no era tan poderosa como la Reina de las Nieves.

Capítulo 40

Jack repasó con rapidez los papeles que tenía frente a sí y los firmó. Ya los había supervisado su padre y por eso estaba realizando aquella tarea en modo automático. A pesar de que los Frost se habían relajado un poco respecto al estado de su hijo, seguían teniendo cuidado de que no hiciera más esfuerzos de los debidos.

Él, por su parte, había intentado mantener oculto su poder, pero le fascinaba de tal modo que se había sorprendido a sí mismo jugueteando con un copo de nieve sin haberse percatado de ello.

No dejaba de pensar en las palabras de Mab y en todo lo que conllevaban, y se debatía entre la culpa por no estar haciéndole caso y en la incredulidad. ¿Cómo iba a ser él el portador del invierno? Tenía una vida que no podía dejar atrás.

Y, además, todavía estaba el asunto de Elsa que quería esclarecer. Había visto a Kai en más ocasiones, pero en todas ellas le había dado esquinazo. De manera inexplicable, el chico siempre conseguía desvanecerse de su campo de visión y dejarle cada vez más intrigado.

Dejó el último documento sobre la pila de papeles que tenía a su derecha y se incorporó. Se acercó a la ventana y miró al otro lado con preocupación. La vida en la ciudad era bulliciosa y seguía como si nada hubiera pasado.

Un carraspeo a su espalda le sobresaltó, se dio media vuelta y se encontró con un trabajador, que recogió los papeles, bajo la atenta mirada de Bastian. Este dio unos pasos, rodeó la mesa del despacho y se situó junto a su hijo.

Le pasó un brazo sobre los hombros durante unos segundos, en los que su mirada se ensombreció. Jack sonrió. Bastian no podía evitar esa reacción al ver el frío que emanaba el pequeño de los Frost. Le habían examinado más médicos y ninguno veía nada anómalo, más

allá del frío permanente en su cuerpo.

—Ya me ocupo yo del resto. Ve a por unos pasteles de grosella a la Pastelería de la Abuela y márchate a casa.

—Papá, puedo ocuparme de…

—Jack, no pasa nada porque te tomes un descanso.

—Me tratáis como si estuviera convaleciente y estoy bien.

Bastian le examinó y después suspiró, negando con la cabeza. Desvió la mirada hacia el lugar en el que había estado puesta la de su hijo unos minutos antes y señaló con el brazo al exterior.

—Todos vimos lo que pasó en la laguna. Puede que estés bien —volvió a mirarle—, pero tienes que comprender que estamos preocupados. Y no desaparecerá en unos días.

—¿Crees que también se lo llevó a él?

No le hizo falta aclarar a quién se refería. Bastian apretó la mandíbula y sacudió la cabeza varias veces. Abrió la boca y después la cerró, como si no encontrara las palabras adecuadas.

—Es posible. Y eso significa que nunca volveré a ver a mi hijo mayor. No quiero perderte a ti también.

Jack se adelantó unos pasos y abrazó a su padre.

—Eso nunca, papá —dijo con amargura.

Mentía, pues una parte de él mismo no dejaba de repetirle que estaba aplazando lo inevitable y las palabras del hada cobraron ahora más intensidad.

«Tu vida acaba de cambiar. Eres el portador del invierno».

Cuando se separaron hizo caso de lo que le pedía su padre y salió del edificio con la intención de dirigirse a la pastelería. Al menos allí la normalidad había vuelto. No había podido hablar con Kellina más que unas pocas palabras, entre su propio encierro y lo ocupada que había estado ella haciendo que todo estuviera en su lugar para la reapertura de la tienda.

Cuando llegó, como ya esperaba, estaba a rebosar de gente y bufó. Le iba a tocar esperar. Entonces se fijó en que uno de los que atendían a los clientes era Kai.

Esperaba que allí, delante de todos, no se escabullera como si nada. Mientras hacía cola tuvo tiempo de examinarle. Había como un lazo que le unía a él de un modo que no hubiera podido explicar. Kai, antes de todo aquello, había sido un chico amable y alegre; ahora estaba serio, contestaba de forma seca e incluso desagradable a los clientes. Jack achicó los ojos. Había algo más. El cabello se le había

oscurecido. Hubiera podido pasar desapercibido pues el pelo de Kai era castaño, pero ahora tenía matices azabaches, como si…

—¿Quién va ahora? —preguntó de mala gana, sin mirar hacia los clientes siquiera.

Jack avanzó al darse cuenta de que era él y percibió la alarma en los ojos del chico, que hizo una mueca de fastidio y le miró con desdén.

—Ah, eres tú. ¿Qué quieres?

—¿Por qué me evitas?

—No eres el centro del mundo, Frost.

—No me vengas con esas. Elsa fue a buscarte, quería salvarte y…

—¿Ealasaid? —Bufó con desdén—. Esa usurpadora.

—¿Cómo dices?

—No quería rescatarme, solo quería ser poderosa y hacerse la heroína.

—Elsa arriesgó su vida por ti. No permitiré que hables así de ella, ni…

La risa sarcástica del chico interrumpió sus palabras. Pero no había humor en ella y Jack lo comprobó con horror cuando el muchacho se detuvo en seco y clavó los ojos en él con una intensidad sobrecogedora. Y algo cambió en el aire, la luz se hizo más tenue y un frío muy diferente al que estaba acostumbrado le embargó.

Kai se inclinó sobre el mostrador para acercar su rostro más al de Jack. Era amenazador. Sus ojos ahora parecían dos esquirlas de hielo. Seguían siendo verdes, pero ahora era uno oscuro, tenebroso. El pequeño de los Frost sacudió la cabeza y, sin darse cuenta, contraatacó.

La mano que tenía sobre el mostrador de cristal se rodeó de escarcha. Con la otra cogió a Kai de la muñeca y un dolor le subió por el brazo. Le soltó, como si se hubiera quemado y vio una sonrisa satisfecha en el otro chico.

—Harías bien en dejar de preguntar por Elsa, que nos ha abandonado a todos por una corona de hielo.

Lo dijo en un siseo, aún muy cerca de él. Jack sintió la rabia ascender como una oleada helada por su vientre. Apretó los dientes y contuvo la magia que pugnaba por salir de su cuerpo.

—Kai. Basta ya. Yo me ocupo del pedido de Jack. —La voz de Kellina nunca había sonado tan cortante.

El más joven volvió a mirar con rabia al menor de los Frost y tiró

el delantal al suelo antes de salir por la puerta hecho una furia. Un temor que iba más allá de lo racional se adueñó de Jack.

—Lo lamento, de verdad, no está bien desde lo que pasó.

—No pasa nada.

Hubiera querido plantearle sus dudas, contarle lo que le estaba pasando, mas no podía hacer eso. Se limitó a pedirle los dulces de grosella y se prometió hablar con la anciana en cuanto tuviera ocasión. A solas.

Con la bolsa de papel en la mano se internó en el bullicio de Anugal. No había ni rastro de Kai, pero podía percibir su frío en el aire. Nadie parecía percatarse de ello.

Dio un rodeo para caminar por un sendero boscoso de camino a casa. Necesitaba pensar. Se alejó lo suficiente y, una vez se cercioró de que no pasaba nadie, suspiró y dejó que la magia fluyera.

Iba a dar un paso cuando, de la nada, un cuerpo se interpuso.

«Oh, no…», se dijo.

Mab le miraba con el ceño fruncido y los brazos en jarra.

—Creía que había sido lo bastante clara cuando te dije que ahora eras el portador del invierno. Tal vez se me olvidó la parte del viaje por los reinos y todo eso, porque te veo muy tranquilo aquí.

—No, es que… No puedo dejar mi vida sin más y…

—¿Que no puedes? Tienes. Que. Llevar. El. Invierno.

—Pero…

—Lo siento, Jack Frost. Las misiones más importantes de la vida nos eligen sin importar quiénes seamos o nuestros planes. Y tú —le apuntó con el dedo en el pecho— tienes una obligación con los reinos. Espero no tener que volver para arrastrarte yo misma.

Jack asintió y para cuando Mab se fue aceptó que había llegado el momento. Aunque tenía claro que en su próximo destino ya era invierno: el invierno eterno de Corona de Hielo.

Capítulo 41

Dos días más y Elsa ya controlaba su poder. Quizás no a la perfección. Quizás todavía le quedara por saber qué más podía hacer además de crear hielo o destruirlo —salvo el muro, que había decidido resistirse a sus intentos—.

Y aunque disfrutaba deslizándose por cada rincón del palacio —cuando no estaba peleándose con la pared de hielo—, poniéndose a prueba a sí misma, se sentía sola. Dermin no se apartaba de ella, pero la difícil comunicación no ayudaba. Ella le hablaba, él hacía gestos que la joven no siempre comprendía. Mas sí apreciaba orgullo que brillaba en sus ojos al verla patinar.

—Esto es gracias a ti, Dermin —le había dicho ella—. Jack y yo continuamos con lo que nos enseñaste, y soñábamos con que un día volverías y te sentirías orgulloso de nosotros.

Aquí el brillo se había teñido con la melancolía y Elsa no volvió a mencionar al menor de los Frost ni el Reino de las Lagunas.

Se preguntaba cómo habrían sido todos aquellos años, lo que habría sufrido. Porque Dermin… había muerto.

Y eso era algo que no tenía solución.

Al pensar en la muerte, y en la vida, Elsa se preguntó si con su poder podría ir un paso más allá y no solo crear estructuras y objetos inanimados. Era una locura lo que cruzaba por su mente, pero cuando no patinaba y se cansaba de luchar contra el muro, ¿qué otra cosa podía hacer?

Lo llevó a cabo esa misma noche, en la sala del trono, pues era grande y si algo salía mal podría maniobrar mejor.

Dermin estaba junto a ella, con una mirada curiosa. La joven le sonrió de medio lado y deseó con todas sus fuerzas que saliera bien. Al menos podría servirle de distracción, y puede que para algo más. Al

fin y al cabo, la Reina de las Nieves no tenía soldados, según había visto.

Alzó las manos y dejó que el poder saliera de sí casi con violencia, mas no se limitó a dejarlo salir sin más, sino que lo dotó de energía, de fuerza, de vitalidad.

De vida.

O eso al menos era lo que trataba de hacer.

El lobo dio unos pasos hacia atrás, impresionado por lo que veía.

Ante ellos se erigía un gigante de hielo.

Por un momento, Elsa pensó que había fracasado. El monstruo no se movía, era tan solo una estatua. Hasta que movió la cabeza primero a un lado, luego a otro. Y, finalmente, sus cuencas vacías se posaron en la joven.

—¡Sí! —gritó entusiasmada.

El gigante se agachó y…

… rugió con todas sus fuerzas.

La joven retrocedió junto a Dermin.

—Eh, eh, tranquilo.

La criatura alzó un brazo y, cuando estaba a punto de golpearla, Elsa desapareció.

Capítulo 42

Jack surcaba los cielos, entusiasmado. La sensación de volar por el aire, movido por las corrientes heladas, le hacía sentirse libre por completo.

Estaba dejando atrás los reinos mágicos del este y no pudo evitar volver la mirada hacia el que había sido su hogar. El Reino de las Lagunas. Del que tanto le había costado despedirse. Recordó la conversación con sus padres y tuvo que hacer esfuerzos para no regresar.

No era un adiós para siempre, mas con su nueva condición pasaría tiempo entre las visitas que podría hacerles. Coral se había quedado muda de asombro al ver los dones de su hijo, pero, para su sorpresa, le había animado a empezar su viaje. Bastian, por el contrario, se había mostrado más apenado de dejarlo marchar.

No queriendo alargar más las cosas, tras un abrazo rápido se había ido sin mirar atrás.

Ahora no podía dejar de hacerlo.

Se concentró en su objetivo y se dejó mecer por el viento. Al principio no le había resultado tan fácil, y aunque le había costado cogerle el truco, se había hecho con el don.

«Mab tenía razón, es como patinar, pero en el aire».

Al contrario de lo que le había pasado en el hielo, no había tenido que soportar caídas dolorosas ni golpes inesperados. El aire le llevaba sin más y Jack empezaba a habituarse.

Surcaba deprisa los cielos, acercándose más y más a Corona de Hielo, donde esperaba encontrar respuestas… y a Elsa.

Y, como esperaba, tras atravesar las montañas, vio en la distancia un punto blanco, culminado por un palacio de hielo, que parecía resplandecer bajo las reinas de la noche.

Cuando estuvo más cerca sintió una sacudida en el pecho y se mordió el labio, reconociendo las aristas congeladas del palacio y sus tejados acabados en puntas de hielo.

Escudriñó la zona con interés. No. Había algo diferente…

Y entonces lo vio.

El palacio estaba rodeado de un muro de hielo.

A su alrededor se extendía una ciudad surcada por un río de hielo y sus ramificaciones en las que la gente patinaba para desplazarse. Dejó escapar una carcajada de sus labios: aquello era el sueño que habían compartido durante tanto tiempo.

En esa ciudad el patinaje no solo no era algo extraño, sino que era la forma en que aquellas personas se movían por él.

Se acercó más y aterrizó junto al muro, en un lugar apartado en el que no había nadie. A su espalda se extendía un bosque cubierto de hielo, como si también hubiera sido afectado por lo que hubiera creado aquella muralla helada.

«La Reina de las Nieves».

Fuera como fuera, era imposible entrar y, con toda probabilidad, también salir.

Golpeó el hielo, pero era duro como el acero. Se concentró y el poder escapó de él, mas lo único que logró fue que la superficie brillante se cubriera de escarcha. Lo intentó de nuevo y empezó a nevar.

Se concentró tanto la siguiente vez que la nevada se intensificó y él resopló frustrado.

Sus ojos recorrieron el muro de hielo hasta su final, y se dio cuenta de que este no llegaba hasta las torres.

Una entrada.

—Te voy a sacar de aquí, Elsa.

Un carraspeo a su espalda le hizo dar un brinco. Se volvió y estuvo a punto de gritar al ver a Mab. En la misma posición en que la había visto días atrás, pero más enfadada.

—¿Se puede saber por qué has traído el invierno al único reino que ya lo tiene?

—No he venido a traer el invierno.

—Ya, claro, solo has venido a dar un paseo a uno de los reinos más alejados del Reino de la Laguna.

—No he venido por eso. Creo que una… —dudó y ella achicó los ojos.

El hada dio unos pasos hacia él y le rodeó. Pasó la mirada fugazmente por el muro de hielo y después volvió a plantarse frente al chico, que abrió la boca, insistente.

—Creo que una amiga está encerrada ahí dentro. Puede que tú hayas percibido… Puede que la conozcas.

—Ahí la única que está encerrada es la Reina de las Nieves.

—Pero Elsa…

—¿Quién centellas es Elsa?

—Pues mi amiga, la que…

—Aquí no hay ninguna Elsa, de eso puedes estar seguro.

—Pero es que el muro…

Mab puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza, exasperada.

—La Reina de las Nieves es excéntrica y malvada. Si ha creado este muro será por alguna ocurrencia nueva que tiene.

—Pero…

—Jack Frost, ¿cuántas veces tendré que repetirte que eres el portador del invierno y todo eso? ¡Lárgate y lleva el frío a un lugar que no esté congelado!

—No me iré sin saber qué le ha pasado a Elsa.

El hada resopló.

—Aquí no está. Lo siento. Tendrás que buscarla por algún otro de los reinos.

—Está bien.

Bajó la cabeza y volvió a mirar el palacio. O más bien el muro que lo separaba de él. Y subió hasta una de las torres que tenía amplios ventanales. Invocó su poder y dejó que el viento lo elevara, guio su cuerpo y este se meció hacia las altas torres. Se detuvo a unos metros de aquel balcón congelado, en el que destacaba una enorme columna de hielo, junto a la que había un lobo gigantesco.

Este ladeó la cabeza mirándole con interés y lanzó un aullido lastimero hacia el cielo. Jack le miró anonadado. Se había dado cuenta de que había muchos como él en la ciudad.

Se alzó todavía más y se perdió en el firmamento.

No podía saber que aquel lobo era Dermin. No podía saber que, si hubiera prestado algo más de atención al lugar, habría visto a su hermano reflejado en la columna de hielo.

Capítulo 43

Elsa giró sobre sí misma.

El gigante había desaparecido y, con él, el palacio de hielo. Y Dermin.

—¿Dónde estoy?

Quizás esa pregunta no era la más importante.

—¿Cómo he llegado aquí?

Se miró las manos, mas en ellas no vio rastro alguno de lo que acababa de suceder.

No muy lejos, se alzaba una ciudad blanca, y en uno de sus extremos se alzaban unos cristales esmeralda. Levantó la mirada hacia las lunas. Dos de ellas, la de color lila y la azul, la saludaron desde el cielo nocturno, una en creciente y la otra menguante. La tercera, la plateada, quedaba semioculta por lo que parecía un eclipse lunar.

Había pocas estrellas, algo que le pareció antinatural, y sintió un frío diferente al de la Laguna Helada o Corona de Hielo. No sabría explicarlo.

Se colocó bien la bufanda mágica y avanzó hacia la ciudad por un camino de baldosas amarillas.

Había tenido que resignarse a usar ropa de la Reina de las Nieves al no tener ella ninguna muda. Había encontrado en sus aposentos unos pantalones de cuero blanco ajustados que había conjuntado con unas botas celestes de media pierna, y una camiseta a juego con las botas con un cuello amplio que dejaba a la vista sus hombros y de manga larga y ancha. Todo ello era cómodo y, aunque no necesitaba más abrigo, no se desprendía de la bufanda mágica.

El pelo lo llevaba recogido en una cómoda coleta alta, pues se le hacía difícil domar un pelo para ella tan largo.

Cuanto más avanzaba, más sentía que algo no iba bien allí.

Brillaban menos estrellas e incluso las lunas perdían intensidad, como si algo ahogara su luz. De no ser por el resplandor de la ciudad esmeralda, Elsa apenas vería por dónde iba.

Permanecía atenta a cualquier sonido. A derecha e izquierda había bosque, y le parecía extraño no escuchar ni a un grillo cantar.

Se abstuvo de utilizar su gélida magia. No sabía dónde se encontraba y, si había alguien por allí, tal vez podría considerarla una amenaza.

Un llanto la detuvo.

Por un momento, se quedó quieta, limitándose a escuchar. El llanto era triste. Venía de algún lugar entre los árboles que había a su izquierda. Evaluó si obviarlo y continuar hacia su destino o averiguar a quién pertenecía, y si necesitaba ayuda. Mas aquella pena que emanaba con cada sollozo la hizo decidirse y desviarse del camino de baldosas amarillas.

A la luz de un farol que colgaba de una rama baja, encontró a un hombre de hojalata, sentado sobre el tronco cortado de un árbol, con un hacha a sus pies. Aunque lloraba, no había una sola lágrima en su rostro de metal.

—¿Estás bien?

Se sintió estúpida nada más formular la pregunta, pero no se le ocurrió otra forma de iniciar una conversación.

El hombre hipó y detuvo el llanto para observarla.

—¿Quién eres?

—Pasaba por aquí y te he escuchado.

Él se levantó alarmado y se armó con el hacha.

—¿No serás una bruja?

Al percibir el miedo con el que había pronunciado aquellas palabras, Elsa se apresuró a responder:

—¡No, claro que no!

Mas él no bajó el hacha. No de inmediato. Se limitó a estudiarla, para después agachar la cabeza y dejarse caer sobre el tronco.

—¿Puedo ayudarte? —se atrevió a preguntar la joven, que se acercó más a él.

—Salvo que te sobre un corazón, no creo que puedas hacer nada por mí.

—¿Un corazón?

Elsa se arrodilló frente a él.

—Una bruja me transformó en hojalata y me dejó sin mi corazón.

No puedo sentir nada.

La chica tragó saliva, pensando bien su respuesta. Era imposible que afirmara no poder sentir nada si todo él era pura tristeza. Sin embargo, él continuó hablando.

—Hace cosa de una semana sentí algo parecido a un corazón. Un objeto pequeño y brillante entró dentro de mí, me sentí… diferente. Pero mientras cortaba leña me lo han robado.

—¿Quién?

—No lo sé. No he llegado a ver a nadie. He sentido… —Hizo una pausa, buscando las palabras—. Era como si me arrancaran un órgano. El corazón. O lo que lo había sustituido. Y hacía frío. No como ahora. Era más intenso. Un frío como nunca antes había sentido. Un frío oscuro… como la nada.

Elsa ladeó la cabeza tratando de comprender lo que trataba de explicarle, mas se le hacía difícil.

—Es complicado, lo sé. Cuando hace mucho frío, nieva y hay hielo. Lo vi cuando era de carne y hueso en el reino helado del sur. Pero esto era diferente. Era la ausencia de calor y luz, sin más.

La joven creía entenderlo en cierto modo. Había tenido una sensación similar al llegar allí, y la ausencia de las estrellas…

Levantó los ojos y el hombre de hojalata la imitó. A través de las copas de los árboles vio brillar más estrellas que antes.

Tenía la corazonada de que tanto lo que él le estaba contando como lo que ella había sentido estaba relacionado. Y dentro de sí una vocecilla le gritaba que ello tenía que ver con la muerte de la Reina de las Nieves, aunque no sabía explicar cómo.

«… sus pedazos se esparcieron por los reinos».

La voz de Día.

—¿Y qué me dices de ti? —preguntó él, escrutándola y sacándola de sus pensamientos.

—¿Dónde estamos?

El hombre la miró con suspicacia.

—¿No sabes dónde estás?

—También es complicado —se excusó, esperando que la comprendiera.

Y él lo hizo.

—Esta es la tierra de Oz. Y allí se alza la futura Ciudad Esmeralda.

Elsa sabía dónde estaba aquel reino. Al norte, muy al norte. Y volvió a preguntarse cómo había llegado allí.

—Allí me dirigía hasta que te escuché. Aunque en realidad iba allí porque no veía nada más…

—Deberías continuar. Allí se encuentra el famoso Mago de Oz. Seguro que él podrá ayudarte en lo que necesites.

—¿Tú crees? —Elsa se levantó, esperanzada y él lo hizo también.

—Dicen que es muy poderoso y lo sabe todo.

—¡Lo haré!

Elsa no solo pensaba en cómo y por qué estaba allí, sino en todo el problema que tenía en Corona de Hielo. Tal vez ese mago pudiera ayudarla y darle una solución. Así volvería a su hogar, donde esperaba encontrar a Kai, que seguramente la regañaría por haber tardado tanto en regresar.

—¡Gracias!

Se giró para irse, hasta que se le ocurrió una idea.

—¿Por qué no me acompañas?

—¿Yo?

La muchacha evitó poner los ojos en blanco. Se limitó a hacer un asentimiento con la cabeza y extender una mano que él no cogió.

—Solo soy un simple leñador.

—¿Y eso qué importa? Yo solo soy una simple campesina.

El hombre de hojalata la miró de arriba abajo.

—Permíteme que lo dude…

—¿Qué pierdes por intentarlo?

Vio en él las dudas, debatiéndose entre ir con ella o no. El hombre posó el hacha sobre su hombro y recogió el farol.

—Solo no me atrevo a ir, pero acompañado tal vez…

Elsa regresó al camino de baldosas amarillas con él a la zaga. Le dedicó una sonrisa cargada de esperanza y emprendieron el camino hacia la Ciudad Esmeralda.

Capítulo 44

Sirviéndose de las corrientes frías se dejó llevar por el cielo. Surcó las nubes y se deleitó con la brisa fresca en el rostro, que golpeaba su piel con fuerza al coger velocidad.

Muy por debajo de él vio un lago enorme, mucho más que cualquier laguna que hubiera visto en su hogar. Durante unos instantes imaginó cómo sería patinar en un lago helado de esas dimensiones. Sacudió la cabeza, concentrándose en su vuelo. Esperando a ver algo que pudiera sorprenderle, aunque con lo que estaba viviendo últimamente dudaba que algo pudiera hacerlo.

O eso pensaba, hasta que sobrevoló sobre un palacio colorido, en cuyo jardín los naipes del tamaño de un hombre caminaban, obedeciendo las órdenes de su reina.

Bajó un poco más, manteniéndose a una altura considerable y siguió su camino.

Una alta torre se desdibujó en el horizonte. Era tan alta que pensó que si bajaba sólo un poco podría rozar la cúpula de su tejado, pero antes de poderle prestar más atención al edificio sintió algo en su interior.

De nuevo esa sensación, como si algo tirara de él. Posó sus ojos en el lugar del que provenía aquello. Lo único que vio fue un bosque y en el centro del mismo, destacando sobre todo lo demás, un camino de baldosas amarillas.

De algún modo, las historias de Kellina se colaron en su memoria y tragó saliva. Se lanzó volando en esa dirección, olvidando la torre, los naipes y el enorme lago. Solo podía pensar en ese tirón, esa atracción que hacía que la boca se le secara de miedo e incertidumbre.

Descendió en picado y se dejó caer en el suelo con más brusquedad de la que pretendía. El resultado fue que cayó de bruces

sobre las baldosas amarillas sin elegancia alguna.

No escuchó el grito a su espalda, ni se fijó en el león que se escondió entre los árboles a toda prisa.

Se incorporó de un salto y sacudió sus ropas.

—Tengo que mejorar el aterrizaje —dijo para sí.

Lo volvió a sentir. Igual que sucedió en el Reino de las Lagunas. Un frío antinatural se disipaba en el aire, había rastros de él. Cuando dio un paso, el corazón le dio un vuelco. No era el único rastro de frío. Había otro, pero este era luminoso, un frío como… ¿el de la laguna? O muy parecido a él. Resplandecía mientras se derretía con lentitud sobre las baldosas que pisaba.

Para evitar problemas con Mab, que había demostrado aparecer siempre que creía que Jack estaba saltándose sus deberes, invocó su poder.

Se concentró lo suficiente como para que el sol, que ya se alzaba iniciando el día, quedara cubierto por unas nubes blancas. Sonrió y el poder le hizo cosquillas en la tripa cuando lo dejó salir por completo. Los copos de nieve empezaron a caer a su alrededor de forma intensa. El bosque se tiñó de blanco en apenas unos minutos y el camino de baldosas amarillas atenuó su color a medida que se cubría con la nieve.

El invierno había llegado a Oz.

Satisfecho, volvió a buscar esos rastros y estaba a punto de meterse entre los árboles cuando oyó un crujido a su lado. Se volvió deprisa y, al percatarse de que había sido a causa de un león de pecho amplio, ojos ambarinos y enormes fauces se elevó un metro sobre el suelo.

—No voy a atacarte. Tampoco podría, estoy demasiado asustado con lo que acabo de ver —confesó el felino con vergüenza, bajando la vista hacia sus poderosas patas.

—¿Tú estás asustado? —Jack le miró incrédulo—. ¡Pero si eres un león!

—Eso es lo más humillante…

Jack se mordió el labio, temiendo haber sonado insensible.

Desvió la mirada unos instantes hacia una ciudad esmeralda que se alzaba por encima de las copas de los árboles. El frío le llamaba, y por alguna razón creía que podría encontrar a Elsa si lo seguía. Era absurdo, pero… Mab había dicho que podría encontrarla en otros reinos.

Miró al león afligido y le dio pena, así que suspiró, volvió a poner sus pies en el suelo y dio dos pasos.

—No pasa nada por tener miedo —sonó calmado.

—Eso mismo dijo ella.

—¿Quién?

—Pero luego desapareció y…

De un modo muy humano, el felino husmeó con su pata en la nieve como si fuera a empezar a hacer montoncitos con ella.

—¿Ha estado alguien aquí? —insistió Jack.

—Era aterradora, de verdad, pero resultó ser una chica muy amable. Me dijo que me acompañaría a la Ciudad Esmeralda a ver al Mago de Oz. No puedo ir solo, me da miedo y ahora que se ha ido…

El menor de los Frost puso los ojos en blanco, exasperado.

—Iba con un hombre de hojalata. Tampoco sé dónde está él ahora, cuando desapareció me asusté tanto que eché a correr y ahora… Aquí estoy.

—¿Sabes quién era?

El león alzó su enorme cabeza para mirarle con intensidad.

—Creo que era la Reina de las Nieves.

Capítulo 45

Elsa apareció en la sala del trono poco antes del amanecer. Ni Dermin ni el gigante estaban allí, mas no le dio importancia en esos momentos, pues su cabeza solo podía darle vueltas a una pregunta:

«¿Qué ha pasado?».

No importaba cuánto se lo repitiera, cuánto tratara de explicarlo con respuestas que no tenían sentido. No era capaz de comprenderlo, y eso le daba miedo. ¿Lo había hecho ella? ¿Tenía que ver con su magia? ¿Había sido al usar demasiado poder con el gigante de hielo? ¿O había sido él? ¿Le había transmitido parte de su poder y…?

—Basta, Elsa.

Se llevó las manos a la cabeza.

Nada tenía sentido.

Un rugido ensordecedor.

Unos pasos rápidos que hicieron temblar las columnas que había creado y derrumbaron algunas de las estalactitas.

El monstruo apareció ante sus ojos por una puerta destruida y, al verla, se lanzó a por ella. Elsa levantó las manos.

—¡Detente!

Lo dijo con voz potente. Era una orden que el gigante acató al momento. Se quedó quieto, sin apartar sus cuencas vacías de la joven, que no había esperado ser obedecida.

A varios metros, apareció el lobo, que pasó junto al monstruo con las orejas gachas y con paso rápido, para colocarse al lado de Elsa. Esta le miró con culpabilidad.

—Lo siento, Dermin. No sé lo que ha pasado… yo… ¿Te ha hecho daño?

El animal negó con la cabeza y aulló tres veces.

«Ojalá pudiera entenderte».

Volvió los ojos al gigante, pero antes de destruirlo, se le ocurrió una idea.

—Derriba el muro. —Se hizo a un lado y señaló las puertas abiertas.

El gigante pasó entre medias de ella y el lobo y empezó a golpear el hielo. Caían esquirlas con cada golpe, mas no llegaba a agrietarse. Elsa soltó un sonoro suspiro cansado y, con un movimiento de mano, su creación se deshizo en polvo helado. Se dirigió a la habitación que había estado usando y que había decorado a su gusto, muy diferente de los aposentos de la reina. Más alegre.

Se tumbó sobre la cama y dejó que el sueño la acogiera durante varias horas, hasta que su estómago decidió que era hora de comer algo.

En las cocinas no quedaba nada más que fruta. Comió varias piezas antes de regresar a la sala del trono. Había podido descansar y, aunque le gustaría comer otro tipo de alimentos, se sentía satisfecha. Con fuerzas para un nuevo intento.

Dermin le infundió ánimos con un aullido esperanzador y Elsa se puso manos a la obra. Esta vez lo lograría. Algo en su interior se lo decía.

Y ese algo acertó.

Una grieta se extendió desde lo más alto hasta la parte inferior. La joven se mordió el labio, evitando cantar victoria antes de tiempo. Continuó sacando su poder helado hasta que los rayos de sol bañaron su rostro. A pesar del invierno que se extendía por el reino, aportaban calidez si te daban directamente, y era agradable. Elsa cerró los ojos disfrutando con ello, sin perder la concentración.

El muro de hielo desapareció convirtiéndose en miles de astillas que se esparcieron por los alrededores como arena blanca, como si nunca hubiera existido.

La joven abrió los ojos sin poder creérselo.

Lo había logrado.

Cayó de rodillas sin atreverse a dar un paso hacia su libertad. Ahora que lo había conseguido, ¿qué haría?

—No puedo salir de aquí como si nada… —musitó.

El lobo se acercó a ella y le dio en la mano con el hocico. Elsa le acarició entre las orejas y se notó la mano temblorosa.

—Maté a su reina, Dermin. Me acusarán. Me…

Él se alzó sobre sus patas traseras y dio un zarpazo a la corona que

todavía adornaba los cabellos de Elsa, pues en algunos momentos había llegado a pensar que el objeto podía tener algo que ver con sus poderes. Cayó con un ruido sordo y ella la cogió.

—Ahora soy la nueva Reina de las Nieves.

Dermin le dio con el hocico, reafirmando sus palabras.

La joven pensó que, tal vez, al haber librado a Corona de Hielo de la tiranía de la reina —tal y como había dicho Mab—, la gente la acogiera de buena gana. Aunque ella pensaba que lo mejor era elegir una nueva soberana, ya que lo que ella deseaba era regresar a casa.

Se incorporó, decidida y, con Dermin a su lado, salió al exterior.

Las puertas daban a una amplia escalinata que terminaba en una plaza con la desembocadura de una de las ramificaciones del río helado, formando un círculo perfecto donde la gente había estado patinando hasta hacía escasos momentos. Ahora las miradas estaban puestas en ella, y Elsa sintió el rubor en las mejillas, mas no detuvo su caminar hasta dejar atrás el palacio.

Todos los allí presentes se arrodillaron al unísono para sorpresa de la joven.

—¡Larga vida a la Reina de las Nieves!

Otras corearon a lo largo de toda la plaza.

Nadie se movió ni un ápice. Como si esperaran que fuera ella la que les dijera qué hacer.

Elsa tragó saliva e intercambió una rápida mirada con Dermin.

Fue un niño el que rompió el hielo. A pesar de los intentos de su madre por retenerle, se levantó y se dirigió a la joven, que le miró intrigada.

—¿Os gustaría patinar con nosotros?

Y la joven se dejó llevar. Patinó durante horas por toda la ciudad, en compañía de niños y habitantes que se unieron a ellos y disfrutaron de las piruetas.

Durante días, Elsa se centró en conocer a los ciudadanos, en ayudarlos en lo que podía haciendo uso de su poder, en jugar con los niños y deleitarse con las historias de los más ancianos, a la vez que buscaba a Mab, a quien parecía habérsela tragado la nieve. Intentó salir de Corona de Hielo en varias ocasiones, pero una fuerza invisible se lo impedía, y tenía la sospecha de que el hada tenía que ver con ello.

Nadie, jamás, indagó sobre la antigua reina. Todos la aceptaron sin ninguna explicación, algo que sorprendía a Elsa, que llegaba a

preguntarse si tan terrible habría sido su antecesora como para que nadie quisiera saber qué había sido de ella.

Capítulo 46

Jack miró a su alrededor con satisfacción. A la mayoría de los reinos mágicos del oeste había llegado el invierno gracias a sus poderes. No pensaba que pudiera llegar a hacerlo, pero estaba disfrutando de esa experiencia.

Había llevado el invierno al Reino de la Torre, después había pasado por el Reino de la Manzana de Plata, las Islas Piratas e incluso había visitado lugares curiosos, como uno que parecía hecho de chocolate y caramelos. Ahora flotaba sobre un nevado reino de Nunca Jamás.

Vio a lo lejos a unas hadas pelearse con unas bolas de nieve y soltó una risita. Le tiró una a la más grande y se escabulló entre las nubes.

Tenía que elegir su próximo destino y no sabía bien si ir hacia el Reino de la Rosa Escarlata o a Camelot. Sacó una moneda de oro que llevaba en el bolsillo y se encogió de hombros.

—Echarlo a suertes siempre es una buena manera de tomar una decisión como esta —se dijo.

Tiró la moneda al aire y esta cayó sobre su palma mostrando una estrella de corona con muchas puntas.

—Que sea el Reino de la Rosa Escarlata entonces.

Lo único que lo separaba de su nuevo destino era el océano, descendió lo suficiente como para quedar a pocos metros del agua y dio una voltereta en el aire, seguida de un giro sobre sí mismo. Se sentía como cuando patinaba. Descendió un poco más mientras aceleraba y el agua se curvó a su paso. Extendió las manos a ambos lados de su cuerpo y con ese gesto llegó la nevada. El agua salada le salpicó la cara cuando la rozó con las yemas escarchadas de sus dedos y Jack ascendió entre los copos que se arremolinaban a su alrededor.

Se detuvo con la respiración agitada en la costa. Vio la ciudad, el palacio a orillas del mar que la presidía y volando más alto fue directo allí.

Observó unos breves instantes a aquella gente, ocupada en sus quehaceres diarios. Un aguijonazo de nostalgia le hizo recordar cuando él era así. Un chico sencillo aprendiendo a llevar la empresa de su familia. Más allá. Si miraba más atrás, también veía a un niño enamorado del hielo y del patinaje.

Ahora llevaba el frío, el invierno. Invocó su poder y sonrió al ver las primeras expresiones confusas con los primeros copos. La primera reacción siempre era así. Sorpresa, después deleite y, por último, sentían el frío.

Pronto las prendas de abrigo serían algo habitual en los hogares, como también lo sería la llegada del invierno.

Para cuando se alejó camino de otros pueblos, el castillo se había cubierto de nieve y la ciudad entera tenía su propio manto hibernizo. Las estrellas ya se habían hecho con el dominio del cielo y las lunas brillaban con intensidad salvo una.

El Bosque Escarlata se extendía por todo el reino y Jack se dispuso a cambiar el verde agua de las hojas por el blanco níveo de su magia.

Con un solo movimiento de mano, el cielo cambió, como ya acostumbraba, y él descendió en picado mientras los copos iniciaban su propia danza, rodeándole y cubriéndole con un manto que Jack manejaba a voluntad.

Serpenteó entre los árboles, deslizándose entre ellos hasta que el aire cambió.

Estaba empezando a diferenciar su propio frío de aquellos que había detectado con anterioridad en otros reinos. Había uno, más habitual que otro, particularmente extraño. Oscuro, el frío de la ausencia de calor. Era difícil describirlo.

En cambio el otro, el que ahora mismo besaba su piel y tironeaba de su propia magia, era limpio. Frío y de algún modo… brillante.

Sacudió la cabeza y posó los pies en el suelo, ya cubierto con una fina capa blanquecina.

Dio un paso tras otro, dejándose llevar por el magnetismo del otro poder. Se le secó la boca, pues a medida que se acercaba, la sensación de anhelo se intensificaba. Necesitaba saber de quién o qué provenía esa magia.

Y, entonces, se detuvo en seco cuando vio frente a él una figura de

largo cabello celeste, bajo una corona helada que reconoció al instante. Estaba de espaldas a él y en derredor había chispas de hielo que provenían de sus dedos, que lanzaban flechas de hielo.

«La Reina de las Nieves».

Capítulo 47

Había vuelto a suceder.

Elsa ya no estaba en el palacio de hielo y cristal que se había convertido en su hogar temporal. Hacía tan solo unos instantes paseaba con Dermin, cambiando la decoración a su gusto, y, de repente, estaba en medio de un bosque. ¿Cuál sería? ¿El del Reino del Anochecer? ¿O quizás el que rodeaba el Reino Gótico? No podía saberlo.

Y lo sintió.

Sobre ella planeaban copos de nieve en una silenciosa danza. Iban a parar a árboles, flores y sobre su propia piel. Esa magia no era la suya, sino que pertenecía a otra persona que estaba allí.

El ambiente se enfrió más, aparecieron chispas gélidas y brillantes y algunos dardos congelados escaparon de sus dedos mientras se giraba para encararse al autor de la nevada.

Unos ojos de hielo se cruzaron con los turquesa a la luz de las dos únicas lunas que resplandecían con todo su poder, y un gemido de sorpresa escapó de ambos jóvenes mientras se observaban sin dar crédito a lo que estaban viendo.

—¿Jack?

—¡Elsa!

Corrieron a abrazarse olvidando por un momento todo cuanto estaba pasando. Ninguno de los dos creía que el reencuentro sería tan pronto.

Ambos disfrutaron de aquel contacto que no habían sentido desde que patinaran juntos, cuando él la retaba y ella aceptaba con tal de demostrarle que era mejor. Jack le acarició el pelo y se dio cuenta de que Elsa ahora olía a hielo y pino. Su piel era fría como la de él, pero agradable. La joven cerró los ojos con la frente apoyada en el hueco

entre el cuello y el hombro de él, aspirando un aroma a nieve y magia que se le hacía curiosamente familiar.

Ella fue la primera en apartarse, y se observaron el uno al otro, dándose cuenta de los evidentes cambios en el contrario.

—Estás… —estuvo tentado de decir «preciosa», mas se cortó en el último momento— diferente.

—Tú también —correspondió ella, que no recordaba —o no quería recordar— cuán atractivo era su rival.

Los ojos de Jack se posaron en la corona de Elsa.

—Entonces… —Ató cabos—. ¿Eres la nueva reina?

Ella se encogió de hombros con timidez, y jugó sin darse apenas cuenta con algunos copos que convertía en estrellas de hielo.

—Eso parece.

Mas, para su sorpresa, Jack soltó una carcajada.

—¡Maldita Mab!

—¿Conoces a Mab?

El chico extendió los brazos.

—Es ella quien me ha obligado a recorrer los reinos para llevar el invierno.

Elsa recorrió el frío que los rodeaba con la mirada. Las palabras de él no hacían sino confirmar sus sospechas.

—Este poder es tuyo… —musitó, sin estar segura de si era bueno o malo.

—Y no soy el único —repuso él, sonriente, señalando con los ojos los copos transformados en hielo, que resplandecían con luz propia, contribuyendo con la iluminación del claro—. Quiero verlo.

—¿Perdón?

—Quiero ver tu poder. —Sus ojos brillaron por la emoción—. Quiero saber quién tiene más poder.

Elsa dio un paso atrás, confundida, sin dejarse contagiar por él.

—¿Te has vuelto loco?

—¿Me vas a decir que no sientes curiosidad, pequeña Elsa? —Sonrió de medio lado, sabiendo que había dado en el clavo.

Mas Elsa era más sensata que él, siempre lo había sido, a pesar de dejarse llevar por la emoción de la competición siempre que patinaban. Sin embargo, aquello era diferente. Estaban hablando de magia.

—Esto no es un juego, Jack. Tenemos una responsabilidad.

—Te guste o no, forma parte de nosotros y así será siempre.

La chica abrió mucho los ojos. Desde que descubriera sus poderes había tenido la esperanza de que fuera algo temporal, de que en algún momento podría deshacerse y ella volver a su antigua vida.

—Mientes.

—¿Por qué iba a mentirte?

Una pregunta para la que Elsa no tenía respuesta. Se limitó a estudiarle. Él parecía contento con su nueva situación, y ella no iba a negar que también le gustaba el poder que ahora recorría sus venas. Pero era robado. No les pertenecía a ellos.

Con una sonrisa traviesa, Jack se envolvió en un vendaval de nieve que dirigió hacia Elsa. Ante el repentino ataque, ella alzó las manos y el vendaval quedó congelado a unos centímetros de ella, para luego caer al suelo en miles de bolitas congeladas.

—¿Qué haces?

Él no respondió, se elevó a la altura de los árboles y se movió como si patinara sobre el aire, retándola a alcanzarle. La nueva reina soltó un suspiro de hastío, mas no pudo evitar que floreciera en ella una sonrisa. Se mordió el labio y cedió a la provocación de Jack.

Convirtiendo todo en hielo a su paso, se deslizó con movimientos rápidos y elegantes, sin perder de vista al muchacho, al que veía de vez en cuando entre las ramas. Al acercarse a un barranco, Elsa vio su oportunidad y creó una pendiente ascendiente de hielo, que le permitió lanzarse a por él. Chocaron en el aire, Jack la cogió de la cintura y la llevó consigo por el aire hasta dejarla en un claro.

—Bien jugado, pequeña Elsa.

Sin embargo, ella no había terminado. Su rival había avivado la llama competitiva y ahora solo quería demostrarle que era mejor que él. Creó una barrera puntiaguda de hielo alrededor de él, cuyos ojos se abrieron sorprendidos.

—Creía que eras más lista.

Jack se alzó sobre las puntas afiladas, fingiendo un bostezo aburrido.

—Oh, no he terminado.

La barrera se dividió, convirtiéndose en varias armas heladas que apuntaron al chico, quien viendo el peligro, tuvo que deslizarse por el aire para esquivar cada uno de los ataques. La risa de él inundó el lugar, disfrutando con aquella fría lucha. Invocó su poder y creó varias bolas de nieve que dirigió hacia Elsa. Esta, imitando sus movimientos, pero sobre el hielo que creaba, sorteó la nieve, pero una le dio en la

espalda y le hizo perder el equilibrio.

Jack rio con más fuerza.

—Se acabaron los truquitos. —Elsa se incorporó y con las manos inició movimientos armónicos.

El chico, desde el aire, ladeó la cabeza, intrigado. Hasta que ante él se alzó un enorme gigante de hielo, cuya cabeza estaba a su altura. Sin perder la sonrisa, Jack aterrizó. Él nunca había probado a hacer nada parecido, pero la energía que mostraba ella le envalentonó y repitió los movimientos de manos de ella. La nieve se concentró en un punto, dando forma a un gigantesco muñeco de nieve.

—¡Esto no lo esperaba! —exclamó, entusiasmado.

Las dos criaturas se enzarzaron en una cruenta pelea por ver quién era el más fuerte. La tierra temblaba, los animales que habitaban cerca salían huyendo. Y algunos árboles fueron arrancados sin piedad.

—¡Jack, tenemos que detenerlos!

Por muy emocionante que fuera, Elsa tenía razón. Si había un día y un lugar para ver quién era más fuerte de los dos, no era allí ni ahora. Se habían dejado de llevar por una emoción que había crecido en ellos desde que se iniciaran en el patinaje, y que no había hecho sino aumentar cada año, cada vez que se deslizaban juntos, sintiendo al otro, compitiendo y disfrutando a la vez.

Elsa desplegó todo su poder.

Jack hizo lo propio.

Ambas magias, iguales y a la vez diferentes, chocaron y explotaron, destruyendo a los gigantes y expandiéndose por el Bosque Escarlata, que desde ese momento pasaría a llamarse Bosque del Invierno Mágico, y que con los años acogería a una bestia.

Capítulo 48

No podía dejar de pensar en Elsa y su magia. El poder que tenían juntos.

Ella se había desvanecido de repente, dejando a Jack sorprendido. La buscó por el bosque sin descanso, mas no logró hallarla, ni siquiera sentirla. ¿Habría vuelto a Corona de Hielo? ¿Sería esa una magia de la antigua reina que Elsa había heredado? Cuando volviera a verla, se lo preguntaría. A él le sería muy útil. Aunque le gustaba volar sobre los reinos, aparecerse en cualquier lugar en un solo instante era todavía mejor cuando no tuviera muchas ganas de pasar horas en el cielo.

Por el momento, él debía seguir su recorrido. Ya había visto a Elsa y estaba bien, y eso le tranquilizaba. Si ella le necesitara, se lo hubiera dicho.

Pensar en esto le dio un pinchazo en el corazón.

Jack se había preocupado por ella y la había estado buscando, porque necesitaba saber de ella, volver a verla. ¿No había sido recíproco? ¿Elsa se habría molestado también en intentar buscarle? Nunca recibió mensajes antes de marcharse del Reino de las Lagunas.

Sacudió la cabeza, apartando las dudas y preguntas que no hacían sino ahogarle.

Ahora, de nuevo en los reinos mágicos del este, su próximo objetivo era el Reino Gótico. Se detuvo sobre la ciudad unos instantes, admirando la construcción de la futura catedral. En unos años sería tan majestuosa que ningún templo, de ninguno de los reinos mágicos, le haría sombra. El sonido de sus campanas resonaría hasta en el último rincón del lugar.

Jack paseó la mirada por la plaza y se detuvo al encontrar a una singular pareja que parecía dirigir la obra. Un hombre mayor estaba inclinado estudiando unos planos. Junto a él, una chica más joven le

señalaba y hacía gestos con los brazos, para luego señalar los cimientos del edificio.

A Jack le recordó un poco a sí mismo cuando hablaba con su padre y compartían ideas acerca del negocio. Suspiró, recordando que no estaba muy lejos de su hogar. No podía parar allí ni dejarse llevar por sus emociones, no ahora que tenía planificada su ruta.

Pretendía hacer un camino más lineal, no como había hecho en los reinos mágicos del oeste, donde había sido aleatorio en sus elecciones, demasiado emocionado con su poder.

Se posó en el suelo, en un callejón, a una distancia prudencial de los ciudadanos e invocó su poder. Los copos de nieve, blandos y perfectos, empezaron a caer del cielo como por arte de magia.

Sonrió al escuchar las primeras exclamaciones de sorpresa y alzó su cuerpo en el aire. En ese preciso instante se dio cuenta de que una niñita rubia lo miraba sorprendida. Él le hizo un gesto de silencio con un dedo antes de elevarse todavía más y perderse en el firmamento envuelto en una corriente de nieve.

Sobrevoló la ciudad, atravesó las murallas y recorrió los bosques con los copos de nieve haciendo cenefas a su alrededor. Entonces, de pronto, percibió que la luz solar se atenuaba y se detuvo en seco. Era algo que iba más allá de la invocación de sus nubes, que de por sí cubrían el astro diurno.

No. Era diferente. Aquella oscuridad era antinatural. Podía percibirlo, aunque era algo tan tenue que si hubiera estado ocupado en otra cosa apenas lo habría percibido.

Sintió un tirón en el pecho. Se concentró en esa energía fría y oscura y fue hacia ella. Como si estuviera unido a esa fuerza por un hilo invisible se adentró entre las copas de los árboles y siguió el curso de un río cuyos bordes se cubrieron de escarcha a su paso.

Se dio cuenta de que algunas plantas a su alrededor estaban marchitas y frunció el ceño. Sintió aquella fuerza atrayéndole con más intensidad hasta hacerle daño. Se llevó la mano al pecho y se posó en el suelo.

Dio unos pasos más y entonces vio una silueta de espaldas a él. Estaba inclinado sobre el suelo y Jack contuvo un grito ahogado cuando vio la sangre que manaba del cuerpo de un ciervo, que tenía un corte irregular en el pecho.

El animal tenía los cuernos escarchados y el lomo cubierto de nieve azulada. Diferente a la suya. Pero el menor de los Frost no podía

apartar la vista de la abertura irregular en su pecho. La silueta se dio media vuelta, revelando su identidad. Su mirada era más oscura que la última vez. Fría, oscura y amenazante. Los labios más amoratados. Las facciones más duras, enmarcadas en su cabello cada vez más negro.

—Kai, ¿qué…?

Pero el muchacho se desvaneció entre las sombras.

Jack se quedó allí unos minutos, sin saber bien qué hacer. Hasta que la sangre tiñó la nieve y alcanzó sus pies.

¿Qué significaba lo que acababa de presenciar?

Capítulo 49

Tras su última incursión fuera de Corona de Hielo —y su encuentro con Jack—, Elsa había tratado de averiguar qué provocaba esa magia. La suya no era. Por mucho que lo intentara, no lograba nada que tuviera que ver con desaparecer de un lugar para aparecer en otro.

También había indagado sobre cómo poder comunicarse con Jack. Allí, según le habían comentado los ciudadanos, se enviaban mensajes en papiro a través de búhos nivales. En el Reino de las Lagunas, utilizaban palomas mensajeras. Pero ¿a dónde enviar el mensaje? No sabía dónde podría encontrarse Jack, si era cierto que ahora llevaba el invierno por los reinos.

La única opción que le quedaba era buscarle ella misma. Podía sentir su poder. No siempre, pero en ciertos momentos, sentía como si algo la llamara, como si tirara de ella con un hilo invisible. Y no necesitaba montura, pues deslizarse por el hielo era más rápido. Este ya derretiría con el paso del tiempo, así que tampoco le preocupaba dejar un rastro a su paso.

Le había llevado días tomar esta decisión. No quería abandonar Corona de Hielo siendo ella su supuesta reina. Por ello había convocado una reunión para esa misma mañana con quienes habían sido nombrados los representantes de la ciudad —en una votación democrática que habían llevado a cabo poco después de que Elsa se presentara ante los habitantes—, y expondría su abdicación.

Los trabajadores del castillo dispusieron una mesa circular en la misma sala del trono.

Cuando la joven salió del palacio, muchos fueron los voluntarios para servirla, mas ella se había negado en un principio; hasta que alcanzaron un acuerdo, con un salario y días libres.

Y, aunque había puesto a disposición de los necesitados las

dependencias de palacio, nadie había aceptado la oferta, por lo que, salvo los trabajadores, solo ella y Dermin continuaban habitando en él.

—¿Estaré haciendo lo correcto?

Elsa se hallaba en sus aposentos, frente a un espejo de cuerpo entero que había comprado en el mercado, para poder comunicarse con Día y, de esta forma, con Dermin.

—Dice que debes hacer lo que tú consideres. No siempre hay que hacer lo que se supone que debemos hacer. Y yo estoy de acuerdo con él —respondió el hada, sentada al otro lado en su modesta cabaña, tomando una taza de té humeante.

Jack también había pasado por allí llevando el invierno.

Día le había descrito como un apuesto joven que la había cubierto de nieve, helándola hasta los huesos, y se había alejado entre risas.

Coincidía con el chico que Elsa conocía.

La joven recordó que Dermin, en una ocasión, le había dicho unas palabras parecidas respecto al patinaje, cuando ella se planteaba si dedicarse a ello porque era lo que le gustaba o buscar un oficio como las demás, porque era lo que debía hacer.

—Yo no estoy hecha para esto. Es mejor que busquen a alguien preparado para gobernar.

—Me temo que aquí nadie lo está.

—Bueno, ya me entiendes. —Agitó la mano—. Aquí hay personas que han tenido que llevar la ciudad cuando la reina se dedicaba a esclavizarlos y matarlos.

Un breve silencio, roto al poco por Día.

—Sí, yo también lo pienso.

Elsa miró al hada con expresión interrogante, y la otra sonrió.

—Creemos que estás perfectamente cualificada para gobernar. Hasta ahora, según me cuenta Dermin, lo has hecho bastante bien. Incluso han llegado noticias a otros reinos sobre la nueva Reina de las Nieves y el orgullo de su pueblo.

—Pero yo…

—Mi reina —la interrumpió una voz masculina. La joven se giró y vio a uno de los hombres que se habían presentado voluntarios para formar parte de su guardia personal—. Ya están todos reunidos, esperando por vos.

Elsa resopló con hastío. Había insistido hasta la saciedad en no recibir ese trato de respeto, pero nadie le había hecho el menor caso.

Salvo los niños, para consternación de sus padres.

—Enseguida voy. Gracias, Lans.

Él inclinó la cabeza ante ella, después ante Día, a modo de saludo, y se marchó.

—Ha llegado el momento…

Aunque no quisiera mostrarlo, estaba nerviosa. No quería que pensaran que pretendía abandonarlos. Solo necesitaba hacerles entender que aquel no era su sitio.

Dermin le dio un cariñoso lametón en la mano.

—Estamos contigo —la animó el hada antes de desaparecer, dando paso al reflejo de Elsa, que se quedó un rato mirándose.

Seguía luciendo la corona, y debía reconocer que le gustaba cómo brillaba sobre su nuevo pelo celeste, ahora recogido en una trenza lateral que le caía sobre el hombro derecho. Le costaba reconocerse en aquellos ojos turquesa. Y con aquellas ropas que ahora nada tenían que ver con la anterior dueña del palacio. Le habían confeccionado cómodos vestidos y conjuntos formados por pantalones, que le permitían libertad de movimientos y dejaban atrás la ostentosidad de la antigua reina, salvo por algunos brillos y sedas.

En ese momento llevaba un vestido celeste ajustado hasta sus caderas y que caía libre hasta sus pies calzados con botas blancas. Era de una tela ligera, agradable y un tanto elástica, resistente a su gélido poder.

Se encaminó con Dermin a su lado hacia la sala del trono. Este ya no existía, había sido sustituido por una mesa encajada contra la pared, en la que se colocaban bebidas y comida, dispuestas para los presentes. En el centro de la inmensa sala, una mesa redonda, donde nadie —especialmente ella— destacara sobre nadie. Porque todos eran iguales, incluida la reina.

—Gracias a todos por venir —saludó en cuanto llegó hasta la mesa. A su entrada, todos se habían levantado, mostrando respeto hacia ella, para su disgusto.

Entre los presentes había hombres y mujeres de diversas edades, desde un chico que acababa de cumplir la mayoría de edad hasta ancianos. Y, por supuesto, un par de niños. Esto, aunque había sorprendido a los demás, había sido una decisión que había llegado a ser aceptada con muy buenos ojos, pues lo que Elsa pretendía era que estuvieran presentes en las reuniones todos los puntos de vista, incluidos los más infantiles e inocentes.

En cuanto ella tomó asiento, los demás la imitaron.

—Veréis, me gustaría tratar con vosotros una cuestión muy importante. La más importante de Corona de Hielo. —Con estas palabras, se ganó la completa atención de todos—. Creo que ha llegado el momento de elegir a un nuevo rey o reina.

Las consecuencias de su exposición no tardaron en mostrarse. Murmullos indignados, confusos e incrédulos.

—¡Silencio! —ordenó la mujer más anciana de los presentes—. Dejemos que se explique.

Elsa se lo agradeció con la mirada y empezó:

—Fui coronada por azar.

—La corona os eligió —apuntó el esposo de la anciana.

—Porque no había nadie más allí en ese momento —se defendió la joven—. Sí, me enfrenté a la reina, pero vencerla fue un golpe de suerte.

«Nunca mejor dicho», se dijo para sus adentros.

—Nosotros lo llamamos destino.

Ella suspiró. No estaba yendo como quería.

—Sea como sea, yo no soy más que una campesina a la que le gusta patinar y no sabe hacer más que eso y tareas domésticas. ¿De qué le sirve esto a una monarca?

—De que vuestras decisiones serán tomadas con mayor conocimiento que alguien que haya sido criado en la nobleza o la realeza, sin haber vivido en sus carnes lo que es tener que enfrentarse al día a día por sobrevivir —repuso otra mujer.

—Y sabes lo que nos gusta a los niños —intervino uno de los más pequeños.

—Pero no sé gobernar —insistió Elsa, desesperada por hacerse entender.

—Para eso estamos nosotros —volvió a hablar la anciana—. Seremos vuestros guías en vuestro reinado. No importa lo que digáis, Ealasaid. La corona os eligió. Os queremos como reina. Corona de Hielo os quiere como reina.

La joven terminó por rendirse. ¿Qué más podía argumentar? ¿Que tenía una familia a la que echaba de menos? Ya le habían dicho que eran bienvenidos. Ella todavía no se había atrevido a enviarles un mensaje. ¿Cómo explicarles que había vencido a la Reina de las Nieves y había ocupado su lugar y heredado parte de sus poderes?

Capítulo 50

Tras dejar atrás el Reino Gótico sin haber obtenido más rastros de Kai, se dirigió al Imperio Powhatan, que había dejado cubierto de un manto invernal.

Ahora su camino le había llevado directo al Reino de las Arenas.

Se detuvo en el centro del desierto y bajó la mano hacia el suelo conteniendo su poder. Quería tocar la arena. Era suave y se deslizó entre sus dedos, escurriéndose como el agua.

Entonces la magia fluyó y los gránulos se escarcharon. Llamó a su magia y empezó a nevar. Alzó el vuelo, en busca de la ciudad, dejando tras de sí un desierto blanco.

Mientras recorría el reino, llevando consigo el invierno, fue consciente de que en algunas zonas la luz se oscurecía.

Algo inusual flotaba en el aire.

Sus alarmas se activaron, pero contuvo sus emociones y siguió su trayecto intentando concentrarse en su propia magia. La cabellera celeste de su amiga irrumpía una y otra vez en sus pensamientos. El contacto de su cuerpo creando chispas frías. Combinando sus poderes.

Se mordió el labio. Había pensado en ella como su amiga. Elsa era su rival, siempre lo había sido, pero ahora… Sintió una calidez en el pecho que le hizo soltar una risita.

En la distancia divisó la ciudad del reino. En su centro estaba el palacio, más impresionante de lo que Jack esperaba. Cúpulas redondas, amplias y de colores vivos, coronadas con agujas doradas.

No había gente por las calles y eso fue lo primero que le hizo ponerse en alerta. Lo segundo fue el tirón de poder que le llegó desde el palacio. Casi como una alarma. Miró hacia el cielo que empezaba a cubrirse de nubes y se sorprendió al apenas percibir la luz.

Tenue, débil… como si estuviera extinguiéndose.

Levantó una mano frente a sus ojos.

«Este frío es…».

Las puertas del palacio estaban abiertas y no había rastro de guardias o alguien que pudiera detenerle. Subió las escaleras de mármol y sus pasos hicieron eco en el silencio de la plaza.

Cuando tocó la puerta un dolor subió por su brazo y apartó la mano deprisa, como si se hubiera quemado.

El recuerdo acudió tan rápido como lo había hecho el dolor.

«Kai».

Vio un guardia en el suelo y encontró más de ellos. Parecían congelados, pero no había rastros de escarcha o hielo en sus cuerpos. Mas sí daba la sensación de que estaban… ¿apagados?

Escuchó un grito y echó a correr en la dirección en que provenía el sonido. Sintió un atisbo de horror que, sin embargo, tiraba de él en su interior a medida que se acercaba.

La sala del trono era lo más majestuoso que Jack hubiera tenido ocasión de ver. El camino hacia el altar en el que estaba el gran trono dorado de agradables cojines púrpura estaba custodiado por columnas de oro.

El menor de los Frost se quedó sin aliento y no tenía nada que ver con los capiteles, o las figuras talladas a mano en cada columna.

Abrió la boca para decir algo, pero las palabras murieron en su garganta cuando el pecho del sultán se abrió frente a sí y de él surgió un cristal plateado. Puro. Hermoso. Atrayente.

Antes de poder prestarle más atención, desapareció, absorbido por el muchacho al que cada vez le costaba más reconocer.

Kai tenía el pelo más negro que la otra vez, los ojos eran dos pozos de oscuridad. Cuando el fragmento desapareció por completo en uno de sus ojos, estos regresaron a su color habitual. Solo que este ya no era un verde claro y apacible, sino uno oscuro y siniestro. Un azul sin luz ni color.

No sabía cómo definirlo.

Como su expresión. Fría, carente de compasión o arrepentimiento por lo que acababa de hacer. Miró al recién llegado y este dio un paso hacia delante.

La piel de Kai era ahora más pálida y sus labios habían adquirido un matiz violáceo que le hizo estremecer.

—¿Qué has hecho?

—Tomar lo que es mío.

El chico bajó las escaleras en dirección a Jack que se echó hacia atrás de forma instintiva. Sintió algo tirar de su pecho y apretó los dientes invocando su magia.

La luz se extinguió y quedaron iluminados por la tenue iluminación exterior.

De nuevo aquel tirón y Jack lo comprendió: quería arrebatarle su poder.

—No.

Una fuerte ventisca de nieve los separó. Solo cuando Jack dejó de sentir aquella fuerza, cesó el viento nevado. Kai ya no estaba allí. El cuerpo del sultán reposaba en el suelo y un muchacho de tez oscura y mejillas cubiertas de lágrimas le miró con los ojos muy abiertos.

—¡Guardias!

Varios hombres llegaron corriendo. Se adelantaron en dirección a Jack, sacando sables o arcos y flechas, y el joven comprendió tarde lo que parecía aquello a ojos de todos.

—¡Ha sido él! ¡El chico de la escarcha!

Jack miró desesperado a su alrededor y se elevó en el aire. Una flecha silbó a su lado, rozándole el cuello. El pequeño de los Frost se precipitó hacia una cristalera entre una lluvia de flechas. La hizo añicos cortándose en diversos puntos del cuerpo y se perdió en el cielo, salpicando de carmesí el manto blanco que había creado.

En el palacio había empezado una leyenda. Un temor invisible. Uno en el que Jack Frost era el protagonista de pesadillas invernales.

Capítulo 51

Esperó a que la oscuridad se hiciera con Corona de Hielo. Se sentía culpable por lo que estaba a punto de hacer, pero no le habían dejado otra opción.

—Lo siento, Dermin… Debo encontrar a Jack. Si ambos tenemos este poder, es posible que alguien más lo tenga también y no sea como nosotros. —¿Era más una excusa para sí misma para evitar pensar que era egoísta por abandonar al reino? Ellos podían elegir un nuevo rey, mejor que ella. Si no lo habían querido hacer por las buenas… Suspiró —. Y él debe saber que estás… —se abstuvo de decir «vivo»— aquí. No sabes lo que supuso tu desaparición. Pensar que nos abandonaste. Aunque él siempre confió en ti. Jack no lo sabe, pero algunas noches, frente a la Laguna Helada, le escuchaba hablar al hielo. Le pedía que volvieras pronto, convertido en un patinador famoso, y le llevases con él.

El lobo soltó un aullido lastimero y Elsa pegó su frente a la de él, dejando escapar varias lágrimas que, cuando finalizaron su recorrido por sus mejillas, se convirtieron en hielo.

La joven se levantó, cargando una bolsa con víveres y vestida con uno de sus conjuntos de pantalón.

Dermin la siguió para su sorpresa. A Elsa no le hicieron falta palabras para saber que tenía intención de acompañarla a donde fuera.

La chica cogió la corona y la dejó en la mesa redonda de la sala del trono. Después se dirigió a una salida lateral, custodiada por solo un guardia, que clavó sus ojos en la bolsa.

—Voy a patinar un poco por la ciudad. Necesito tomar el aire.

Él aceptó sus palabras, sin cuestionarse por qué la reina tomaba esa salida y no la principal.

La noche estaba despejada. La joven levantó los ojos hacia las lunas. Las tres brillaban en todo su esplendor, y combinadas con el río resplandeciente y las luces de hielo flotantes que ella misma mantenía, hacían de la ciudad un lugar mágico para quien se detuviera a observarla.

Pronto habría otro eclipse. A veces no era fácil adivinar cuándo, otras, gracias a las fases de las lunas y la posición del sol, se podía saber con exactitud. Era algo que volvía locos a los astrónomos, al menos los del Reino de las Lagunas y, según los libros, también los de otros lugares. Las lunas eran unos astros todavía misteriosos para los habitantes de los reinos. A veces seguían una lógica. Otras, parecían actuar con magia, sin ninguna explicación razonable.

Es aquellas semanas, Elsa había llegado a conocer la ciudad, por lo que sabía exactamente cómo moverse para no ser vista, haciendo uso de callejuelas nada transitadas y zonas sombrías.

Dejó atrás las casas y las luces, el suave rumor de los pocos transeúntes que ultimaban sus quehaceres o solo habían salido a disfrutar de una noche apacible.

Dermin se mantenía a su lado, caminando seguro. La joven le miró de reojo y su mente se transportó a Jack, haciéndole sentir todavía más culpable por abandonar Corona de Hielo, pues él era otro motivo que la impulsaba a salir de allí. Anhelaba verle, aunque no estaba segura de por qué. ¿Era su poder lo que la atraía, pues eran —casi— únicos? ¿La nueva rivalidad que los unía? ¿O había algo más que no quería reconocer?

Aunque no sabía bien dónde acababan los límites de Corona de Hielo, pudo apreciar una leve diferencia en su camino. Atrás dejaba hielo y nieve, fruto no solo de su poder, sino del que todavía quedaba de la antigua reina. Ante ella, se extendía un manto blanco, inmaculado, de lo que para ella era como cálida nieve. Frente al frío hielo, la nieve era como arena que calentaba sus manos. Se agachó y sumergió una de sus manos entre los copos, con los ojos cerrados, sintiendo una agradable sensación.

Sintiendo a Jack.

Su poder.

El corazón le dio un vuelo y sus mejillas se encendieron.

Se levantó carraspeando, esperando que Dermin no se hubiera dado cuenta de nada.

—Bien, vamos allá…

Se adentró en el desierto níveo, sin ver nada más que blancura y estrellas. Y solo cuando pasó lo que le parecieron horas caminando sin rumbo, decidió que había llegado el momento de deslizarse sobre el hielo para avanzar con mayor rapidez. Pero se dio cuenta de algo. Miró hacia atrás. Allí estaba la ciudad, como si acabara de dejarla. Y Dermin no estaba con ella, sino que apareció de entre el manto blanco, corriendo hacia ella. Como si él hubiera avanzado y Elsa no.

Frunció el ceño.

Extendió las manos delante de sí y creó un camino de hielo que utilizó para patinar. Dermin galopó a su lado.

Y el lobo desapareció de su lado.

Y Elsa volvió a estar situada a pocos metros de la ciudad.

El lobo regresó como antes. Esta vez se detuvo delante de ella ladeando la cabeza, confuso.

—¿Se puede saber qué pasa? —se preguntó la joven.

—No puedes abandonar el reino —terció una segunda voz, provocando un respingo en la joven.

Mab estaba detrás, aparecida de la nada.

—¿Cómo dices?

Elsa se plantó delante de ella, con los ojos entrecerrados.

—La Reina de las Nieves no puede salir de Corona de Hielo. Es su castigo por el mal uso de su poder.

—Yo no soy ella —repuso Elsa con mirada seria y los dientes apretados.

—Eres la nueva Reina de las Nieves. Tienes parte de su poder.

—Mas no soy malvada. Ya lo has visto. Me conoces.

El hada suspiró y desvió la mirada.

—Eso me hizo pensar ella, y mira cómo acabó. Lo siento, pero no puedo confiar en ti.

—¿Pero sí en Jack?

Mab empalideció.

—Él solo tiene una parte del poder…

—… y yo otra. ¿Qué nos diferencia?

—Que él no ha sido elegido para gobernar un reino. Y tiene un deber.

—¿Y yo no?

El hada clavó sus ojos en los turquesa de Elsa.

—Gobernar con justicia y bondad.

Elsa resopló frustrada. Todo el mundo pretendía que se hiciese

cargo de un reino, cuando apenas había sido capaz de hacerse cargo de sí misma. Su primer día como aprendiz de pastelera fue un fracaso; en el patinaje tuvo que poner mucho empeño para lograr lo que ahora era capaz de hacer.

—¿Y qué hay de los demás fragmentos? —Mab no respondió—. Sé que el mío y el de Jack no son los únicos. Si tan preocupada estás por que yo haga mal uso de mi poder, ¿qué hay de quienes hayan recibido los otros?

Mab le dio la espalda y, desplegando un puñado de polvo de hadas, desapareció ante la incredulidad de Elsa.

Capítulo 52

Corona de Hielo, como su nombre indicaba, era un paraje helado y hermoso. Teñido de blanco de manera permanente, era visible en el horizonte desde mucho antes de alcanzarlo.

Si Jack no hubiera tenido su poder de nieve, habría empezado a sentir el descenso de temperaturas hasta llegar a ser un frío helador al atravesar la frontera que lo separaba del Lago de los Cisnes, en el que también era invierno.

Su objetivo era el palacio de hielo, en el que intuía que podría encontrar a Elsa. Su corazón aleteó en el pecho y de nuevo el recuerdo del contacto frío de su piel le hizo cosquillas en el vientre. Sintió la calidez del rubor en sus mejillas y dejó escapar el aire entre sus labios.

Se concentró en el vuelo, en las corrientes que lo mecían e hizo varias piruetas en el aire, diluyendo el recuerdo de Elsa.

Tras lo que había visto hacer a Kai en el Reino de las Arenas, necesitaba hablar con ella.

Él también tenía poder, como ellos, pero era algo oscuro y malvado, muy diferente al de la nueva Reina de las Nieves o el portador del invierno —este ya se había hecho conocido en algunos reinos—. Jack había empezado a advertir que su presencia en el cielo asustaba a los habitantes, ya fuera por lo obvio —no era habitual ver a un chico provocar nevadas desde el cielo— o por los rumores que se estaban extendiendo desde la muerte del sultán y que le ponían en el punto de mira. Por eso se mantuvo oculto y posó los pies en el suelo en un callejón cercano a la plaza principal.

Kai era como un fantasma. Se desvanecía, oscurecía lo que tocaba. Mas Jack era el único al que habían visto llevar frío. Comprendía los rumores y el temor, pero no por ello lo veía justo

Le sorprendió encontrar el palacio con las puertas abiertas. Ya no

estaba rodeado por un muro y la boca se le abrió por la sorpresa.

Era más majestuoso de lo que había pensado en un origen. Relucía helado imponiéndose en la plaza y sobre toda la ciudad. Con sus torres altas acabadas en afilados tejados en forma de copo de nieve. La luz azulada que desprendía cuando las lunas tejían hilos brillantes a través de sus paredes heladas.

Estaba tan ensimismado que no se percató de que unos patines rasgaban el río a su espalda a toda velocidad. Una figura helada, con una trenza celeste revoloteando tras ella, llegó hasta el chico y le rodeó los hombros.

Jack sintió la magia enroscarse con la de ella antes siquiera de darse media vuelta y su propio poder reaccionó ante el de Elsa. Lo sintió trazando diferentes melodías dentro de sí y cuando sus miradas se cruzaron comprendió que ella estaba sintiendo lo mismo.

Tuvo la tentación de acariciarle el rostro y volver a deleitarse con las chispas heladas que le recorrían al hacerlo.

—¿Otra vez tú, Jack Frost?

La voz chillona de Mab le hizo salir de sus ensoñaciones de caricias heladas y sacudió la cabeza, volviéndose hacia la pequeña mujer, poniendo los ojos en blanco.

—He llevado el invierno a todo el mundo.

—No a todo el mundo, podría enumerarte la lista de los que te falt…

—Tengo que hablar con Elsa.

Una de las finas cejas del hada se elevó, poniendo en duda su justificación, pero Elsa tomó al chico del brazo y le guio hacia el interior del palacio.

—Yo también tengo que hablar contigo, Jack.

Mab los siguió malhumorada, sintiéndose ignorada. Ninguno de los tres dijo nada más, mientras atravesaban el umbral de la puerta y recorrían la sala del trono —que en realidad no parecía tal—.

Por fuera era un palacio helado, pero por dentro la decoración era cálida y agradable. Imaginó a Elsa creando todo aquello y sonrió. La chica le llevó a una sala contigua y le hizo sentar en un sofá.

Con cierta incomodidad, la muchacha hizo una petición a un guardia, y al poco tiempo llegó un sirviente con una bandeja de pastelitos y unas tazas de té.

Jack estaba impaciente y tamborileaba con los dedos sobre su pierna. Se fijó en que había un lobo de enormes dimensiones

mirándole con intensidad y tragó saliva.

No parecía amenazante y había algo en su mirada, casi humana, que le resultaba familiar. El animal se acercó a él y se sentó sobre sus cuartos traseros. Jack pudo sentir su calor y alargó la mano para acariciarle entre las orejas.

Se volvió hacia Elsa y vio lástima en ella.

—He venido por Kai.

Lo soltó sin más, sin plantearse a qué venía aquella mirada. Había asuntos graves que atender.

—¿Por Kai? —Elsa se inclinó hacia él con interés.

Mab resopló con una taza entre las manos. Ambos la miraron de forma interrogativa, pero ella les hizo un gesto para que continuaran.

—Creo que tiene algún poder como nosotros y está por ahí… matando. —Antes de que Elsa pudiera decir nada, continuó—: Saca fragmentos de espejo de las criaturas que encuentra y creo que… —se mordió el labio— eso le hace ser más poderoso. Tenemos que detenerle.

—No puede ser Kai.

Jack ya esperaba esta reacción por parte de la mejor amiga del chico.

—Sé que es difícil de creer, pequeña Elsa, pero lo he visto con mis propios ojos. Él… ya no es él.

La joven se levantó y paseó por la sala hasta detenerse en uno de los ventanales. Ya casi era noche cerrada. Ella también percibió un frío nada natural cuando estuvo en la tierra de Oz, mas no vio al autor de ello. Y, por mucho que le pesara, creía en las palabras de Jack.

—No puedo salir del reino. —El reproche en la voz de Elsa cuando se giró hizo que Mab desviara la mirada con hastío.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Mab tiene un hechizo que me retiene aquí.

—Pero esto es una urgencia, tienes que dejarla salir.

Jack se volvió hacia el hada, que no tuvo más remedio que devolverle la mirada.

—No es tan sencillo. Ya me engañaron una vez…

—¿Y por qué no has ido tras él? Si detectaste mi magia y viniste a por mí todas las veces que no hacía lo que querías, ¿por qué no has detenido a Kai?

—Claro que lo he hecho —contestó el hada dejando la taza sobre la mesa con un temblor en las manos—, pero se me escapa siempre.

Esta última afirmación la dijo entre dientes, mirando hacia un punto inconcreto de la estancia. El lobo emitió un aullido particular, que parecía una risa. Mab fulminó al animal con la mirada, provocando una sonrisa en Jack.

—Se desvanece entre las sombras.

—Mab —Elsa se había acercado a ellos—, tienes que dejarme salir. Kai es mi amigo, puede que hablando con él…

—Elsa, ya sabes que…

—Sé que estás dejando a Jack y a Kai libres por ahí y a mí me tienes encerrada sin razón. ¿Acaso no he demostrado ser una buena reina? ¿No he demostrado que este poder no me corrompe en absoluto? Si pudiera, me desharía de él tan deprisa como llegó hasta mí.

Jack se levantó y se paseó por la estancia frente a la ventana en la que antes había estado la chica. Dos lunas brillaban con fuerza, pero una tercera empezaba a oscurecerse. Los eclipses lunares eran habituales y no le dio importancia. Volvió a dirigirse hacia ambas y se puso en cuclillas frente a Mab.

—Elsa es la persona más íntegra que he conocido. Es atenta, amable. Nunca la he visto hacer nada perjudicial para otros… —La miró de reojo. La chica había tomado asiento en un sillón y tenía una taza entre las manos. El afecto y el agradecimiento se reflejaron en los ojos turquesas de ella—, salvo para sí misma.

La reina resopló y murmuró algo que nadie escuchó.

El lobo los miraba con un interés renovado, como viendo más allá de lo que eran capaces de percibir.

—Lo sé, pero… —Mab se miró las manos— ella también empezó así. Era buena, ayudaba al pueblo, mas el poder heló su corazón y se convirtió en la malvada reina que…

—¡Elsa no es así! —exclamó Jack—. La conozco desde que era una niña y sé —se volvió hacia Elsa unos instantes antes de clavar sus ojos en el hada— que puede ser irritante, impulsiva y testaruda.

Elsa se incorporó para intervenir en su defensa, mas el eclipse fue completo en el preciso instante en que la Reina de las Nieves se desvaneció.

—Pero también es la persona más brillante que he… —El chico giró la cabeza hacia el lugar en el que debería estar su amiga.

Parpadeó varias veces.

Elsa había desaparecido.

Capítulo 53

«Otra vez no».

Elsa ya sabía lo que había pasado en cuanto la sala del palacio, junto con Mab, Jack y Dermin, se desvaneció ante sus ojos. Aunque sabía que era ella quien en realidad se había desvanecido ante los ojos de ellos.

Como las otras dos veces.

Estaba en un lugar oscuro y frío, y tuvo que invocar lágrimas gélidas que flotaron a su alrededor, iluminando el lugar. Estaba en los aposentos de un rey y una reina. Hubiera pensado que él dormía plácidamente si no hubiera visto la sangre manando de su pecho, aunque ya con poca fuerza. Su esposa, en cambio, yacía en el suelo, con una expresión de horror, pero sin ninguna herida visible.

Elsa se acercó a ella y se agachó.

Estaba muerta.

Fría, pero no con la frialdad propia de los muertos. Era diferente, y la reina supo que era ese frío que percibió en Oz.

«Kai».

Se puso en pie y supo exactamente a dónde dirigirse, guiada por un tenue tirón que salía de su pecho.

El hilo invisible la condujo hasta una sala del trono, envuelta en una tétrica negrura que le provocó un escalofrío. Motas de lo que a simple vista parecían cenizas flotaban por doquier, mas Elsa extendió un dedo y, con dolor, comprobó que eran como copos de nieve, pero, en realidad, no tenían nada que ver con ellos. Eran de un frío lacerante, no como el hielo o la nieve.

Y, aunque ella ya no sentía frío, allí lo sintió. Uno diferente al que estaba acostumbrada cuando patinaba en la Laguna Helada.

Este se le metía dentro del cuerpo, se colaba en su interior e

inundaba sus sentidos de la más fría oscuridad.

Elsa se llevó la mano al corazón y tragó saliva.

—Bienvenida al Reino de Nadie.

Una voz gélida a su espalda. La joven giró sobre sus talones y vio a Kai. O a alguien que se parecía a él. Tenía un pelo tan oscuro que se confundía con la oscuridad. Unos ojos que le parecieron azules, mas nos desprendían ningún brillo, como si no estuvieran vivos. Una piel demasiado pálida y unos labios morados.

Él se acercó más a su antigua amiga, que se alejó varios pasos, conteniendo el temor que sentía, pero queriendo evitar cualquier contacto.

—¿El… Reino de Nadie?

Eran las tierras que quedaban entre el Reino de Madera y Corona de Hielo.

—Ya has conocido a sus reyes: Nadie y Alguien.

Elsa tragó saliva una segunda vez.

—¿Tú los has matado?

Tenía la esperanza, una pequeña llama verde entre tanta oscuridad, de que Kai le diera una respuesta negativa que ella pudiera creer.

—Él tenía algo que me pertenecía. Ella… —alzó las manos— se interpuso en mi camino.

—Kai…

El chico chasqueó la lengua con disgusto y le dio la espalda, para dirigirse a un trono que Elsa no había visto en un principio, pues el que había cuando ella llegó era de oro, y pequeño.

La estancia estaba no solo iluminada por sus lágrimas de hielo, sino por la tenue luz de dos de las lunas, y aquellas motas de oscuridad, aunque no llegaba a entender cómo. Mas se veía casi con claridad.

El trono era una mole gigantesca hecha de sombras y hielo de un azul casi negro.

Kai tomó asiento.

La joven se atrevió a acercarse.

—¿Por qué haces esto?

—¿Por qué tú no?

Elsa no comprendió la pregunta y él lo supo, porque continuó:

—Ambos fuimos bendecidos con el poder de la Reina de las Nieves. Perdón —se excusó mirando con expresión burlesca la corona

de ella—, de la antigua Reina de las Nieves. Mas tan solo es una pequeña parte de lo que ella poseía. Todos esos fragmentos que tú dispersaste por el mundo deben unirse de nuevo. ¿No lo sientes? ¿Por qué crees que estás aquí si no?

La joven volvió a llevarse la mano al corazón. Sí, algo había sentido, aunque no sabía qué significaba. ¿Era la llamada de algún fragmento de espejo cercano? ¿Por eso estaba allí?

La primera vez fue en Oz. El hombre de hojalata.

La segunda vez fue en el Reino de la Rosa Escarlata. El propio Jack.

Y, ahora, el rey Nadie. Y Kai.

—No es necesario matar por esto, Kai. No necesitas tanto poder.

Él sonrió.

—La llamada actúa diferente en cada uno de nosotros. A mí me provoca dolor, una necesidad ardiente, una sed solo saciada con cada nueva pieza de espejo que consigo.

—Pero…

Kai hizo un gesto con la mano y una corona, de diamantes de un azul casi negro e hilos de oscuridad, apareció sobre ella. El joven se la colocó con parsimonia sobre la cabeza, deleitándose con el terror y la comprensión que se estaban reflejando en el rostro de su antigua amiga.

—Saluda al nuevo rey del Reino de Nadie. Y dile a Jack que disfrute mientras pueda. En cuanto termine de recorrer los reinos, iré a por vuestros fragmentos de espejo.

Elsa no solo no vio al Kai que una vez conoció, que le hizo reír y soñar hasta pocos meses atrás; sino que vio a un Kai dispuesto a cualquier atrocidad con tal de hacerse con todo el poder de la Reina de las Nieves, incluso acabar con Jack, un compañero que conocía desde que eran pequeños, y la que una vez fue su mejor amiga.

Capítulo 54

Jack miró a su alrededor, buscando a Elsa por todas partes.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Elsa?

El lobo avanzó hasta situarse junto al chico y le rozó la mano con el hocico. Jack apartó la mano, asustado, y después se fijó en que el animal estaba intentando, de algún modo, calmarle.

Mab se removió inquieta en su sitio y suspiró. Jack ya se dirigía a la puerta, seguido del enorme lobo cuando el hada carraspeó.

—Espera, Jack. Elsa regresará.

—Pero ¿dónde ha ido? Esto… no tiene sentido.

—Sí que lo tiene, solo que todavía no lo comprendes.

Mab se puso en pie y se acercó a la ventana, invitando al menor de los Frost a imitarla. Este aceptó de mala gana. La mujer señaló al cielo, donde dos lunas brillaban, mientras que la tercera se encontraba oculta por el eclipse.

—¿Me vas a decir que ha salido volando? Lo habría visto. Ya desapareció una vez que la encontré y pensé que era uno de sus poderes.

—Bueno, lo es y a la vez no.

—No lo entiendo. —El chico parpadeó varias veces.

Mab le tomó del brazo y le hizo sentar en el sofá en el que había estado hacía un rato. El lobo se sentó sobre sus cuartos traseros, junto a él, y apoyó la cabeza en los muslos del muchacho, que le acarició la cabeza de forma distraída. Mab se situó frente a él en el sillón y, tras beber un sorbo de su té, ya frío, empezó a hablar:

—La antigua Reina de las Nieves, al igual que Elsa, estaba encerrada en el reino —dijo ignorando la mueca del chico en ese punto—. La cuestión es que cuando había eclipse lunar era capaz de atravesar mis barreras y comunicarse con otros lugares. Seguro que lo

recuerdas, pues en la Laguna Helada de tu hogar solía aparecer ella.

—¿Me estás diciendo que Elsa está ahora mismo en la Laguna Helada?

—No. Pero sí puede viajar cuando hay eclipse lunar, solo que no lo controla.

Jack abrió la boca y la cerró varias veces, intentando comprender las palabras de Mab, mas aquello no tenía sentido.

—Es confuso, pero al igual que tú sientes atracción por los otros fragmentos de espejo, ellos también. No quiero decir que seas como Kai, sin embargo, los tres podéis sentir el tirón que producen los otros cristales. Tú lo controlas, pero Elsa no y cuando se produce el eclipse va directa hacia ellos.

El chico se incorporó, pálido, y tomó aire. Eso suponía que en ese momento podría estar con Kai. Algo dentro de él creció en su pecho con una fuerza devastadora y se dirigió hacia la ventana.

—Tengo que ir a buscarla, puede estar en peligro, puede…

—Cuando el eclipse finalice, ella volverá.

Mab seguía calmada en el sillón y Jack estuvo a punto de ir hacia ella y lanzar la porcelana que sostenía contra una pared. Estaba relajada, como si nada pasara.

—Elsa podría estar muerta.

—No es una princesa en apuros, muchacho, es la Reina de las Nieves.

Sus ojos oscuros chispearon divertidos, alzó una ceja y soltó una risita que enfureció a Jack.

—Claro que no lo es. Pero he visto lo que hace Kai y ella cree que es su amigo.

—Los corazones de las personas son un mapa complicado, Jack Frost. Tienen entresijos, secretos tejidos con ahínco, pero la mayoría de ellos pueden desentrañarse con las palabras adecuadas.

—No lo entiendes, Kai es…

Mientras hablaban, la luz de la luna había empezado a regresar a su tonalidad habitual. Elsa apareció en el centro de la sala. Le fallaron las piernas y el lobo se adelantó para sostenerla. Jack reaccionó deprisa y sostuvo a la chica entre los brazos.

Ella le sonrió y se recompuso enseguida. Se apartó de ellos y entonces Jack reparó en el rasguño sangrante de su rostro y en los ojos vidriosos. Había dolor en ella, y el menor de los Frost sintió una quemazón en el pecho. Cuando una lágrima resbaló por la mejilla de

Elsa hasta perderse hecha hielo sobre su vestido supo que, de algún modo, sus sentimientos por ella habían cambiado, pues quería acabar con su dolor del modo que fuera. Aunque con ello tuviera que enfrentarse a Kai y sus dones oscuros.

—¿Dónde has estado? —Mab se acercó a la chica.

—En el Reino de Nadie. Solo que Nadie ha sido asesinado por Kai, y ahora él es el rey.

Capítulo 55

Habían insistido en que Elsa se fuera a descansar. Ya al día siguiente hablarían sobre Kai y buscarían la forma de detenerle.

La joven estaba tumbada sobre su cama de finas sábanas, con un ligero vestido que le llegaba hasta los pies. Era incapaz de conciliar el sueño. Ya había renunciado a cerrar los ojos y respirar hondo. Había dos cosas que le impedían dormir.

En primer lugar, su reciente encuentro con Kai. Se llevó la mano a la mejilla. La herida estaba cicatrizada y apenas se le notaba, gracias a la magia de Mab. Mas Elsa todavía podía sentir el dolor que había sentido, y no por la herida en sí, sino porque su propio amigo la hubiera atacado. En cuanto se hubo coronado a sí mismo, se levantó con la cabeza ladeada y una sonrisa siniestra. Los copos de oscuridad que flotaban en el ambiente se volvieron contra Elsa, que actuó rápido y se envolvió con un muro de hielo, no sin antes sufrir daños en sus ropas y en la mejilla.

Por otro lado, le carcomía no haberle podido decir a Jack que Dermin estaba allí, con ellos.

Se incorporó. El lobo solía dormir con ella en la cama, mas no aquella noche, que había preferido estar en compañía de su hermano, aunque este no comprendiera el porqué.

Debía decírselo, no podía esperar más.

La joven se levantó y avanzó descalza hacia la puerta. En la habitación contigua habían alojado a Jack.

Alzó la mano para llamar, pero no llegó a hacerlo. No quería despertarle y, a la vez, ansiaba hacerlo. Lo que tenía que contarle era demasiado importante y le quemaba las entrañas. Y también tenía miedo por cómo se lo tomaría él. ¿La culparía por habérselo callado tanto tiempo? ¿Por tener a Dermin allí con ella?

Suspiró y apoyó la frente en la puerta.

«¿Cómo se lo vas a…?».

La puerta se abrió y ella cayó hacia delante sin poder mantener el equilibrio. No llegó a tocar el suelo porque unos fuertes brazos la sujetaron.

—¿Elsa?

La joven enrojeció por lo ridículo de la situación.

—Yo…

—¡Qué bien me vienes! —La chica se apartó de él con delicadeza —. Me muero de hambre. ¿Hay algo de comer por aquí que no sea hielo o pastelitos fríos?

Elsa sonrió. Detrás de Jack vio al lobo y borró la sonrisa, tragando saliva.

—Jack, tengo algo importante que decirte.

—¿Y tiene que ser con el estómago vacío? —bromeó él soltando una carcajada.

Al ver que ella apretaba los labios con seriedad, dejó el humor a un lado y le puso las manos sobre los hombros, mirándola con intensidad.

—Dime lo que tengas que decirme, pequeña Elsa.

Ella le cogió la mano y le llevó consigo hasta sus aposentos, donde había un espejo de cuerpo entero. El lobo los siguió a una distancia prudencial, y mientras que ellos se colocaron delante del marco plateado, él se mantuvo a un lado, donde su reflejo no le alcanzara.

—Si me has traído para que admire mi propio porte… —se le escapó a Jack.

Elsa se alejó unos pasos, colocándose tras él, dejándole solo ante su propia imagen.

—Es sobre Dermin.

El chico la miró a través del espejo y, aunque muchas preguntas pugnaron por salir de sus labios, las retuvo, esperando, con miedo, lo que ella tenía que decirle.

—Él… —continuó la reina. Suspiró varias veces—. Él está aquí.

—¿Qué? —Jack se giró para mirarla directamente a ella—. ¿Está vivo?

Sin embargo, Elsa desvió la mirada, y una desagradable confusión invadió el cuerpo de Jack.

—En realidad…

—Elsa. —Dio un paso hacia ella, suplicante—. Por favor, dime lo

que sea. Necesito saberlo.

La joven hizo un gesto hacia el espejo.

—Date la vuelta.

Pero él no lo hizo. Necesitaba una respuesta. ¿Qué pasaba con Dermin? ¿Por qué tanto secretismo?

—Hazme caso, Jack. Por favor. Es mejor que lo veas con tus propios ojos.

Al final, el joven se rindió y obedeció.

El lobo se acercó. Jack escuchaba sus suaves pasos sobre el gélido suelo, y esperó paciente, mientras se contemplaba a sí mismo sin saber qué esperar.

Jamás hubiera imaginado que vería lo que el espejo le mostró. En cuanto el lobo apareció en el campo de visión del marco de plata, a quien vio en realidad era a su hermano.

Dermin.

Capítulo 56

Mudo de asombro intentó buscar las palabras, contener las lágrimas que acudieron a sus ojos. Se giró para mirar interrogativamente a Elsa, buscando una respuesta. Después hacia el lobo que aulló de forma lastimera.

—Dermin… —Jack se agachó junto al animal y unió su frente a la de él.

—Tendría que habértelo dicho antes, yo…

Jack no la escuchaba, solo podía sentir la calidez del pelaje del lobo sobre su piel fría. Y sin poder evitarlo sus ojos derramaron lágrimas, que se convirtieron en minúsculos copos de nieve antes de caer sobre su ropa.

—… pero las cosas se complicaron y… yo… No sabía, no podía…

—Elsa. Para.

Ella enmudeció, esperando un reproche, palabras hirientes. No estaba preparada para ello, ahora que Jack ya no era su rival. Sin embargo, cuando sus ojos se encontraron vio en los de él agradecimiento.

—¿No estás enfadado?

—Esto no es culpa tuya, pequeña Elsa.

—Lo sé, pero… lo he sabido todo este tiempo y…

Jack la sostuvo por los hombros y le limpió una lágrima helada de la mejilla. Quería preguntarle muchas cosas. ¿Era una maldición? ¿Y si era así tenía solución? ¿Podría recuperar a su hermano? Algo en el modo en que Elsa se lo había dicho o la mirada triste del lobo le decían que no, mas se sentía esperanzado.

Estaba a punto de formular la primera pregunta cuando un ciudadano llegó sin aliento. Al percatarse de la situación carraspeó y Jack fue consciente de su cercanía con la chica. Se apartó mientras el

rubor acudía a sus mejillas.

—Lamento la interrupción, majestad, pero… ha sucedido algo que creemos que deberíais ver.

Era uno de los representantes del pueblo y las alarmas se activaron en ambos jóvenes, cuyos pensamientos fueron directos a Kai y su ansia de poder.

Elsa acortó la distancia que la separaba del hombre y le siguió. Jack y el lobo fueron tras ella en silencio.

—¿De qué se trata, Biel?

El hombre no respondió de inmediato, salieron de palacio y cruzaron la plaza. Caminaron en silencio junto al río Bifurcado y a los habitantes de la ciudad moviéndose por él con patines. Se metieron entre calles hasta llegar a una plaza más pequeña donde había personas congregadas.

Un anciano representante del pueblo se dedicaba a apartar a los curiosos, pero era inútil. Un coro de personas rodeaba a dos figuras. Una era una mujer que lloraba desconsolada arrodillada junto a un cuerpo.

Jack sintió que se le helaba la sangre al ver unos piececitos desnudos y unas piernas enfundadas en unos pantalones oscuros, salpicados de nieve.

Cuando lograron abrirse paso, reconoció la hendidura en el pecho de la niña. Su padre abrazaba su cuerpo con desesperación y el chico le compadeció. Sintió sus propios ojos llenarse de lágrimas y miró a Elsa.

Ella le devolvió el gesto con el horror reflejado en el rostro.

—Solo había salido a jugar… —susurró el hombre sin dejar de abrazar a la pequeña.

—¿Qué hacemos, majestad?

Jack se inclinó junto al padre y examinó a la pequeña en silencio. Dermin, a su lado, apoyó la cabeza en las piernas del hombre, prestándole su apoyo. La niña apenas tendría cuatro años, su cabello oscuro caía en una trenza sobre su hombro. El rostro estaba salpicado de pecas y tenía los ojos cerrados.

Elsa ordenó que los curiosos se fueran a casa y buscó alrededor con la mirada. El pequeño de los Frost se incorporó y se acercó a la nueva Reina de las Nieves. Se inclinó sobre ella con suavidad para que el resto no le oyera.

—¿Crees que sigue aquí? —preguntó Jack.

A Elsa no le dio tiempo de contestar. Jack sintió un frío de muerte besándole la piel y tomó a la reina de la mano mientras el mundo se envolvía en sombras.

El cielo se tiñó de la oscuridad más absoluta, apagando la luz del sol como si alguien hubiera soplado una vela.

Frío y oscuridad.

Un invierno negro.

La nieve, el hielo y la oscuridad.

Y esta es la peor de todas. Surge por la ausencia del calor, no por sobreponerse a él.

Hay un mundo oscuro en el que el silencio es el rey y el invierno negro no escarcha, ni congela, pero detiene corazones y arrebata alientos.

Como esquirlas de hielo, los cristales de espejo contienen magia y, en ocasiones, pueden albergar fragmentos de corazón.

Como el cruel corazón de la Reina de las Nieves.

Tercera parte
El invierno negro

Capítulo 57

Era extraño.

Inexplicable.

Elsa alzó la mirada al cielo. No importaba el tiempo que llevaran así, era imposible acostumbrarse a que, aunque el sol brillara, la noche era eterna. El astro diurno era tan solo un círculo amarillento en el cielo, luchando no solo por brillar, sino por expandir su calor a lo largo y ancho de los reinos. Mas era una batalla perdida.

Durante la noche, las lunas brillaban, alentadas por el invierno negro, acompañadas de sus fieles estrellas, que parecían resplandecer más que nunca.

Solo por esto diferenciaban el día de la noche.

Los primeros días, todo había sido caos. Mab había renovado el hechizo que mantenía a Elsa prisionera en Corona de Hielo. Ahora, Kai no podría entrar, pero tampoco Jack, ni por supuesto la reina, podría salir. Había sido una medida desesperada, mas hasta que supieran cómo detener a Kai, la única con la que podían contar.

Por su cuenta, Elsa y Jack habían expandido su poder por toda la ciudad. Hielo y nieve resplandecían con luz propia, blanca y azul. Si antes Corona de Hielo ya parecía mágica, ahora mucho más.

Lo habían hecho con intención de eliminar las sombras del invierno negro, de esa perenne noche a la que Kai los había condenado a todos. Si él tenía facilidad para moverse con la oscuridad, no llegaría a esa ciudad sin ser visto.

Y, entretanto, la reina y su amigo se habían dividido por la ciudad, para ayudar en lo que hiciera falta, y calmar a quien lo necesitara. Mientras ellos estuvieran allí, nada les pasaría.

Elsa patinaba recorriendo la ciudad en la zona que le había tocado tras echarlo a suertes con Jack, un método que él había calificado de

«infalible». La joven se deslizaba sobre sus cuchillas de hielo pensando en él. Apenas habían tenido tiempo de estar solos con todo lo que había pasado y las responsabilidades que se habían impuesto para proteger y que no cundiera el pánico. Por las noches caían rendidos.

Al llegar a una de sus plazas favoritas, se fijó en el grupo de niños con el que solía patinar desde que llegara. Ahora estaban dispersos, sentados en diferentes lugares, con la mirada clavada en un mismo sitio.

La joven llegó hasta la orilla del pequeño lago que se formaba allí y en cuanto puso un pie fuera del agua helada, la cuchilla se deshizo. Ya apenas utilizaba sus patines. Era mucho más cómodo salir sin tener que ir cargada, y poder crear y deshacer unas cuchillas de hielo bajo las botas cuando quisiera.

Se acercó a Kev, uno de los niños que primero la habían acogido, de cabello rubio pajizo, que estaba sentado en el suelo junto a Ana, una niña menor que él de pelo castaño y dos trenzas que le enmarcaban el rostro. Los dos estaban en silencio, pasándose una bola de nieve sin el menor entusiasmo. Al ver a Elsa, los demás pequeños se acercaron. Elsa pudo sentir el peso de la ausencia de su amiga, la que había muerto a manos de Kai. La niña no había vuelto en forma de loba invernal, como otros sí hacían, mas no hizo falta una explicación del porqué. Su madre había muerto fuera del reino, fuera del influjo de la magia que allí flotaba por la antigua reina y que permitía elegir quedarse en forma de animal, por lo que no había tenido más opción que partir al mundo de los muertos. Y todos sospechaban que la niña había elegido marchar con ella.

—Mi abuela Elsa siempre me decía que las personas que parten, no lo hacen del todo. Se quedan en diferentes formas para protegernos y hacernos sonreír —rompió el silencio la reina—. A veces como estrellas. Otras como flores.

Los niños las miraron con un brillo esperanzador en sus ojos.

—¿Crees que Reena sigue con nosotros?

—Estoy segura. ¿Y sabéis dónde creo que está? —Miradas expectantes. Elsa señaló con la cabeza hacia un pequeño muñeco de nieve que hicieran los niños algunas semanas atrás, en compañía de Reena, quien en brazos de la reina había puesto la nariz de zanahoria a la cabeza—. Ahora, él será vuestra conexión con vuestra amiga.

Los pequeños no comprendieron sus palabras hasta que vieron con asombro cómo el muñeco de nieve se movía. Giró la cabeza a uno y

otro lado hasta clavar sus ojos de piedras en ellos. Soltó un chillido agudo de alegría y correteó al grupo.

—¿Jugamos?

Entre gritos de alegría, los niños se levantaron e iniciaron un pilla pilla con su nuevo amigo, que curiosamente les recordaba a la pequeña Reena.

Capítulo 58

Jack todavía no era capaz de asimilar las palabras de Mab. Ella le había explicado que Dermin no era objeto de ninguna maldición, sino que estaba muerto.

Como muchas de las otras víctimas de la Reina de las Nieves, él había decidido quedarse en forma de lobo.

Nunca podría volver a ser humano.

Solo podría ver a su hermano en el reflejo de un espejo y ni siquiera podía comunicarse con él.

Se encontraba sentado sobre el suelo reluciente de la sala del trono. El espejo que tenía frente a sí estaba escarchado por los bordes y la nieve caía suave sobre su cabello y sobre el pelaje mullido de Dermin, cuyo reflejo sonreía a su hermano con cariño.

—Papá y mamá escribieron una carta en tu nombre para decirme que te habías ido en busca de fortuna con el patinaje. —Jugueteó con un montoncito de nieve a su lado—. Siempre pensaba en ti, en qué estarías haciendo. Te imaginaba triunfando en cualquiera de los otros reinos.

El reflejo borró su sonrisa y suspiró. No podían hablar, pero Jack conocía bien a su hermano e interpretaba sus gestos. Deseó tener agua de la Laguna Parlante y poder tener una conversación fluida con Dermin.

—Siempre confié en que volverías a por Elsa y a por mí. Seguimos tus pasos, seguimos patinando, entrenando… Compitiendo por ver cuál de los dos era mejor.

Dermin sonrió otra vez. Jack le devolvió el gesto, aunque sintió un aguijonazo en el pecho y una lágrima resbaló sobre su piel. La secó mientras se convertía en un copo de nieve.

—De algún modo yo sabía que tú no nos habrías dejado así, sin

más explicación que una nota. Papá y mamá lo pasaron muy mal, y aunque me enfadé porque me mintieran de ese modo, los entiendo. Es muy duro lo que… —Buscaba las palabras adecuadas.

Dermin avanzó unos pasos, sus uñas repiquetearon en el suelo. La cabeza del animal se apoyó en el hombro del chico y el pequeño de los Frost inclinó un poco la suya para apoyarla sobre el morro del lobo.

El reflejo le mostraba a su hermano tras él, rodeándole la espalda con los brazos. No podía sentir ese abrazo, pero sí la intención del mismo. Se apartó un poco de la criatura y lo estrechó entre sus brazos. Hundió el rostro en el pelaje del pecho y dejó que las lágrimas fluyeran.

Cuando se apartó le miró con cierta culpabilidad. Dermin le observaba con gesto triste y lanzó un aullido.

—No es justo que te haga sentir triste, ahora que volvemos a estar juntos. Tenemos que ver esto como… una oportunidad, ¿no crees?

Dermin ladeó la cabeza como meditando las palabras de su hermano pequeño.

—Tú siempre veías el lado bueno de las cosas, hasta donde parecía no haberlas. Pero aquí la hay. Estamos juntos. Tú y yo. Como cuando éramos pequeños.

Jack imaginó la sonrisa de su hermano en el gesto afable del lobo y soltó una risita antes de ponerse en pie de un salto.

—Tuve que hacerme cargo de la empresa antes de tiempo. No tenía ni idea de todos los papeleos que había que hacer. Yo pensaba que era solo arena y cristales, ya sabes. Recolección… blablablá…

Un bufido similar a una risa. Jack le golpeó suavemente con el puño en lo que sería el hombro y el lobo brincó fuera de su alcance.

—Pero gracias a todos esos papeleos descubrí la mentira de papá y mamá. Vi unos documentos de tu puño y letra y no tenían nada que ver con la letra de la carta. La habían intentado imitar bien, lo reconozco, pero esos puntos en las íes los delataron —Jack detuvo su magia y la pequeña nevada cesó—. Al final hubo una competición de los reinos, en busca de talentos. Patiné todo lo bien que tú me enseñaste y aunque la cosa acabó con Kai impactando encima de mí y con esto —se señaló el cabello blanco y los ojos azules—, estoy orgulloso de haber aprendido del mejor.

Dermin le lamió la mano y Jack se agachó para besarle en la cabeza.

—¡Jack! Te estábamos buscando. —Mab entró con un mapa y un

morral con utensilios.

Elsa la seguía en silencio. Sonrió al chico.

Mientras tanto, el hada había desplegado frascos, el mapa y piedras preciosas en una mesa redonda rodeada de sillas aterciopeladas.

—Cuando dejéis de admiraros podéis tomar asiento y escucharme —se burló Mab.

Elsa enrojeció por completo y Jack carraspeó antes de dirigirse a la mesa. Dermin miró a ambos y soltó un bufido que el menor de los Frost había aprendido a interpretar como una risa.

—Y tú no te rías, que nadie estaba admirando a nadie —espetó Jack mirando al lobo.

Este sacudió la cabeza y le señaló la mesa.

—¿Qué es eso tan importante, Mab? —preguntó Elsa, junto al hada.

—He localizado los fragmentos que faltan para que Kai complete su colección. Hay que ponerlos a salvo.

Capítulo 59

Elsa miró con detenimiento el mapa que tenían frente a sí. Los reinos mágicos del oeste y los reinos mágicos del este. Varios tenían puntos marcados con un brillo mágico. Mab los había marcado buscándolos con su polvo de hadas y estos habían quedado impregnados en cada uno de los lugares donde había un fragmento a por el que Kai iría.

—Pero ¿cómo vamos a ponerlos a salvo de Kai? —preguntó Jack frunciendo el ceño.

—No conozco el modo de extraerlos sin dañar al huésped, pero tiene que haber algún modo. —Mab apoyó la cabeza entre las manos revolviéndose el cabello.

—¿Y si los reunimos y los traemos a Corona de Hielo? Aquí estamos protegidos de Kai y… —empezó Jack.

—Si hacemos eso sería como poner un cartel gigantesco para Kai invitándole a venir a un banquete.

—Además de que está en el reino vecino, los detectaría enseguida —añadió Elsa, corroborando las palabras de Mab.

La reina sacudió la cabeza y sus ojos fueron del Reino de los Gigantes, al de la Música y a otros más que estaban salpicados de polvo de estrellas. Se sintió esperanzada, pero también notó un mordisco de ansiedad en el estómago.

Kai todavía tenía fragmentos por conseguir, aún estaban a tiempo. Mas después de lo que había visto en el Reino de Nadie, cómo la había atacado y amenazado, no podía entender que ese fuera su mejor amigo. Habían compartido risas, juegos y charlas hasta las tantas de una ventana a otra.

Recordaba lo amable que era con su abuela, con sus padres. Kai era bueno, nada de aquello tenía sentido. Pero era real. Su mejor amigo ahora estaba cegado por el ansia de poder y nada le detendría.

Era poderoso y se iba haciendo más y más fuerte a medida que recopilaba los fragmentos.

«Se vuelve más poderoso…».

Tuvo una idea. No sabía si era demasiado descabellada para pronunciarla en voz alta, pero alzó el rostro. Jack la miró expectante y Elsa estuvo a punto de sonrojarse. El menor de los Frost parecía haber detectado el hilo de sus pensamientos y la miraba como invitándola a hablar. ¿O eran imaginaciones suyas?

Fuera como fuera dirigió los ojos hacia Mab que seguía revolviéndose el cabello mientras repasaba sus propias anotaciones.

—Cada vez que se hace con un fragmento aumenta su poder, ¿verdad?

—Sí y cuando los reúna todos… —contestó el hada sin levantar la mirada.

—Pero hay un lugar en el que su poder no funciona. Ni el suyo, ni el nuestro, ni el de nadie.

Mab la estudió con atención y se golpeó la frente.

—¡El mundo de los espejos!

—¿El mundo de los espejos? —se extrañó Jack, que paseó la mirada de una a otra.

—Allí fue donde encontré a la Reina de las Nieves y allí…

—Es un lugar en el que los poderes, sean cuales sean, no existen. Allí somos todos iguales. La cuestión es que yo… No sé… El mundo de los espejos es peligroso, encontrar la salida…

—Sé quién puede ayudarnos. Sabe más de espejos que nosotros y tal vez sepa un modo de liberar los fragmentos o ayudarnos con el mundo de los espejos.

Todas las miradas se posaron en ella, incluida la de Dermin, y Elsa tomó aire antes de decir:

—Tenemos que ir al Reino de la Música para hablar con Día.

Capítulo 60

Mab había accedido a visitar a la otra hada, pero tenía que preparase para el viaje y les había dicho que partirían en cuanto estuviera lista.

Mientras tanto, Jack se había quedado apoyado en un balcón de barandillas heladas contemplando la ciudad. La primera vez que había llegado a Corona de Hielo le había resultado un lugar mágico, reluciente, helado y sobrecogedor.

Pero en ese momento, con sus poderes combinados con los de Elsa, emitía luces brillantes y el corazón de Jack palpitó con más fuerza. Y no solo tenía que ver con la magia que irradiaba el reino.

Unos pasos suaves interrumpieron sus pensamientos y Elsa se acomodó a su lado.

—Hemos hecho un gran trabajo —dijo ella.

—Sí, la verdad es que trabajamos bien juntos.

—He pensado que mientras Mab se prepara puedo enseñarte la ciudad.

Jack asintió de buena gana y se iba a encaminar hacia el interior cuando sintió la mano helada de Elsa en la suya. Sonrió y vio desafío en los ojos de su amiga. Aunque ahora se asemejaba más a la que había sido su eterna rival.

—¿En qué has pensado?

—¿Acaso necesitamos atravesar todo el palacio?

Sorprendido, el menor de los Frost vio a Elsa invocar al hielo que creó una bajada directa hacia la plaza del pueblo.

Se señaló los pies, unas botas blancas con cuchillas de hielo. Jack soltó una risa cuando ella le señaló y vio que bajo su propio calzado, nacían un par de cuchillas como las de ella.

—¿Estás segura de esto, pequeña Elsa? —preguntó Jack alzando una ceja.

—La pregunta, Frost, es si tú estás preparado para ser derrotado —sonrió con suficiencia— otra vez.

Jack se inclinó, provocándola, y ella se deslizó por la rampa como un cisne. El muchacho saltó sobre el hielo y la alcanzó. Juntos descendieron hacia la plaza. El viento frío golpeó sus rostros y Elsa fue la primera en empezar a reír, seguida de Jack.

Para cuando llegaron abajo habían acaparado todas las miradas de los que se atrevían a salir. La vida continuaba, en eso había insistido la Reina de las Nieves. Jack sabía que allí también habían llegado los rumores de que él era la causa, pero por fortuna ninguno les daba crédito y aquella gente, con ellos, se sentía segura.

La rampa desapareció como si nunca hubiera existido y Elsa se apoyó un poco en el cuerpo de Jack.

—Imagino que ya habrás visto cómo se mueve la gente por aquí. —Señaló con la cabeza el río Bifurcado.

—Es con lo que hemos soñado siempre, ¿verdad?

—¿Te atreves?

Sin dejarle responder, la Reina de las Nieves avanzó frente a él y tomó velocidad perdiéndose entre las calles. Jack la siguió. Cuando puso el patín sobre el hielo sintió la magia otra vez y se sintió entusiasmado.

Por un momento desaparecieron los problemas y solo existían el hielo y sus cuchillas rasgándolo. La risa de Elsa en la distancia o el sonido de la suya propia. La trenza celeste de la Reina de las Nieves. Su cabello escarchado.

Se encontraron en una plaza helada y empezaron a hacer piruetas, compitiendo por ver quién era mejor.

No fueron conscientes de que a su alrededor algunos se detenían admirando su danza. Jack dio un triple salto. Elsa le siguió sin dudar. Cayeron sobre el hielo y el chico avanzó hasta ella, y juntos empezaron un nuevo baile.

Patinaron en paralelo, moviéndose al unísono. En un momento dado, sus cuerpos chocaron y Jack la tomó de la cintura. Se agacharon y siguieron girando entrelazados.

La mano de Elsa le rodeó el cuello, asiéndose con firmeza a él.

El menor de los Frost sintió que se le secaba la boca y sus ojos, sin poder evitarlo, fueron de la mirada turquesa de Elsa a sus labios.

Ella se echó hacia atrás mostrándole el cuello y siguieron girando a toda velocidad, desdibujando el mundo en derredor.

Para cuando se detuvieron la plaza estalló en aplausos. Jack, que aún tomaba de la cintura a la reina, tragó saliva, azorado. Ella, todavía rodeándole el cuello, pareció ser consciente de pronto de la cercanía entre ambos.

Y, aunque los dos tenían poderes helados, sintieron un calor inusual en el pecho. El mismo cosquilleo en el vientre. La misma risa nerviosa en los labios.

Convertir el patinaje en el hielo en espectáculo siempre había sido su sueño. Pero aquella magia que sentían aleteando en el corazón poco tenía que ver con ello.

Capítulo 61

Gracias a que Mab seguía con sus preparativos, habían podido descansar durante la noche, mas los había llamado pronto por la mañana.

Elsa se había puesto unos pantalones ligeros color crema con una camisa azul turquesa a juego con sus ojos. Unas botas blancas terminaban su atuendo.

Mab los esperaba en el comedor con gesto impaciente, con una pierna cruzada sobre la otra tamborileando con los dedos sobre la mesa. Llevaba ropa de abrigo, un morral y el pelo le brillaba del polvo de hadas.

Elsa se sorprendió de que Jack ya estuviera allí terminando de desayunar. No le dio tiempo a intercambiar más que un saludo con él antes de que Mab empezara a hablar.

—Vamos a viajar por un Arco Mágico. Es lo mejor dado que tenemos prisa y no podemos ausentarnos demasiado de Corona de Hielo.

Elsa asintió. También había pensado en ello. Esa gente dependía de la protección que ellos le brindaban. Los arcos eran rápidos, un modo efectivo de ir y volver con la suficiente rapidez.

—¿Qué es un Arco Mágico? —inquirió Jack alzando una ceja.

—Es…

—Lo verás enseguida si no os entretenéis con el desayuno —interrumpió Mab cruzándose de brazos.

La reina se dio prisa y comió una manzana azul acompañada de un zumo cítrico. Después siguieron al hada hacia una sala contigua. Mab cerró las puertas con magia y también las ventanas.

—Esto será rápido.

El hada cerró los ojos y concentró su magia. Elsa miró de soslayo

a Jack, junto a ella. Este le lanzó una sonrisita y volvió la vista hacia delante, donde empezaba a materializarse un arco brillante.

Al otro lado se veía un jardín de altos arbustos.

—¿Seguro que podremos salir? —inquirió Elsa, acostumbrada a estar encerrada allí.

El hada les había explicado que a través de un portal era posible salir y entrar del reino. Puso los ojos en blanco y avanzó, siendo la primera en entrar. Jack la siguió y Elsa, viendo que el chico no se había topado con una barrera, fue tras ellos.

Cuando llegaron al otro lado se encontraron en unos jardines amplios con setos grandes y caminos limpios de nieve, que cubría el resto del paisaje mientras caía con lentitud. Al fondo se veía un castillo y…

Mab soltó una maldición.

—¿Qué pasa? —preguntó Elsa.

Antes siquiera de que el hada pudiera contestar, apareció ante sus ojos, paseando, una mujer con un moño alto, la piel maquillada para ser aún más pálida. Tenía la cintura estrecha y llevaba un complicado vestido con diseños de corazones.

Sobre la cabeza lucía una corona cuyas puntas alternaban el rojo y el negro y acababan en forma de corazones invertidos.

Al verlos, abrió mucho los ojos, parpadeó varias veces y señaló a Jack.

—¡Es el chico de la escarcha!

Su voz fue más fuerte y chillona de lo esperado y enseguida aparecieron varios guardias a su alrededor. Guardias extraños, pues no parecían humanos del todo… sino que eran naipes. De corazones, de picas… de todos los palos.

—¡Atrapadlos! ¡Que les corten la cabeza! —ordenó la Reina de Corazones.

Elsa hizo ademán de ir hacia el arco, pero este había desaparecido. Miró a Mab con la duda reflejada en el rostro, pero el hada les indicó que echaran a correr.

La Reina de Corazones, tras dar la orden, les había dado la espalda y se había perdido con un pequeño séquito de guardias hacia su castillo.

Elsa congeló el suelo por donde pasaban para desestabilizar a los guardias. Funcionó y la mayoría se dieron de bruces en el hielo antes de poder seguir al trío. No eran rápidos y tampoco muy avispados, y

no fue muy difícil darles esquinazo.

Atravesaron los jardines hasta que llegaron ante un laberinto de setos. Los tres se detuvieron ante la entrada y se miraron.

—Imagino que no es un mal lugar para esconderse, al fin y al cabo —dijo Mab entrando la primera.

Recorrieron los pasadizos nevados. Jack aumentó la intensidad de la nevada, disuadiendo al resto de guardias de seguirlos. A Mab le castañeaban los dientes y se subió la bufanda mientras la ventisca y la nieve los rodeaban.

—Cre-creo que es su-suficiente despliegue de fr-frío, chicos —tartamudeó el hada, temblando.

Ellos se miraron y aflojaron su poder. Llegaron a una zona más amplia que intuyeron que era el centro del laberinto. Tenía forma de pica y en su centro hallaron una estatua de una corona de corazones.

—¿Qué ha pasado, Mab? —preguntó Jack que se había apoyado en la estatua.

—Esto no se parece en nada al bosque del Reino de la Música —comentó Elsa estudiando con interés el lugar en el que se encontraban.

—Digamos que portales no era de mis asignaturas favoritas —contestó la morena a regañadientes.

Elsa chasqueó la lengua y tocó con cuidado la superficie pulida de la estatua. Después se acercó a su amiga y le sonrió con amabilidad.

—No pasa nada, pero… ¿crees que podrás abrir uno a nuestro destino?

—Me temo que eso tendrá que esperar un poco. El tema de los Arcos Mágicos… No podemos hacerlos así como así. No solo necesitan magia, sino también parte de nuestra energía. Habrá que esperar a que me recupere. Si lo intentara ahora podría tener consecuencias sobre mí.

Elsa asintió despacio. Mab les dio la espalda y se puso a examinar el mapa que llevaba consigo sin prestarles más atención. Por el momento, en el centro de ese laberinto estaban a salvo.

Jack resopló y se sentó a los pies de la estatua. La Reina de las Nieves se sentó a su lado.

—Creen que soy la causa de esto —murmuró Jack mirando al cielo.

Las nubes y la ventisca se habían disipado y veían sobre ellos al astro diurno intentando abrirse paso a través de la magia oscura. Elsa se compadeció de su amigo y le tomó de la mano con delicadeza.

—Lo arreglaremos, Jack.

—Lo sé. Juntos podemos hacerlo —contestó él mirándola a los ojos.

Elsa se humedeció los labios. De pronto le parecía que aquellas palabras no solo hablaban del problema que tenían entre manos.

Entonces escucharon choques de metal, pasos y voces. Ambos se pusieron en pie. Mab guardó el mapa hecho una bola en su morral y los miró con gravedad.

De todos los puntos de acceso llegaron soldados —naipes—, ataviados con picas y espadas.

La reina se preparó para congelarlos a todos si hacía falta, adelantándose a sus compañeros. Jack se colocó junto a ella y con una mirada cómplice, crearon un escudo que los separaba de los soldados.

Una flecha con la punta en forma de pica atravesó el temporal y se clavó en el suelo, a apenas unos centímetros de ellos. La reina invocó el hielo y los rodeó mientras las flechas se clavaban en él.

Mab trazó su poder con el rostro perlado de sudor y sus polvos mágicos dieron paso a un portal. Cayó de rodillas, con la mano en el pecho, aquejada por un agudo dolor. Elsa se dio cuenta en un giro que realizó, invocando más de su magia. Cogió a Jack de la mano y le arrastró consigo. Levantó al hada del brazo y los condujo al otro lado sin preocuparse por el lugar al que irían a parar.

El Arco Mágico los engulló y cayeron al otro lado en un lío de brazos y piernas.

El suelo que los recibió era mullido y helado. Nieve. Un cielo despejado, el trino de los pájaros y, de pronto, una sombra menuda inclinada sobre ella.

—¿Elsa?

—No sabes cuánto me alegro de oír tu voz, Día.

Capítulo 62

La cabaña de Día era acogedora, pequeña de dos plantas, con todo tipo de objetos colgados por las paredes. Un fuego ardía en la chimenea, con Mab frente a él secándose las ropas, casi repuesta del todo gracias a una pócima que su compañera le había dado, aunque necesitaría reposar un tiempo.

Día había preparado té caliente y cuatro tazas humeantes reposaban en la mesa redonda del centro de la estancia. Jack rodeaba una con los dedos, pese a que no sentía ya el frío. Aspiró el aroma de la canela y la manzana de la infusión y bebió un sorbo. Dulce y especiada. Una delicia.

A su lado, Elsa bebía de la suya en silencio, mientras Día se llevaba las manos a las sienes, pensativa. Entre los tres le habían explicado la situación a la que se enfrentaban y sus dudas acerca de los fragmentos.

—A ver si lo he entendido… —El hada anfitriona fijó sus ojos en su compañera mágica—. Le diste un gran poder a una persona que era despiadada.

Mab enrojeció, dio un golpe a la chimenea.

—¡Cometí un error! Ella… —La voz se le quebró.

Elsa fue junto a su amiga y le puso la mano en el hombro.

—Lo vamos a solucionar.

—Es ella quien debe solucionarlo. Es su misión, y otra hada madrina no puede interferir. —Antes de que nadie pudiera replicar, Día continuó—: Tenéis suerte de que no me guste seguir ciertas normas.

La otra hada y la reina la miraron esperanzadas. Día se limitó a sonreír.

—Ahora entiendo por qué llevas lustros solicitando que

pospongan tu valoración, querida. Mas… ¿no deberías haber pedido ayuda al Concilio?

Mab se acercó a la mesa y se sentó. La otra chica la imitó.

—Tengo que arreglarlo sola, Día. Esto podría costarme mi futuro como hada madrina, yo… —Suspiró—. Sé que cometí un grave error. Sé que debería haber informado, pero necesito solucionarlo. No puedo echar a perder aquello que siempre he querido ser. Mi sueño…

Jack y Elsa supieron comprenderla. Era lo que ellos sentían con el patinaje sobre hielo. No era un simple pasatiempo, significaba mucho para ambos desde que se iniciaran en él. Y habían encontrado obstáculos, como la desaparición de Dermin o las trabas que les habían tratado de imponer sus padres.

Se hizo un incómodo silencio en el que Jack se terminó el interior de su taza y se sirvió más después de ofrecer a las presentes, que no habían tocado las suyas durante esos minutos.

—Es posible que pongamos a salvo los fragmentos en el mundo de los espejos, mas… —Día meditó unos instantes buscando las palabras para continuar— no será sencillo en algunos casos. Hay que tener predisposición para entrar allí.

—Puede que si les explicamos… —aventuró Jack.

—Creen que eres el que ha traído este mal, querido. Quizá algunos escuchen, pero otros no lo harán. Por no hablar de la cantidad de criaturas de los reinos. Dudo que todos los fragmentos estén en personas o animales que atiendan a razones.

—Entonces, ¿qué podemos hacer? —preguntó Mab incorporándose y acercándose a ellos.

—No digo que esta no sea la solución —Día alzó una mano conciliadora—, solo digo que hay que planearlo bien.

Mab dejó el mapa sobre la mesa donde relucían los polvos de hadas. Algunos habían desaparecido.

—Cuanto más tardamos, más poderoso se hace Kai y más fragmentos reúne —dijo Elsa observando lo mismo que Jack.

Día miró con gravedad cada uno de los reinos que se extendían ante sí y suspiró.

—Hay que buscar los fragmentos y, por todas las hadas, tendréis que encontrar el modo de que entren en el mundo de los espejos. Allí no existe la magia ni poder de ningún tipo. Estarán a salvo hasta que descubra cómo separarlos del huésped.

—No pienso viajar con Mab otra vez —se quejó Jack.

—¡Eh! Solo ha sido un fallo.

—De todos modos este viaje no se hará con portales —continuó la otra hada—. No son indetectables, y además tenemos limitaciones con ellos. Algunas más que otras. —Día soltó una risita y Mab la fulminó con la mirada.

Jack bebió otro sorbo de té y posó sus ojos sobre el crepitar del fuego. Le relajaba su movimiento hipnótico y le ayudaba a pensar con claridad.

—¿Qué hay de Corona de Hielo? —preguntó Elsa.

—Yo mantendré la magia y protegeré el reino —contestó Mab.

Se sentó en la mesa y tomó un sorbo de su taza. Día se dirigió hacia una estantería y regresó con una cajita de abalorios de la que sacó una bolsa de terciopelo púrpura.

—Os dejaré mi espejo mágico. —Extrajo uno de plata cuya superficie emitía ondas como si se tratara de agua—. Con él y la piedra que te di, Ealasaid, podréis llevar a toda criatura con un fragmento al mundo de los espejos.

Elsa alargó el brazo y tomó el objeto entre las manos. Jack, junto a ella, observó el tallado del marco. Después alargó el brazo y cogió el mapa para observarlo con detenimiento. No era la primera vez que debía trazarse una ruta que seguir, aunque esto era muy diferente.

—¿Qué poder tiene este espejo? —inquirió la reina, sin poder apartar la vista de la superficie ondeante.

Jack levantó la cabeza, interesado por la cuestión que había planteado su compañera.

—Oh, tan solo sirve para espiar a otros.

Mab soltó una exclamación. El chico una risilla.

—¿Y a quién espías tú?

Día regresó a su asiento poniendo los ojos en blanco.

—No espío a nadie. Jamás lo he utilizado. Llegó a mí y punto.

La Reina de las Nieves asintió, conforme con la explicación, y volvió a concentrarse en su taza de té. Jack la contemplaba ensimismado. Sacudió la cabeza y volvió la vista hacia las hadas. Mab tenía una expresión burlona, mientras que Día le miraba con ternura.

—Voy coger lo que necesitaré para mi estancia en Corona de Hielo. No tardaremos en irnos —informó la anfitriona.

Se incorporó y se puso a rebuscar por la casa. Mab se retiró al calor de la chimenea y Jack se acercó más a Elsa, con el mapa entre ambos.

—Creo que el Reino de las Lagunas es un buen punto de partida —dijo Jack.

Sintió el calor del cuerpo de ella a su lado y tragó saliva. Su cercanía nunca había sido un problema, pero en ese momento se debatía entre acercarse todavía más o apartarse y dejar de sentir ese cosquilleo en la piel.

Para salir de ese trance estiró la mano para señalar el reino, al tiempo que ella también lo hacía. Sus manos chocaron y ambos soltaron una risita.

—Bien, creo que lo tengo todo. Hora de irse.

Capítulo 63

Estaba nerviosa.

Por fin podría ver a sus padres. Tenían una prioridad, que era encontrar el fragmento de espejo —o más bien a la persona, animal o planta que lo tuviera— y enviarlo al mundo de los espejos, mas podría volver a su casa, aunque fueran apenas unos minutos.

Jack le había contado que él se había sincerado con sus padres. Después de que toda la ciudad hubiera sido testigo de que la Reina de las Nieves era real, había sido fácil hablar sin mentiras de por medio, mostrarles en quién se había convertido por los hados del destino —o más bien por la hazaña de Elsa, ahora que sabía la verdad— y partir hacia su nuevo cometido, como era llevar el invierno a todos los reinos.

Elsa también quería contarles la verdad a sus padres, pero tenía miedo. ¿Cómo se tomarían, después de conocer la crueldad de la Reina de las Nieves, que ella era la nueva reina? Que tenía parte de su poder y había sido elegida por la mismísima corona —y los habitantes de la ciudad—.

—¿Estás bien?

Elsa estaba fuera de la cabaña, disfrutando de la poca nieve que caía, del aroma a invierno, del piar de las aves invernales, mientras las hadas discutían los pormenores del viaje.

Se giró hacia Jack con una sonrisa melancólica.

—¿Y si me consideran un monstruo? —inquirió mirándose las manos, borrando la sonrisa del rostro.

El chico se acercó hasta ella y le cogió los brazos, recorriéndolos en una suave caricia hasta llegar a los dedos, que apretó con cariño.

—No eres un monstruo, pequeña Elsa.

—Soy la Reina de las Nieves.

—La *nueva* Reina de las Nieves. Y eso significa que Corona de Hielo no puede tener mejor soberana.

La joven volvió a sonreír con una lágrima rebelde que escapó de su ojo. Él no pudo contenerse y se la limpió, acariciándole la mejilla y con los ojos fijos en esos labios que tanto se le antojaban.

Elsa pudo sentir el deseo de él por besarla. El suyo propio, y alzó la cabeza, invitándole a hacerlo.

—¡Decidido!

La voz de Día rompió el momento y ambos se separaron carraspeando y fingiendo mantener una conversación banal.

—Soy perfectamente capaz de hacer un Arco Mágico al Reino de las Lagunas.

Mab salió con los brazos cruzados.

—Nadie lo pone en duda, querida. Pero queremos que lleguen a la primera, ¿verdad? Y te recuerdo que no te has repuesto. Ya fuiste incauta al crear un segundo Arco Mágico poco después del primero. Un tercero en tan poco tiempo podría ser fatal.

—¿La mataría? —Elsa se llevó las manos a las mejillas.

—¡Oh, claro que no! Pero podría llegar a perder gran parte de su magia.

Mab refunfuñó por lo bajo.

—¿Preparados? —preguntó Día a los chicos.

Ellos se cogieron de la mano y asintieron.

—Cuando quieras —respondió Jack.

El hada sacó su varita y conjuró el portal. Antes de cruzarlo, los jóvenes se acercaron a estudiarlo.

Sin duda, era su hogar.

Ante ellos, al otro lado, se extendía la Laguna Helada.

Elsa apretó la mano de Jack de forma inconsciente, al sentir un pinchazo cálido en su corazón. Los recuerdos venían a ella, de tantos días que pasó allí sola, o con Dermin, o con su rival. El que ahora hacía que su corazón se disparara. ¿O siempre había sido así y no había querido verlo?

Sacudió la cabeza con suavidad.

—El Reino de las Lagunas… —musitó.

Todavía le costaba creer que fuera a volver.

—Claro. ¿Qué os creíais? ¡Saqué la mejor nota de mi promoción en Arcos Mágicos!

—*Siquí li mijir niti di mi primiciín* —se burló Mab—. Por todo el

polvo de hadas, ¿queréis cruzar ya? Nosotras también tenemos cosas que hacer. Os recuerdo que Coron…

—¡Sí, sí, ya vamos!

Jack dio un paso hacia delante sin soltar la mano de Elsa y, sin darle tiempo a la chica de despedirse y dar las gracias a Día, la arrastró consigo al Arco Mágico.

Sintieron el tirón, la magia, frío y calor y sus pies se posaron en tierra firme. A orillas del hielo.

Se miraron, los dedos entrelazados, y pasearon los ojos por los alrededores. Mas ya no era como antes. Ese invierno negro apagaba hasta los colores más vivos. Era como si el reino estuviera muerto. La sensación de muerte flotaba en el ambiente, y ambos sintieron un tirón en sus corazones que iba más allá de sus sentimientos.

—Está aquí…

Jack supo que se refería a Kai. Sin perder un segundo, salieron corriendo, él empezó a flotar para ir más rápido y ella a crear hielo sobre el que patinar con las cuchillas que creó bajo sus botas blancas.

No les importó que los vieran los ciudadanos. En aquel momento solo importaba quien pudiera estar en peligro por poseer lo que Kai ansiaba.

Se deslizaron entre las calles hasta llegar allí donde el tirón se hacía más doloroso, confirmándoles no solo la presencia de un fragmento, sino la de su enemigo.

Se detuvieron en seco, con los ojos horrorizados mirando a su destino: la pastelería. La que regentaba la abuela de Kai.

—No, por favor…

Elsa se apresuró en entrar con el corazón en un puño y se quedó helada, si es que era posible, ante la escena que se encontró.

Kellina yacía sobre el suelo con la herida en el pecho que indicaba que antes hubo algo ahí. Sus ojos estaban vacíos, aunque seguían mirando con temor e incredulidad al autor de su muerte. El padre de Kai sostenía a la anciana, con las manos llenas de sangre por haber intentado taponar la herida y mantenerla con vida. La madre estaba desmayada a un lado, seguramente por haber sido incapaz de soportar aquel horror.

Y allí estaba Kai, de pie ante todos ellos, sin más expresión que la de haber conseguido más poder, aunque hubiera tenido que acabar con la vida de su propia abuela.

Capítulo 64

Jack tomó aire a duras penas mientras soltaba la mano de Elsa y sus pies lo guiaban hacia Kai que le miró con desprecio.

—¿Cómo has podido…? —siseó el menor de los Frost.

El nudo en su garganta se hizo más denso y sus ojos se inundaron de lágrimas. Una astilla de hielo voló por el aire y rozó el rostro del chico. Jack se volvió para ver a Elsa con las mejillas surcadas de lágrimas, pero una ira gélida vibraba en cada uno de sus gestos.

Jack no tuvo tiempo de detenerla, cuando la chica se abalanzó sobre su antiguo amigo, que se desvaneció entre las sombras antes de ser alcanzado por la Reina de las Nieves.

Esta lanzó un grito de frustración, congelando el suelo a sus pies, y Jack la abrazó por la espalda unos breves instantes, hasta que sintió que ella se relajaba. Se volvió hacia él y apoyó la frente en su pecho.

Sus lágrimas heladas cayeron sobre el suelo con varios tintineos y se recompuso lo suficiente como para apartarse de él. Ambos dirigieron la cabeza hacia el señor Tharg.

Este estaba con la mirada perdida y tenía ambas manos sobre la hendidura del pecho de la anciana, como si todavía pudiera hacer algo por ella. Jack se acercó a él, mientras que Elsa se inclinaba hacia la madre de su antiguo amigo, que estaba entreabriendo los ojos.

Lisda emitió un grito de horror al ver a Kellina y recordar lo sucedido, y se arrastró para refugiarse entre los brazos de su esposo.

Jack se inclinó sobre el cuerpo de la anciana y le cerró los ojos.

Entonces se abrió la puerta de golpe y el horror se reflejó en los ojos de los guardias que entraron.

—¡Apresadle!

—¡Ha sido él!

—¡NO! —gritaron los Tharg y Elsa al unísono.

Jack alzó la vista a tiempo para ver una flecha surcar el aire y, antes de que esta impactara sobre él, apareció una pared de hielo que los separó de los guardias.

—¿Qué significa esto? —preguntó el mayor de los guardias, acercándose al matrimonio.

El resto seguía apuntando a la pareja.

—Ha sido Kai… —dijo Lisda mientras los sollozos la sacudían.

—Apareció de la nada y atacó a Kellina como si… como si no fuera su abuela. Ellos llegaron después, cuando… —Liam Tharg tomó aire sin saber bien cómo acabar la frase—. No han tenido nada que ver. Querían ayudar, pero…

—Está bien. Bajad las armas.

Elsa y Jack suspiraron aliviados cuando los guardias dejaron de apuntarles. Se apartaron para que los guardias trabajaran y se alejaron de la pastelería y las miradas curiosas. Se sentaron en un banco de una calle alejada del bullicio y se miraron, aún conmocionados.

—No me puedo creer en qué se ha convertido Kai —murmuró Elsa.

—Solo podemos seguir buscando los fragmentos y llegar antes que él. Pero, antes, ya que estamos aquí, deberíamos ir a ver a nuestros padres. Aunque sea algo rápido.

Elsa le miró con ojos brillantes y él sonrió con pesar.

—Nos vemos en la Laguna Helada en unos minutos para seguir el camino.

La joven asintió y se despidieron.

Fue directo hacia su hogar. Encontró a su madre saliendo con un cesto cargado de frutas, que se le derramó al reconocer a su hijo.

—Por todos los reinos, ¡Jack!

Sin prestar más atención a los pomelos púrpura del suelo corrió hacia su hijo con los ojos anegados en lágrimas. Le tomó el rostro, ignorando su piel helada y le besó en la frente.

Entraron en la casa donde su padre estaba haciendo cuentas. Levantó la mirada bajo unas gafas de media luna. Bastian abrió unos ojos como platos al percatarse de que el menor de los Frost estaba en casa. Se levantó y lo abrazó.

—Imagino que no has venido para quedarte —dijo el hombre haciéndole sentar a su lado.

Coral pidió a una sirvienta que les trajera un refrigerio y se sentó con su familia con los ojos todavía empañados.

—¿Qué está pasando, Jack? —preguntó su madre, tomándole de las manos.

—El invierno negro —suspiró Jack— es cosa de Kai.

Sus padres intercambiaron miradas extrañadas, pero dejaron que su hijo continuase.

—No va a parar y Elsa y yo tenemos que detenerle.

—¿Elsa?

—Ahora es la Reina de las Nieves.

Coral y Bastian parpadearon sin entender, mudos de asombro.

—Cuando la antigua murió, algunos recibimos un fragmento de poder. Kai quiere hacerse con todos ellos para ser más poderoso. Tenemos que detenerle y acabar con esta oscuridad.

—Es muy peligroso —objetó Bastian.

—Lo sé, pero tenemos que hacerlo. Ha matado a Kellina.

Jack guardó silencio mientras una sirvienta dejaba una bandeja de plata con bollos, fruta cortada y unas tazas de té. Cuando se hubo retirado, Coral dejó escapar el aire entre sus labios y soltó un improperio.

—A su propia abuela… —susurró el señor Frost.

—Escuchad hay algo que… —empezó el chico.

Jack pensó en decirles lo de Dermin, pero se calló. No era el momento más adecuado, además, todavía no había podido hablar con él. Llenaría una de sus botellas con agua de la Laguna Parlante, así la próxima vez que viera a su hermano conversarían.

Se prometió que cuando todo pasara y hubieran derrotado a Kai, estaría preparado para hablarles a sus padres de él.

—¿Qué pasa, cariño?

El muchacho sacudió la cabeza al darse cuenta de que no había terminado la frase.

—Lo detendremos. Elsa y yo. Juntos podemos derrotarle. Estoy seguro.

Capítulo 65

No tenía mucho tiempo y, a pesar de ello, no se atrevía a entrar en la que había sido su casa.

En la ciudad se había formado un gran revuelo con su llegada y el asesinato de Kellina a manos de su propio nieto. Si no hubiera habido —por desgracia— testigos, las culpas seguirían recayendo sobre Jack.

¿Qué pensarían sus padres de todo ello?

Estaba a punto de averiguarlo.

Llamó a la puerta. Prefería hacerlo así, que entrar como si nada hubiera cambiado. No sabía si seguía siendo su casa. Si ellos la consideraban todavía su hija, tras haber desaparecido sin más explicaciones que una mísera nota. Tras la reaparición de Kai y la ausencia de ella.

«¡Basta!», se reprendió.

Fue su madre quien abrió la puerta. La boca se le desencajó por la sorpresa, pero luego la expresión dio paso a la emoción y las lágrimas.

—¡Elsa!

Se abalanzó sobre su hija y la estrechó con tanta fuerza que la joven creía que se le saldría el corazón por la boca.

—¿Estás bien? ¿Eres tú de verdad?

Le tocó la cara y repasó su cuerpo en busca de algo inusual. Sus ojos se detuvieron en su pelo y ese color de ojos.

—¿Te has teñido? ¿Qué te ha pasado en los ojos?

Le masajeó la cara en busca de más imperfecciones, sin dejar contestar a su hija.

—Estás… ¿Estás fría? ¡Estás enferma!

—Mamá, tranquila. Estoy bien. Vamos dentro y… hablamos.

La mujer se apartó para dejarle paso y la condujo por los hombros al salón, donde estaba su padre leyendo un libro, que resbaló de sus

manos al ver quién acompañaba a su mujer.

—No puede ser…

No le costó reconocerla, a pesar del cambio que había dado, algo que ignoró. Se levantó como un rayo pasando por encima del códice y abrazó a su pequeña. Anabelle se unió a ellos y los tres derramaron lágrimas hasta quedar secos.

—Esto es… —La mujer no tenía palabras—. ¡Voy a prepararte una buena merienda! Y después nos contarás todo y…

—Mamá, no tengo mucho tiempo. —Cogió sus manos—. Sentaos y os diré toda la verdad.

Estas palabras preocuparon a sus padres, que intercambiaron sendas miradas de incertidumbre.

—¿Cómo que no tienes tiempo?

—Hija, ya estás aquí, con nosotros. Tenemos todo el tiempo del mundo —apuntó el hombre.

Elsa se limitó a tomar asiento y esperar a que ellos hicieran lo mismo. Tardaron unos breves segundos, carcomidos por la curiosidad. La joven intentó ser breve.

—Como ya sabéis… la Reina de las Nieves es real. —Sus padres no se percataron de que ella estaba usando el presente, no el pasado—. Se llevó a Dermin. También a Kai. Y a tantos otros que desconocemos.

—Pero Kai volvió. ¿Por qué tú no…? —inquirió Anabelle.

—Kai pudo regresar porque me enfrenté a la reina —su madre ahogó una exclamación y su padre endureció su expresión— y la vencí. Pero vencerla tuvo consecuencias. Su poder se fragmentó y una parte fue a parar a Jack, convirtiéndole en el portador del invierno.

Sus padres asintieron, dándole a entender que sabían lo que era Jack. Elsa no lo sabía, pero los padres de Jack se habían encargado de mantener la buena reputación de su hijo a pesar de los rumores que llegaban de otros reinos sobre que el portador del invierno era un asesino.

—Otro pedazo fue a parar en mí, convirtiéndome en la nueva Reina de las Nieves.

Hizo una pausa, esperando que asimilaran sus palabras.

—No te entiendo…

Elsa clavó los ojos en su madre y después los dirigió a su padre. Sacó la corona de la bolsa, pues se la había quitado cuando emprendieron el viaje. Jack ya tenía bastante mala fama y, aunque la

existencia de una nueva Reina de las Nieves había corrido como el viento, no quería arriesgarse a crearse más problemas de los que ya tendrían.

Anabelle y Págos observaron la tiara sin atreverse a tocarla.

La joven se la colocó sobre el cabello.

—Mi pelo y mis ojos cambiaron. Fui coronada. Y también tengo poder. Como Jack. O, bueno, no exactamente como él.

Ellos seguían estupefactos.

Elsa supo que tendría que mostrárselo, aunque supusiera más choque todavía. Pero teína que hacérselo entender.

Creó una estatua de hielo, imitando la forma de una pequeña patinadora.

—¡Eres una bruja!

Págos se levantó, asustado. En cambio, Anabelle alargó una mano hacia la estatua.

—Es increíble…

La joven esperó, paciente, a que los ánimos se calmaran y asimilaran todo cuanto habían visto y oído. Su padre por fin se volvió a sentar, sin apartar los ojos del hielo.

—Sigo siendo yo…

La mujer se acercó y arrodilló ante su hija. Le acarició la mejilla.

—Pues claro que sí, Elsa. Siempre serás tú, pase lo que pase.

Se fundieron en un abrazo que no tardó en ser acogido también por el hombre, aceptando en su interior que, aunque Elsa seguía siendo su hija, también se había convertido en la nueva Reina de las Nieves y todo lo que ello conllevaba.

Capítulo 66

Jack llenó la última de las botellas de la Laguna Parlante y la metió en un morral que se echó al hombro. Había cogido también agua de la Laguna Resplandeciente y de la Laguna Cicatrizante. Las botellitas tintinearon en su bolsa mientras se dirigía hacia la Laguna Helada, donde había quedado con Elsa para ir a su siguiente destino.

Las tres lunas ya estaban en el cielo, acompañadas de un manto de estrellas. Encontró a Elsa con los ojos puestos en el cielo, sentada en la orilla del lago. La observó durante algún tiempo. El perfil recortado contra la oscuridad, la trenza celeste y un mechón que había escapado de esta hacia su mejilla.

Deseó ponérselo detrás de la oreja. Tener una excusa para rozar su piel y sentir otra vez el cosquilleo que le recorría cuando estaban cerca el uno de la otra.

Elsa alzó la vista y le encontró mirándola.

—¿Listo para partir?

—Claro —contestó él luchando por no sonrojarse.

¿Se habría dado cuenta de que llevaba algún tiempo observándola? Si era así, la muchacha no dio muestras de ello y se acercó desplegando el mapa que Mab les había dado.

—¿Qué te parece si nuestro próximo destino es el Reino de los Gigantes?

Jack alzó una ceja al comprobar que la ruta desde donde estaban atravesaba un pequeño trecho de océano. Sonrió y asintió.

—¿Crees que podrás seguirme el ritmo, pequeña Elsa?

Se elevó unos centímetros sobre el suelo y ella soltó una risita.

—Veremos a ver quién sigue a quién.

Vio el brillo desafiante en sus ojos turquesa y sintió la emoción revolotear en su pecho. Las corrientes frías le revolvieron el cabello y,

sin previo aviso, se lanzó en dirección a la costa.

Elsa se arrojó casi al mismo tiempo sobre el hielo que ella misma creaba. Rasgaba sobre él con las cuchillas mágicas de sus botas. Pronto Jack se dio cuenta de que iba tan deprisa como él por el aire.

Aceleró, meciendo el viento a su paso, mientras los copos le rodeaban.

El océano era una masa de agua oscura, imponente. En el horizonte se desdibujaba el reino que había al otro lado. Lejos de sentirse intimidado, Jack sintió un aleteo más intenso en el vientre. Este llegó a su pecho cuando Elsa dio el primer paso hacia las aguas. Estas se congelaban bajo sus pies, que arañaban el hielo que desaparecía en una estela blanca cuando pasaba y se abría camino.

Bajó con una risa a su altura y sobrevoló el océano muy cerca de ella.

Todo desapareció a su alrededor. Solo existían las risas mezcladas con el rumor de las aguas, la diversión y la excitación por la competición, por ver quién era más rápido.

Para cuando llegaron al otro lado, ambos estaban emocionados. Su objetivo no estaba en la parte baja del reino, sino en las alturas, lo que extrañó a Jack.

Por ello, no se sorprendió de que en esa parte que quedaba oculta sobre una masa de nubes densas y en la que todo era de tamaño gigantesco, no hubiera ni un solo atisbo de invierno.

—Vaya, pues Mab tenía razón y aún me quedaban lugares en los que traer el invierno —dijo con una mueca observando los árboles con hojas de colores cálidos.

—Alguien no ha hecho bien su trabajo.

—Eso lo puedo solucionar en un momento —le guiñó un ojo.

Se elevó sobre las copas de los árboles y luciendo su magia más de lo necesario, con tal de impresionarla, cubrió el cielo de nubes blancas que empezaron a descargar nieve sobre el reino. En un gesto juguetón, provocó que numerosos copos cubrieran a su amiga.

—¡Eh!

Jack rio, recibiendo el impacto de una bola de nieve, que le desestabilizó y le hizo caer sobre la hierba.

Se incorporó a tiempo de esquivar un segundo ataque. No hubo un tercero, pues eran conscientes de que no tenían tiempo que perder.

Fue junto a la chica, que siguió avanzando mientras el suelo se cubría de la suave capa helada.

—Bien, ahora solo queda encontrar el fragmento.

Jack dio un par de pasos por delante de ella y entonces sintió el suave tirón. Intercambió una mirada con Elsa y supo que ella también lo había notado.

Sin añadir palabra siguieron el camino que les indicaba su instinto. Kai había dicho que él sentía una sed incontrolable, un ansia dolorosa cuando había otro fragmento cerca. Para Jack era solo un cosquilleo, como si su cuerpo le informara sin más de que había *magia afín* cerca.

Recorrieron un huerto gigantesco en el que había calabazas más grandes que ellos de un dorado brillante, que Jack no tardó en cubrir de nieve. En los extremos había unos faroles con una luz tan brillante que emulaba a la del sol en sus mejores días. No tuvieron demasiado tiempo para admirar las hortalizas y verduras de dimensiones impresionantes de su alrededor, pues el tirón se hizo más intenso.

Entonces se dieron cuenta de una silueta que se incorporaba deprisa al percatarse de que tenía compañía.

Tenía la piel azulada, afectada por la magia de la Reina de las Nieves.

El fragmento estaba en el interior de un gigante.

Capítulo 67

Elsa abrió la boca para empezar a hablar, mas el gigante clavó sus enormes ojos en Jack y su rostro enrojeció invadido por la rabia.

—Fa, fe, fi, fo, fuuuuu… ¡Tú!

El hombretón se incorporó, dejando bien a la vista su tamaño. Apreciaron que el cuerpo le temblaba, y lo atribuyeron al frío que el portador del invierno había traído consigo, sumado al invierno negro.

El chico tragó saliva y dio unos pasos hacia atrás.

—¿Cómo osas aparecer en nuestro reino, asesino?

—¡No soy…!

El gigante rugió y se lanzó a por Jack sin escucharle. Este se elevó varios metros por encima de la cabeza de su adversario, esquivando sus golpes. Sin embargo, el hombre se hizo con un tomate que superaba el tamaño de la cabeza de Elsa y lo arrojó con gran puntería. Jack logró esquivarlo por poco.

—¡Espera!

Elsa trató de llamar la atención del gigante, mientras este se hacía con otro fruto y lo lanzaba al joven en otro intento fallido. Fue la tercera hortaliza arrojadiza la que dio en el blanco, y la reina no tuvo más remedio que hacer uso de su magia para detener al gigante antes de que se lanzara a por su víctima, aturdida en el suelo entre las calabazas. Elsa se lanzó a patinar y, rodeando los pies del hombretón, los cubrió con una espesa capa de hielo que tuvo que reforzar hasta tres veces para conseguir inmovilizarlo.

—¡Bruja!

La chica detuvo su deslizamiento justo delante de Jack y, sin mirarle, le preguntó:

—¿Estás bien?

—Hace falta algo más que una calabaza gigante para acabar

conmigo —respondió él incorporándose y sacudiéndose la ropa.

Elsa sonrió de medio lado antes de fijar la atención en su prisionero.

—Perdona que haya tenido que recurrir a esto —dijo en voz alta para que él la escuchara sin problemas.

—¡Suéltame! —Se abrazó a sí mismo, frotándose con las manos.

Tenía frío.

—Necesito que me escuches, por favor.

—No escucharé a un asesino y su secuaz.

Jack se colocó junto a Elsa. A ella le hirvió la sangre ante estas palabras. Respiró hondo y con una mirada le pidió a su amigo que no interviniera.

—Él no es un asesino.

—Oh, sí lo es. Y por si fuera poco nos ha privado de la luz del sol. Si no fuera por nuestra magia y tecnología, nuestros cultivos habrían perecido. —Con su enorme mano señaló los faroles que habían visto al llegar.

«¡Qué inteligente!», pensó Elsa.

—No es culpable de nada de esto.

—¡Claro que lo es! —Crac. Los jóvenes bajaron la mirada y vieron una grieta alrededor del pie derecho. La fuerza del gigante era descomunal, el hielo de Elsa aguantaría poco—. ¡Y me maldijo! Por eso tengo la piel de un feo azul pálido y siempre tengo frío.

No dejaba de frotarse ni temblar. Al intercambiar una nueva mirada, los chicos comprendieron que era por efecto del fragmento de espejo. En él estaba teniendo esos efectos.

—¡Por favor, escúchame!

—¿Y quién eres tú que merezca mi atención?

—Soy Els… —Carraspeó, alentada por el apretón en la mano que le dio Jack—. Soy la Reina de las Nieves.

El gigante enmudeció, esperando algo más. La joven sacó la corona que depositó en su cabeza. El hombretón la examinó con el ceño fruncido, luego bajó la mirada a sus propios pies y ladeó la cabeza.

—Nos han llegado rumores sobre una nueva reina. Una buena y justa con el poder del hielo. ¿Eres tú?

—Soy yo —respondió creando estalactitas a su alrededor para dar mayor énfasis a su afirmación.

El hombre pasó la mirada de ella a Jack, donde brilló la rabia de

nuevo, y volvió a Elsa.

—¿Y qué haces con él?

—Jack, al igual que yo, recibió un fragmento de poder de la Reina de las Nieves cuando la vencí. Se convirtió en el portador de invierno, de esto —señaló la nieve—. El invierno es una estación necesaria, que trae consigo nuevos frutos y nueva vida. Mas el culpable del invierno negro no es él, sino otra persona que también tiene en su interior un fragmento del poder de la reina, y quiere hacerse con todos para ser poderoso y dominar a todos los reinos.

Hizo una pausa, dejando que el gigante, en su tembleque, asimilara toda la información, y deseando que la creyera. Sin una prueba de lo que Kai era capaz de hacer, no estaba segura de poder convencerlo. Él se frotaba incansablemente, miraba al cielo, a la nieve y luego al hielo que le aprisionaba. Se debatía entre creer a la nueva Reina de las Nieves, quien se había ganado una buena reputación que había corrido de boca en boca o seguir pensando que estaba maldito por culpa del niñato con la magia del invierno.

—¿Por qué me maldijiste?

—Yo no fui —intervino Jack sosteniéndole la mirada—. Al igual que nosotros, tú también has recibido un fragmento de espejo con el poder de la reina. Por eso tu piel cambió. ¡Si mi pelo antes era castaño claro y mis ojos grises!

El hombretón detuvo sus manos en su intento por entrar en calor. Se agachó todo lo que pudo y observó al muchacho. Luego posó los ojos en Elsa, esperando una respuesta.

—Mi pelo era rubio y corto y mis ojos castaños.

Por la expresión que les dedicó, parecía que no terminaba de creer en sus palabras. Se incorporó y suspiró.

—¿A qué habéis venido?

—A ponerte a salvo —continuó Jack—. A custodiar el fragmento de espejo que hay en tu interior para evitar que Kai se haga con todos.

—¿Y qué hay de vosotros? ¿No deberíais poneros a salvo también?

—Ahora mismo somos los únicos que podemos hacer frente a Kai —suspiró la joven con pesar acariciándose el brazo con los ojos clavados en el suelo.

—Era importante para ti —adivinó el gigante.

Elsa levantó la mirada, brillante por la tristeza que la embargaba cada vez que dedicaba un pensamiento al chico.

—Era mi mejor amigo.

Silencio. Jack buscó la mano de Elsa para darle ánimos.

—Asesinó a su propia abuela, a la que adoraba desde niño. Debemos impedir que se haga con todos los fragmentos —siguió Elsa, intentando apelar al corazón del gigante—. No le importa nada.

La joven hizo un movimiento de mano y liberó al hombre, que no se dio cuenta de ello, absorto como estaba en un debate interno. Se dejó caer para sentarse en el suelo con las piernas cruzadas, haciendo que del temblor de tierra que provocó los chicos dieran un bote.

—¿Desaparecerá mi piel azul? ¿Y este frío que me acongoja día y noche?

—Te lo prometo.

La reina se acercó a él y extendió la mano para acariciar la suya, que estaba helada.

—Decidme qué tengo que hacer.

Elsa sacó el espejo de Día y la piedra.

—Deberías viajar al mundo de los espejos. Allí una amiga, un hada, te atenderá.

El espejo mostró en su cristal ondeante un mundo diferente al que los rodeaba cuando la joven lo tocó con la piedra espejo. El gigante miró a los ojos de la chica, que le transmitió confianza y seguridad, y se dejó llevar al otro lado.

Capítulo 68

Volaba a escasos metros de Elsa, que cruzaba el océano dando saltos elegantes. Sin pretenderlo, parecía un cisne surcando las aguas, y él la observaba embelesado mientras recorría el aire frío hacia el otro lado del océano.

Hamelín estaba aún lejos, pero cruzando el agua no podía plantearse parar a descansar. Pese a ello, nada le impedía bajar unos metros para charlar con Elsa.

Esta le recibió con una sonrisa pícara sin detener su ritmo.

—¿Su majestad, la Reina de las Nieves, necesita parar a descansar?

—Nada de eso, Jack Frost.

Él soltó una risotada y la rodeó con un manto de nieve volando a su alrededor. Elsa sonrió y obró su magia, congelando un gran trecho de océano a su alrededor. Jack se sorprendió al sospechar que pretendía ser una pequeña pista de hielo.

Ella se había detenido en el centro de aquella masa gélida y con un suave movimiento de mano materializó unas cuchillas de hielo en las botas de su adversario.

—Volar es trampa —dijo en el instante en que los patines de Jack rozaron la superficie.

—¿Eso crees? —Alzó una ceja, siguiéndole el juego.

Y ambos iniciaron su danza. Él la observó en silencio. Antes no lo hubiera reconocido, pero en ese momento, al verla girar en el aire con el hielo salpicando a su alrededor y el océano en el horizonte, no pudo dejar de admirar su elegancia innata.

Sus movimientos eran fluidos, bellos. No había nada en ella que no fuera…

—¿Vas a quedarte ahí todo el tiempo?

El menor de los Frost enrojeció al darse cuenta de lo que hacía, desvió la mirada, sin percatarse de que el mismo rubor teñía las mejillas de Elsa.

Danzó en el aire. Hizo varios giros con solo la punta de la cuchilla sobre el hielo. Los brazos extendidos a ambos lados de su cuerpo y una pierna levantada. Como un ángel. Cuando se detuvo vio a Elsa a toda velocidad hacia él, frenó a escasos centímetros y Jack, como ya hicieran en la plaza de Corona de Hielo, la tomó de la mano.

Recorrieron un buen trecho haciendo círculos sin soltarse. Ella se situó dándole la espalda y Jack contuvo el aliento al ver su nuca pálida y los hombros algo descubiertos por su camisa. Se inclinaron un poco, sus cuerpos se acercaron más y el olor invernal de hielo y frío invadió sus fosas nasales mientras recorrían la pista.

La rodeó hasta situarse frente a ella y asintieron. Él la sujetó por la cintura, ella le tomó el cuello. Estaban tan cerca el uno de la otra que el menor de los Frost podía respirar el aliento de su compañera. Tan cerca que ella podría escuchar los acelerados latidos de su corazón.

Tragó saliva y ambos empezaron a girar a toda velocidad.

El océano se difuminó, también el cielo estrellado que se convirtió en un borrón reluciente. Y, con él, el inicio de un eclipse lunar. Nada importaba. Solo los giros. El siseo de las cuchillas, el sonido envolvente del oleaje. La escarcha y el hielo que salpicaban a su alrededor. El sonido de la risa de Elsa. Sus manos rodeándole el cuello. Su cuello.

Jack sintió que se le secaba la boca cuando se detuvieron y ella se alzó de nuevo hacia su rostro.

No podía soltarla. No quería.

Por todos los reinos: quería besarla.

«¿Y si ella no quiere?».

Su respuesta llegó cuando sintió la caricia de Elsa en su mejilla y los ojos turquesa de ella se dirigieron directos hacia su boca.

Y sintió un hambre casi dolorosa.

No se contuvo más y se lanzó a saborear esos labios.

Apenas llegó a rozarlos, pues en ese preciso instante el eclipse se completó y el poder de Elsa, tan cerca de él, los arrastró muy lejos de los reinos mágicos del oeste.

Capítulo 69

Varios pares de ojos de diversos colores los observaban. Bocas abiertas por la sorpresa. Y algunas lanzas de espuma de mar apuntaban hacia la pareja que acababa de aparecer de la nada.

Elsa y Jack se separaron y estudiaron el lugar. Estaban en una plaza circular sumergida en el agua, que les llegaba por las rodillas. Había una multitud allí congregada, desde sirenas y tritones a humanos y seres, en apariencia acuáticos, que jamás habían visto. Algo que sorprendió al chico en especial, que había viajado por todos los reinos conocidos, incluso por las tierras de las divinidades. Entre aquella gente, se abrió paso una mujer de ropas ligeras y la pareja pudo ver tras ella el cuerpo de una sirena. Inerte. Con una herida que ya tan bien conocían.

Se les heló la sangre.

Habían vuelto a llegar tarde.

Los tritones y humanos que los amenazaban con sus armas, dieron un paso hacia delante, y dos se hicieron a un lado para permitir el avance de la humana de cabello verdoso con rasgos que mezclaban los humanos y los de seres acuáticos, como las branquias.

—¿Quiénes sois y qué hacéis en La Atlántida?

Les habló con dureza, y no les sorprendía si Kai ya había estado allí haciendo de las suyas.

—Soy la Reina de las Nieves —probó Elsa.

Por los mapas, sabía que estaban en una isla del Reino del Piélago, la única que existía en él, donde seres marinos y razas terrestres convivían en armonía.

Hubo un cuchicheo, y la mujer entrecerró los ojos, pero no bajaron las armas.

—Encerradlos.

—¿Qué? —se quejó Jack—. ¡No! No hemos hecho nada malo.

La mujer se limitó a hacer un gesto y los soldados avanzaron hacia ellos. Elsa se mantuvo tranquila y se dejó hacer.

—Jack, no hagas nada contra ellos, o será peor.

—Elsa, no…

Mas la mirada de ella fue suficiente para que él no opusiera resistencia.

Se dejaron guiar a través de una ciudad de construcciones blancas, similares a templos, algunas sumergidas, otras no, y canales por doquier que atravesaban el lugar igual que el río Bifurcado en Corona de Hielo y, como él, estas aguas resplandecía, aportando una luz mágica que se reflejaba en las casas. Allí, quienes no poseían aletas ni membranas para nadar con rapidez, se movía sobre unos carros con forma de conchas que eran tirados por hipocampos.

De algunos edificios salían cascadas y plantas que se enredaban con el agua y las columnas, algunas con flores brillantes, que combinaban su luz con la de los canales.

Los condujeron a un edificio que se hundía en lo más profundo. Por encima solo tenía dos plantas. Era como un palacio de justicia. Al entrar, los llevaron hasta una plataforma que descendió varios pisos hasta detenerse en uno húmedo construido en mármol. Dos guardias se pusieron a la cabeza y otros tres les dieron un golpe suave con el arma, ordenándolos salir y seguir a sus compañeros.

Giraron dos veces por el corredor iluminado con antorchas, dejando atrás puertas de barrotes acuáticos. Llegaron hasta una habitación sin puerta, y los dos tritones se colocaron a cada lado de la abertura.

—Entrad.

Elsa obedeció la primera, seguida por Jack, a quien aquello no le daba buena espina. Al girarse, vio varias columnas de agua finas caer, formando unas rejas como vieran en otras celdas. Porque eso era la habitación: una celda.

Sin decirles nada más, se marcharon.

El chico se atrevió a alargar la mano y rozar el agua que los encerraba. Sus dedos quedaron cubiertos nada más que por una fina capa de escarcha.

«Interesante. Agua con la capacidad de congelar a quien intente escapar», pensó.

Se giró hacia su amiga para hablarle sobre su descubrimiento,

pues aquella prisión no era tal para ninguno de los dos. Podrían escapar cuando quisieran. Ella le daba la espalda, y fue cuando él se dio cuenta de que al lado contrario de la puerta, la pared que había era de cristal. Se podía ver todo un mundo acuático desde allí, con construcciones diferentes a las de la superficie, sirenas y tritones nadando de acá para allá, iluminados por corales.

—No sabía que había una isla en el Reino del Piélago —comentó él.

La joven le dedicó una sonrisa burlona.

—Si hubieras prestado más atención en Geografía…

—Ya sabes que lo mío es el patinaje, pequeña Elsa.

Ella rio, y por un momento, Jack se olvidó de dónde estaban y por qué. La risa de Elsa era mágica y fría, melodiosa. ¿Siempre había sido así?

—¿Por qué no me has dejado hacer un despliegue de mis facultades para que pudiéramos escapar?

Elsa se giró para mirarle a los ojos.

—¿No lo sientes? Kai se nos ha adelantado con esa pobre sirena, pero todavía siento la llamada de un fragmento.

Él se dio cuenta de que tenía razón. Con las últimas emociones, no se había parado a pensar que todavía sentía la presencia de un pedazo de espejo por allí.

—Oponer resistencia hubiera sido peor si queremos hacernos con él —continuó la reina—. No sé si también llegaremos tarde. Puede que la llamada también se deba a la presencia de Kai. En cualquier caso, no podemos irnos sin intentarlo.

—Es verdad —suspiró él—, pero estamos perdiendo tiempo aquí encerrados.

—Lo sé. Espero que mi reputación haya llegado también hasta aquí y nos den una oportunidad de explicarnos por lo menos… Si no, tendremos que seguir con tu plan.

Jack se cruzó de brazos, triunfante.

—¿Sabes que esos barrotes acuáticos para nosotros no significan nada? Podemos salir cuando queramos.

—Interesante —intervino una voz aterciopelada.

Al otro lado de la puerta había una mujer de cabello azul zafiro y piel escamosa. Llevaba una corona de gotas de agua y coral sobre su cabeza. Sus ojos anaranjados los observaban con suspicacia.

—No tenemos intención de escapar —se apresuró a decir Elsa.

—¿Qué os ha traído a mi reino?

Entonces fueron conscientes de que estaban ante la reina Perseide, soberana del Reino del Piélago.

Capítulo 70

Perseide los miraba exigiendo una respuesta. Ambos muchachos se miraron sin saber bien cómo empezar a hablar.

—Hemos venido a poner a salvo a las personas que… —empezó Elsa.

—No. No quiero saber nada de fragmentos ni de poner a salvo a nadie. Este es mi reino y soy muy capaz de protegerlo.

Jack se mordió la lengua para no replicar. Elsa apretó los labios junto a él y suspiró.

—No habéis escapado.

La observación de la reina hizo que los dos alzaran el rostro para mirarla. Jack se puso a la defensiva instintivamente, pensando que todo aquello era una trampa.

—He visto vuestro poder y sé que mis barrotes no os afectan en absoluto.

—Pero, entonces ¿por qué…? —dijo Elsa sin comprender.

—Eres la nueva Reina de las Nieves. Aún no lo comprendes, pero se conoce mejor al enemigo cuando está preso. Sus acciones, la forma en la que te habla. ¿Se desespera? ¿Permanece en calma? —Se encogió de hombros—. ¿Se vuelve violento? ¿O demasiado amigable?

—Majestad, con todo mi respeto, no sé a dónde queréis ir a parar —se adelantó Jack.

Envolvió uno de los barrotes con su mano, el agua se hizo escarcha a su alrededor y él siguió extendiendo el brazo hasta que estuvo completamente fuera.

—Jack Frost, toda una leyenda por aquí. Tienes mala fama, muchacho.

—¡Pero él no ha hecho nada!

—Ay, de reina a reina, pronto aprenderás que eso también

importa más bien poco en la mayoría de las ocasiones. Las palabras son poderosas y, al igual que la verdad, las mentiras tienen una fuerza desconocida. —Suspiró y negó con la cabeza—. He visto lo que ha pasado ahí fuera. Lo que ha hecho el chico oscuro. Sé que no sois unos asesinos, ninguno de los dos.

Jack se había echado atrás, lejos de los barrotes. La reina hizo un gesto y estos se desvanecieron.

—No quiero veros por aquí.

—¡Pero si acabáis de decir que sabéis la verdad! —exclamó Jack sin poder contenerse.

—También he dicho que la verdad en ocasiones tiene poca importancia.

—Pero… —Elsa dio un paso hacia delante.

Ella, al igual que el menor de los Frost, todavía sentía el tirón de un fragmento más en el reino. Perseide la miró achicando los ojos. Estaban agotando su paciencia y era muy consciente de ello.

—Lo lamento, *majestad*, pero soy la soberana del Reino del Piélago y tengo que velar por la seguridad de mi pueblo.

—Cometéis un error.

Perseide alzó una ceja y se acercó con paso firme y elegante hacia la otra reina.

—Puede que el error sea dejaros marchar. Conocí a la anterior reina de Corona de Hielo y se parecía mucho a ti. Después cambió. Y tú ahí dentro —señaló el pecho de Elsa—, por lo que he entendido, tienes parte de ella.

—Nos iremos —concedió Elsa, a regañadientes.

Jack la miró con sorpresa, pero se guardó de decir nada. Perseide los guio hacia la ciudad.

—Os quiero fuera de mi reino —espetó, dándoles la espalda, rodeada de varios guardias.

Cuando Perseide se fue y dejaron de ser el centro de atención, Jack miró a la Reina de las Nieves con una pregunta silenciosa en sus ojos. Elsa le devolvió el gesto, le tomó de la mano y ambos se elevaron con la magia de él sobre las calles lo suficiente como para tener una visión más amplia de la ciudad.

—Creía que nos íbamos —susurró Jack con picardía.

—La verdad tiene poca importancia en ocasiones. —Elsa imitó el tono de Perseide.

—Esa es mi pequeña Elsa. —Ella se volvió hacia él con una ceja

alzada.

—Tenemos que darnos prisa.

El menor de los Frost asintió y tragó saliva. Recorrió con la mirada las calles. Kai no parecía estar por ninguna parte, no llegaban a sentir esa magia que le caracterizaba, pero había otro fragmento. Lo notaban. Aunque también creía notar el tirón que solía provocar Kai, pero era tan débil que asumió que eran restos de su magia oscura.

—¿Por qué se ha ido sin tomar el otro fragmento? —preguntó Jack—. No es propio de él si quiere hacerse con todo el poder.

—Puede que le hayamos desconcentrado. No lo sé. O han logrado echarle de aquí a patadas. Pero tenemos que aprovechar para hacernos con él antes.

—Creo que viene de ahí.

Jack señaló hacia unas casas acristaladas del norte, muy cerca de unas cúpulas que se alzaban sobre unas torres en el agua. El Palacio Marino, mitad sumergido, mitad en la tierra.

La llamada se hizo más fuerte a medida que se aproximaban. Se acercaron, para ver mejor, pese a la nevada que Jack provocaba a su paso, dado su deber como portador del invierno. Aquella parte de la ciudad seguía teniendo canales donde las barcas llevaban a los habitantes de un lugar a otro, pero las casas apenas tenían zona visible, puesto que en su gran mayoría pertenecían a familias de sirenas.

Entonces lo vieron. Habrían posado sus ojos sobre una criatura de esas características aunque la calle estuviera repleta de gente.

—¿Qué clase de alimaña es esa? —susurró Jack.

Elsa le miró con reproche, pero después disimuló una risita y ambos volvieron mirar a la criatura.

No era una sirena, aunque tenía una cola cubierta de escamas rosas. Tampoco era un humano, de eso no cabía duda, aunque su torso fuera humanoide. Tenía una cabellera similar a la de un león, unos ojos pequeños y oscuros y una boca en la que destacaban unos colmillos hacia arriba, como si se tratara de un jabalí.

—¿Es… una bestia sirena? —insistió el menor de los Frost.

—La señal viene de ella.

—O él.

—Lo que sea, Jack. Tenemos que ponerle a salvo.

Descendieron. La criatura se apartó, pero Jack dejó a Elsa sobre una barca que había en la orilla, a una distancia prudencial de aquella

bestia y esta alzó las manos indicando que no quería atacar.

—No queremos hacerte daño —dijo el chico, colocándose a su lado.

El monstruo los evaluó, sopesando si hundirse en las profundidades, lejos de ellos. La magia allí era más poderosa y el menor de los Frost se percató de que tenía la punta de las garras escarchadas y las escamas de la cola también.

El poder de las esquirlas.

—Queremos ponerte a salvo. —Elsa intercambió una rápida mirada con su compañero mientras pronunciaba estas palabras.

—He visto lo que le ha pasado a Delmare. Es… *Era* mi amiga —replicó la criatura.

Para sorpresa de ambos tenía una voz dulce y hermosa.

—Vi a quien lo hizo. Se parecía a vosotros, aunque tenía algo oscuro en él —añadió—. Ella y yo… Hace algún tiempo descubrimos que podíamos hacer ciertas cosas.

—Ese chico va a por las personas que, al igual que tu amiga y tú, han adquirido dones inusuales. Es por una esquirla que tenéis en…

—El pecho. Lo he visto. Me asusté tanto que salí de allí a toda prisa.

Las lágrimas humedecieron el pelaje de su rostro y se apresuró a secarlas con un gesto de la garra.

—Estamos aquí para ponerte a salvo —repitió Elsa, que creó un camino de hielo hasta ella y lo recorrió con soltura.

La criatura se echó hacia atrás, con cierta desconfianza no hacia ellos, sino hacia lo que pretendían.

—Os creo. Mas… aquí estaré a salvo.

Jack chasqueó la lengua, impaciente.

—Después de lo que le ha pasado a Delmare, creo que deberías replantearte tus palabras.

La reina le echó una mirada de advertencia a su amigo, que resopló.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Elsa.

—Evadne.

—Bien, Evadne. Mi amiga tiene un espejo mágico por el que puedes entrar a un lugar en el que estarás segura —explicó Jack, haciendo esfuerzos por mantenerse estoico.

Elsa sacó del saquito de terciopelo el espejo y se lo mostró. La criatura se apartó con brusquedad del reflejo, como si este le hiriera.

Sin embargo, volvió a acercarse con gesto de disculpa.

—¿Estás preparada, Evadne? —preguntó Elsa, con suavidad.

—Sí, adelante.

La Reina de las Nieves sacó la piedra y ayudó a Evadne a entrar al mundo de los espejos. Cuando la superficie plateada volvió a la normalidad Elsa lo guardó en su morral y suspiró.

Ninguno de ellos fue consciente de la mirada oscura que los observaba y comprendía, al fin, qué estaba pasando.

Capítulo 71

Su primer destino había sido el Reino de la Aurora, mas los polvos mágicos que indicaban que había allí un fragmento de espejo se apagaron poco antes de que llegaran, por lo que pusieron rumbo al Reino del Anochecer.

La llamada los condujo a una extensa pradera nevada sin más iluminación que la luz apagada del sol.

El mapa indicaba que era allí donde encontrarían lo que buscaban.

Sus corazones lo corroboraban.

Mas allí no había nada más que silencio.

—No lo entiendo.

Jack miró a uno y otro lado, e invocó una nevada resplandeciente que les permitiera ver más allá. No había indicios de ningún pueblo por allí.

Elsa paseó por los alrededores, entornando los ojos en busca de algún animal o planta que pudiera contener el fragmento.

Era extraño. Lo sentía como si estuviera ahí mismo, como si lo tuviera bajo sus pies, al alcance de su mano. Pero estaban solos ellos dos sin más compañía que el frío antinatural propio del invierno negro. Recorrió con la mirada cuanto había allí: nieve. Algunas briznas que habían logrado hacerse paso a través del manto níveo, y algún árbol disperso que Jack ya estaba inspeccionando.

Levantó los ojos al cielo. Allí no era como en el Reino de los Gigantes. No había tierras arriba.

«Mas, quizás…».

Miró de nuevo hacia abajo.

Tenía que haber algo allí.

—¡Jack!

No obtuvo respuesta.

Giró la cabeza a uno y otro lado y no logró verle. Un insecto empezó a molestarla revoloteando alrededor de su cabeza y agitó la mano mientras avanzaba hacia el árbol donde le había visto por última vez. Era un avellano. Ladeó la cabeza. Había crecido sobre una lápida sin nombre.

¿Quién estaría enterrado allí?

Recibió un impacto en la mejilla. Una pequeña bola de nieve que se desprendió enseguida y cayó.

—¡Jack, no es momento para jugar!

Rodeó el tronco y sobre una rama baja vio un vestido de oro y plata. Siguió buscando a su amigo, sin éxito.

—¡Elsa!

Aunque la voz era chillona, sin duda pertenecía a Jack.

—¿Dónde estás?

Por mucho que se esforzara, no lograba verle.

—¡Ponte el vestido!

—¿Qué…?

Giró sobre sí misma, sacudió la mano para apartar al insecto que había decidido quedarse a molestar.

No recibió más respuestas, así que cogió el vestido. A pesar de la riqueza de sus materiales, era de corte sencillo. Ajustado por arriba, y pomposo desde la cintura. Demasiado para su gusto.

—¡No se te ocurra mirar! —exclamó al aire, enrojeciendo.

Rápida, se desnudó hasta quedarse en ropa interior en su busto, que tapó al momento con la prenda. Esta se ciñó a su cuerpo, como si se hubiera confeccionado a su medida. En un principio pensó dejarse los pantalones, pero el vestido daba mucho calor y tuvo que deshacerse de ellos y las botas, para ver a continuación unos zapatos en los que antes no había reparado. En cuanto estuvo lista, volvió a buscar a Jack, y esta vez le halló tras ella, apoyado en el tronco con una sonrisa pícara.

Se sonrojó.

Él llevaba un traje de oro y plata, con unas exageradas hombreras. Al menos no era la única con una prenda un tanto ridícula.

—¿Y bien? ¿Por qué tenemos que vestirnos con esto tan feo?

—No te has dado cuenta…

—¿De qué tendr…?

Elsa se interrumpió al verle señalar hacia arriba. Cuando Elsa alzó

los ojos, soltó una sonora exclamación. El árbol había crecido, era gigantesco, tanto, que apenas alcanzaba a verle la copa.

—¿Qué ha pasado?

—¡Hemos encogido!

La joven le miró a los ojos con una mueca que denotaba su incredulidad. Solo tuvo que girar la cabeza hacia donde estaban sus ropas para comprobar que era verdad.

—No entiendo nada.

Jack la cogió de la mano y la condujo hasta una abertura, como una puerta, que había en el tronco.

—Estoy seguro de que por aquí daremos con el fragmento de espejo que estamos sintiendo.

La reina no puso objeción, se limitó a seguirle.

Encontraron una escalera de madera que descendía en espiral a la luz de unas luces flotantes semejantes a hermanos pequeños del sol. Incluso daban calor. Bajaron y bajaron en silencio, sin más compañía que la del otro y sus propios pasos, hasta llegar al final, donde los recibió un arco tallado en madera y unas enredaderas que hacían de cortinas. Al traspasarlas, quedaron mudos de asombro.

Allí abajo había todo un mundo. Una esfera brillaba como el mismísimo astro diurno, y algo parecido a nubes cubría algunas partes superiores de la inmensa caverna.

Había gran ajetreo en las calles irregulares, entre casitas de una o dos plantas, un tanto deformes pero acogedoras. Vieron seres voladores parecidos a las hadas, pero con orejas puntiagudas y alas de colores. Había otros que eran seres humanos, solo que de un tamaño como el que ellos tenían ahora.

Seguían cogidos de la mano, sin atreverse a dar un paso, embelesados con lo que veían.

Había un aroma floral muy característico de la primavera, y ni un solo copo de nieve.

—El Reino de los Gigantes, La Atlántida, este lugar… Sin duda, no he hecho nada bien mi trabajo.

Elsa soltó una risilla.

—Dudo que aquí puedas traer al invierno.

—¡Bienvenidos al Reino Diminuto!

Una mujer voladora se les había acercado revoloteando. Tenía los brazos extendidos. Su piel era ligeramente verde, e iba descalza, con ropas hechas a base de plantas.

—Soy la ninfa Virid, y os ayudaré en lo que necesitéis.

—¿Así sin más? —se le escapó a la reina, incapaz de creer que no existiera ni la más mínima desconfianza ante unos forasteros en un reino oculto.

La mujer ladeó la cabeza sin dejar de sonreír, encantadora.

—Si el avellano os ha mostrado el camino, es porque vuestras intenciones no son malvadas. De lo contrario, jamás hubierais hallado este reino.

Jack y Elsa intercambiaron sendas miradas cómplices y él la animó a sincerarse con la ninfa.

—Soy la Reina de las Nieves, y hemos venido buscando algo que meses ha llegó a vuestro hogar.

Tras una breve explicación —en la que la mujer varió la expresión de la sorpresa al horror y después a la comprensión— desde que la chica se enfrentara a la antigua reina y todo lo que sucedió después, se hizo un breve silencio, roto únicamente por las voces no muy lejanas de quienes llenaban las calles, ocupados por sus quehaceres cotidianos.

—Sé de lo que habláis. Tres de esos fragmentos atravesaron la tierra, mas antes de que pudieran introducirse en alguien, mis hermanas y yo los atrapamos en cristal mágico, para estudiarlos y valorar cuán peligrosos eran o qué podían hacer.

Esto los llenó de esperanza. La ninfa continuó, rascándose la cabeza.

—Vosotros también tenéis en vuestro interior. Aunque lo percibo diferente a los que tenemos aquí. Los vuestros son puros. Los nuestros están corrompidos.

Los chicos volvieron a intercambiar una mirada, esta vez de incertidumbre.

—No queremos causarte problemas —empezó la reina—. Pero los necesitamos. Estáis en peligro solo por mantenerlos aquí.

—Lo sé. Os creo.

—Gracias —intervino Jack, aliviado por no tener que enfrentarse a ningún monstruo o alguien testarudo al que tuvieran que convencer, perdiendo así más tiempo.

—Seguidme.

Atravesaron la ciudad, recibiendo algunas miradas curiosas por parte de los habitantes, que pronto perdieron el interés en ellos. Algunos mercaderes intentaron venderles objetos maravillosos, y Elsa

en una ocasión tuvo que agarrar a su compañero del brazo y arrastrarle para que no se entretuviera con unas sandalias aladas.

Llegaron hasta una construcción circular que casi parecía un palacio, pero no era grande ni ostentoso.

Virid los estaba llevando a ver a los cinco soberanos del Reino Diminuto.

Capítulo 72

Por suerte, los reyes —dos ninfas, dos humanos y una tría, que resultó ser una ninfa profética que sabía leer en miel y que, según les dijeron, había predicho su llegada— fueron tan comprensivos como su guía, y les trajeron los fragmentos sin trabas.

Jack cogió el bote de cristal y observó los fragmentos. Tenían cierta oscuridad. Flotaban en el interior y en algunos momentos golpeaban la barrera traslúcida.

—Es como si intentaran escapar —comentó Virid.

—Buscan un huésped —explicó el chico mientras Elsa sacaba el espejo y lo abría, para asombro de los presentes que no se perdieron detalle.

Decidieron enviar al otro lado el tarro entero, por si los pedazos escapaban.

Una vez hecho, la pareja se giró hacia los reyes en una reverencia.

—Os agradecemos la ayuda.

—Ojalá podáis detener el invierno negro. Las noticias que nos llegan de la superficie no son nada halagüeñas —respondió uno de los humanos.

—Podéis quedaros a descansar si lo necesitáis —ofreció una de las ninfas.

—Gracias, pero debemos partir cuanto antes. Todavía nos quedan fragmentos por hallar —agradeció Elsa.

Tras una despedida cordial, Virid los condujo al lugar por el que habían entrado.

—En cuanto os quitéis la ropa, recuperaréis vuestro tamaño.

—Menos mal. Este vestido es de lo más incómodo.

—Pues te queda muy bien, pequeña Elsa —replicó Jack alzando las cejas varias veces.

—Mejor no te digo cómo te queda a ti ese.

El chico soltó una sonora carcajada.

—¿De quién es la tumba sobre la que está el avellano? —inquirió la reina cambiando de tema en un intento por alejar de sí lo apuesto que en realidad estaba él.

—La primera reina diminuta. Sus hijos plantaron una rama en su honor y su magia, todavía latente, la hizo crecer hasta convertirla en un avellano mágico, y la entrada a un reino secreto, protegido de un mundo que para los pequeños es peligroso.

Al llegar al final, Virid les deseó suerte y quedó hasta que desaparecieron escaleras arriba, subiendo en círculos.

Fuera encontraron su ropa en el mismo lugar, y sintieron el frío propio del invierno negro que incluso a ellos se les hacía desagradable.

Mientras se cambiaban, Jack repasaba cada detalle del Reino Diminuto. Nunca hubiera pensado que en el Reino del Anochecer pudiera haber un reino subterráneo, por eso no podía dejar de pensar en aquella luz solar tan realista que ahora en la superficie echaba tanto de menos.

Alzó la mirada hacia el firmamento y este, en perpetua oscuridad, le devolvió la mirada. El astro diurno estaba oculto, como ya era habitual. Intuyó una oscuridad más profunda y se mordió el labio.

Aquella misión era una carrera a contrarreloj. Habían fracasado las veces suficientes como para que Kai aumentara su poder y el mundo se tiñera de sombras.

—Al menos aquí hemos conseguido poner a salvo tres fragmentos —dijo Elsa a su espalda, como si pudiera leerle el pensamiento.

Él se giró un poco, ya vestido y con su tamaño recuperado, igual que ella, que se estaba colocando la camisa. Mas el chico pudo ver su espalda antes de que se la pusiera por completo y fantaseó con acariciarla. Elsa dio media vuelta y Jack apartó raudo la mirada, fingiendo admirar las ramas del árbol. Ella le tomó de la mano con suavidad y su contacto le hizo sonreír. Intentaba buscar en su memoria cuándo había cambiado tanto lo que sentía por Elsa. ¿Siempre había habido algo en su interior que le empujaba a ella? Sacudió la cabeza. Claro que no, siempre la había visto como su rival. Sin embargo, en ese momento…

Volvió el rostro hacia el de la Reina de las Nieves y comprobó que ella también le estaba mirando. Sus ojos se encontraron y fue como si

algo golpeara en su pecho.

—Tenemos que buscar el próximo fragmento.

Se maldijo enseguida por haber dicho eso, cuando en realidad quería seguir manteniendo esa intimidad nueva entre ellos.

«Céntrate, Jack Frost, primero reparar el mundo».

«Y después…». Se sonrojó ante su propio hilo de pensamientos.

Elsa sacó el mapa de su morral y entre los dos lo extendieron. Olía a papel envejecido y a magia. A biblioteca y a sueños.

—Oh, no… —Elsa le sacó de sus pensamientos.

El menor de los Frost siguió la mirada de la chica hasta el reino de Hamelín, donde no había nada. Y comprendió.

Kai había conseguido ese fragmento.

El eclipse los había traído hasta los reinos mágicos del oeste cuando iban hacia ese reino. Y ahora ya no había nada que hacer.

—No pasa nada. Buscaremos uno más cercano.

Su voz sonó mucho más optimista de lo que en realidad se sentía, pero sus esperanzas cayeron en picado cuando vieron que no quedaba ningún punto brillante.

—No puede ser… —musitó ella.

Jack siguió buscando con desesperación, a pesar de que era algo que se veía a simple vista, y entonces ambos sintieron que algo cambiaba en el aire.

Un zumbido suave sacudió la bolsa de Elsa que miró con horror a Jack.

La vibración se repitió y ambos fruncieron el ceño.

—¡En el espejo, por todos los polvos de hada!

—¿Mab? —preguntó Jack al reconocer la voz.

—Querida, eres un hada madrina, no una bruja malvada.

—¿Día? —Elsa puso la bolsa en el suelo y rebuscó hasta dar con el saquito de terciopelo que contenía el espejo.

—No hay tiempo para explicaciones —soltó Mab atropelladamente.

El hada tenía el cabello revuelto al otro lado del espejo. Más calmada, pero con la mirada ensombrecida, estaba Día junto a la otra hada. Mas puso una mano sobre la de la otra y se dirigió al espejo con expresión serena. A su lado, Mab bufó indignada.

—Me temo que por esta vez Mab tiene razón. Ha pasado algo grave y os necesitamos.

Jack y Elsa se miraron con temor, mientras Día tomaba aire, pero

fue Mab la que se le adelantó para decir.

—Kai ha conseguido entrar en el mundo de los espejos.

Capítulo 73

—No dejaré que te pongas en peligro.

—Ni yo que lo hagas tú, Jack.

Era inútil. El tiempo corría en su contra y no hacían más que discutir sobre quién de los dos debía ir al mundo de los espejos y detener a Kai.

—Yo ya estuve allí.

—Razón de más para ir yo —replicó el chico.

—Pero ya conozco ese mundo.

—No me digas —se cruzó de brazos— que con lo poco que estuviste y viste, te basta para volver ahí sin perderte. Ellas ya han dejado claro lo complejo que es ese mundo.

—Mas para mí no será nuevo.

—No vas a convencerme.

Elsa extendió los brazos y resopló, desesperada. Le dio la espalda, observando su reflejo ondeante en la superficie del espejo de Día. No sabían cómo enfrentarse a Kai en el otro lado, pero sin magia tenían una oportunidad. Aunque fuera de hacerle entrar en razón, que era lo que la joven pretendía. Todavía tenía la esperanza —por mínima que fuera, a pesar de haber visto con sus propios ojos en lo que se había convertido, matando a su propia abuela—, de que quedaba algo de él, aunque estuviera escondido en lo más profundo de su ser.

—Tengo un método infalible para decidir quién irá.

La reina le miró con una ceja levantada. Jack tenía una pícara sonrisa y una moneda de plata en la mano.

—Reina o corona.

—¿A suertes? ¿En serio?

—Algunas de las más grandes decisiones se tomaron echándolas a suertes.

Elsa chasqueó la lengua, pero aceptó. Era la única forma de que se pusieran de acuerdo, y le tocara a quien le tocara, el otro debería aceptarlo.

—Corona.

Jack lanzó la moneda al aire y la atrapó. Intercambiaron sendas miradas cargadas de nerviosismo. Cada uno pidiendo que no le hubiera tocado al otro.

Corona.

Ella sería quien iría al mundo de los espejos.

El joven maldijo para sus adentros, mas aceptó la derrota. Ella le tendió el espejo y la piedra.

—Por favor, ten cuidado.

Elsa creó una espada de hielo y él levantó las cejas.

—¿Sabes usarla?

—No. Pero a falta de magia, algo tengo que llevar.

—¿Qué tal algo más ligero?

Tras pensarlo unos instantes, la joven cambió el arma por dos dagas que guardó en las botas hasta que se encontrara al otro lado. Jack colocó el espejo apoyado en el tronco del avellano y tocó la superficie con la piedra.

Suspiró.

Elsa se situó delante, le dirigió una última mirada, dedicándole una sonrisa de cariño, y avanzó.

Una mano la cogió del brazo y la hizo girarse. Una suave caricia en la mejilla. El roce de unos labios fríos contra los suyos. El sabor del invierno.

Fue breve. Intenso. Revelador. Todo había desaparecido a su alrededor, salvo la nieve y el hielo que los rodeaba.

Se apartaron a la vez, a sabiendas de que no debían entretenerse más. Ella caminó hacia atrás sin dejar de mirarle. Él se contuvo para no retenerla a su lado.

Elsa sintió el tirón del espejo y Jack se perdió en una neblina plateada.

El mismo lugar. Pero diferente.

No estaba en el sitio por el que había entrado la primera vez y se preguntó cuán grande era el mundo de los espejos. Y lo más importante: a dónde dirigirse.

Giró sobre sí misma y vio un rastro de luz tenue que flotaba. Era como un camino. Tal vez Día y Mab se las habían ingeniado de esta

forma para guiar a quienes cruzaran. Sacó las dagas y lo siguió, a falta de algo mejor.

Llegó hasta un puente que cruzaba un río de aguas plateadas. Las luces —que resultaron ser luciérnagas— conducían al otro lado. Al caminar sobre lo que parecía piedra, se fijó en que el agua no era líquida. Era gaseosa, un vapor de corrientes.

Siguió adelante hasta hallarse en medio de una planicie de niebla y oscuridad, con algunos espejos viejos y rotos que eran la única fuente de luz aparte de las luciérnagas.

Mab estaba allí, en el suelo, con la mano en el costado sangrante.

—¡Mab!

Corrió hacia ella, deteniéndose en seco cuando, tras uno de los espejos salió Kai, espada en una mano, bolsa tintineante en otra. Y, tras él, cuerpos. A Elsa se le heló la sangre. Pertenecían a aquellos que habían prometido proteger. No se detuvo a preguntarse cómo había logrado Kai matar a un gigante allí, sin su magia. Las manchas rojas que cubrían su rostro eran respuesta suficiente.

—Te has vuelto loco —musitó.

—Llámalo como quieras. Yo he sabido aprovechar lo que se me ha otorgado, no como tú y ese idiota de Jack. Sois unos necios y, por desgracia para vosotros, acabaréis como ellos.

La joven levantó las dagas en posición de defensa.

—No será ahora, Ealasaid.

Por un momento, la joven se quedó paralizada. Su antiguo amigo jamás la había llamado así.

—Eso lo decidiré yo.

Se lanzó a por él, pero Kai detuvo su ataque con facilidad y la repelió bruscamente. La reina volvió a la carga, lanzó sendas estocadas al aire, intentando herirle sin éxito. Fue ella quien se llevó un buen corte en la tripa y, de una patada, Kai la lanzó junto a Mab.

—No estoy para perder el tiempo. Nos veremos pronto, Ealasaid. Recuerdos al idiota.

La chica se giró ignorando el dolor lacerante, mas él ya había desaparecido de su vista.

Capítulo 74

La superficie del espejo no reflejaba el poder que contenía y a través de él solo podía ver el reflejo de las copas de los árboles a su alrededor, mientras la ansiedad crecía dentro de sí.

No dejaba de recordar sus labios sobre los de Elsa en ese beso tan fugaz como el zumbido de un insecto. Más que aliviar, ese contacto había aumentado la necesidad que tenía de saborearla.

Solo podía pensar en Kai y, por mucho que le hubieran insistido en que en el mundo de los espejos nadie tenía poderes, no podía evitar preocuparse por ella.

Tampoco podía apartar de sí el pensamiento de que todo su esfuerzo reuniendo los fragmentos no había servido de nada si, de algún modo, Kai conseguía hacerse con ellos.

Suspiró y se puso en pie para estirar las piernas. Paseó por el claro con el espejo entre las manos sudorosas. Al final lo dejó de nuevo en el suelo y se sentó junto a él sin saber qué hacer.

El sentimiento de derrota no hacía más que apoderarse de él. No había conocido a la anterior Reina de las Nieves, pero era muy poderosa y no lo dudaba teniendo en cuenta que Kai, Elsa y él lo eran por separado. Y además estaban los fragmentos por el mundo.

Elsa había conseguido enfrentarse a esa reina y derrotarla. Según ella, había sido pura suerte, pero Kai era diferente.

Había sumido al mundo en una noche eterna y no habían podido hacer otra cosa que contemplar cómo lo hacía.

Jack se estremeció cuando la temperatura se hizo más fría, tanto que incluso él lo pudo sentir en la piel. Era una sensación dolorosa, oscura. Un miedo pegajoso se apoderó de él y el aro del astro diurno se apagó un poco más.

A su alrededor los copos de nieve seguían cayendo, pero incluso

su magia perdía brillo.

Miró el espejo, esperando que Elsa saliera de él y le explicara qué había pasado.

«¿Y si está muerta?».

Se incorporó con un nudo en la garganta.

«No, no, no…».

Pero si había conseguido su fragmento. Si el cambio en el mundo era a causa de la muerte de la Reina de las Nieves.

Se llevó las manos al rostro. La impotencia ardía dentro de él con rabia y se sorprendió lanzando una ola de copos de nieve hacia la nada.

Gritó de frustración y se dejó caer otra vez junto al espejo.

—Elsa, ¿dónde estás?

No obtuvo respuesta, pero junto a él el aire se enrareció y cambió, dando paso a un portal. El menor de los Frost se incorporó con el espejo aferrado contra su pecho y se preparó para defenderse.

Mas quien salió del portal no era un enemigo.

—¿Dermin?

Capítulo 75

Elsa ayudó a Mab a levantarse. Ambas sangraban, pero al menos no eran heridas graves.

—¿Puedes caminar? —le preguntó la reina.

—Sí…

El hada se apoyó en ella, dagas en mano por si acaso, y juntas emprendieron el camino por donde Elsa había llegado. Mab se dejó guiar.

—Creía que vendría Día, no tú.

Mab chasqueó la lengua de mala manera.

—Lo insinuó. Pero todo lo que está pasando es por mi culpa. Soy yo quien debe enfrentarse a ello y arreglarlo.

—También es culpa mía…

Dejaron atrás el claro donde se habían enfrentado a Kai y Elsa se detuvo unos instantes, pensativa. Recordaba haber cruzado un puente con un peculiar río. Miró a uno y otro lado. Derecha e izquierda. Tenía que estar a la izquierda, sí. Le sonaba más ese camino que el otro, donde había un árbol de espejos que no recordaba.

—Si yo no le hubiera dado tanto poder a una malvada mujer, tu amigo no habría sido secuestrado, y tú no te hubieras visto obligada a enfrentarte a ella.

—Me enfrenté a ella porque quise, Mab. Fue decisión mía. Nadie me obligó.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—No puedes culparte por haber sido engañada. Todos cometemos errores.

La otra chica suspiró.

—Las hadas no deberíamos cometerlos.

—Tampoco vosotras sois perfectas. ¡Día me borró la memoria

cuando iba a buscar a Kai!

A Mab se le escapó una risilla. Llegaron al puente y lo cruzaron a paso lento. Elsa sentía cada vez más el peso de su amiga sobre ella.

—¿En serio?

—Se suponía que iba a hacer un hechizo de orientación o algo así.

—Por todo el polvo de hadas. ¡Ese hechizo es de los primeros que aprendemos! ¿Cómo pudo cometer un error así?

Elsa se limitó a encogerse de hombros y Mab guardó silencio, comprendiendo lo que la joven pretendía que viera. Hasta su compañera había creado un problema, mas lo había reparado. Como debía hacer ella.

«De todas formas no es lo mismo. Yo creé un ser maligno que aisló a todo un reino. Y por ella, ahora hay otro aún peor», se dijo el hada.

Pasó un rato hasta que Elsa rompió la calma que las envolvía. Seguía su instinto y parecían ir por el camino correcto, aunque no estaba segura de poder asegurarlo.

—La otra noche hubo un eclipse lunar y volvió a pasarme, desaparecí y…

—Ya os expliqué que en ti funciona de forma diferente que en Jack o Kai.

—Sí, sí. —La joven de cabello celeste hizo un movimiento de cabeza—. Mas en esta ocasión, Jack desapareció conmigo.

Mab la miró, confundida.

—Eso sí que no me lo esperaba. No tiene sentido, salvo que estuviera tocándote y tu poder pasara a él y… —Calló al ver que Elsa se sonrojaba y se imaginó lo que pudo haber estado pasando entre ellos—. Vaya, vaya…

—Lo que quiero preguntarte, en realidad, es por qué cuando acabó el eclipse no volvimos a donde estábamos. Permanecimos en el lugar en el que habíamos aparecido.

—Ah, ya. Mi magia no te mantiene atada a Corona de Hielo como antes. Así que los eclipses provocan que vayas allí donde hay un fragmento de espejo, pero no que regreses de vuelta.

—Así que los eclipses eran lo suficientemente poderosos como para dejarme salir del reino, pero no lo bastante como para impedirme volver.

—Como pasaba con la Reina de las Nieves y su espejo. —Mab se detuvo, obligando a su compañera a hacerlo. Miró a varios lados—. ¿No crees que ya hemos pasado antes por aquí?

Elsa barrió el lugar con sus ojos. Vio el árbol de espejos y se quedó paralizada.

—No puede ser. Ese árbol estaba antes del puente que cruzamos, y no hemos vuelto a hacerlo.

—¿Es el mismo?

La reina se fijó en las ramas irregulares. Podría ser otro, pero algo le decía que se trataba del mismo árbol.

—Nos hemos perdido —confirmó, suspirando—. ¿Tú no sabes cómo salir de aquí?

—Día no me dio ninguna indicación. Tan solo me dijo que encontraría el camino cuando lo necesitara, y me empujó hacia el espejo.

Elsa apretó los labios para contener una carcajada con solo imaginarse la escena.

—¿Y tú? —inquirió el hada, sentándose en el suelo, cansada—. ¿Cómo lo hiciste la otra vez? ¿Tuviste suerte?

—Tuve un guía. Supongo que fue suerte. —Se encogió de hombros, girando sobre sí misma en busca de una solución, una señal, algo que le indicara por dónde ir.

Y la halló.

Una música.

Un revoloteo.

Mab se levantó, entre gemidos de dolor, poniéndose en guardia con una de las dagas de Elsa. La otra se la tendió a su amiga.

—No hará falta.

Sin embargo, el hada se mantuvo en su posición, hasta que sus ojos vieron a una mariposa hecha de espejos. Ladeó la cabeza, evaluando si ese insecto podía causarles problemas.

La mariposa revoloteó alrededor de ellas y luego se perdió entre la niebla. Elsa cogió la mano de Mab y la llevó consigo.

—¡Vamos! Nos está indicando el camino.

—¿Estás segura? Igual nos está llevando a nuestra perdición…

—Confía en mí.

Cruzaron una arboleda de espejos viejos, un lago de fragmentos de plata y vieron a lo lejos un palacio hecho también de espejos.

Mas la mariposa las condujo por un camino hasta llegar ante un espejo que Elsa reconoció.

—A través de este llegué a Corona de Hielo.

Capítulo 76

El lobo se abalanzó sobre su hermano y le lamió la cara. Jack lo envolvió entre sus brazos y le besó el pelaje húmedo de nieve. Dermin le cogió la manga de la camisa y tironeó de él hacia el portal.

Al otro lado se veía Corona de Hielo, donde la magia todavía resplandecía. Él dio un paso atrás, pero el animal insistió.

—Elsa, ella…

Dermin sacudió la cabeza en un gesto que Jack tradujo como que su hermano ponía los ojos en blanco.

Pensó en beber del agua parlante para comunicarse con él, pero ante la insistencia del animal decidió coger el espejo y seguirle al otro lado.

Aparecieron en la antigua sala del trono del palacio de Corona de Hielo. En la amplia mesa que Elsa había dispuesto para las reuniones había frutas invernales en una gran fuente de plata. El resto de la superficie de madera estaba cubierta de objetos. Desde mapas que mostraban reinos desconocidos, hasta anotaciones en letra rápida. También frascos, dibujos y libros en lo que supuso que sería la lengua de las hadas.

Las letras brillaban y tenían diéresis y florituras. Se acercó para acariciar las letras que bailoteando bajo sus dedos, haciéndole dar un respingo.

—El féerico es escurridizo para los no mágicos. —La voz de Día a su espalda le hizo apartar la mano del tomo como si le quemara.

Al instante, las letras se recolocaron en su lugar correspondiente con un siseo molesto, como si estuvieran ofendidas por la intromisión del chico.

—A decir verdad, también para las hadas madrinas —añadió por lo bajo, cerrando el libro.

—¿Por qué estoy aquí?

—¿Esa es la respuesta que quieres?

—No. ¿Dónde está Elsa?

—En sus aposentos.

Jack, sin añadir más, caminó a toda prisa hacia la puerta de la sala, directo hacia la reina.

—Querido, querido… —Día se plantó frente a él levitando envuelta en polvos de hada y le puso una mano en el pecho para detenerlo—. Necesita descansar. Han pasado… cosas.

—¿Está bien?

—Lo estará. ¡Lo está! —añadió al ver la alarma en el gesto del muchacho—. Por todo el polvo de hadas, muchacho, estás…

—¡Jack!

—¡Elsa!

Día los miró con ternura mientras se echaban uno en brazos de la otra. Dermin ladeó la cabeza con afecto.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? Pensaba que… —Los ojos de Jack se llenaron de lágrimas.

—¿Estabas preocupado por mí? —Elsa le puso ambas manos en el rostro.

—¿Cómo no iba a estarlo?

—Oh, Jack…

La chica se acercó aún más a él y aspiró su aroma, la frialdad reconfortante de su cuerpo tan cerca del suyo. Cerró los ojos unos segundos y oyó un carraspeo.

Mab los observaba desde el umbral de la puerta con una mueca.

Jack se dio cuenta de la cercanía de Elsa y de que eran el centro de atención. Tragó saliva y deslizó sus dedos una vez más del hombro de la chica al cabello sedoso, antes de dar un paso hacia atrás.

—Un hada madrina a la que el amor le incomoda. No puedo entender cómo te dieron el título —masculló Día.

—Lamento ser muy consciente del conflicto que tenemos como para prestarle atención a los asuntos del corazón —replicó Mab con ironía.

—Tiene sentido de que seas consciente, cuando este sigue siendo tu problema.

—Como no dejas de recordarme.

—Pero sigo aquí.

—*Pirqui siy li mis pirficti dil mindi* —dijo Mab por lo bajo.

—Te he oído.

Dermin bufó en lo que sonó como una carcajada.

—Pero es cierto. Tenemos asuntos urgentes que atender —dijo Elsa, apartándose de Jack.

Se sentaron alrededor de la mesa y la Reina de las Nieves dio un largo suspiro. El pesar se reflejó ahora en sus ojos turquesa se mordió el labio.

—Tenemos que detener a Kai.

—Eso lo tenemos claro —contestó Jack.

Dermin, a su lado, apoyó la cabeza en sus piernas y el muchacho le acarició de forma distraída. Elsa bajó la mirada y tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—¿Qué ha pasado en el mundo de los espejos? —preguntó el menor de los Frost, al fin, no aguantando más el nerviosismo que le carcomía.

La reina alzó la mirada con los ojos vidriosos y dijo con voz temblorosa:

—Jack. Hemos perdido. Kai tiene todos los fragmentos.

Capítulo 77

—*Casi* todos los fragmentos —apuntó Mab.

Jack suspiró. Ya había supuesto que las cosas no habían salido bien. Pero al menos Elsa estaba allí, sana.

«Y Mab», se apresuró a añadir para sus adentros, como si el hada pudiera escucharle y ofenderse.

La reina tenía la cabeza apoyada en sus manos, y se frotaba el pelo, despeinándose. No veía salida. Quedaba enfrentarse a Kai y ello solo podía acabar de una forma: o ellos, o él. ¿Cómo habían llegado a eso?

—Sigo sin poder creer lo que está pasando —manifestó en voz alta —. Kai es… era un chico dulce y atento. ¿Cómo ha podido volverse así?

—El ansia de poder puede corromper hasta a la persona más buena —respondió Mab jugueteando con una manzana azul entre los dedos, sin mirar a nadie, solo a la fruta.

—Pero él… —insistió Elsa.

—Creo que tengo la respuesta —intervino Día, acaparando la atención de los presentes.

Mas no continuó hablando, al ver que Jack había sacado una botella de cristal de su bolsa y bebía para luego tendérsela a Elsa, que la miró sin comprender.

—Es agua de la Laguna Parlante.

Y la reina posó sus ojos en Dermin al tiempo que la cogía. Iban a poder hablar con él después de años sin verle, de semanas estando a su lado, compartiendo tanto en conversaciones en las que solo había una voz. La de ella.

Bebió y dejó la botella frente a sí, sin apartar la mirada de él. El lobo giraba la cabeza de ella a él y de él a ella.

—Sé que estáis ansiosos por escuchar mi portentosa voz, pero ahora mismo hay asuntos más importantes.

Jack saltó de la silla para abrazar a su hermano, mientras Elsa se carcajeaba con lágrimas en los ojos. Mab dejó la manzana a un lado y tamborileó con los dedos en un gesto de impaciencia, mientras recibía una mirada de reproche por parte de Día, que esperaba paciente a que los chicos estuvieran listos para escucharla.

—Lo siento —se excusó Jack, regresando a su asiento.

Dermin brincó a una silla vacía.

—Así estoy a vuestra altura.

Su hermano soltó una risilla, pero ante el resoplido de frustración de Mab, se puso serio y escuchó lo que Día tenía que explicarles.

—El fragmento que vosotros recibisteis pertenecía al espejo de la reina. Mas el que llegó a Kai, formaba parte de su corazón malvado.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Elsa, aunque estaba comprendiendo a dónde quería llegar el hada.

—Su pedazo era bastante grande, suficiente para albergar la esencia maligna de la reina, que ahora forma parte de él.

—¡Entonces podemos salvarle! —La joven se levantó apoyando las manos sobre la mesa, con un brillo de esperanza cruzando su rostro.

—No es tan sencillo —terció Mab, que había recuperado la manzana y la pasaba de una mano a otra—. Kai no luchó contra esa maldad. Como ha dicho Día, ahora forma parte de él. Ahora, es como la antigua reina.

—Pero se le puede quitar ese fragmento, y los demás que ha conseguido —propuso Jack—. Igual que íbamos a hacer con los demás huéspedes sin dañarlos.

—Debéis entender que no es lo mismo un fragmento de espejo con poder, como es vuestro caso y el de otros, a uno con la esencia del espíritu de una persona. Es complejo —explicó Día—. Algunas de las personas a las que Kai asesinó eran como él. Solo que él fue más rápido. La única forma de detenerlas era acabando con su vida.

Elsa volvió a sentarse. La esperanza se había apagado. Tal y como había sospechado, solo había un final: o ellos, o Kai.

—Mas todavía nos queda una oportunidad. Aún le falta un fragmento.

Los dos chicos miraron a Mab sin comprender. Cuando terminaron en el Reino Diminuto habían revisado el mapa, y no quedaban polvos brillando en él en ninguno de los reinos mágicos.

El hada dio un bocado a la manzana y la dejó a un lado. Extendió bien uno de los mapas y pasó la mano sobre él. Un brillo nació en el Bosque de las Hadas.

—¿Por qué no aparecía en el que nos diste? —preguntó Jack.

—Porque no pensaba que llegaríamos a este punto. Creía que detendríamos a Kai antes de que se hiciera con todos los fragmentos de espejo. Solo quedan este y los vuestros —respondió Mab sin mirarlos.

—Entonces están al tanto de lo que está sucediendo y por qué —intuyó Día, hablando solo a su compañera, que asintió con pesar.

—Tuve que informar, aunque ello suponga mi destitución como hada madrina.

La otra hada se acercó a ella y le puso la mano sobre el hombro.

—Hiciste lo correcto, Mab.

Elsa se compadeció de la chica. Ser hada madrina había sido su sueño, y por un error se iba a ver truncado. ¿Qué le pasaría? ¿Cómo la castigarían?

—Entonces no todo está perdido —dijo Dermin—. Podéis ganarle todavía.

Elsa asintió, levantándose.

—Podemos y lo haremos. Iremos ahora mismo al Bosque de las Hadas y detendremos a Kai de una vez.

La joven tenía miedo, mas no tenían más opción. Apoyar a las hadas, impedir que su antiguo amigo se hiciera con el antepenúltimo fragmento. Salvar a los reinos mágicos de una noche eterna, de un invierno capaz de arrebatar vidas con su sola presencia.

—No tenéis por qué venir. Esto es…

—Si vuelves a decir que es culpa tuya, te congelaré la lengua —amenazó la reina a Mab—. Estamos todos juntos.

—Alguien debe quedarse protegiendo el reino y manteniendo el hechizo. Si no saliera bien, necesitáis una rápida vía de escape y un lugar seguro al que acudir —argumentó el lobo.

—Tú y yo nos quedaremos —propuso Día.

Dermin quería ir junto a su hermano y Elsa, mas era consciente de que sería de poca ayuda. Jack se levantó también, apoyando la decisión tomada.

—Se ha terminado el invierno negro —declaró la Reina de las Nieves.

Capítulo 78

El hecho de que todavía quedara un fragmento debería haberle llenado de esperanza, pero Jack sentía una opresión en el pecho. Un temor silencioso que vibraba en su vientre y le retorcía las entrañas.

Kai tenía todos los fragmentos menos uno. Sin contar con el de Elsa y el de él.

«Sois los siguientes».

Escuchó la voz malvada de Kai en su interior, como si de algún modo el chico pudiera sondear las mentes de sus adversarios.

Se estremeció y apartó esos pensamientos de sí, mientras Elsa le daba la mano. Frente a ellos se abrió un portal. Día se apartó de su creación junto a Dermin.

—Tened mucho cuidado —dijo el lobo, adelantándose.

Jack se puso en cuclillas poniendo su rostro pegado al de él.

—Y vosotros también.

El animal le dio un lametón en el rostro y el menor de los Frost le besó la cabeza antes de darse media vuelta y dirigirse hacia el portal. Elsa también se despidió de Dermin. Compartieron unos susurros al tiempo que ambas miradas volvían al menor de los Frost. Jack les miró preguntándose qué se habrían dicho.

—¿Estáis listos? —preguntó Mab, frente a ellos, tragando saliva.

Elsa y Jack se dieron la mano y la siguieron al otro lado.

Y entonces todo cambió.

El silencio dio paso a los gritos. El ambiente reconfortante de palacio al invierno negro. Y la ansiedad se convirtió en una masa que le inundó el pecho.

Jack buscó con la mirada a Elsa, que tenía el mismo horror en el rostro.

—¡Vamos! Deprisa, algo no va bien.

Estaban en el centro de un bosque nevado. Hubiera podido perderse en los detalles de los árboles de colores, con polvo brillante flotando en el aire, de no ser por el horror que se gestaba al otro lado de la arboleda. O de las esquirlas oscuras que pretendían ser nieve, pero que nada tenían que ver con la magia limpia y brillante de Jack.

Corrieron a través del bosque hasta alcanzar la ciudad de las hadas. El frío era enfermizo, penetraba entre los poros de la piel como un fuego helado y parecía querer anidar dentro de cada criatura.

Los árboles del lugar estaban, en su mayoría, destruidos. Las hadas se enfrentaban a…

—Un momento, ¿qué es eso? —Elsa dio un paso instintivo hacia atrás.

Jack no podía apartar la mirada de aquellas sombras que formaban figuras que luchaban contra las hadas. En su mayoría componían mariposas que se mimetizaban entre la oscuridad y destruían todo a su paso.

—Son como la del mundo de los espejos —murmuró Mab mordiéndose el labio.

—Pero compuestas de oscuridad.

Jack no dijo nada. No había estado en el mundo de los espejos y en ese momento era en lo que menos pensaba. Se elevó en el aire. Lanzó una ola de nieve hacia una de las mariposas que quedó destruida entre volutas.

Frunció el ceño cuando estas se recompusieron y el ser sombrío se lanzó a por él.

Elsa le lanzó una cuchilla de hielo y sus sombras se disiparon para reunirse de nuevo. Mab se adelantó entonces y se enfrentó al animal.

—Yo me ocupo de esto. Tenéis que encontrar el fragmento.

Jack descendió, tomó a Elsa de la cintura y volvió a elevarse en el aire. Los dos podían sentir aquel tirón, aquella fuerza que los llamaba y a su misma vez les provocaba repulsión.

Kai estaba cerca de ellos, podían sentirlo en el aire. El chico se alzó un poco más y Elsa se aferró a él con fuerza.

—No tengas miedo, pequeña Elsa.

—No lo tengo. No contigo.

Jack sintió que se sonrojaba. No podía dejar que la sensación de su cuerpo apretado contra el suyo cambiara su determinación. Ni lo que estaba pasando ahí abajo.

Las hadas se enfrentaban sin éxito a la magia oscura de Kai, al que

imaginaba buscando el último fragmento con desesperación. Con rabia si no lo conseguía pronto.

El chico había descrito una vez lo que sentía cerca de los otros fragmentos, que le producía dolor no hacerse con ellos. No podía saber si el dolor se haría más grande a medida que completaba su caza de cristales, pero era una posibilidad.

Al fin sintieron el tirón con más fuerza, casi como si pudieran ser atraídos por él de un momento a otro.

Se miraron y asintieron antes de descender.

Estaban en un claro que hacía la vez de plaza. Frente al edificio más curioso y majestuoso que ambos hubieran visto. Era un palacio, erigido alrededor de un gigantesco árbol. Sus torres estaban cubiertas de hiedra, ahora ennegrecida por el invierno negro. Las flores estaban muertas en el camino de la entrada y a ambos lados reposaban cuerpos de hadas sin vida.

Oyeron un estruendo y una voluta negra atravesó la construcción del palacio. Las piedras saltaron por los aires. Elsa los envolvió en un muro de hielo para cubrirse de los cascotes.

Cuando lo deshizo, había una gran entrada frente a ellos. Al otro lado solo oscuridad y una luz que brillaba.

Elsa creó hielo a sus pies y las cuchillas se materializaron en las botas de ambos cuando fueron a toda prisa al lugar del que provenía la luz.

Kai estaba en un lado de una sala amplia iluminada por una mujer, cuyo cuerpo resplandecía.

—Como quieras, hadita —siseó con maldad el chico.

Alzó la mano y de esta salieron aquellos copos deformes, oscuros, densos y opresivos como toda la sombra que los rodeaba.

—¡Kai, no! —Elsa se adelantó.

Una ola de sombra la golpeó echándola hacia atrás.

—Llevo sintiendo vuestra maldita presencia desde que habéis llegado. —Ni siquiera los miró mientras pronunciaba estas palabras—. Me temo que ya no podéis detenerme.

Las volutas seguían saliendo como un torrente. El hada resplandeciente parecía en trance, ajena a lo que estaba pasando, demasiado concentrada en mantener su luz.

Jack dio un paso hacia delante e invocó su poder. Sus copos de nieve se arremolinaron. Elsa le dio la mano y con la otra invocó su magia. Sus poderes se entrelazaron, se unieron y empezaron a crear

algo nuevo juntos.

Pero era tarde.

Un gigante de oscuridad se materializó frente a ellos y atacó. Un gólem de nieve y hielo cobró vida y se enzarzó contra las sombras.

Elsa asintió intercambiando una rápida mirada con Jack. Este se elevó y fue directo hacia el hada, pero esta dejó de brillar de repente.

—¡No!

—Ya lo creo que sí. —Kai sonrió y con un movimiento de su mano el pecho del hada se resquebrajó—. No temas, Frost, pronto llegará vuestro turno.

Todo sucedió muy deprisa. Y, al mismo tiempo, fue como verlo muy despacio. El cuerpo del hada cayó sin vida en el suelo. El crujido de sus huesos al romperse hizo que Jack sintiera un dolor físico en su interior.

En el mismo instante el gigante de sombras se desvaneció, llevándose consigo a las mariposas oscuras.

Kai se había desvanecido.

El Bosque de las Hadas quedó cubierto de muerte y con la presencia imbatible del invierno negro.

Capítulo 79

Cuando Elsa cerraba los ojos, veía el horror.

Olía la sangre.

Escuchaba la muerte.

Día los había obligado a ir a descansar, después de que entre los tres le relataran lo sucedido con parcas palabras. Apenas habían sido capaces de hablar. De levantar la mirada.

La reina se hallaba sentada en la cama con la mirada perdida. Su cuerpo le pedía a gritos reposo. Su mente se lo impedía. Los recuerdos recientes la acosaban convertidos en pesadillas que, sabía, la acompañarían por las noches.

No quería cerrar los ojos, ni estar sumida en la oscuridad. El cuerpo todavía le temblaba, testigo de la atrocidad cometida por Kai.

«Él no es Kai», se dijo. «Es un monstruo».

Se dio un baño de flores invernales que logró calmar su agitación física, aunque no la mental. Luego se colocó un cómodo vestido que se abría en el centro mostrando un pantalón a juego. Era de manga larga y cuello abierto, de una tela fina celeste, pues ella, al ser ahora la Reina de las Nieves, no necesitaba más. Se calzó con unas cómodas botas de tacón blancas y salió de su habitación.

En un primer momento pensó en dirigirse a la habitación de Jack, en buscar su calor, sus brazos, y olvidarse de lo que estaban viviendo. Mas si él había logrado conciliar el sueño o si estaba con su hermano, no quería molestar. Por lo que se encaminó a la sala del trono, oscura y vacía, salvo por los libros y mapas que todavía reposaban allí, y el frutero a rebosar. Se sentó, cogió una pera blanca y le dio un pequeño mordisco, más por entretenerse con algo que por tener hambre. Su mirada paseó por los reinos mágicos mientras masticaba con parsimonia el dulce fruto hasta detenerse en el Reino de Nadie. Todos

los reinos caerían como aquel si no lo impedían. Pero ¿había forma de detenerle? ¿Podrían ellos dos solos hacerle frente con todo el poder que había acumulado?

Elsa se levantó y se alejó de la mesa. Extendió los brazos y creó un gólem de hielo. Un enorme lobo capaz de partir en dos de un mordisco incluso a un gigante. Los incitó a enfrentarse a ella, que creó una muralla punzante entre ella y sus adversarios. Los atacó con flechas gélidas utilizando tan solo sus oídos y su instinto. Y cuando estaba a punto de hacer alarde de su gran poder de hielo, escuchó una voz:

—Cansarte hasta desmayarte no conseguirá nada.

La reina destruyó sus creaciones con un movimiento de mano y se giró para encararse a Mab. No tenía buen aspecto. Se podía apreciar el tormento que recorría su interior.

—No puedo dormir sin ver todos esos cuerpos… —No continuó por no meter el dedo en la herida.

Era consciente de lo que tenía que ser para el hada haber presenciado aquella masacre.

Mab se acercó a la mesa y se sentó sobre ella sin ningún miramiento con los mapas.

—Puedo ayudarte. Hay un hechizo que permite dormir sin soñar.

—¿Y no se te ha ocurrido usarlo contigo? —Elsa se acercó a ella.

El hada chasqueó la lengua sin responder. Desvió la mirada con la que recorrió la sala antes de posarla de nuevo en la chica.

—Te necesitaremos en pleno uso de tus facultades. Cuando él decida venir…

—… estaré preparada.

—Y para ello debes descansar.

—Está bien. Solo si tú lo haces.

Mab se inclinó hacia atrás, alzando los ojos al techo de hielo.

—Todo lo que ha sucedido…

—Basta. No pienso volver a escuchar cómo te victimizas. Puedes seguir haciéndolo, claro, o puedes ponerle remedio. —Elsa dio unos pasos hacia atrás, en dirección a la puerta que conducía al interior del palacio. El hada clavó la mirada en sus ojos turquesa—. Descansar y prepararte con nosotros para lo que está por llegar. Lamentarte no sirve de nada, Mab, tan solo para caer en un bucle del que no es fácil salir. Siempre has luchado para enmendar tu error. Debes seguir haciéndolo. Y nosotros estaremos a tu lado.

»Acepto ese hechizo. Espero que también hagas uso de él.

Elsa le dio la espalda y, antes de salir, sintió la caricia del polvo de hadas en su nuca, liberándola de los espeluznantes recuerdos que su antiguo amigo había creado.

Capítulo 80

Jack caminó por el pasillo en silencio. Todavía se sentía cansado, pero tenían que planificar su siguiente movimiento. A su lado caminaba Dermin, emitiendo chasquidos con las uñas en el suelo pulido. El joven había intentado dormir, pero había pasado horas en el silencio de su habitación, con la compañía de su hermano, sin lograr dar más que un par de cabezadas.

Su objetivo eran los aposentos de Elsa. Llamó a la puerta y escuchó que ella le invitaba a entrar. Dermin le siguió, el sonido de sus patas quedó amortiguado en una alfombra mullida en la que el animal se tumbó dejando un espacio entre él y los jóvenes.

El menor de los Frost pudo imaginar su expresión burlona alzando una ceja. Tragó saliva. Su hermano se sacudió el pelaje y tras un bostezo se dirigió al balcón. Se quedó allí fingiendo admirar el reino. Jack sonrió comprendiendo que pretendía darles intimidad y se volvió hacia el lugar en que estaba la Reina de las Nieves. Elsa estaba de espaldas a él, en un tocador trenzándose el pelo. Su expresión era cansada, pero firme. La corona helada reposaba frente a ella sobre la mesa y su reflejo chispeaba en el espejo.

Se situó a su espalda y ella echó la cabeza hacia atrás para mirarle. Su cabello le rozó el vientre y se mordió el labio con suavidad.

«Por todas las esquirlas de hielo…».

El deseo ardía en su cuerpo gélido, pero no se movió. Sus dedos actuaron por instinto propio y se deslizaron por la curva de su cuello, camino de los hombros desnudos.

El pulso se le aceleró.

—¿Cómo estás? —Su voz sonó más ronca de lo que pretendía.

Los ojos de ella estaban impregnados de la misma necesidad que

él sentía, pero la reina suspiró y volvió su mirada al reflejo. Allí, sus ojos se encontraron de nuevo. Jack detuvo el baile de sus dedos sobre las clavículas. Elsa sonrió.

—Contigo siempre estoy un poco mejor.

Se puso en pie despacio y el portador del invierno tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la compostura. Le rodeó el cuello con los brazos, el contacto de sus manos heladas creó surcos fríos de deseo sobre su piel mientras las enredaba en sus cabellos blancos.

Le empujó hacia su rostro y le besó.

Sintió la boca entreabierta de ella contra la suya y se le escapó un suave gemido antes de saborearla. Su sabor invernal, el frío contacto de su lengua en la suya, mientras sus corazones ardían.

Entonces se oyeron unos toquecitos en la puerta seguidos de Mab entrando a toda prisa, con una Día regañándola desde detrás.

—¡No puedes entrar así!, ¿y si está…? —Su voz se ahogó cuando vio a los jóvenes.

Se habían separado, pero tenían las mejillas teñidas de rubor y Elsa aún llevaba la trenza a medio hacer. Las hadas se miraron y Mab negó con la cabeza.

—Ni una palabra —ordenó la Reina de las Nieves.

Ambas se cubrieron la boca simulando una cremallera.

Día se removió inquieta en su sitio y avanzó un paso antes de decir:

—Tenemos que hablar.

Ambos asintieron y se dirigieron tras las hadas a la sala de reuniones. Dermin alcanzó a Jack y le rozó la mano con el hocico.

—Qué inoportuna —le susurró.

—Shhhh —Jack enrojeció.

Elsa les miró extrañada. Probablemente ella solo había escuchado un gruñido de humor por parte del lobo.

La sala del trono estaba iluminada por la magia de todos ellos y el resplandor que emitía era azulado y acogedor. Ocuparon cada uno una silla y se miraron con gravedad. Jack le tendió el frasquito de agua parlante a Elsa. A él todavía le duraban los efectos tras pasar toda la noche charlando con su hermano.

—Es cuestión de tiempo que Kai venga a por los fragmentos que le faltan —empezó Mab.

—Tenemos que evitar que venga aquí, toda esta gente no merece ser masacrada —dijo Elsa bajando la mirada.

—Elsa, aunque eso pasara, no sería culpa tuya. —Dermin había avanzado hasta situarse a su lado—. Eres una buena reina.

—Pero tiene razón. Lo mejor es que vayamos nosotros allá donde esté y acabar con esto —intervino Jack intercambiando una mirada con el lobo.

El animal asintió en silencio con la cabeza.

—Está en el Reino de Nadie, como el nuevo soberano que es. —Día estaba revisando un mapa que tenía frente a sí.

—La gente de allí tampoco tiene por qué sufrir esto. ¿Habría alguna manera de atraerlo hacia otro lado o…?

Día le detuvo alzando una mano y suspiró. Elsa dejó escapar el aire entre sus labios.

—No queda nadie allí para sufrir nada, querido.

—Día tiene razón, cuando estuve allí no había rastro de personas —comentó la reina.

—Y las que se quedaron ya no tienen salvación. Están perdidas, sin alma. Kai se ha encargado de arrebatar toda la vida a ese reino. Así que la idea de Jack me parece buena.

—Es el lugar perfecto para ir a por él —corroboró Dermin.

—Si contamos con el factor sorpresa tenemos que irnos pronto —dijo Mab.

—¿Tenemos? —Jack la miró extrañado.

—Yo era el hada madrina de la antigua Reina de las Nieves. Os ayudaré.

—Es su obligación —corroboró Día—. Yo cuidaré de Corona de Hielo en vuestra ausencia y Dermin me ayudará.

—Pero…

Jack captó la desesperación en la voz de su hermano mayor y se incorporó. Se situó junto al animal y lo abrazó.

—Eres un lobo, Dermin.

—Y también tu hermano mayor.

—Lo vamos a conseguir.

Una lágrima se deslizó de uno de los ojos del animal y resbaló por su pelaje. Jack sintió el sabor de sus propias lágrimas y le besó en la cabeza.

—Dermin —Elsa se agachó junto a los hermanos—, Kai es poderoso, pero Jack y yo, juntos, somos más fuertes.

«Esperemos que eso sea cierto, pequeña Elsa», se dijo Jack.

El lobo los miró alternativamente y al final asintió.

—Lo comprendo. Y ya eres mayor para poder cuidar de ti mismo.

El portador del invierno le dedicó una sonrisa.

—Partiremos enseguida, de nosotros depende la salvación del mundo.

Día le puso la mano sobre el brazo a su compañera cuando esta terminó de hablar, tomando aire antes de decir:

—Recordad que el poder de Kai es oscuro, que proviene del mismísimo corazón de la malvada Reina de las Nieves. No cederá, no temerá, arrasará con lo que sea necesario para recuperar todo su poder. Y, si lo consigue, el mundo quedará por siempre atrapado en el invierno negro.

Capítulo 81

Aunque el Reino de Nadie hacía honor al nombre de su antiguo rey, ahora hacía honor al significado de aquella palabra.

Era un lugar yermo, lleno de lo que parecían ser cenizas, pero en realidad era una especie de nieve oscura, de sombras. Varios copos flotaban sin llegar a posarse con sus compañeros. La luz del astro rey era la única del reino, ahora ya apenas un faro lejano incapaz de atravesar la negrura. Ni siquiera el frasco de la Laguna Resplandeciente que pendía del cuello de Jack osaba emitir brillos entre aquella sombra malvada. Fue Mab la que iluminó el camino con luciérnagas flotantes que temblaban como si no quisieran estar allí.

El Arco Mágico de Día los había llevado a una zona despejada de casas, tras los terrenos del castillo que se erguía hacia lo alto, perdiéndose en la oscuridad.

Elsa se frotó las manos en un intento por calentarlas, aunque fuera irónico. Aquel frío antinatural se metía dentro de sus entrañas en realidad. No era algo que se sintiera en la piel, sino en el interior. Como cuando una bebida fría descendía por la garganta, enfriando lo que encontrara a su paso.

Llegaron hasta las puertas vacías de la enorme construcción donde, suponían por la descripción que hiciera Elsa cuando estuvo allí, encontrarían a Kai. No había guardias ni tampoco puertas. Tan solo un arco dando paso a la oscuridad.

Se miraron unos a otros, aunque la de Jack se detuvo unos instantes de más en la de ella, que le dedicó una sonrisa de ánimo, tanto para él como para sí misma.

La reina dio un paso hacia delante, para ser la primera en entrar, pero Mab la detuvo, negó con la cabeza y ocupó su lugar como guía. Tras ella entró Elsa y después Jack, cerrando la comitiva y bien atento

a sus espaldas, por si Kai les tuviera preparada alguna sorpresa.

Igual que ellos podían sentirle, eran conscientes de que su adversario ya habría notado su cercanía, aumentando su hambre de poder.

Encontraron la sala del trono vacía, salvo por la ingente silla que la joven viera en su anterior visita, y unas antorchas de fuego blanco y negro que apoyaban la débil luz solar. Aquella estancia carecía de techo, y aunque en los pasillos ya habían visto los copos negros flotar en el ambiente, allí eran más abundantes. Rozaban su piel provocando una dolorosa sensación que Jack evitó con un leve vendaval, apartando de sí las esquirlas.

—Tendremos que separarnos para buscarle —musitó Mab, no muy convencida de sus palabras.

—No será necesario —dijo una voz gélida a sus espaldas.

Se giraron preparados.

Kai los miraba con una sonrisa burlona y maléfica, con las manos en los bolsillos de unos pantalones negros. También una camisa oscura de cuello alto. Su pelo era tan oscuro que se confundía con las mismísimas sombras, y sus ojos ahora eran grises, carentes de la calidez que un día formara parte del joven.

—Gracias por ahorrarme las molestias de tener que entrar en Corona de Hielo por la fuerza. Aunque, puestos a agradecer, también tendría que hacerlo por reunir los fragmentos que yo no podía conseguir y ofrecérmelos en bandeja.

—¿De qué estás hablando? —escupió Mab con desprecio.

—Observé a la parejita en el Reino del Piélago. Tenía interés por saber qué hacían con los fragmentos que conseguían. —Elsa y Jack intercambiaron sendas miradas de comprensión. Por eso siguieron notando su presencia. Pensaron que eran los resquicios de su paso por allí, pero en realidad era que estaba escondido, vigilándolos—. Cuando lo vi fue como un rayo de luz. No tenía más que esperar a que se hicieran con los trozos del Reino Diminuto en el que yo no podía entrar por carecer de sombras. Esa luz hace un daño que no os podéis ni imaginar. Esto —extendió los brazos en un intento por abarcar el Reino de Nadie— sí es vida.

—Ahórrate tus explicaciones para los gusanos que se darán un festín con tu cuerpo.

El hada lanzó polvo de hadas hacia el chico, mas este se echó a reír. Unas sombras le cubrieron, apagando la luz de Mab y haciéndole

desaparecer.

—No eres rival para mí, hadita. —Tuvieron que girarse con rapidez. Ahora estaba delante del trono—. Si no quieres acabar como tus hermanas, será mejor que dejes que nosotros nos encarguemos de esto.

—¡No voy a…!

La voz del hada se apagó cuando una gigantesca mariposa de sombras la envolvió con sus alas y la arrastró por los cielos lejos de allí.

—¡Mab! —gritó la pareja al unísono.

Jack cubrió el firmamento de nubes y provocó una nevada tal que hasta Elsa tuvo que hacer esfuerzos por soportarla. La reina le apoyó convirtiendo la nieve en esquirlas afiladas y, juntos, hicieron que cayeran a tal velocidad que pudieran atravesar cualquier cuerpo en menos de un parpadeo.

Una explosión de oscuridad los tumbó, separándolos varios metros, y la nevada se convirtió en algo parecido a las cenizas que dominaban el reino.

Kai caminó hacia ellos.

—Podemos hacer esto por las buenas. No habrá más muertes que las vuestras.

—¿Y qué pasará con los habitantes de los demás reinos? Sucumbirán ante el invierno negro —replicó Elsa, levantándose, clavando con furia sus ojos turquesa en los de él.

Sintió un vacío en su interior cuando su antiguo amigo le devolvió la mirada carente de emociones.

—Solo los más fuertes sobrevivirán, y juntos construiremos un único reino. —Se llevó la mano a la barbilla, mientras con la otra detenía, sin inmutarse, un nuevo ataque de Jack—. Todavía no he pensado el nombre. Reino Negro queda un tanto lúgubre, ¿no crees?

—No lo permitiremos.

Elsa invocó al hielo.

—En deferencia al pasado que compartimos juntos, puedo ofrecerte un lugar a mi lado, Ealasaid. —Le tendió la mano y ella detuvo su magia, anonadada—. Imagínalo. Un invierno eterno. Una oscuridad fría. Unas personas agradecidas por haber acabado con los débiles, que no son sino una enfermedad que hay que erradicar. Un nuevo mundo, en el que todos estarán a nuestros pies y podremos vivir como queramos. —Otro movimiento de mano, sin apartar sus

ojos de ella ni la que tenía tendida hacia Elsa. Una nube de sombras con hilos grises que formaron una figura femenina, parecida a ella, patinando libre ante cientos de personas que la aplaudían y alababan en gritos que no podía escuchar—. Donde tú serás una patinadora a la que todos se pegarán por contemplar embelesados. Lo que siempre has deseado.

—Elsa…

El susurro llegó lejano. La joven no podía apartar los ojos de lo que eran sus sueños desde que se deslizara por primera vez sobre el hielo. De conseguir el reconocimiento del mundo entero.

Mas la voz de Jack se hizo paso.

El recuerdo de sus besos y caricias, breves, escasas. Porque tenían un futuro por delante en el que compartirían mucho más.

Golpeó a Kai con una bola de hielo más grande que ella y corrió junto al portador del invierno, que se había deshecho de las sombras que lo asolaban mientras su enemigo hablaba.

—Lo he intentado hacer de buenas formas. No me habéis dejado opción.

No vieron a Kai, tan solo le escucharon.

Lo que sí alcanzaron a ver fue cómo los copos de oscuridad y las sombras se unían para formar algo tan gigantesco que se sintieron hormigas a punto de ser aplastadas. Una criatura de varios brazos, o patas como una araña. Con dos cuencas vacías en cuyo interior apreciaron un débil pálpito de luz, haciéndolo todavía más aterrador. Unas alas de mariposa que lejos de parecer inofensivas, sabían que con tan solo un movimiento podría ser fatal para ellos.

Aquel ser era tan solo un reflejo de lo que habitaba en el interior de Kai.

Capítulo 82

Tomó a Elsa de la cintura y ambos se alzaron envueltos en nieve y hielo, huyendo de la criatura, que se deslizaba entre la oscuridad a por ellos.

Trepaba por las sombras como si fuera una enorme tela de araña. Se acercaba cada vez más deprisa a ellos y Jack sintió que su piel se humedecía de sudor.

—Juntos podemos hacerlo —le dijo Elsa en un susurro.

Sintió el frío confortable del poder de ella creando una pista de hielo en el aire, que descendía en picado hacia el suelo. Sus pies hallaron el hielo sobre unas cuchillas gélidas y tomó la mano de la Reina de las Nieves antes de sonreír.

—Juntos podemos hacerlo —asintió.

Y se deslizaron por el hielo en la red que Elsa fabricaba mientras la recorrían. El siseo del hielo le recordaba al pasado, cuando eran rivales y no les preocupaba nada más que ser más hábil el uno que la otra.

Evitaron una pata oscura que separó sus manos, y recorrieron el hielo para volver a encontrarse. Jack lanzó hacia atrás una oleada de nieve que desestabilizó al animal y Elsa aprovechó para clavarle una estaca de hielo.

Entre las sombras se materializó la figura de Kai, esperándolos. Alzó las manos y dos más de aquellos grotescos monstruos alados emergieron de la nada, lanzándose a por la pareja.

—¿Os habéis fijado cómo juega el gato con el ratón antes de acabar con su agonía?

Su voz llegó de todas partes mientras él se desvanecía.

Jack levantó una mano y un muñeco de nieve del mismo tamaño de las arañas oscuras se alzó sobre ellas. Con un nuevo gesto le hizo

caer sobre el monstruo que se deshizo en sombras.

El portador del invierno respiraba con agitación. Se dio cuenta de que la otra araña alada venía a por él al mismo tiempo que se percató de que la que creía muerta volvía a materializarse.

Sintió un regusto amargo en la garganta al comprobar que no podía destruirlas.

Jadeó y se elevó en el aire. Arrojó una nevada que las dejó envueltas en el brillo de su magia y entonces tuvo una idea.

—¡Elsa! ¡Tenemos que crear reflejos como en…!

Oyó un grito desgarrador a su espalda y creyó que el mundo detenía su curso.

—Ya me he cansado. Basta de juegos, Ealasaid.

Jack se volvió a toda prisa para ver a Kai con los ojos grises llenos de sombras, la mano alzada en dirección a la Reina de las Nieves que se elevaba unos centímetros del suelo, atraída por la magia de su antiguo amigo.

El menor de los Frost sintió una rabia ascender por su vientre cuando vio el brillo negro en el pecho de la chica.

—¡No!

Y se deslizó por el aire tan deprisa como atravesaba tan solo unos meses atrás la laguna helada. Se situó entre el chico y Elsa que quiso detenerle, pero no podía moverse. Kai sonrió con malicia y con un movimiento de la mano alejó a la Reina de las Nieves que cayó a unos metros, asegurándose así de que fuera testigo de lo que iba a hacer.

—Empezaremos por ti Frost —dijo Kai con maldad.

Antes de que ella fuera despedida, Jack la vio susurrar una negativa antes de sentir cómo el dolor le atravesaba el pecho con tal violencia que sintió que todo el aire escapaba de sus pulmones.

Un último jadeo brotó de sus labios.

Un último pensamiento dedicado a ella.

Capítulo 83

El tiempo se detuvo para Elsa.

Sintió su propia vida romperse en mil pedazos. Corrió hasta Jack y le sostuvo entre sus brazos, pero al final cedió ante el peso de él.

Le apartó el pelo del rostro.

—Jack…

Tenía una horrible herida en el pecho, aunque aún respiraba. Sus lágrimas de hielo fueron a parar sobre él, convirtiéndose en nieve para luego derretirse.

—Una vida sin ti, no es vida, pequeña Elsa.

La joven se inclinó hasta rozar sus labios, ahora cálidos.

—Sí, sí. Precioso.

Ella levantó la mirada, cargada de odio. Jamás hubiera pensado que podría llegar a mirar a Kai con tal asco y desprecio. El chico había absorbido el fragmento de Jack, y ello se percibía en el ambiente. Había más oscuridad, el sol solo era una sombra gris en la inmensidad del cielo. El frío antinatural era más patente.

—No te preocupes, enseguida te reunirás con él.

Muy a su pesar, Elsa tuvo que separarse de Jack. Ella todavía estaba en pie, y pensaba luchar hasta el final.

Logró sacar a Kai del castillo, lejos del que fuera el portador del invierno. Si quedaba alguna esperanza para él, no iba a permitir que su enemigo la aplastara. Y mientras atacaba y se defendía, pensaba cómo podría destruir ella sola a aquel monstruo. Si Jack ni ella, uniendo su poder, lo habían conseguido…

«Tú sola, y sin ningún poder en ti, derrotaste a la Reina de las Nieves», dijo una vocecilla en su interior.

Mas no era lo mismo.

«¿O sí?».

Se rodeó de un grueso muro de hielo, lo que le daría unos preciados segundos para pensar.

«Destruiste el corazón de la reina. El espejo. Su fuente de poder».

Solo tenía que hacer lo mismo con Kai.

«¿Cómo?».

El corazón de su antiguo amigo, si es que tenía, estaba en su interior. Y ella apenas había llegado a rozarle con sus ataques.

«Tendrás que atravesarle el pecho».

Fácil decirlo.

El hielo cedió ante la oscuridad. Elsa se vio indefensa por un momento. La sonrisa malévola de Kai se alzó sobre ella. Mas la joven, rápida, creó cuchillas bajo sus botas y una capa de hielo que le permitió deslizarse, alejándose de él. Maquinó en su interior una distracción.

Un gigante de hielo.

Dos mejor.

Estaba agotada, pero llegaría al límite de sus fuerzas si hacía falta.

Moriría luchando, o vencería.

Sus creaciones se alzaron a uno y otro lado de Kai que rio con ganas. Sus carcajadas se extendieron por la ciudad muerta, persiguiendo a Elsa en cada giro que hacía para alejarse de él y acercarse luego por la espalda.

No previó que las personas sin alma que allí quedaban actuaban como ojos para su nuevo rey, y este, mientras se enfrentaba a los gigantes, vio sus movimientos en todo momento, adivinando sus intenciones. Y sin que la joven pudiera defenderse cuando llegaba a su espalda, recibió un ataque lacerante en el vientre, derribándola con una herida sangrante.

—Te di una opción, Ealasaid. Y tu elección ha sido esta.

Kai atravesó la plaza tras convertir en polvo a los monstruos de hielo. Su respiración estaba agitada, indicio de que, a pesar de todo su poder, él también tenía sus límites. No pasó desapercibido ante Elsa, mas ella ya estaba al borde de sus fuerzas, y con la herida, peor. Creó hielo bajo el chico, que resbaló y cayó de culo.

—Una artimaña un poco infantil, ¿no crees? —apuntó Kai, levantándose.

Pero ella no podía más.

—Ha sido un placer enfrentarme a la Reina de las Nieves. No te preocupes, tu poder queda en buenas manos, *majestad*.

Hizo una reverencia burlona y se dispuso a sacarle el fragmento a la joven.

Un aullido.

Un mordisco en el brazo en un visto y no visto.

—¿Dermin…?

La voz de Elsa se extinguió. Sí, era él. Kai le lanzó con fiereza lejos de sí e invocó una jaula de sombras que le retuviera.

Un estallido de luz, tal, que Kai gritó echándose hacia atrás.

La luz se hizo más intensa y Elsa acertó a girarse en el suelo para buscar su procedencia. Allí estaba Mab, envuelta en una esfera que nada tenía que envidiar del sol. Estaba despeinada y con las ropas rotas, pero había fuerza en su mirada.

Kai se envolvió en sombras sin dejar de chillar.

—¡Mab…!

La reina llamó la atención del hada.

—¡Su corazón…! Como el de la reina… Debes romp… —Tosió.

Mab llegó a entender lo que le quería decir. Se acercó a la nube de sombras que ahora era Kai y lanzó sobre él la luz, tratando de disolver esa oscuridad. Mas esta se resistía. El poder del chico era resistente.

Por el rabillo del ojo, Mab vio una silueta moviéndose con rapidez. Un lobo invernal atravesó el escudo de Kai, desapareciendo en su interior para volver a aparecer al poco, tras un grito, con algo palpitante entre sus fauces. El hada lo recibió en la mano al tiempo que su enemigo reaparecía sin nada a su alrededor que le protegiera.

—¡No! —Kai hizo aspavientos ridículos tratando de invocar su oscura magia.

Y entonces Mab fue consciente de lo que tenía en la palma.

El corazón de Kai.

Capítulo 84

Nada de aquello era real. No podía serlo. Elsa estaba arrodillada en el suelo con… Tragó saliva. Ni siquiera este gesto le parecía posible. Se miró las manos, traslúcidas.

«No, no, no…».

Intentó acercarse a la escena en la que la Reina de las Nieves lloraba sobre su cuerpo.

Su sacrificio la había salvado y eso le hacía sentirse bien, pero verla desconsolada, llorando, acariciándole el rostro pálido le rompió el corazón —si es que ahora tenía corazón—, y quiso acercarse a ella para consolarla.

No podía moverse y, sin embargo, podía verlo todo.

El reino destruido a su alrededor.

Kai caminaba hacia Elsa y Jack.

Mab respiraba con agitación con algo palpitando en la mano.

Volvió a ella. Kai estaba cada vez más cerca y quiso gritar para alertar a su amada, pero esta se giró hacia el chico, depositó su cadáver en el suelo con cuidado con una dulzura que le dolió y se encaró hacia su antiguo amigo.

Sus pasos retumbaban en el suelo, pese a lo imposible que ello parecía. Le parecieron atronadores y, por vez primera, vio a una reina temible en la chica a la que amaba. La mujer por la que había dado la vida.

—Eres un monstruo y yo misma voy a…

El chico se preparó para un nuevo ataque, mas sin quitar los ojos del hada, que ahora tenía su corazón entre sus manos.

Jack sintió un tirón y miró desesperado al cielo, cuya oscuridad se disipaba lentamente.

«Solo un poco más…».

Mab apretó la mano. El corazón se resquebrajó. Fragmentos rodearon sus dedos.

Y el antiguo portador del invierno supo, cuando el tirón fue más fuerte, que su tiempo en el mundo había terminado. Dedicó una última mirada a Elsa, a su propio cuerpo, ante el que un lobo invernal que le lamía el rostro.

Dejó de ver. De sentir.

Todo había terminado.

Y se desvaneció en la nada.

Capítulo 85

—Elsa, yo…

La Reina de las Nieves no se detuvo. No lo hizo siquiera cuando Kai, ahora con el pelo castaño y los ojos verdes, se llevó las manos al lugar en el que había estado su corazón de cristal.

—No quiero escuchar nada de lo que digas.

«Jack está muerto».

El pecho le iba a estallar. Sus ojos se llenaron de lágrimas sin atreverse a pronunciar las palabras. Sin querer que fuera real. Era una pesadilla y todo era por culpa del chico que se arrastraba hacia ella.

Este al fin llegó a su posición y jadeó alzando una mano hacia Elsa. Ella se apartó con brusquedad.

—No me toques.

—Lo siento, no era yo, no…

No podía sentir lástima. Se sentía fría como la reina del hielo que era y dio un paso hacia atrás cuando él empezó a llorar.

—Elsa, perdóname, por favor, yo…

Le temblaba la voz, podía sentir el miedo y la desesperación en su tono, pero no cedió.

Recordaba a Kai. El niño que había sido, su amigo. Pero aquel al que tenía frente a sí… Sacudió la cabeza y se negó a mirarle.

—No puedo, Kai.

—Me queda el consuelo de reunirme con mi abuelita otra vez. —Se le quebró la voz y, por vez primera, Elsa fue capaz de posar sus ojos en él.

Se inclinó para mirarle mejor, reconociendo al chico con el que había compartido risas y juegos durante años. Una parte de sí se negaba a verle, a recordar que un día había sido otra cosa que no fuera el títere de la Reina de las Nieves. No podía. No quería sentir

lástima.

Pero una lágrima rodó por su mejilla.

Las cosas podrían haber sido muy diferentes si…

Sintió la mano de él sobre la suya y, en apenas unos segundos, todo acabó.

—Ojalá puedas perdonarme algún día, Elsa.

Kai exhaló su último aliento al tiempo que todo estallaba a su alrededor.

—¡Deprisa! Tenemos que salir de aquí.

La voz de Día la hizo reaccionar. No se había dado cuenta de cuándo había llegado la otra hada. La miró confusa.

—¿Qué?

—Este reino está perdido. Va a destruirse.

—Pero Jack…

—Está con Mab.

Una llama de esperanza calentó su pecho y siguió al hada hacia la frontera con Corona de Hielo. Alcanzó a Dermin que corría a toda prisa sobre la tierra oscura que se resquebrajaba a su paso.

Cuando llegaron a la costa helada de su reino, se dejó caer de rodillas. Frente a ella, a unos metros, reposaba el cuerpo de Jack con Mab inclinada sobre él.

—¿Puedes hacer algo? —Sintió la desesperación invadiendo su voz, pero no le importó.

Necesitaba que viviera. Mab no contestó, no levantó la cabeza para mirarla, ni dio ninguna señal de haberla escuchado. Dermin, junto a ella, tampoco alzó la vista. Movía las orejas una y otra vez y tenía el pelo del lomo erizado.

Les dio la espalda y Día tomó a Elsa del brazo, apartándola de Mab y los Frost. Ella quiso evitar el contacto, pero su amiga le secó una lágrima y la envolvió en sus brazos.

—Ya está, querida…

—No, no… Él… Tiene que vivir… Tiene que…

—Deja que Mab se ocupe. Puede que no sea demasiado tarde para que el fragmento que Kai le quitó regrese a su lugar y, tal vez…

«Le devuelva la vida».

Elsa se mordió el labio sin fuerzas. Se apartó de Día. Todavía no se atrevía a ver qué estaba pasando. Su mirada se perdió en el lugar en el que había estado el Reino de Nadie, ahora solo una mancha oscura en el océano. Pronto no sería más que un recuerdo, como aquella

pesadilla.

«Vuelve a mí, Jack…».

—Ha sido una suerte que Dermin y yo hayamos llegado justo a tiempo —comentó Día.

Elsa imaginó que quería llenar el silencio que las envolvía, de algún modo intentaba que la Reina de las Nieves se sintiera menos desolada. Tragó saliva y se volvió hacia ella. No podía dejar de sentir ese dolor que la ahogaba.

—Dermin hizo algo que… —No fue capaz de terminar la frase, porque ni siquiera sabía cómo describir lo que sus ojos habían visto.

—Los lobos invernales no están vivos. No de verdad. Tienen un don que pueden utilizar, por eso consiguió escapar de aquellos barrotes de sombra.

—Y arrebató el corazón a Kai… —comprendió Elsa.

—Puede que, gracias a él, Jack…

Ambas se sobresaltaron al escuchar un aullido a su espalda y a Mab gritar de emoción.

Dirigió su vista con el corazón acelerado hacia su amado. No parecía que hubiera habido algún cambio en el cuerpo del chico.

Esperó, aterrada. La boca se le secó y los ojos le ardieron.

«Tienes que vivir».

Los segundos se eternizaron mientras en su interior se removían la esperanza de un futuro junto a él y el horror de perderlo para siempre.

Sintió su propio corazón detenerse hasta que, por fin, el cabello castaño se tiñó de blanco y el portador del invierno se incorporó con brusquedad y respiró con fuerza.

Dio unos pasos, sin poder creer lo que veía.

Jack había vuelto.

Capítulo 86

El aire entró dolorosamente en su cuerpo frío. Aspiró con fuerza, abriendo mucho la boca al tiempo que se incorporaba con violencia.

Sintió el cosquilleo de la magia helada recorrer su piel, su interior. Apenas tuvo tiempo a centrar la vista, comprobando con alivio que lo hacía desde el suelo y no desde un punto impreciso del mundo, cuando la lengua del lobo invernal empezó a lamerle el rostro, con las patas atrapándole por los hombros.

Abrazó al animal con cuidado con los ojos inundados de lágrimas.

Entonces escuchó una voz débil, llena de dolor.

—¿De verdad está vivo? —preguntó Elsa, a unos metros, sin atreverse a dar un paso más.

—Ver para creer. ¿Qué clase de hada madrina crees que soy? ¡Claro que está vivo!

Mab tenía los brazos en jarra. Acarició al lobo, apartándolo de su hermano. El mundo a su alrededor volvía a tener luz, pero aquello no era el Reino de Nadie. Se incorporó despacio. Frente a él había una costa de arena azulada como minúsculos fragmentos de hielo, a su espalda nevaba. Estaban en la linde de Corona de Hielo con el Reino de Nadie. Solo que ahora, en su lugar, estaba el océano.

Sintió las manos frías de ella a su espalda, rozándole la cintura. Se giró despacio y, pese a su cabello celeste revuelto a ambos lados de su rostro, el vestido hecho jirones y manchado de sangre y oscuridad, vio a la mujer más hermosa de los reinos.

Abrió la boca para hablar, pero no le salieron las palabras.

Elsa deslizó los dedos por su cuello y la magia de su contacto le hizo estremecer. De algún modo se sentía más poderoso, más fuerte, y ella parecía aumentar sus dones.

El contacto frío y chispeante de la Reina de las Nieves siguió

ascendiendo por su rostro hasta tomarlo entre las manos con anhelo.

—Estás aquí de verdad —susurró la joven con la voz temblorosa.

Sus ojos se encontraron, pero el turquesa brillante de ella pasó enseguida a los labios del chico y él la imitó. Sus labios apetecibles, la boca entreabierta pidiendo sin palabras ser devorada. Cerró los ojos con suavidad y la rodeó por la cintura, acercando su cuerpo al suyo, deleitándose en su contacto.

—Creía que no podría volver a verte —dijo Jack muy cerca de sus labios.

—Fuiste un imprudente.

—Al contrario.

Se acercó aún más a ella. Sus bocas se rozaron y el deseo nubló su juicio. Se separó unos milímetros para humedecerse los labios y añadir:

—Te quiero, Elsa. Volvería a hacerlo una y otra vez.

Ella acabó con la distancia que los separaba y le besó. Sus lenguas se encontraron y a su alrededor la arena cubierta de escarcha se elevó unos centímetros del suelo. Serpenteaba en torno a ellos, cargada de la magia que desprendían juntos.

Pero el portador del invierno solo podía sentir el contacto de la lengua fría de Elsa en la suya, de sus labios firmes moviéndose al compás de sus besos y las manos de la Reina de las Nieves asiéndose a su nuca.

Había vuelto. Y no pensaba marcharse del lado de Ealasaid Gerda, la Reina de las Nieves.

Ella se separó lo justo para responder:

—Yo también te quiero, Jack Frost.

Y sus bocas se fundieron de nuevo.

La magia del amor más puro prevalecería en la estación del invierno, nacida de dos jóvenes que soñaban con patinar sobre hielo, y que jamás dejarían de hacerlo.

Epílogo

¿Reinaron juntos? ¿Vivieron libres de responsabilidades?

Un poco de todo.

A Elsa la corona la había elegido como nueva Reina de las Nieves. En Corona de Hielo todo el mundo la quería como soberana y, en el fondo, a ella le gustaba esa vida. Mas solo aceptó quedarse si Jack Frost, el portador del invierno, gobernaba a su lado.

Y él aceptó.

Pero solo gobernarían durante primavera, verano y otoño. En invierno, Jack recorrería todos los reinos mágicos, de este a oeste, de norte a sur, y siempre en compañía de su amada.

¿Quién, entonces, reinaría durante la estación de

l invierno?

Dermin.

Sí, Dermin.

El mayor de los Frost tuvo la oportunidad de ver y hablar con sus padres gracias a un Arco Mágico creado por Mab —le salió bien a la primera— que le llevó directo al Reino de las Lagunas. Después de abrazos —por parte de ellos, porque él seguía siendo un lobo—, lágrimas y mucho que contarse, Dermin regresó al que se había convertido en su nuevo hogar: el palacio de hielo. Había visto lo suficiente junto a la antigua reina, conocía el reino y a sus habitantes y sabía cómo gestionarlo. Era la mano derecha de Elsa, y el regente cuando ella se perdiera llevando el invierno junto a Jack.

Mab y Día regresaron al Bosque de las Hadas y ayudaron en su restauración. Fue una masacre, mas la magia perduró y pronto nacerían nuevas hadas que, un día, se convertirían en hadas madrinas.

Después, Día regresó a… No. Esto forma parte de su historia y, por lo tanto, no se puede contar.

Todavía.

Mab fue juzgada por la Corte de las Hadas, pero no perdió su condición de hada madrina, aunque durante años tuvo que estar bajo la supervisión de un miembro de la corte.

Si vienes de las anteriores historias, seguramente te estés preguntando sobre ellas, pero, lector, la aventura de Elsa y Jack sucede mucho antes, pues es el origen del invierno.

Y bien. ¿Crees ya en la magia? ¿O necesitas más? En este caso, no sueltes mi mano, pues nos queda un largo viaje a través de los Reinos Malditos.

Erya y Laura, ¿por qué…?

Como buen lector, innumerables serán las preguntas que recorren tu cabeza en estos momentos. En primer lugar: ¿por qué este *retelling* es a cuatro manos?

No hay una respuesta sencilla. Simplemente surgió. Nos invadió la locura del invierno y… aquí está el resultado.

Como el propio título indica, vemos que esta historia es el inicio de la estación del invierno. Por este motivo, no podía sino suceder antes que el resto de entregas ya escritas de esta serie. Y, aunque en ellas Corona de Hielo solo se menciona de pasada, es posible que en alguna nueva podamos ver a Elsa y Jack de nuevo.

¿Por qué llamarla Elsa? La gente quería ver la historia de estos dos personajes (aunque de las versiones cinematográficas), así que no podíamos mantener el nombre de Gerda, pero tampoco queríamos obviarlo. Por esto se llama Ealasaid Gerda. Ealasaid es una variante de Elsa.

¿Te has dado cuenta de los tres tipos de poderes de frío que existen en la historia? Aquí, la Reina de las Nieves poseía todos, mas al morir y dividirse, Jack recibió lo que tuviera que ver con la nieve y la escarcha; Elsa, el hielo y Kai el frío propio de la oscuridad, la ausencia del sol.

Si ya eres un lector habitual de los *Reinos Malditos*, te habrás dado cuenta de los detalles que os hemos ido dejando, esas semillas que luego florecerán en otras historias, algunas de las cuales os explicaremos a continuación.

Día ha vuelto a aparecer. Es un personaje ya recurrente a quien todo el mundo adora. Y, aunque todavía no ha tenido su historia, la tendrá. Es un personaje complicado y quiero darle la aventura que se merece.

Mab. ¿Quién es Mab? ¿Un hada que nos hemos sacado de la pluma? No. Como todos los personajes que ostentan un papel importante, ella ha sido sacada de otra historia. Tiene presencia en Peter Pan, como la Reina de las Hadas. ¿Quién sabe? Quizás vuelva a aparecer en un futuro y haya logrado convertirse en la soberana de este reino mágico.

En los siguientes libros —en especial en *La maldición de los reinos* —, en el Reino de la Rosa Escarlata, aparece el Bosque del Invierno Mágico. Y sabemos que los lectores no os habéis parado a preguntaros: ¿por qué es así? Lo habéis aceptado, sin más, porque estas son historias de magia y cuentos de hadas. Mas aquí se ve el porqué: antaño, era el Bosque Escarlata. Pero cuando Elsa y Jack se enfrentan en una nueva competición por ver quién es el mejor, se pasan, se pasan bastante, y su magia afecta al bosque entero, convirtiéndolo a partir de aquí en el Bosque del Invierno Mágico.

El origen del invierno trae dos mapas. Y si venís de los libros anteriores, habréis apreciado, si sois lo suficientemente observadores, alguna mínima diferencia. En el primero, la isla de la Atlántida y el Reino de Nadie, lugares que en los siguientes han desaparecido.

La Atlántida conforma un nexo de unión entre el reino marino —Reino del Piélago— y los demás reinos. Pero al final la relación entre los habitantes de este reino y los demás se rompe, lo que provocó que sirenas y tritones decidieran hundir esta porción de tierra, evitando que cualquier raza no oceánica pudiera habitar en su reino.

El Reino de Nadie nace de un antiguo cuento donde había un gigante y un chico llamado Nadie. Cuando este se enfrentó a él, le preguntaban al gigante que quién le había herido, y él respondía: «Nadie». Para esta historia necesitábamos un reino que pudiera desaparecer, que no fuera a tener jamás una historia en la serie de *Reinos Malditos*, y el Reino de Nadie nos pareció la mejor opción.

El Reino de las Lagunas, en la entrega de *La sombra del lobo* pasa a llamarse Reino de la Laguna Dorada. ¿Que por qué? Eso tendréis que descubrirlo, si no lo habéis hecho aún.

Los eclipses lunares jamás se dan durante el invierno. Sin embargo, estamos en un cuento de hadas, ¿verdad? Además, tienen duraciones diversas, desde unos minutos hasta varias horas, algo que nos ha venido estupendamente a la hora de fastidiar un poco a nuestros personajes y poder jugar con ello.

Nos gustaría hacer una última mención a un personaje que

realmente casi no sale, pero no deja de ser un guiño que quizás muchos no conozcáis. Kai era aprendiz de un bardo llamado Túrix, cuyo nombre es un homenaje a Asurancetúrix, de Astérix y Obélix.

Agradecimientos

Como no podía ser de otra forma, tenemos que empezar estos agradecimientos mencionando a Ana Paula, su gran trabajo de ilustración, su capacidad para ser capaz de ver lo que tenemos en la cabeza, y de lograr plasmarlo para ese toque que la define. Como ya dije (Erya) en la anterior entrega, esta serie también es tuya.

A nuestros lectores cero, Carol y Francisco, que se sumaron a esta locura de leer esta historia al día, recibiendo varios cappítulos de golpe y teniendo que hacer un hueco para ayudarnos a que saliera lo mejor posible.

A Fran (Laura), que soporta cada uno de mis desvaríos, que me ayuda a no tirar la toalla y me enseña que la magia no solo está entre las páginas de un buen libro.

A Ignacio (Erya), que además de apoyarme me anima a seguir, a no rendirme jamás, y hace lo posible para que yo pueda seguir escribiendo cada día, trayendo historias, y metiéndome en locuras tan propias de Laura y mías. Gracias por enseñarme el significado de la felicidad.

Y, cómo no, a ti, lector, seas nuevo o no, por estar aquí, por disfrutar de la magia de los cuentos y del invierno.

¡No olvides dejarnos opinión y valoración en Amazon o Goodreads! También puedes escribirnos si lo deseas. Nos ayudaría mucho.

Laura y Erya se conocieron por Twitter a través de sus primeras novelas de fantasía. Desde entonces, empezaron a compartir historias llenas de magia, hasta que decidieron dar un paso más y empezar a escribir juntas.
Así se dieron cuenta de que no solo creaban magia, sino mucho más, por lo que ahora no pueden dejar de pensar en futuros proyectos a cuatro manos.
Su primer lanzamiento en común fue un relato de misterio paranormal que causó sensación entre sus lectores habituales y aquellos que se lanzaron a leerlas por primera vez, *La oscuridad del otro lado*.
Con *El origen del invierno* dan paso al inicio de las numerosas historias que están por traer juntas.
Puedes encontrarlas en:
@eryaylaura
@lawrendreams
@eryaescribe
Serie Reinos Malditos:

Otros libros de las autoras: